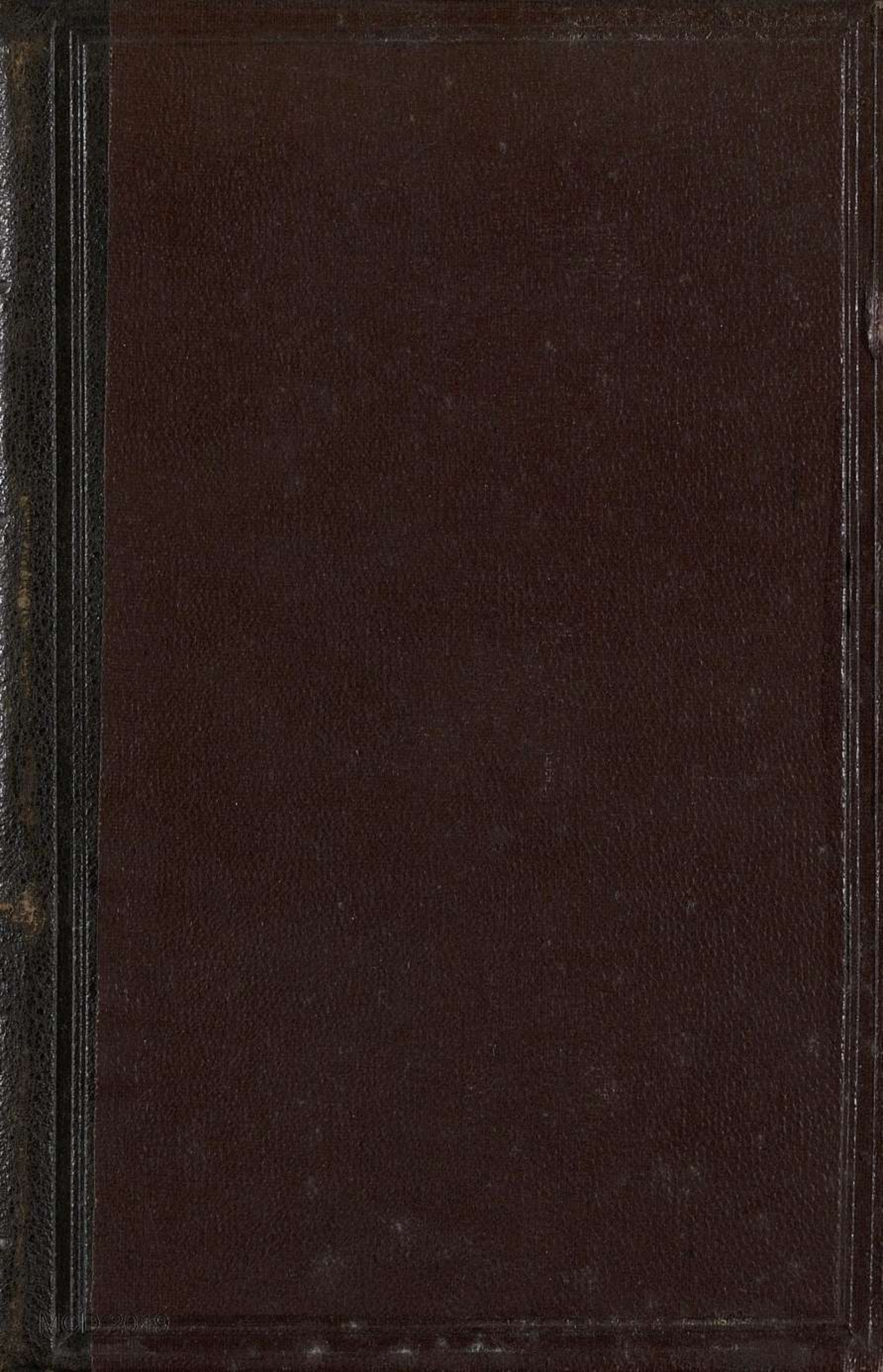
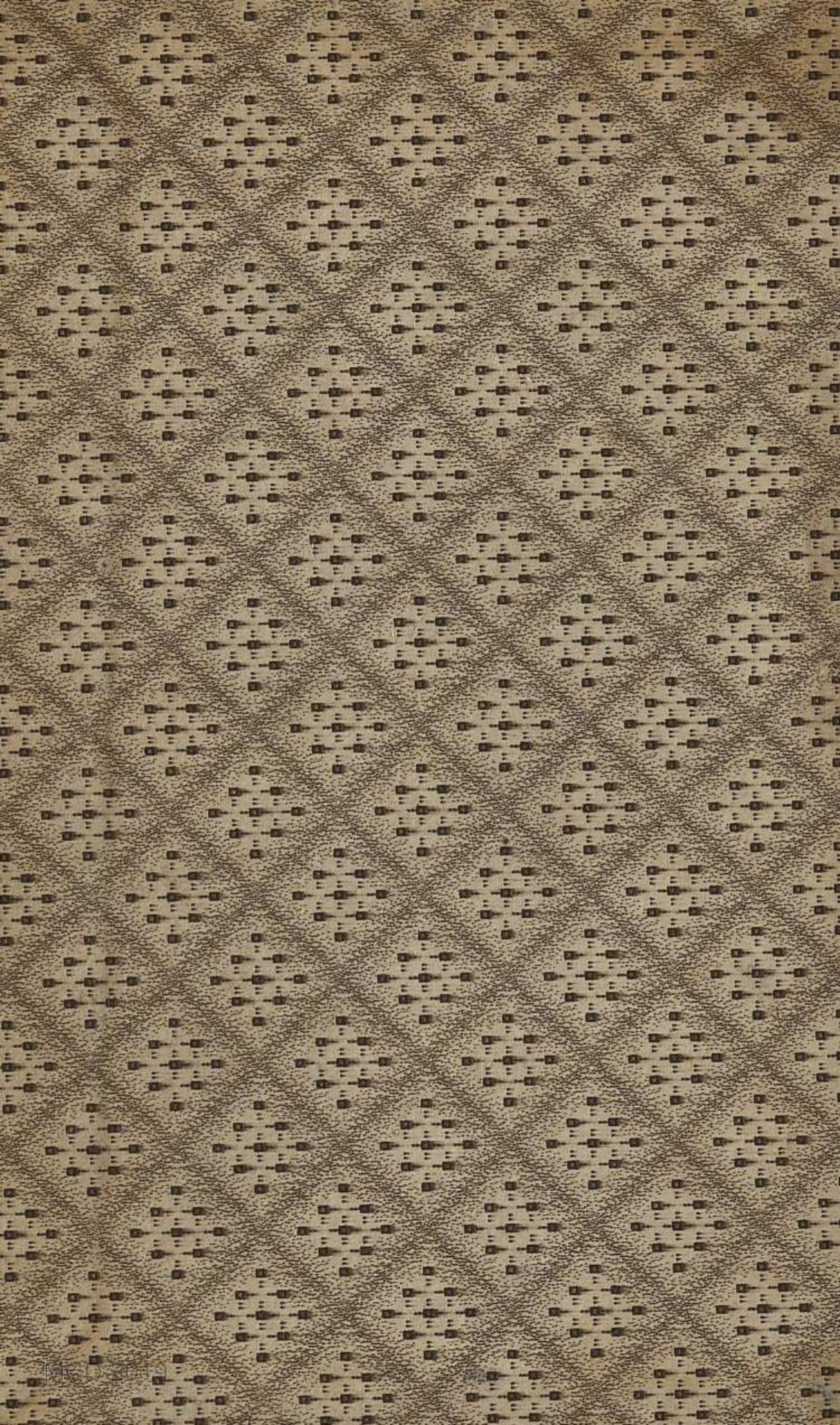
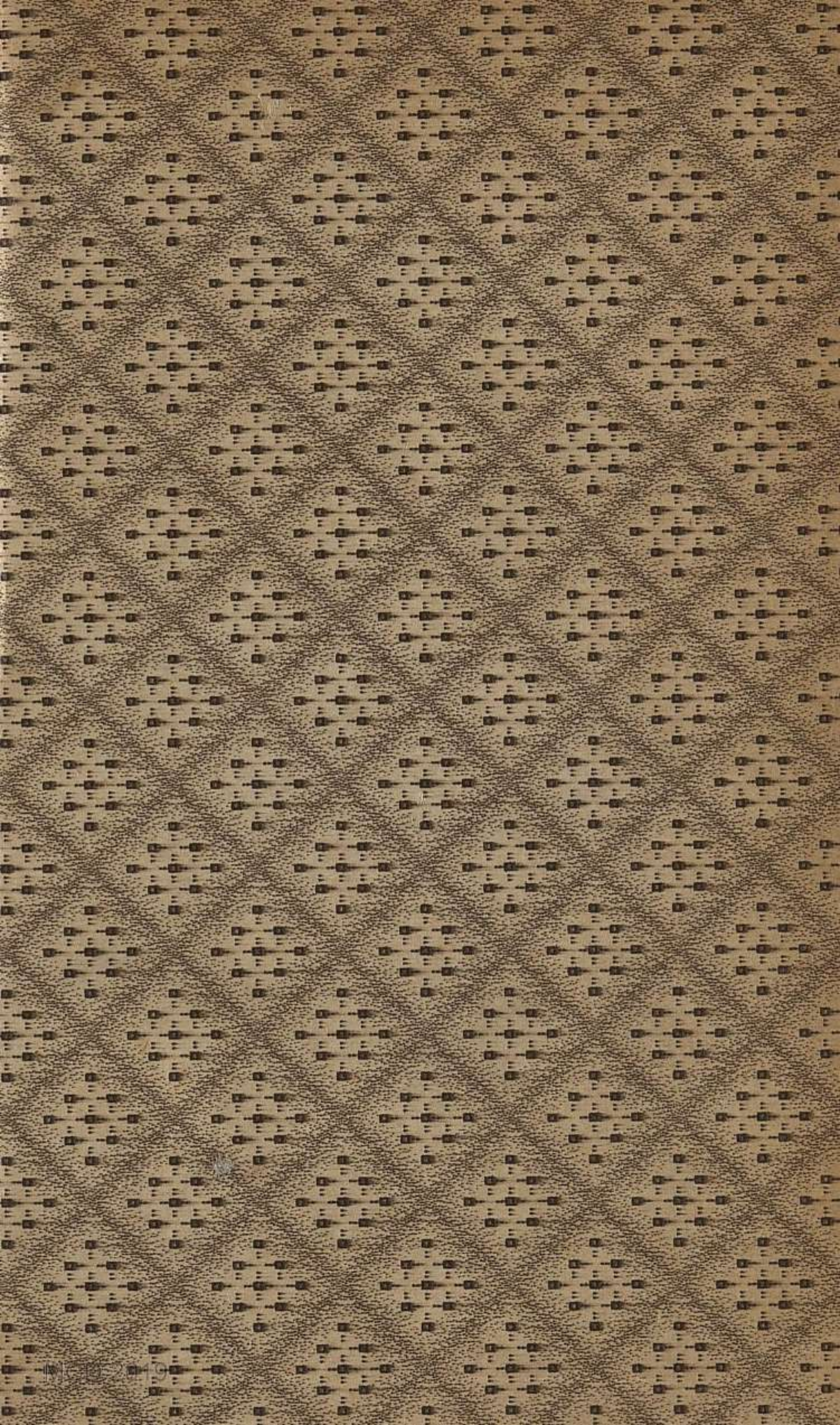


NOVIENNA  
VIDA Y MISTERIOS  
DE LA G.  
VIRGEN MARIA









VIDA Y MISTERIOS

DE LA GLORIOSA

VÍRGEN MARÍA









MURILLO, P.<sup>o</sup>

B. MAURRI, D<sup>o</sup>Y. G<sup>o</sup> 1879

MATER DOLOROSA.

MCD 2019

FA-1191

VIDA Y MISTERIOS

DE LA GLORIOSA

VÍRGEN MARÍA

NUESTRA SEÑORA

POR EL

P. PEDRO DE RIVADENEIRA

DE LA COMPAÑÍA DE JESUS



MADRID

IMPRESA Y FUNDICION DE M. TELLO

IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

Isabel la Católica, 23

1879

P. 25838





## PRÓLOGO

**C**UANDO el Verbo eterno de Dios determinó cubrirse de la vestidura de nuestra humanidad, para que, hecho semejante á nosotros en todo, pudiera ser nuestro camino, nuestra verdad y nuestra vida, escogió para asiento de su gloria y medio por donde revelarse y comunicarse á sus criaturas á una doncella purísima, en cuya hermosa frente resplandecían unidos en armonía inefable los honores y castos atractivos de la vírgen y las santas alegrías de la madre. Por este designio de la divina Providencia los dos sexos que habían tomado parte en la prevaricación y ruina del linaje humano, contribuyeron á su redención: el hombre en la persona del Hijo de Dios humanado, á cuyos infinitos merecimientos debimos principalmente nues-

tra reparacion y remedio, y la mujer en aquella Vírgen singular, escogida y predestinada para ser su madre y su fiel y constante compañera.

Estas dos sagradas personas aparecen siempre unidas en los principales pasajes de la historia evangélica. Unos mismos rayos de celestial alegría iluminan los rostros de entrambas en la gruta de Belen. Iguales secretos impenetrables misterios ocultan sus vidas en Nazareth. Las más importantes predicaciones, milagros y acciones públicas de la vida del Redentor de los hombres son presenciadas por la Vírgen sacratísima, que interviene á veces en ellas de una manera especial, y es siempre el principal testigo de sus prodigios y la más fiel guardadora de sus enseñanzas. Iguales glorias y trabajos, los mismos triunfos é ignominias exaltan ó entristecen el espíritu de Jesucristo, y alegran ó afligen el corazon de María. Si en la cumbre del Calvario para llevar adelante el negocio de nuestra salvacion, padece Jesus tormentos atrocísimos y oprobios é ignominias inenarrables, allí, al pié del afrentoso madero está la dulce madre, contemplando al Hijo querido, y tomando parte en sus opro-

bios, en sus abatimientos y dolores. Y finalmente, cuando pasada la fiera borrasca de la Pasion amanece el claro y alegre dia de la Resurreccion gloriosa, la misma luz que esclarece y enviste y glorifica el cuerpo del Hijo, ilumina el corazon de la Madre y lo baña en celestiales delicias. De esta manera estos dos nombres sacratísimos van indisolublemente unidos en la historia de la Redencion de los hombres, que es la historia de las misericordias de Dios y la más espléndida revelacion de su amor infinito.

Consumada la obra de nuestra Reparacion, y cumplidos y terminados de parte de Dios los amorosos designios de su Providencia para con el género humano, estos dos nombres siguen misteriosamente enlazados entre sí, sin que sea posible separar al uno del otro, ya en sus triunfos y ensalzamientos, ya en sus abatimientos é ignominias. Porque donde quiera que el nombre de Jesus es ensalzado y bendecido, es tambien enaltecido y honrado el nombre de María; y siempre que la gloria de aquel es envilecida ó empañada, la de éste sufre igual mengua y ultraje. Ambos son objeto de

amor vehementísimo y soberano, ó de odio satánico incomprensible. Juntos acuden á la memoria; juntos se vienen á la lengua; juntos regalan y fortalecen el corazon con los más suaves sentimientos; en ellos están vinculados nuestros afectos más puros y nuestras más regaladas esperanzas; en ellos, en suma, se cifran y compendian las sobrenaturales influencias que avivan y consuelan y hacen florecer nuestra vida. Porque al sonar en nuestros oídos el acento de estos dos nombres dulcísimos, no hay corazon abatido que no se anime y fortalezca; quebrántanse los ímpetus de nuestro orgullo y sensualidad; se esfuerza la debilidad y flaqueza femenil; y el regalo de su amor, purificando y transformando las almas, las despega de las cosas terrenas y miserables que por todas partes nos cercan, nos tientan y enflaquecen, y nos levanta, nos esfuerza, nos esclarece y nos alienta é inflama al amor de las espirituales y eternas.

De esta suerte, juntándose el conocimiento, el amor y la influencia sobrenatural de Jesucristo con la devocion y valimiento de su Madre Santísima, se viene á crear en nosotros la

fuerza misteriosa que nos sostiene en la senda del bien, el principio de vida sobrenatural que engendra en nuestras almas las virtudes, y el imán divino, que enderezando nuestras acciones hácia las regiones de nuestra felicidad, nos tiene firmemente asidos á nuestro Creador, centro de los espíritus, norte y descanso de nuestros corazones.

Por esto el mismo misterioso atractivo que en los tiempos deplorables que alcanzamos nos impulsa hácia la sagrada Humanidad de Nuestro Señor Jesucristo, para estudiar sus excelencias y grandezas, nos lleva también al recurso y devoción de su Santa Madre; la misma divina voz que nos señala en aquella bienaventurada Humanidad el remedio de nuestros males, el consuelo y la esperanza en las tribulaciones que nos afligen, y el origen y la abundancia de los bienes de paz, de amor y bienaventuranza que necesitamos para no sucumbir en la fiera tempestad de pasiones, y de ruines y miserables intereses que asalta de continuo nuestro corazón, nos dice también, que en la persona de la Virgen sacratísima, y en el conocimiento é imitación de sus virtudes



está el principio de nuestra dicha, el remedio de nuestras desventuras, y el alivio y consuelo en nuestras adversidades y trabajos.

Habiendo publicado el libro que escribió el P. Pedro Rivadeneira acerca de la vida y misterios de Cristo nuestro Señor, era consiguiente que saliese á luz en igual tamaño y volúmen la Vida y misterios de la Vírgen nuestra Señora, escrita por el mismo autor. Las mismas condiciones y circunstancias que recomiendan aquel libro, recomiendan y avaloran á éste. Igual piedad y elocuencia resplandece en ambos, idéntica pureza y claridad de lenguaje, la misma suavidad, elegancia y dulzura de estilo; si no es que la pluma del P. Rivadeneira, que de suyo era todo suavidad, al ensalzar las glorias, virtudes y preeminencias de aquella Vírgen singular que es la dulcedumbre del cielo y de la tierra, se goza en hacerse más tierna, más suave y apacible, destilando por todos sus poros miel y dulzura. ¡Cuán bien se ve al leer las páginas de este libro que la elocuencia del P. Rivadeneira se derivaba no de los preceptos frios de Aristóteles, Ciceron y Quintiliano, sino de su

cristiano corazón, enardecido por la caridad, y adornado y enriquecido con los dones del cielo!

Para completar lo que hallamos en el Evangelio acerca de la vida de Cristo nuestro Señor y de su Madre purísima, va añadida en esta edición la vida del patriarca San José, joyel de exquisito valor, obra del delicado ingenio del P. Rivadeneira, como también las breves relaciones de San Joaquín y Santa Ana, y los discursos sobre el Dulce Nombre de María, la festividad de los Dolores, el Patrocinio de la Virgen en España y el Rosario de Nuestra Señora, debidos á la elegante pluma del P. Francisco García, de la Compañía de Jesús. Finalmente, para dar á este volumen el mismo tamaño que el de la Vida de Cristo, y para encerrar en los dos tomos los preciosos discursos y homilias que esparció el P. Rivadeneira en el *Flos Sanctorum*, no ha parecido fuera de propósito insertar los que este dulce y elocuente escritor compuso para la fiesta de Todos los Santos y Conmemoración de los fieles difuntos; rasgos ambos, en especial el primero, de los más bellos con que se gloria la elocuencia española.

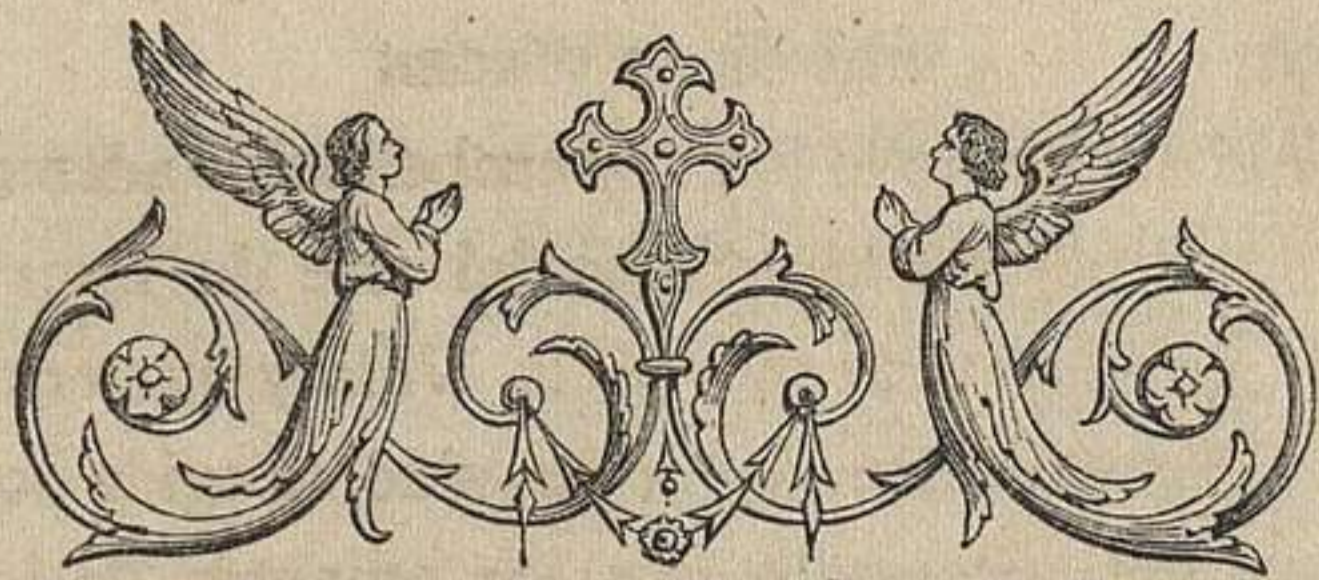
Así dispuesto el libro, y embellecido ademas con los mejores atractivos del arte de imprimir, es de esperar que si la Vida y misterios de Cristo nuestro Señor ha sido acogida con favor extraordinario por los amantes de los buenos libros, no lo será ménos éste en que se cuenta la vida y se celebran las virtudes y loores de aquella purísima criatura, gloria y honor de nuestro linaje, y á quien llamamos á boca llena nuestra Señora, nuestra Reina y nuestra Madre.

Madrid, fiesta de los Dolores de nuestra Señora, año de 1879.

MIGUEL MIR,

DE LA COMPAÑÍA DE JESUS.





# VIDA

DE LA

## VÍRGEN NUESTRA SEÑORA

**D**ESPUES de la vida de nuestro Salvador, que es espejo, regla y medida de toda Santidad, debemos poner los ojos en la vida de su purísima Madre, que fué escogida de Dios para la mayor dignidad que puede caber en pura criatura; y para ella fué adornada de los mayores dones y virtudes que á nadie fueron concedidas. Una de las cosas en que Dios más ha declarado la grandeza de su bondad, sabiduría y omnipotencia, es la santidad de esta Vírgen, cuya vida, escrita breve é historialmente, es la que se sigue.

LA SACRATÍSIMA VÍRGEN MARÍA, nuestra Señora, fué de Nazareth, ciudad de Galilea, é hija

de padres nobles y ricos. Su padre se llamó Joaquin, natural de Nazareth: su madre Ana, de la ciudad de Belen. Eran los dos de la tribu de Judá, y del linaje real de David: Joaquin, por via de Nathan, y Ana por via del rey Salomon, que ambos fueron hijos de David. Estos bienaventurados padres de la Vírgen eran de vida santísima, como convenia que fuese el árbol que habia de producir tal fruto. Empleábanse en la guarda de la ley con gran cuidado, en ayunos, oraciones y limosnas: repartian sus rentas en tres partes: una gastaban en el culto divino y ministerios del templo; otra en los pobres, y la otra en el gasto de sus personas y familia.

Habian vivido veinte años casados sin tener hijos, porque Ana era estéril, y por esta causa estaban tristes y afligidos, y como avergonzados y corridos; porque en aquel pueblo carnal se tenia la esterilidad por un género de oprobio y castigo de Dios. Al cual estos santos casados suplicaban con grande instancia, de dia y de noche, que les diese fruto de bendicion, prometiéndole de consagrar á su Divina Majestad el hijo ó hija que les diese. Perseverando en esta oracion, un ángel apareció á Joaquin, que estaba en la majada de sus pastores, y le dijo que Dios habia oido sus ruegos, y que tendria una hija que se llamaria María, y sería

madre del Salvador del mundo. La misma revelacion tuvo Santa Ana en un huerto, en donde vivia apartada. Comunicáronlo entre sí, y hallaron que convenia muy bien lo que el ángel habia dicho al uno con lo que habia dicho al otro.<sup>1</sup> Dieron muchas gracias al Señor por aquella tan señalada merced, y Ana concibió á la Vírgen sacratísima á los ocho dias de Diciembre, en que la santa Iglesia celebra la fiesta de su Concepcion. Fué concebida sin pecado original, previniéndola Dios con tanta abundancia de gracia, cuanta era razon que tuviese la que era predestinada para madre suya, y quebrantadora de la cabeza de la serpiente infernal.

A los nueve meses cumplidos nació en Nazareth esta Niña benditísima, en una casa que tenian sus padres en el campo, entre los baliados de las ovejas y alegres cantares de los pastores. Nació á los ocho de Setiembre, y nueve dias despues, que fué á los diez y siete del mismo mes, segun la costumbre de los hebreos, le fué puesto el nombre de María. Dióle el Señor (á lo que algunos santos dicen, y piadosamente se puede creer) por ángel de guarda á San Gabriel, y á otros muchos ángeles en su

<sup>1</sup> Damasc. I. 4. fidei cap. 11.—Euseb. Emisen. hom. in vig. nat.—San Ild. serm. V de Assump.—Petr. Dam. serm. I de Nat. Mariæ.

compañía. Al cabo de ochenta dias fué Santa Ana á Jerusalem á cumplir la ley de la purificación, llevando la niña al templo en sus brazos como un tesoro precioso; y dada por ella la ofrenda acostumbrada de los primogénitos, se volvió con ella á su casa. Siendo ya de tres años, para cumplir el voto que habian hecho de ofrecerla al Señor, la llevaron sus padres á Jerusalem, y la ofrecieron en el templo á los veinte y uno de noviembre con las ceremonias que en semejantes ofrendas se usaban. Declararon al sacerdote el voto que habian hecho, encargándole que tuviese cuenta con su hija, como con cosa dedicada ya á Dios, y que la pusiese entre las otras doncellas que le servian, junto al templo, en una casa edificada para este efecto, donde las vírgenes eran sustentadas con las rentas del mismo templo, y apartadas del ruido y bullicio podian ocuparse en santos y loables ejercicios, y entrar fácilmente en el mismo templo á hacer oracion. Admiró á todos por extremo la belleza y gracia de la bienaventurada niña, y más la prontitud y alegría con que se despedia de sus padres y se dedicaba al Señor; sacando por aquellos pequeños indicios las grandes y maravillosas obras que Dios habia de obrar en aquella que de tan tierna edad habia escogido para su servicio.

Fué recibida la santa niña entre las otras vírgenes con gran regocijo de las demas, y luego comenzó á resplandecer en aquella casa material de Dios, la que era verdadero y espiritual templo suyo. Allí aprendió muy perfectamente á hilar lana y lino y seda y holanda; coser y labrar los ornamentos sacerdotales, y todo lo que era menester para el culto del templo, y despues para servir y vestir á su precioso Hijo, y para hacerle la túnica inconsútil, como dice Eutimio.<sup>1</sup> Aprendió asimismo las letras hebreas, y leia á menudo con mucho cuidado, y meditaba con grande dulzura las divinas Escrituras, las cuales con su alto y delicado ingenio, y con la luz soberana del cielo que el Señor le infundia, entendia perfectamente. Nunca estaba ociosa: guardaba silencio: sus palabras eran pocas y graves, y quando eran menester; su humildad profundísima, la modestia virginal, y todas las virtudes tan en su punto y perfeccion, que atraía á sí los ojos, y robaba los corazones de todos; porque más parecia niña venida del cielo, que criada acá en la tierra. Ayunaba mucho, y con el recogimiento, soledad, silencio y quietud, se disponia á la contemplacion y union con Dios, en la cual fué eminentísima; y el Señor la vi-

<sup>1</sup> Euthym. cap. 67. in 27 c. Mar.



sitaba y regalaba con sus resplandores y ardores divinos, como á esposa suya, y los ángeles á menudo se le mostraban y conversaban con ella; y algunas veces le traian para comer manjares, no aparejados por mano de hombres, sino venidos del cielo. Vivió en esta manera de vida hasta los once años de su edad; en la cual murieron sus santos padres, muy viejos, casi de ochenta años, sin haber tenido otra hija ni hijo, sino ella.

Estando aquí en el templo, con encendido deseo y amor de la virginidad, que el Espíritu Santo le inspiraba, hizo voto de guardarla perpétuamente, y fué la primera que hizo esta manera de voto, y alzó la bandera de la virginidad, y con su ejemplo incitó á tantos y tan grandes escuadrones de purísimas doncellas, para que la abrazasen, y por no perderla, perdiesen sus vidas: y por esto se llama Vírgen de las vírgenes, como maestra y capitana de todas ellas. Porque aunque es verdad que en el viejo Testamento algunos permanecieron castos toda su vida, como Josué, Melquisedech, Elías, Eliseo, Jeremías y los tres mozos del horno de Babilonia; pero cosa cierta y averiguada es, que ninguno con obligacion de voto prometió á Dios virginidad, y que nuestra Señora fué la primera, que sin ejemplo á quien imitase, le hizo y se ofreció á Dios; por-

que esta gloria estaba reservada á esta Señora, que sola habia de juntar la flor de vírgen con el fruto de madre.

Siendo ya de edad para casarse, pareció á los sacerdotes que la Vírgen tomase marido, como lo hacian las demas que tenian edad para ello. Mas como ella entendiese que trataban de casarla, respondió con humildad y modestia: que aquello no podia ser; porque sus padres la habian ofrecido á Dios, y ella habia hecho voto de perpétua virginidad. Admiráronse todos de oír cosa tan nueva, y trataron, si sería bien casarla con algun sacerdote, en cuya compañía perseverase en el servicio del templo; mas esto no tenia lugar, porque por ser única de sus padres habia heredado, y segun la ley era forzoso casarse con hombre de su mismo linaje y familia. Acudieron al divino oráculo; y respondió el Señor, que todos los que al presente estaban en Jerusalem, del linaje de David, se juntasen; y á quien le cupiese la suerte, ese se casase con ella: y la Vírgen tuvo revelacion del Señor, que obedeciese á los sacerdotes y que no temiese, porque él la guardaría. Cupo la dichosa suerte á José, de la tribu de Judá, natural de Belen, de oficio carpintero, hombre de madura edad y santo, y que siempre habia guardado castidad, y cual convenia que fuese el esposo de tal es-

posa. Desposáronse, siendo la sacratísima Vírgen de trece años y tres meses, y fué entregada á su esposo, para guardarla y mirar por ella.

Con esto nuestra Señora volvió á Nazareth y habitó en la casa de sus padres, que ella, como hija única, habia heredado. Y estando en Nazareth la Vírgen purísima, y llegada ya aquella hora bienaventurada, en que Dios habia determinado vestirse de nuestra carne en sus entrañas, vino á ella el arcángel San Gabriel con aquella tan alta y tan soberana embajada; y hallándola sola, retirada y suspensa en contemplacion, con grande humildad y reverencia la saludó y le dijo: «Dios te salve, llena de gracia: el Señor es contigo, y tú eres bendita entre todas las mujeres.» Turbóse la Vírgen, no por ver el ángel (que no era cosa nueva para ella), sino por verle en figura de hombre, y por las alabanzas que le daba, de las cuales ella se tenía por indigna. Mas el ángel la animó y declaró el misterio á que venía, y la aseguró que varon no tendria parte en ella, ni su virginidad, de la cual ella estaba tan solícita, padeceria detrimento; porque el Espíritu Santo vendria sobre ella, por cuya virtud concebiria al Hijo del Altísimo; y le trajo el ejemplo de su prima Isabel, que siendo vieja y estéril, habia concebido; porque para Dios nin-

guna cosa es imposible, y cuando él es servido, como pare la estéril, puede parir la vírgen. Con esta seguridad, obedeciendo á la voluntad del Señor, y humillándose profundísimamente hasta el abismo de su nada, dió el sí, y consintió en la embajada, diciendo aquellas dulcísimas palabras, que alegraron al cielo y santificaron la tierra. «He aquí la sierva del Señor: cúmplase en mí su voluntad, segun tus palabras.» En aquel momento concibió al Verbo eterno en sus entrañas, y fué verdadera Madre de Dios y de su padre y criador, y constituida reina del cielo y de la tierra, y de todo lo criado.

Acabado este inefable misterio, la Vírgen y ya madre, movida del mismo Espíritu, que con tanta copia y plenitud de gracias habia sobrevenido en ella, se puso en camino para visitar á su prima Isabel, y ejercitar la caridad con ella; y con admirable ejemplo de humildad, ayudarla, servirla y darle el parabien de la merced que el Señor le habia hecho en su vejez con el nuevo hijo, y santificar al mismo hijo con sus palabras. Anduvo aquel largo camino con presteza; porque el fervor de su gran caridad la alentaba y daba fuerzas, y mucho más el tesoro que llevaba en su sagrado vientre, porque la preñez no le estorbaba. Entró en casa de Zacarías, saludó á Isabel, visitó la

mayor á la menor, y saludóle primero, ántes que Isabel la saludase, para darnos en todo ejemplo de aquella singular humildad, con que tanto agradó al Señor. Penetraron las palabras de la Vírgen por los oídos de la madre y llegaron al santo niño Juan, que estaba en sus entrañas; el cual, recibiendo el Espíritu de la santificación, y conociendo al Señor del mundo, que estaba encerrado en el sagrado tálamo de María, dió saltos de placer, significando con ellos, lo que no podia declarar con palabras. De este movimiento y nuevo regocijo de su hijo, entendió Isabel el misterio de la Encarnacion del Hijo de Dios, y alumbrada con el espíritu de profecía y luz del cielo, dijo á la Vírgen santísima: «Bienaventurada eres tú entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre; ¿de dónde merecí yo, que la Madre de mi Señor venga á mí?» y las otras palabras que se siguen en alabanza de la Vírgen: la cual, reconociendo todas las gracias del Señor, y no atribuyendo ninguna á sí, cantó aquel cántico del *Magnificat*, que está más lleno de misterios que de palabras. Y habiendo estado casi tres meses en aquella casa, santificándola con su presencia, se volvió á la suya de Nazareth.

Aquí pasó aquella grande tribulacion con la sospecha que de ella tuvo el santo José su es-

poso. Porque viendo él que la sacratísima Virgen estaba preñada, y sabiendo cierto que él no tenia parte en aquel preñado, se halló muy turbado y confuso, no sabiendo lo que en un caso tan dudoso habia de hacer para cumplir con la ley, y no infamar á una mujer de tan loables costumbres, y que por ventura no tenia culpa. Y la santa Esposa, aunque veia las olas y afectos varios del corazon de su dulce esposo, y tenia pena de su pena; pero por encubrir el sagrado misterio, que Dios habia obrado en ella, con el velo de la humildad disimulaba, callaba, oraba y encomendaba su causa á Dios, para que él pusiese remedio. Oyóla el Señor, y envió un ángel del cielo á José, que le apareció en sueños, y le declaró el misterio, y mandó que tomase á la Virgen, para servirla y acompañarla, y tener cuidado del fruto benditísimo que de ella naciese, á quien llamarian Jesus. Con esta revelacion se deshicieron aquellos nublados, cesó la tempestad y se serenó el corazon de José, y comenzó con mayor acatamiento y reverencia á seguir aquella Virgen, que ántes tenia por santa, y ahora conocia por madre de Dios: á la cual, estando ya en los nueve meses y vecina al parto, se le ofreció otro trabajo de un largo camino, que en tiempo de invierno y frio, hubo de hacer con su esposo, de Nazareth á Belen,

para cumplir con el edicto del emperador Octaviano, que habia mandado que todos los sujetos á su imperio se empadronasen cada uno en la ciudad donde habia nacido: y como José era natural de Belen, fuéle necesario ir allá para cumplir con este mandato. Pasaron los santos esposos en este camino mucha incomodidad y trabajo, á causa de ser el camino largo, el tiempo recio, su pobreza mucha, la Vírgen santísima de poca edad, y delicada, y ya en dias de parir: la cual llevaba con admirable sufrimiento y alegría todas aquellas molestias; porque tenia en sus entrañas la dulzura y regalo del mundo.

Llegaron á Belen, y no hallaron quien los albergase. Recogióronse á una cueva que estaba fuera y pegada á los muros del pueblo, donde se solian acoger las bestias y pobres caminantes; y en aquel vil y desabrigado establo parió la Vírgen á Dios encarnado, y habiéndolo envuelto en los pañales, que para este efecto llevaba, le reclinó en el pesebre adorándole como á Dios, y reverenciándole como á Señor, y besándole como á hijo. A los ocho dias del nacimiento se hizo la circuncision en el mismo portal, donde estaban; y el ministro de ella, dice el bienaventurado San Bernardo, fué San José; y entonces se le puso el nombre de Jesus y Salvador, que el ángel habia publi-

cado y traído del cielo. Vinieron despues los reyes Magos, guiados de la nueva estrella, y adoraron al doncel y á la doncella, al Hijo y á la Madre, declarando con sus dones de oro, incienso y mirra, lo que de aquel niño tierno y Dios eterno creían. Cumplidos ya los cuarenta dias del sagrado parto, vino la reina de los ángeles á Jerusalem, para obedecer á la ley que Dios habia dado de las paridas, y para presentar su Hijo primogénito al Señor en el templo, y rescatarle con cinco siclos, como lo mandaba otra ley de los primogénitos. Aquí tuvo nuevas causas de alegría y de tristeza, de consuelo y de dolor; porque por una parte vió que la gloria de su benditísimo Hijo comenzaba á manifestarse al mundo, y que aquel santo viejo Simeon le habia tomado en sus brazos, adorándole y reconociéndole por luz de las gentes, y ornamento y gloria del pueblo de Israel; y aquella venerable y anciana profetisa Ana le habia magnificado y hablado altamente de sus grandezas y maravillas: lo cual todo era materia de gozo y de alegría. Mas por otra parte atravesó su corazon un cuchillo de dolor, cuando oyó decir al santo viejo Simeon aquellas palabras: «He aquí este niño, puesto como blanco, á quien el mundo ha de hacer contradiccion, y muchos han de caer y levantarse por él en Israel: y tu alma será traspasa-



da de un cuchillo de dolor, para que se descubran los secretos de muchos corazones de los hombres.» Con las cuales palabras se echó acíbar en los placeres de este día, y todo aquel gozo se aguló con temor y sobresalto. El cual comenzó á crecer; porque acabada aquella ceremonia y solemnidad de la purificacion de la Vírgen, fué necesario aprisa huir á Egipto, para escapar el niño de las manos del impío rey Herodes, el cual le procuraba matar. Mas el ángel apareció en sueños á José, y le mandó que luego se levantase, y tomase al Hijo y á la Madre y se fuese á Egipto, y que allí estuviese hasta que fuese avisado. Y José lo hizo así, y por caminos apartados y desiertos, con gran trabajo é incomodidad, y solícito cuidado, hicieron aquella larga jornada, y llegaron á Egipto, y habitaron en un lugar que ahora llaman Matarea, entre Heliópolis y Babilonia, tres leguas de Babilonia <sup>1</sup>, y cuatro de Heliópolis.

Aquí pasaron la vida con gran necesidad y pobreza, por ser extranjeros y no conocidos, y no con menor pavor y sobresalto: porque aunque estaban muy confiados que el Señor guardaria aquel niño; todavía el amor era causa del

<sup>1</sup> Es la Babilonia de Egipto, esto es, el antiguo Cairo, cerca del cual subsisten todavía las ruinas de la famosa Heliópolis, ó ciudad del Sol. (Nota del editor.)

temor y no los dejaba reposar. Pero lo que más afligia á la Vírgen, era ver la ceguedad de aquellos pueblos, en que vivian, los cuales dejando á Dios verdadero, adoraban por dioses á las obras de sus manos, y al cocodrilo, y á las serpientes y otras sabandijas, y en ellas á los demonios, que los traian engañados. Estuvieron en Egipto hasta la muerte de Herodes, y por mandado del mismo ángel, que ántes habia aparecido á José, volvieron á su tierra, é hicieron su asiento y morada en la ciudad de Nazareth, de donde venian cada año á Jerusalem á visitar el santo templo del Señor.

Siendo ya el niño de doce años, y habiendo venido, como acostumbraba, con sus padres al templo, se quedó en él sin que ellos lo entendiesen: y buscándole tres dias con grandes sollozos, suspiros y lágrimas, al cabo le hallaron en el templo entre los doctores y sábios, proponiéndoles dudas, y respondiendo á las que ellos le proponian. Viéndole así la dulcísima Madre, dijo al niño benditísimo: «Hijo, ¿por qué lo habeis hecho así, sabiendo que vuestro padre y yo con grande dolor os buscábamos?» Y el Señor respondió: «¿Para qué me buscábades? ¿No sabeis que me tengo de ocupar en las cosas que tocan al servicio de mi Padre?» Las cuales palabras, aunque los circunstantes no las entendieron, la Vírgen las

notó y guardó en su pecho para rumiarlas, y considerar los misterios profundísimos que estaban envueltos en ellas. Todo el resto del tiempo hasta los treinta años de su vida estuvo el Señor con su bendita Madre, acompañándola, obedeciéndola y sirviéndola, como hijo obedientísimo á su verdadera y amantísima madre: y de esta sujecion y obediencia podemos sacar la humildad del Hijo y la excelencia de la Madre; porque no puede haber humildad más profunda, que sujetarse y obedecer Dios á su criatura; ni mayor grandeza y soberanía, que mandar la criatura á Dios: y esta tuvo la Vírgen sacratísima hasta la edad de los treinta años de su Hijo. El cual, habiendo cumplido veinte y nueve años y trece dias, se despidió de su Madre, y fué á Betabora á ser bautizado en el rio Jordan, de San Juan, y de allí entró en el desierto, y ayunó cuarenta dias, y fué tentado, y venció al enemigo, y salió como maestro del cielo á predicar, y juntó discípulos é hizo lo demas que referimos en su vida. Pero en este tiempo, aunque andaba de unas partes á otras predicando, la Vírgen sacratísima le acompañaba, y se halló con él y con sus discípulos en las bodas de Caná de Galilea; y faltando el vino, no faltó la piedad de esta Señora, para rogar á su bendito Hijo que proveyese aquella falta, para que no ca-

yesen en vergüenza los novios, y con ocasion de aquel milagro se manifestase más su gloria: y así lo hizo Cristo nuestro Redentor, que ninguna cosa que le pide, niega á su Madre. Y este fué el primer milagro que obró, convirtiendo el agua en vino, y mostrándose señor absoluto de todas las criaturas.

Otra vez, asimismo, leemos, que estando predicando Cristo nuestro Señor, vino su Madre, y los oyentes le dijeron: «Hé aquí que tu madre y tus hermanos te buscan»; llamando hermanos, segun el uso de los hebreos, á los parientes cercanos de Cristo, por parte de su Madre, y áun de José, á quien tenian por padre suyo. Y otras muchas veces es de creer que la Vírgen santísima acompañaba á su benditísimo Hijo, é iba con él, y le seguia, para servirle en sus trabajos y gozar de su vista y doctrina, y magnificarle por las maravillas que obraba. Y duró el hacer esto, todo el tiempo que predicó Cristo; hasta que acercándose ya la hora en que el mismo Señor habia determinado de morir, y habiendo celebrado aquella última y misteriosa cena con sus doce apóstoles, se despidió de su dulcísima Madre, que en la misma casa con otras santas mujeres aparte tambien habia celebrado la pascua; y se fué al huerto, donde habia de ser preso, quedando la Vírgen en la misma casa, sus-

pensa y temerosa, aguardando el suceso de la pasion.

Cuando supo que su Hijo estaba preso y que le llevaban de un juez á otro, luego, sin detenimiento, salió de casa, y le siguió con otras santas mujeres hasta el monte Calvario, donde no se puede con palabras explicar, ni el dolor que penetró su corazon, viendo á su Hijo tan maltratado y afeado, y como un cordero manso despedazado de aquellos lobos infernales; ni la constancia y fortaleza que tuvo, conformándose en todo con la voluntad del Señor, y queriendo la muerte de su Hijo para gloria suya y satisfaccion de nuestras culpas. Porque el dolor fué á la medida de su amor, de donde él y las demas pasiones nacen; y el amor de la Vírgen para con su Hijo fué el mayor que jamás tuvo ni tendrá pura criatura; porque fué amor de madre para con su unigénito Hijo, é Hijo todo suyo, sin compañía de padre; é Hijo que juntamente era hombre y Dios; y en cuanto á la naturaleza humana, el más acabado y perfecto hombre, y más lleno de gracias y dones que puede ser. Pero este sentimiento y dolor, aunque fué tan excesivo, no turbó á la Vírgen ni la afligió de manera que no estuviese en pié, como una firme columna, allí cerca de la cruz, mirando con los ojos llorosos aquel espectáculo lastimoso, y ofrecien-

do al Padre eterno en sacrificio á su mismo Hijo en olor de suavidad, y suplicándole que le aceptase, y se aplacase, y por él perdonase los pecados del mundo; porque ella se conformaba con su voluntad santísima, y queria lo que él queria, y que su Hijo muriese con una muerte tan dolorosa y afrentosa; pues que su divina Majestad así lo habia ordenado.

De esta manera acompañó la Madre al Hijo en sus dolores y afrentas, y entró á la parte de su pasion como verdadera madre. La cual piedad queriendo remunerar el Señor, le dijo aquellas lastimeras y amorosas palabras: «Mujer, ves ahí á tu Hijo;» y luego dijo al discípulo: «Ves ahí á tu Madre:» dándole por hijo adoptivo á San Juan, que desde aquella hora la tomó por madre, para servirla y mirar por ella como si lo fuera: quedando con este trueco la castísima Vírgen traspasada de un agudo cuchillo de dolor, por ver cuán diferente era el hijo que perdía del que le habian dado, y el amor entrañable que para consigo tenía aquel Hijo, que estando como estaba, tan atormentado en la cruz, no se olvidaba de ella. Cuando le vió espirar, ella juntamente diera su espíritu, si con fuerzas sobrenaturales el Señor no la esforzara; y la lanzada, que despues de muerto se dió al Hijo, no ménos traspasó el corazon vivo de la Madre, que el corazon muerto del

Hijo. Despues se bajó el sagrado y descoyuntado cuerpo de la cruz, y la Vírgen le tomó en sus brazos con tal sentimiento, que ni se puede con palabras explicar, ni con entendimiento humano comprender. Finalmente, habiendo sepultado al Señor, acompañada de San Juan y de algunas piadosas mujeres, se volvió á la casa de Juan Márcos, donde se habia hecho la cena, con increíble tristeza, para aguardar el alegre dia de la gloriosa resurreccion de su gloriosísimo Hijo.

En este llanto pasó la Vírgen aquellos tres dias que el ánima de su benditísimo Hijo estuvo en el limbo, y el cuerpo en el sepulcro; hasta que venida la mañana del dia del domingo, resucitó, y victorioso y glorioso, acompañado de innumerables almas de los santos Padres, que como despojos habia sacado del limbo, le apareció primero que á nadie, como á madre carísima y que más que nadie lo merecia: con cuya vista las lágrimas de tristeza se convirtieron en lágrimas de consuelo, y se serenó aquella Señora, que estaba como luna eclipsada por la ausencia del sol. No se puede decir ni entender el gozo que recibió la Vírgen con ver á su Hijo vencedor, y triunfador de la muerte, y los abrazos que le dió, y las veces que besó las señales resplandecientes de las llagas, que habian quedado en sus piés y ma-

nos y sagrado costado. Pues ¿quién podrá explicar las gracias y alabanzas que le dieron todas aquellas almas santas, por haber sido medianera de su remedio, libertadora de su cautiverio, y madre de aquel Señor que con tanta gloria los habia rescatado?

Cuarenta dias estuvo el Señor en el mundo despues de haber resucitado; en los cuales es de creer que muchas veces visitó á su bendita Madre, recreándola con su vista, y regalándola con sus dulcísimas palabras; y que los apóstoles y los demas fieles le darian el parabien de la gloria de su Hijo, y que ella les quitaria toda la duda y sospecha, y los confirmaria en la fé de la resurreccion. Al cabo de los cuarenta dias apareció últimamente el Señor á su Madre y á sus discípulos, y los llevó al monte Olivete; y despidiéndose de ellos les echó su bendicion, y con inefable gozo, gloria y majestad, subió á los cielos, dejando á la Vírgen más alegre por su gloria, que triste por su ausencia.

Volvieron todos al cenáculo, donde perseveraron en oracion, esperando la venida del Espíritu Santo: al cual recibió la Vírgen con tantos mayores y más copiosos dones y gracias que todos los demas, quanto su disposicion era mayor, y la dignidad de madre y de maestra de toda la Iglesia lo pedia.



Despues de esto moró la santísima Vírgen en Jerusalem, ocupándose parte en altísima contemplacion de Dios y de los misterios, que vestido de su carne habia obrado, y particularmente en recibir muy á menudo el inefable Sacramento de su cuerpo con los otros fieles; porque si ellos lo hacian, ¿con cuánta más razon lo haria la que tanto mejor que todos entendia la dignidad de aquel Señor, y tanto más aparejada estaba para recibirle, y con el uso de él tanto más soberanos dones y gracias continuamente recibia? Parte se ocupaba en visitar y reverenciar aquellos santos lugares que su Hijo habia consagrado con sus pisadas y obras maravillosas, y parte en formar aquella nueva y primitiva Iglesia del Señor, que se comenzaba á plantar y extender en el mundo; porque ella era la que enseñaba á los apóstoles, y la que les manifestaba los misterios de la encarnacion, nacimiento, circuncision y niñez de Cristo: ella la que con sus oraciones y vida divina, y palabras celestiales, alentaba y daba vida á toda aquella santa compañía: ella la que con sola su vista serenaba los corazones afligidos, componia los afectos desordenados, reprimia y mitigaba los apetitos sensuales, esforzaba á los flacos, levantaba á los caidos, confirmaba á los fuertes, y convertia á los pecadores. Su caridad para con todos era arden-

tísima, la humildad profundísima, la paciencia en los trabajos y persecuciones invencible, y de manera que solo el verla despedía cualquiera tristeza y vano temor. Finalmente, era un oráculo de toda la Iglesia, un sol que resplandecía en el mundo, un prodigio divino, una Vírgen tan vestida y adornada de Dios, que en su mismo rostro y semblante representaba la inefable dignidad de madre suya, con tan grande majestad y gracia, que todos tenían deseo de verla, y muchos se pusieron en camino para Jerusalem, por gozar de la presencia de esta santísima Vírgen: porque, como dice San Ignacio en una epístola que escribió á San Juan Eyangelista: «¿Qué cristiano fiel y amigo de nuestra santa fe y religion habrá, que no desee ver y hablar á aquella que mereció tener en sus entrañas y parir á Dios verdadero?» Entre estos fué tambien aquel gran Dionisio Areopagita, discípulo del apóstol San Pablo, del cual se dice, que habiendo sido poco ántes convertido á Cristo en Atenas por la predicacion de San Pablo, vino á ver á esta Señora; y que en viéndola, le dió una admiracion de grande suavidad, y vió en ella una dignidad más que de persona mortal, que le causó un estupor maravilloso, que la tuviera por Dios, y como á tal la adorara, sino supiera por la fe que no lo era: y añade Uberti-

no, que vió San Dionisio alrededor de la Vírgen un ejército de innumerables ángeles. También estuvo un poco de tiempo la santísima Vírgen en la ciudad de Efeso, en la provincia de Asia, juntamente con San Juan Evangelista, como se saca del concilio Efesino en una epístola escrita al clero de Constantinopla, derramando en todas partes sus resplandores, y dando salud espiritual y vida á todos aquellos con quienes trataba.

Habiendo, pues, pasado con este tenor de vida muchos años, y guardádola Dios para consuelo y bien de toda su Iglesia; siendo ya de anciana edad, viendo extendida por el mundo la fe y el nombre de su Hijo, encendida de amor y derretida de deseo de verle, le suplicó afectuosamente que la librase de las miserias de esta vida, y la llevase á gozar de su bienaventurada presencia. Oyó los piadosos ruegos el Hijo de la Madre, á quien siempre oye, y envióle un ángel con la alegre nueva de su muerte, la cual ella recibió con gran júbilo de su espíritu, y lo descubrió á su querido hijo Juan Evangelista. Él lo dijo á los fieles que estaban en Jerusalem, y luego se derramó por los otros cristianos que estaban en toda aquella comarca, y vinieron muchos á Jerusalem, y se juntaron en el monte santo de Sion, en la casa donde Cristo cenó con sus discípulos,

é instituyó aquella mesa real de su sagrado cuerpo para sustento de toda su Iglesia, y el Espíritu Santo habia venido en lenguas de fuego. Trajeron los fieles muchas velas, ungüentos y especies aromáticas, como tenían de costumbre, y muchos himnos compuestos para cantar en su glorioso tránsito; y para mayor gozo de la Vírgen y consuelo de los apóstoles, de varias partes y provincias del mundo, en que andaban predicando, todos los que vivían entonces fueron traídos milagrosamente á su presencia: halláronse también otros varones apostólicos, Hieroteo, Timoteo y Dionisio Areopagita, y otros muchos que con grande instancia habían pedido al Señor que los hiciese dignos de ver aquel dichoso espectáculo. Cuando la Vírgen purísima vió aquella santa y bienaventurada compañía, se gozó con un gozo inefable, é hizo gracias á su bendito Hijo por aquel incomparable beneficio que le habia hecho, y con rostro grave y sereno les dijo; que los espíritus celestiales habían mucho deseado su partida de esta tierra, y que ella también lo habia suplicado á Dios, y él se lo habia otorgado, y que así presto se cumpliría. Recostóse en una humilde cama; y mirando á todos, que ya tenían candelas encendidas en las manos, con un aspecto más divino que humano les mandó que se acercasen, para darles

su bendicion, la cual les echó suplicando á su Hijo que la confirmase desde el cielo, y les diese aquellos bienes sempiternos que nunca desfallecen ni se acaban. Todos se deshacian en lágrimas por la ausencia de tal madre, y ella los consolaba y decia: «Quedaos con Dios, hijos míos muy amados: no lloreis porque os dejo; sino alegraos, porque voy á mi querido.» Luego encomendó á San Juan que repartiese dos túnicas ó ropas que habia usado, á dos doncellas que allí estaban, y habian vivido mucho tiempo con ella. En este punto bajó del cielo, acompañado de innumerables ángeles, su Hijo dulcísimo, y en viéndole, con grandes júbilos y saltos de su corazon, dijo la Madre santísima: «Bendígote, Señor, dador de toda bendicion, y luz de toda luz, por haberte dignado tomar carne de mis entrañas. Bien cierta estoy que se cumplirá en mí todo lo que tú dijiste.» En diciendo esto, se reclinó en la cama, y se compuso decentemente, y levantando las manos en alto, llena de increíble gozo por ver á su Hijo, que la llamaba y convidaba á la eterna felicidad, le dijo: «Cúmplase en mí tu palabra:» y con esto, como quien se echa á dormir, sin dolor alguno ni pesadumbre, dió su alma á aquel Señor, á quien ella habia dado su carne, la noche ántes del dia quince de Agosto, cincuenta y siete

años despues que parió á Cristo, y á los veinte y tres de su pasion, siendo de edad de setenta y dos años ménos veinte y cuatro dias, segun la más probable y verdadera opinion: porque algunos no le dan sino cincuenta y nueve, y otros sesenta y dos, ó sesenta y tres; y otros ménos. Pero supuesta la verdad tan testificada de tantos y tan graves autores, que los sagrados apóstoles se hallaron á la muerte de la Vírgen santísima, y que San Dionisio Areopagita, como él dice, estuvo presente á ella, necesariamente le habemos de dar más larga edad; pues él no se convirtió á Cristo hasta que San Pablo vino á Atenas, que fué el año del Señor de cincuenta y dos, y á los sesenta y siete de la Vírgen.

Llevó el bendito Hijo el alma purísima de su bendita Madre al cielo, donde fué recibida de toda aquella córte celestial y bienaventurados espíritus, con cantares de alabanzas y júbilo de fiestas y alegría, como convenia que fuese recibida la Reina de todos, y Madre de su Señor. Admiráronse de su belleza, gloria y majestad, y de verla tan rica y adornada de tantas virtudes y gracias soberanas, que con su resplandor oscurecia las de los otros santos, como el sol la claridad de las estrellas. Allí fué colocada sobre todos los coros de los ángeles en coro aparte y por sí, á la diestra de

su Hijo. En la tierra, al mismo tiempo que espiró la Vírgen, los mismos ángeles que acompañaron su alma, dieron música suavísima, y no ménos los que quedaron alrededor de su sagrado cuerpo, para celebrar las exequias: y esta música fué oída de los que allí estaban presentes. Mas los apóstoles y discípulos del Señor cuando vieron difunta á la Vírgen se arrojaron en el suelo, besaron con gran ternura, devocion y afecto aquel santo cuerpo, cantando himnos y alabando al Señor, que habia tomado carne de aquella carne, y por medio de ella obrado tan grandes maravillas. Ungieron el cuerpo, como era de costumbre, con preciosos unguentos, y envolviéronle en una sábana limpia, esparciendo flores y suaves olores; pero ninguno llegaba á la fragancia que del santo cuerpo salia. Vinieron muchos enfermos con varias y graves dolencias, y todos quedaron sanos por virtud de aquella Señora que nos dió la salud al mundo.

En amaneciendo el dia quince de Agosto, los santos apóstoles tomaron sobre sus hombros las andas en que iba el sagrado cuerpo, y lleváronle por medio de la ciudad á Jetsemaní, cantando ellos y todos los fieles y los mismos ángeles, que acompañaban el entierro, loores á la Vírgen. Atrevióse un judío pérfido y obstinado, del linaje sacerdotal, á echar

mano de las andas para derribarlas en el suelo: mas las manos cortadas de sus brazos quedaron allí pegadas, en castigo de su loco atrevimiento. Conoció el ciego su culpa, alumbrado con la pena: lloróla; pidió perdon, y alcanzóle; porque mandando San Pedro juntar los brazos mancos con las manos que colgaban, quedó el hombre sano en cuerpo y en alma; pues que en dia tan solemne y de tanto regocijo para la Vírgen, no convenia que ninguno dejase de recibir mercedes por su mano. En llegando á Jetsemaní, al tiempo que el santo cuerpo se hubo de poner en el sepulcro, allí fué el renovarse el llanto, el besarle de nuevo y adorarle con gran reverencia, sin poder desviar los ojos de donde tenian el corazon. Al fin se puso el cuerpo en el sepulcro, pero no por eso se partieron los apóstoles; ántes estuvieron allí tres dias, oyendo la música de los ángeles y alabando juntamente con ellos á Dios. Llegó al tercer dia Santo Tomás apóstol, que no se habia hallado á la muerte de la Vírgen, y deseando ver y reverenciar el santo cuerpo, pidió que se abriese el sepulcro, permitiendo el Señor que viniese tarde, para que con esta ocasion se manifestase lo que sucedió; porque abriendo el sepulcro, no se halló el sagrado cuerpo, sino solamente bien compuesta la sábana y los lienzos en que habia



sido envuelto; los cuales ellos besaron, y cerrando el sepulcro, del cual salia un olor suavísimo y más del cielo que de la tierra, llenos de gozo y de incomparable alegría se volvieron á la ciudad, teniendo por cosa muy cierta y averiguada, que aquel cuerpo sacratísimo, unido ya con su ánima, y glorioso, habia resucitado y subido al cielo.

La estatura de la Vírgen fué mediana, aunque algunos dicen que fué algo más que mediana. El color era trigueño, el cabello rubio y de color de oro, los ojos vivos y las niñetas de ellos un poco coloradas, las cejas arqueadas, negras y graciosas, la nariz un poco larga, los labios hermosos y de mucha suavidad en el hablar, el rostro más largo que redondo, las manos y dedos largos, su aspecto grave y modesto, sin ningun género de fausto ni melindres, ni afectacion, sino sencillo y humilde. Los vestidos que traia no eran teñidos, sino de su color nativo. Era muy mansa, muy compuesta y recatada; no iracunda, ni risueña, ni libre en el hablar. Pintó San Lucas Evangelista, viviendo la Vírgen, algunas imágenes suyas: una de ellas está hoy dia en Roma, en la iglesia de santa María la Mayor, en la cual se echan de ver las facciones de la Vírgen, y cuánto se parecia la madre á su Hijo.

Esta es la vida de la sacratísima Vírgen nuestra Señora, sacada de graves autores, referida breve y sencillamente, dejando los inefables misterios que en ella se encierran, para tratarlos más copiosamente en los dias de sus festividades, en que la santa Iglesia los celebra, como en sus propios lugares se verá.

En el cielo está sin duda en cuerpo y alma nuestra madre, y allí está nuestra abogada y nuestra reina, alegrando con su vista todas aquellas gerarquías de los ángeles, y á todos los cortesanos y moradores del cielo, é intercediendo por nosotros, y como fiel depositaria y dispensadora universal de todos los tesoros y gracias de Dios, repartiendo de ellas á los fieles, y con más larga mano á los que con mayor cuidado la sirven, y con más particular devocion se le encomiendan; porque ella es el cuello, por el cual nuestra cabeza, que es su benditísimo Hijo, influye en el cuerpo de su Iglesia todo el sentimiento y movimiento espiritual con que ella vive y se conserva; es el caño y arcaduz por donde pasa toda el agua que de aquella fuente de vida se deriva á nuestras almas; es la tesorera general de todas las riquezas que Dios tiene en el cielo y en la tierra; y es la puerta por donde habemos de entrar, si queremos alcanzar perdon y misericordia en el acatamiento del Señor;

es madre de la gracia, por ser madre de Jesucristo, que es autor y dador de la misma gracia, por quien han sido agradables á Dios todos los que han sido desde el principio del mundo, y lo serán hasta el fin de los siglos. Por donde se ve las obligaciones precisas que nos corren de ser devotísimos de esta Vírgen sacratísima, no solamente por habernos dado á su Hijo preciosísimo, concebido de su sangre en sus entrañas (que es todo nuestro bien, y el cumplimiento y remate de todos nuestros deseos y de nuestra bienaventuranza), sino tambien porque no podemos gozar de este tesoro y sumo bien, si no somos ayudados y favorecidos de la misma reina, por cuya mano el Señor nos le comunicó con tan inestimable liberalidad.

Tenemos necesidad, como dice San Bernardo, de esta medianera para con su Hijo, que es único medianero entre nosotros y el Padre eterno. Por esto, todos los santos de todas las edades y naciones que ha habido en la Iglesia católica, han sido siempre devotos y fidelísimos siervos de esta Señora, y se han empleado en alabarla, magnificarla y servirla con sus pensamientos, meditando sus grandezas; con sus lenguas, predicando sus maravillas; con su estilo, escribiendo sus excelencias; con su vida, imitando la vida divina de

la que Dios puso por ejemplo del mundo: cuanto han sido más santos, tanto han sido más devotos capellanes de la gloriosa Vírgen. Y los santos y graves autores dicen: que es singular gracia y favor de Dios, y unas como prendas de la salvacion, el tenerle particular devocion y acudir á ella con confianza, hacerle algun servicio, tomarla por abogada y patrona, é imitar sus virtudes, porque es madre de misericordia, y ninguno esperó en ella y quedó confuso; y á esta causa el melífluo San Bernardo, y devotísimo de nuestra Señora, dice: «Calle vuestra misericordia, oh Vírgen beatísima, si hay alguno que no halló vuestro favor, cuando os lo pidió en sus necesidades.» Y en otro lugar nos exhorta á todos á tener con ella especial devocion, y acudir á ella en todas nuestras necesidades por estas palabras: «Oh tú, que entre las ondas de este siglo andas fluctuando, si no quieres perecer en la tormenta, no desvies los ojos de este norte y de esta estrella. Si se levantaren los vientos de las tentaciones, si fueres á dar en la roca de las tribulaciones, mira á la estrella, y llama á María. Si te arrebatara la ola de la soberbia, de la ambicion, de la detraccion ó envidia, mira á la estrella, y llama á María. Si la navecilla de tu alma zozobrare, y estuviere en peligro por la codicia ó algun apetito sensual, mira á

María. Si te comienzas á ahogar por la gravedad de tus delitos y la fealdad de tu conciencia, y espantado del juicio divino te afliges y temes caer en el profundo abismo de la desesperacion, piensa en María. En los peligros, en las angustias, en las caidas congojosas, piensa en María, llama á María. No se aparte de tu boca, no se aparte de tu corazon; y para que alcances el favor de su oracion, no dejes los ejemplos de su conversacion: porque siguiéndola, no vas fuera de camino; rogándola, no desesperas; pensando en ella, no yerras; teniendo en ella, no caes; defendiéndote, no temes; siendo tu guia, no te cansas; y siéndote ella propicia, llegas al deseado puerto de la eterna felicidad.» Todo esto es de San Bernardo. Y es cierto, que esta Vírgen castísima y Madre benignísima toma debajo de sus alas, y con especial amparo defiende, á los que con entrañable afecto se encomiendan á ella, y les hace particulares mercedes, favores y regalos.

A San Gregorio Taumaturgo, obispo de Neocesárea, le apareció, y mandó á San Juan Evangelista que le enseñase lo que habia de creer y predicar acerca del misterio de la Santísima Trinidad. Para atajar los daños con que Juliano Apóstata amenazaba á la Iglesia del Señor, á suplicacion de San Basilio, la Vírgen mandó á San Mercurio, mártir, que matase al

tirano; y así lo hizo. A San Martín le apareció, y le recreó, acompañada de un coro de vírgenes, que bajaron del cielo con ella. A San Cirilo Alejandrino, que por su servicio salió en campo contra Nestorio, hereje, y le venció, le socorrió á la hora de la muerte, y le alcanzó perdón de la culpa que habia tenido en creer mal de San Juan Crisóstomo. A San Juan Damasceno restituyó la mano derecha, que el rey bárbaro, por falsa acusacion de los herejes, le habia mandado cortar: y en testimonio de este milagro, quedó por señal como un hilo en la juntura donde la mano se pegó con su brazo. San Gregorio Magno con la imágen de la Virgen, que pintó San Lucas, y él mandó llevar en procesion, amansó la indignacion del Señor, y cesó aquella cruelísima pestilencia que arruinaba y consumia la ciudad de Roma; y por un preciosísimo don envió á San Leandro, arzobispo de Sevilla, íntimo amigo suyo, la imágen de nuestra Señora, que hoy dia está en Guadalupe, y hace tantos y tan continuos milagros cada dia, y por ellos es reverenciada, no solamente en toda España, sino en todo el mundo. San Ildefonso, arzobispo de Toledo, por haber defendido con singular valor, celo y doctrina la pureza y perpétua virginidad de esta Reina de los ángeles contra ciertos herejes que la pretendian oscurecer, mereció verla

y adorarla en su templo de Toledo, y recibir de su mano aquella vestidura celestial, con que quedó tan rico, favorecido y hecho en la tierra ciudadano del cielo.

Ruperto, abad Tuiciense, que por ser tardo de ingenio, desconfiaba poder entender y penetrar bien los misterios que están encerrados en las Divinas Letras, impetró de la Vírgen sacratísima tan grande luz de ciencia y doctrina, que fué uno de los sapientísimos varones de su tiempo, y esclarecido en vida y en muerte con muchos milagros; y el mismo beneficio recibió el beato Alberto Magno, fraile de la órden de Santo Domingo, y maestro del gran doctor de la Iglesia Santo Tomás de Aquino, en el conocimiento de todas letras, y especialmente de las naturales y filosóficas, que él deseó y pidió á Nuestra Señora, por verse de poca habilidad y rudo ingenio.

Sería nunca acabar, si quisiésemos referir aquí todo lo que graves autores escriben de los favores que esta Señora nuestra ha hecho á los que con limpio y devoto corazon le han pedido remedio y le han hecho algun servicio. Pero no es ménos admirable su misericordia para con los pecadores, que su liberalidad y magnificencia para con sus devotos siervos. ¿Quién no sabe cómo libró esta Madre y abogada de los pecadores á aquel arcediano ó mayordomo

de Adama, ciudad de Cilicia, llamado Teófilo? El cual por verse acusado falsamente, vencido de la impaciencia y dolor, ciego negó á Cristo y á su bendita Madre, y se entregó totalmente á Satanás, y le dió vasallaje, con una cédula escrita de su mano; la cual cédula despues recobró por la intercesion de la misma Señora, que había ofendido, é impetró perdon de su gravísimo pecado. Pues, ¿qué diré de María la penitente, que llaman Egipciaca? La cual habiendo sido ántes un muladar abominable por su deshonestidad, despues que en Jerusalem se encomendó á la Vírgen de las vírgenes, y le prometió dar libelo de repudio á todas las blanduras de la carne, por su intercesion floreció como un paraiso de deleites, y fué espejo de penitentes. Y no es ménos de maravillar la gracia que hizo nuestra Señora á una mujer de Alemania, la cual el año del Señor de 1094, no lejos de la ciudad de Laudum, habiendo muerto á un hombre, y siendo condenada á ser quemada viva por ello, al tiempo que la llevaron al suplicio, pidió con grande afecto favor á la Vírgen; y ella se le dió tan cumplido, que echada dos veces en el fuego, no se quemó ni se chamuscó un solo hilo de su ropa. Y como estos hay otros innumerables milagros, que en todos los siglos pasados, y en todas las provincias y naciones del mundo,





con todo género de estados, sexos y condiciones de personas, en paz y en guerra, en la prosperidad y en la adversidad, en vida y en muerte, con justos y con pecadores, ha obrado el unigénito y todopoderoso Hijo de María, para honra de su Madre santísima. Y los que cada día obra en toda la redondez de la tierra, y especialmente en algunos señalados lugares y santuarios que él ha escogido, para que en ellos sea más invocada y reverenciada esta Señora (como son, la santa casa de Loreto en Italia, las de Monserrate y Guadalupe en España, y las otras muchas que en ella y en toda la cristiandad son tenidas en grande veneración), son tantos y tan notorios, que no tienen cuenta, y como cosa muy sabida es mejor dejarlos, pues por mucho que se diga, siempre quedará más que decir.





FIESTA  
DE  
LA INMACULADA CONCEPCION  
DE LA VÍRGEN MARÍA NUESTRA SEÑORA

**C**UANDO el real profeta David habló á los príncipes del pueblo de Israel, exhortándolos á labrar un templo magnífico y suntuoso al Señor, les dijo: *Opus grande est; neque enim homini præparatur habitatio, sed Deo:* esta es una grande obra; porque no tratamos de hacer un palacio para un rey, y hombre mortal, sino un templo en que more y habite Dios. En todas las fiestas de la Vírgen sacratísima podemos usar de estas palabras; pero más particularmente en la fiesta de su purísima Concepcion: porque fué el principio de todas sus fiestas, y en la que despues de su eterna predestinacion se pusieron los fundamentos de este templo divino, y se comenzó á aparejar la casa en que

habia de morar el Señor, y esta fué una grande obra, y todas las cosas que concurren en ella son grandes; y así dijo la misma Vírgen: *quia fecit mihi magna, qui potens est*: porque el Todopoderoso ha hecho cosas grandes en mí. Y si el cimiento del muro de aquella soberana y celestial ciudad está adornado y enriquecido de todas las piedras preciosas, como lo dice el evangelista San Juan en su Apocalipsi, ¿con cuánta más razon debemos creer que la immaculada Concepcion de la Vírgen sacratísima, que es el fundamento de sus fiestas, está llena de misterios y prodigios divinos? Pues ella es aquella espiritual y admirable ciudad de Dios, de la cual dice el Profeta, que se han dicho y predicado cosas gloriosas y estupendas. Mas para tratar de la fiesta de hoy, y para que mejor se entienda lo que celebra la santa Iglesia, celebrando la Concepcion de nuestra Señora, bien será que tomemos el agua un poco más arriba, y declaremos lo que la fe enseña del pecado original, del cual decimos que la Vírgen fué exenta y libre; de manera, que aunque fué hija de Adan, no incurrió en el pecado original, como incurren todos los que por el curso natural son hijos y descendientes de Adan.

Así como Dios nuestro Señor es en sí riquísimo y felicísimo, sin tener necesidad de na-

die, así por su sola é infinita bondad crió al hombre, tan noble y adornado de su semejanza é imágen, que pudiese ser partícipero y compañero de su misma gloria, y viese, amase y gozase de la misma esencia y hermosura de Dios (aunque no en tan alto grado como él, que solo se comprende); y así, fuese bienaventurado como él lo es: y con lo mismo que él lo es: y como este fin es tan alto y tan excelente, proveyó el Señor al hombre de las habilidades y gracias sobrenaturales, con las cuales pudiese habilitarse para esta dignidad. Estas habilidades y dones sobrenaturales señaladamente fueron dos, gracia y justicia original. La gracia hacia al hombre hermoso y grato á Dios, y amigo suyo, y como á hijo, le daba título y derecho para la gloria; y juntamente con ella era adornado de todas las demas virtudes y dones del Espíritu Santo, para poder con facilidad y suavidad hacer obras merecedoras de la gloria, para que así alcanzase por justicia aquello á que Dios le habia predestinado por gracia.

El segundo don era de justicia original, que es una rectitud y órden con que el hombre estaba en paz con Dios y consigo mismo, y tenía señorío sobre todos sus afectos y pasiones naturales, y la parte inferior y animal del hombre estaba sujeta á la racional; y demas

de esto tenía señorío universal sobre todos los animales y sobre la muerte, y sobre todas las enfermedades, que son aposentadores de la misma muerte. Mas dió todo esto Dios á nuestro padre primero, con condicion que gozase de todos estos privilegios, así él como sus descendientes, siendo fiel y obediente á Dios; y si no lo fuese, los perdiese para sí y para ellos: y para prueba y ejercicio de esta fidelidad y obediencia, poniendo al hombre en el paraiso terrenal, y dándole licencia para que pudiese comer de todos los árboles de él, le mandó, so pena de muerte, y perdimiento de todos los dones recibidos, que no comiese de uno sólo que él habia entredicho.

Comió Eva del árbol vedado, engañada de la serpiente; y ella pervertida, pervirtió tambien á su marido: y así ambos traspasaron el mandamiento de Dios, y perdieron luego la inocencia y aquellos dones admirables que habian recibido, y quedaron desnudos, pobres, ciegos, miserables y mortales; y cuales ellos quedaron, tales nos engendraron á nosotros; de manera, que cuando Adan pecó y quebrantó el mandamiento de Dios, no solamente hizo daño á sí mismo, sino tambien á nosotros, así en el cuerpo como en el alma: en el cuerpo, porque quedamos sujetos á muerte y á corrupcion, y á dolores y penas: en el alma, porque

en siendo concebido cualquier hijo de Adan por obra de varon, en el mismo punto tiene en su alma pecado original, que es muerte del alma, y una desnudez y falta de aquella gracia y justicia original que debia tener, la cual el mismo Dios habia dado tan liberalmente á su primer padre, para sí y para toda su posteridad.

Este pecado no se puede quitar por fuerzas naturales, sino por solo el merecimiento de Cristo nuestro Señor, que se aplica en el bautismo, por el cual se restituye la gracia y se perdona y quita todo pecado, sin quedar en el alma cosa por la cual Dios aborrezca al bautizado.

Tambien nos dañó Adan en el alma, porque en él y en nosotros se desordenó y alborotó el apetito y concupiscencia que ántes con la justicia original estaba bien ordenada, enfrenada y sujeta á la razon, y quedó esta bestia fiera tan suelta, tan rebelde y tan inclinada á los bienes sensibles, que, quitado el demonio aparte, no hay en el mundo cosa más furiosa, más desenfrenada y dañosa que ella: porque esta rebelion de la concupiscencia, y una inclinacion habitual de amarse más á sí que á Dios, con que despues del pecado nacemos, es un manantial y seminario de todos los pecados del mundo. Verdad es que despues del

bautismo no puede dañar esta concupiscencia á los que no consienten á sus deleites y apetitos, y pelean contra los vicios, y la toman por materia y ejercicio de virtud. Y si el Apóstol llama pecado á esta concupiscencia, no es porque sea verdadera y propiamente pecado en los ya bautizados, sino porque es efecto del pecado original, y porque nos inclina á pecar: porque, como dicen los teólogos, el pecado original es un solo pecado en sí, mas en potencia es todos los pecados: porque de todos ellos es principio y causa.

De esta doctrina, sacada del sacrosanto concilio tridentino, se sigue, que el pecado original es pecado que mata el alma, y que los que mueren en él nunca verán á Dios; y que se puede decir con verdad de un niño recién nacido, ántes de ser bautizado, que tiene pecado, que es enemigo de Dios é hijo de ira y aborrecible en el acatamiento divino, y que es del bando de Satanás, esclavo y morada suya, sujeto de perdicion, vaso de inmundicia y abominacion y borrado del libro de la vida; porque todo esto se sigue al pecado original.

Supuesta, pues, la verdad de todo lo que hasta aquí habemos declarado, lo que decimos y lo que es intencion de la santa Iglesia, en celebrar la fiesta de la Concepcion de nuestra Señora, es que aunque esta gloriosa Vírgen,

mirándola como hija de Adan, y concebida por via natural de San Joaquin y Santa Ana, sus padres, habia de contraer el pecado original, y caer en los daños que de él se siguen, como todos los otros hijos de Adan; pero no cayó y fué preservada y prevenida con la gracia superabundante del Señor, que *ab æterno* la habia predestinado para madre suya, y con singular privilegio la eximió de aquella ley general que comprendia á todo el linaje humano, porque así convenia á la excelencia y dignidad de tal Hijo y de tal Madre; lo cual se hizo de esta manera.

En el mismo punto que crió Dios aquella bendita alma de la Vírgen y la infundió en el cuerpecito formado en las entrañas de su madre Santa Ana, en ese mismo instante y momento la enriqueció y hermoseó con su soberana gracia, y la detuvo para que no cayese en el pecado original como de su naturaleza habia de caer, y la hizo agradable en sus ojos, de suerte que el demonio nunca tuvo parte en ella, ni se pudo gloriarse que habia sido esclava jamás y cautiva suya, la Madre del Señor, Esposa del Padre eterno, y Templo del Espíritu Santo. Esto es lo que celebra la Iglesia en esta fiesta, y es muy conforme á la Sagrada Escritura, á la doctrina de los santos, y á toda buena razon.



Porque despues que Adan y Eva pecaron, y fueron convencidos de su pecado, ántes de pronunciar contra ellos la sentencia, echó el Señor la maldicion primero contra la serpiente que habia engañado á Eva, con aquellas memorables palabras que se leen en el tercer capítulo del Génesis: «Yo pondré, dice hablando con la serpiente, enemistad entre tí y la mujer, y entre su generacion y la tuya, y ella te quebrantará la cabeza, y tú andarás siempre acechando á sus calcañares:» que es armándole lazos en todos sus pasos y caminos. Esta sentencia pronunció Dios contra el demonio, ántes que diese la sentencia contra los pecadores; y los santos doctores la interpretan de la gloriosísima Vírgen María nuestra Señora, que fué la que habia de quebrantar la cabeza de la serpiente, y por medio de Jesucristo, su benditísimo Hijo, destruir su poder y librar al hombre de su tiranía, y restituirle en su gracia y divinidad; para que así como por una mujer flaca el demonio habia triunfado del mundo; así el fruto de otra mujer triunfase del demonio, y él perdiese toda su ufanía: porque mayor confusion suya era que el fruto de una mujer triunfase de un espíritu, que no un espíritu de una flaca mujer. Así que ya desde entonces puso Dios á esta bendita mujer y Reina nuestra, por capitana y señora

del campo para que pelease con la serpiente y le quebrantase la cabeza ántes de pronunciar la sentencia contra Eva y contra Adan, para darnos á entender que no queria comprender en aquella sentencia á la que ántes de pronunciarla la habia eximido de ella y constituido por reparadora del pecado que con tan rigurosa sentencia condenaba.

El mismo Señor y amoroso Esposo suyo dice de ella, «que es entre todas las otras hijas suyas, como la azucena entre todas las espinas:» porque las demas en comparacion de la Vírgen, son como espinas por el pecado original que trajeron de Adan; pero ella sola fué blanca como la azucena y olorosa como la rosa y clavellina en los ojos del verdadero Salomon. De ella misma dice el Esposo: «Toda eres hermosa, amiga mia, y no hay en tí mancha ni mancilla de pecado:» las cuales palabras acomoda la santa Iglesia á la Vírgen en esta fiesta, y no se pueden bien verificar si pusiésemos en ella la mácula del pecado original; y en otro lugar: «Una es mi paloma y mi querida y perfecta; una es la escogida:» ó como otros leen: «la inmaculada:» porque ella sola fué limpia y sin mácula alguna de pecado actual y original. Llámase esta Vírgen, en la Sagrada Escritura; «Huerto cerrado y fuente sellada:» porque no pudo la serpiente entrar

en él, ni beber de ella, ni infeccionar sus purísimas y saludables aguas. El ángel San Gabriel en aquella solemne salutacion la llamó «llena de gracia,» ó como dice el texto griego, «singularmente graciosa,» porque alcanzó la gracia que ninguna otra hija de Adan tuvo; y porque como dice San Jerónimo, á los demas se dió parte de la gracia; mas á María toda la plenitud de la gracia se le comunicó. Añadió el ángel: «El Señor es contigo:» porque siempre fué con María; y no lo hubiera sido, si en algun tiempo, aunque brevísimo, hubiera sido cautiva del demonio. ¿Pues qué diré de las últimas palabras? «Bendita eres tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre?» ¿Cómo fuera bendita entre las mujeres esta vírgen sacratísima, si con las demas hubiera sido sujeta á la maldicion? Y toda esta gracia y privilegio se le concede, porque el fruto de su vientre es bendito; porque esta bendicion y esta prerogativa tan excelente y singular no le viene á la Vírgen de su cosecha y por su naturaleza, sino por la excelencia y santidad de su benditísimo Hijo, como Teofilato y San Bernardo lo notaron, y adelante se dirá.

Pues ¿qué diré de los santos, que ó claramente enseñan esta verdad, ó de sus palabras se colige? Santiago, apóstol, el Menor, obispo

de Jerusalen, en su Liturgia, que la sexta sínodo con tan grande acatamiento reverencia, llama á la Vírgen santísima «Inmaculada y gloriosísima Señora nuestra, Madre de Dios»: y al cabo dice estas palabras: «Digna cosa es que te llamemos verdaderamente bienaventurada, y de todas maneras irreprehensible, y más excelente que los querubines; toda criatura, oh Vírgen llena de gracia, os da el parabien y se alegra con vos; porque sois el templo de Dios santificado.»

De San Andrés apóstol se refiere que dijo, «que así como el primer Adan habia sido formado de la tierra ántes que Dios le echase su maldicion, así el segundo Adan habia sido formado de la tierra virginal que nunca habia sido maldita.» En la sétima sínodo se dice que fué inmaculada, y más pura y limpia que ninguna otra criatura sensible é intelectual. El concilio francfordiense, Orígenes, Efren, Andrés Cretense y Eutimio, la honran con los mismos títulos de inmaculada y totalmente limpia y pura, y digna Madre de su dignísimo é inmaculado Hijo.» Teodoreto la llama «la santísima é inmaculadísima María Madre de Dios.» San Gregorio Taumaturgo dice, que sola la Vírgen fué santa y del todo limpia y sin mancilla en el cuerpo y en el espíritu. Fulberto Carnotense saluda á la Vírgen con estas

palabras: «Dios te salve, María escogida, que siempre desde el principio de tu concepcion fuiste inmaculada; porque habias de parir al Autor y fuente de toda santidad.» El gran doctor y luz de la Iglesia San Agustin, tan gran defensor y ensalzador de la gracia de Cristo y perseguidor de los herejes pelagianos que la pretendieron oscurecer é impugnar, en el libro de la Naturaleza y Gracia, dice estas notables palabras: «Exceptuando á la Vírgen y Madre de Dios, de la cual, cuando tratamos de los pecados, en ninguna manera quiero que se ponga alguna duda; porque sabemos que le fué dada tan abundante gracia para vencer totalmente al pecado, porque mereció concebir en sus entrañas y parir al que sabemos que no tuvo algun pecado.»

Todas estas palabras son de San Agustin, hablando contra los pelagianos que negaban el pecado original: del cual y de cualquiera otro actual de tal manera libra á la Vírgen que no quiere que se ponga en disputa ni en duda, por ser cosa cierta que habia vencido, no en parte, sino del todo el pecado, para ser digna Madre del que ni tuvo ni pudo tener pecado. Esta doctrina es conforme á lo que el mismo santo doctor enseña, escribiendo contra Juliano: que el que siendo adulto no hizo pecado, siendo niño no le contrajo; y de la santísima

Virgen la Iglesia católica á boca llena confiesa que no tuvo pecado actual, de lo cual se sigue que tampoco tuvo pecado original.

San Gerónimo declarando aquellas palabras del salmo: *Exaudi eos in nube diei*; por la nube del dia entiende la Virgen sacratísima; porque siempre estuvo en luz y nunca en tinieblas. El bienaventurado San Lorenzo Justiniano dice, que ninguno está exceptuado del pecado original, sino sola aquella que engendró al Salvador del mundo. San Juan Damasceno dice: «Oh santísima Virgen, que has engañado á los príncipes y potestades y has sido conservada inmaculada para esposa de Dios:» y en otro lugar dice que la serpiente no tuvo entrada en este paraiso de deleites; é introduce á la Virgen, que hablando con su Hijo, le dice: «Recibe mi alma tan querida, que la guardaste siempre limpia de pecado.»

Nunca acabariamos si quisiésemos aquí referir lo que los santos dicen de la pureza de la Inmaculada Virgen: léalo quien quisiere en el padre doctor Francisco Suarez, que copiosa y eruditamente trata esta materia: y nosotros declaremos algunas de las razones que hay para que Dios haya preservado á su gloriosa Madre de todo pecado original y actual; porque así convenia á la grandeza del Hijo y á la dignidad de la Madre, y á los hombres y á los

ángeles y á toda la córte celestial; porque primeramente, ¿qué buen hijo hay en el mundo que no honre á su madre, ó qué hombre, que si estuviese en su mano no naciese de la mujer más excelente y más adornada de todas las gracias que puede haber? Porque honra es del hijo la honra de la madre. Pues si Cristo nuestro Señor pudo hacer esta honra á su Madre benditísima, ¿qué causa hay para que no se la haya hecho? Y si la sabiduría, como dice Salomon, no entra en el alma perversa, ni habita en cuerpo sujeto á pecados, ¿cómo creeremos nosotros que la Sabiduría eterna quiso morar en el vientre virginal, y en aquel cuerpo y alma que en algun tiempo habia sido sujeta á pecado, y que pagasen pecho al demonio los pechos que habian de dar leche á Dios? Especialmente diciendo el apóstol San Pablo, que era cosa muy conveniente que tuviésemos tal pontífice, que fuese santo, inocente, immaculado y apartado de los pecadores; porque, ¿cómo fuera apartado de los pecadores, si su santísima Madre, cuya carne él era, hubiera sido sujeta á pecado? Fué, pues, muy conveniente que el Hijo honrase á su Madre, porque no faltándole poder para hacerlo, no era justo que le faltase la voluntad, y que siendo Redentor de todos, y habiendo varios grados en esta redencion, porque algunos gozan, y otros

por su culpa no gozan de este beneficio, no usase con su dulcísima Madre del grado más perfecto y más excelente de redención, que es no dejarla caer para levantarla, sino tenerla para que no cayese; porque aquel es más excelente médico que preserva al enfermo, que no el que después le sana: y más perfecto redentor el que no deja cautivar, que el que rescata al cautivo; y más debe el deudor al que paga su deuda antes que por ella le echen en la cárcel, que al que le libra después de preso por ella; y más está obligado al Señor el inocente que no cayó por haber sido guardado de su poderosa mano, que el que después de haber caído por su gracia se levantó. De aquí es, que por haber sido preservada del pecado original esta Virgen sacratísima, no solamente no está excluida de la gracia de la redención de Jesucristo; antes goza más perfectamente que todos los otros hijos de Adán, y por una manera singular é inefable de la gracia de su redención; lo cual redundaba en mayor gloria del mismo Redentor que tal supo y pudo hacer; y lo hizo con aquella que le dió la carne y sangre con que á todos nos había de redimir. Por esta causa San Bernardino de Sena gravemente la llama á la Virgen Primogénita del Redentor, y fué muy conveniente que así como el unigénito Hijo de Dios, en cuanto



Dios, es figura sustancial del Padre eterno y resplandor de su gloria, é imágen perfectísima de todas sus perfecciones; así en cuanto hombre fuese muy parecido á su bendita Madre en la complexion, condiciones y facciones del cuerpo; y que ella en las del alma, pues tambien era hija de su Hijo, fuese un vivo retrato de sus gracias y virtudes.

Pues si miramos que esta Vírgen es Madre de Dios, y lo que este nombre de Madre de Dios comprende, y la dignidad que en sí encierra, hallaremos que ninguna gracia y privilegio puede caber en una pura criatura que no quepa en esta dignidad; y con esta regla habemos de medir y regular todo lo que toca á esta sacratísima Vírgen, porque como dice San Buenaventura, bien puede Dios hacer un cielo más hermoso y un mundo mayor y más lleno de varias y nuevas especies de criaturas; mas no puede hacer una madre que sea mayor que la Madre de Dios, porque no puede ser madre de mayor ni más excelente hijo, que el mismo Dios. Y porque sepamos que este es el nivel con que habemos de nivelar lo que toca á la Vírgen, no quiso Dios que en las Divinas Letras se hiciese mencion del padre ni de la madre de ella, para darnos á entender que la debemos mirar, no como cosa de la tierra, sino venida del cielo; y solamente considerar

en ella aquellas palabras: *De qua natus est Jesus, qui vocatur Christus*: De la cual nació Jesus que es llamado Cristo. De ella nació Jesucristo; ella es Madre del unigénito Hijo de Dios.

Porque por aquí la habeis de mirar si quereis entender algo de sus excelencias y grandezas: porque como dice Santo Tomás el título de Madre de Dios contiene en sí una cierta dignidad infinita como tambien la humanidad de Cristo, que fué unida á la persona del Hijo de Dios, y la bienaventuranza, de que gozan todos los cortesanos del cielo, viendo á Dios, que es bien infinito. Pero entre estas tres cosas hay una diferencia, que aunque la gloria sea infinita por el objeto, y la humanidad de Cristo por la union del Verbo infinito, y la dignidad de Madre de Dios tambien sea infinita por ser Madre de Dios infinito; mas en la dignidad de Madre hay una cosa particular, que es, quedar el hijo obligado á su madre.

De manera, que aunque el ser madre no lo pudo merecer, sino que fué singular gracia del que la escogió para tan alta dignidad; mas despues de haberla escogido el Hijo, quedó deudor á su Madre, como lo quedan los otros hijos á las suyas: y mucho más, porque Cristo no tenia padre en la tierra, ni jamás otro hijo tuvo ni pudo tener tal madre. Y por esto dice

Metodio: «Holgaos, Señora, porque teneis aquel por deudor á quien todos deben, porque á todos da y de ninguno recibe.» Mas Cristo recibió de su purísima Madre la sustancia de su cuerpo, formado por virtud del Espíritu Santo de su sangre, y criado con su leche, y la carne de Cristo era la misma carne de María, como lo dice San Agustin. De aquí saca el cardenal Pedro Damiano, que no solamente está Dios en la Vírgen por esencia, presencia y potencia, como en las demas criaturas, ni solo por la gracia, como está en el alma del justo, sino por otra más excelente y más divina manera, que es por identidad y por ser carne de su carne, y hueso de sus huesos, y por haber tomado de ella la sustancia de su sacratísimo cuerpo. Pues si los padres, como escribe Filon, son los segundos autores de nuestra vida y nosotros no podemos pagarles equivalentemente lo que les debemos, y la naturaleza engendró y estampó en los hijos el amor y reverencia para con sus padres, y Dios mandó que los honrásemos, y este es el primer precepto de la segunda tabla del Decálogo, ¿creeremos por ventura nosotros que el que dió la ley no la cumplió, ni honró á su benditísima Madre, apartándola de toda fealdad y afrenta, y adornándola de todos los dones y gracias que pudo? Porque la honra que el hijo debe á sus padres, no con-

siste solamente en palabras y en hacerles reverencia, sino en darles todo el bien que les puede dar, y del cual ellos son capaces. Por esto dice Hipólito: «El que dijo: Honra á tu padre y á tu Madre, para cumplir el mandato que él mismo habia promulgado, dió á su Madre toda la gracia y toda la honra que le pudo dar.»

Todos los privilegios y prerogativas de la Vírgen se fundan en dos principios: el primero, en el poder del Hijo, que es infinito; y por esto San Agustin hablando de la Asuncion en alma y cuerpo de la Vírgen, dice, que Dios lo pudo hacer, y que si lo pudo hacer, que le digan qué razon hubo para que no lo hiciese: y el segundo, en la dignidad de Madre de Dios, que tambien es infinita: de manera, que así como el título de Hijo de Dios es el principio y la regla que habemos de tener para entender las excelencias de la humanidad de Cristo, así el título de Madre de Dios es el principio por donde habemos de rastrear las prerogativas y gracias singulares de la Vírgen. De aquí es, que no dudó decir San Anselmo, que fué cosa muy puesta en razon y conveniente, que resplandeciese con una pureza tan extremada, que debajo de Dios no se pudiese entender otra mayor; y pudiérase entender otra mayor, si no fuera preservada del pecado original; porque claro está, que es mayor

pureza no tener pecado original, que tenerle; pero esta pureza está debajo de Dios, porque Dios por su naturaleza no pudo pecar, y la Vírgen pudo pecar, y en efecto pecara si con singular gracia no fuera prevenida. Mas como bien dijo Ulpiano, aunque es verdad que solo el príncipe no es sujeto á las leyes, y la princesa ó reina lo es; pero el príncipe la exime, concediéndole los privilegios de que goza él.

Todas las gracias que Dios ha hecho á alguna pura criatura, con mayor excelencia se deben á la madre, para que la madre no sea en ninguna cosa inferior á sus siervos, ni la reina á sus vasallos. Y pues Adan y Eva fueron criados en gracia y en una inocencia perfecta, y á los ángeles se les comunicó tambien esta gracia de la perfecta inocencia, sin fealdad alguna de culpa; ¿por qué no concederemos este beneficio á aquella Señora, que es Reina de los ángeles, y reparadora de los daños de Adan y Eva? Y si San Agustin no puede sufrir que se diga, que la carne de la Virgen fué sujeta al gusano y corrupcion, porque su carne es carne de Cristo, ¿cómo creyera que su benditísima alma fué manchada con pecado? Pues ella misma si estuviera en su mano escogiera sin duda que su cuerpo fuera ántes comido de gusanos que su bendita alma tocada del gusano infernal y ser enemiga de Dios. Y si concede-

mos que careció del fómite de la concupiscencia y de todo movimiento desordenado y que no concibió con deleite sensual, ni parió con dolor, que son efectos del pecado original, ¿porqué negaremos que careció de la culpa del mismo pecado original, que es la fuente, madre y causa de estos efectos, y la que más se debe aborrecer? Claro está que debemos dar tantos más grados de gracia á la Vírgen sacratísima, que á San Juan Bautista, cuanto va de ser Madre de Dios á ser su siervo y precursor: y pues San Juan fué santificado en las entrañas de su madre, cuando oyó la voz de la Vírgen, justo es que creamos que la misma Vírgen fué santificada con otra manera de santificación más alta, y con un privilegio singular, preservada del pecado original en el mismo punto que fué concebida.

Pues para todo el linaje humano, de cuánta gloria y ornamentos es que una pura criatura, que fué hija de Adán y concebida naturalmente de hombre y mujer, haya sido tan sublimada y enriquecida de gracia, que no haya podido tener entrada en ella culpa alguna de pecado original, ni actual, sino que en el mismo instante en que comenzó á vivir vida natural, en ese viviese vida sobrenatural, graciosa y divina. ¡Qué gran confianza es para los pecadores que desean salir de pecado, saber que

tienen por abogada á la que venció todo el pecado! ¡Y que jamás fué cautiva del comun enemigo aquella á quien invocan y suplican que los libre de la tiranía y cautiverio de Sata-nás! Y todos los espíritus celestiales, y aquel ejército innumerable de ángeles bienaventurados, están sin duda ufanos y gloriosos, por ver á su Reina y Señora, Madre de su Rey y Señor, tan rica de dones, tan adornada de gracias, tan colmada de privilegios divinos, y que todas tuvieron su origen de esta su purísima y limpísima Concepcion. Por esto dice San Vicente Ferrer, que en el mismo instante en que fué concebida la Vírgen, todas aquellas jerarquías celestiales hicieron gran fiesta en el cielo.

¡Oh Vírgen gloriosa y Madre purísima! ¿Quién podrá dignamente entender la abundancia de gracia que vos recibísteis, cuando fuísteis concebida en las entrañas de la bienaventurada Santa Ana, vuestra madre, y vuestra santísima alma se juntó con vuestro cuerpo delicado? Porque el Señor os miró, no como á hija de Adan, ni como á pecadora y enemiga suya, sino como á la que habia escogido por Madre, y Esposa del Padre eterno, y sagrario del Espíritu Santo, y amparo de los pecadores, y quebrantadora de la cabeza de la serpiente infernal. Porque si el cielo empíreo es ígneo, y de otra sustancia casi espiritual,

porque en él se ha de ejercitar una acción tan noble, como es ver á Dios, ¿cuál convenia que fuédes vos, Señora, en la cual más perfectamente que en el cielo empíreo habia de morar Dios y unirse el Verbo eterno con nuestra sustancia? Las abejas embarran primero el corcho que han de labrar y llenar de miel: y el Señor os preservó á vos de culpa, y os aforró y enriqueció de dones; porque nos habíades de fabricar aquel panal de miel, que es la dulcedumbre del mundo.

El armiño se deja ántes tomar y morir que entrar en la cueva donde se ha de ensuciar: y vuestro Hijo, más limpio que el armiño, y más blanco que la nieve, y más puro que la luz, no quiso morar en casa que en algun tiempo hubiese sido contaminada. Nuestro padre Adán tuvo pecado actual y no original; porque el pecado original que contrajeron sus hijos por ser suyos, en él fué pecado actual.

Los niños que mueren sin bautismo ántes del uso de la razón, tienen solo el pecado original, en que nacieron: los otros el pecado actual, que despues cometen por su voluntad. Vos sola, escogida entre todas las mujeres por singular gracia de vuestro Hijo, que es fuente de la misma gracia, y por su naturaleza no pudo pecar, fuisteis exenta y libre de todo pecado actual y original, y prevenida con



la bendicion del fruto benditísimo de vuestro vientre.

Alábente, Señora, los ángeles y los cielos y tierra, y todas las criaturas por esta tan señalada merced que os hizo, é hizo al mundo por vos: porque vos sois aquella tierra vírgen y pura, de la cual el verdadero Padre de nuestra vida, y nuestro segundo Adan fué formado: tierra bendita y sin sospecha alguna de maldicion: tierra limpia y amasada con solas las manos de Dios: vos sois aquel paraiso de deleites plantado por el Señor hácia el verdadero Oriente, que es Cristo, el cual nunca se os oscureció, ni se escondió: vos aquella tierra sacerdotal que en tanta carestía de gracia, siendo toda Egipto tributaria, sola fué libre de pecho y libertada de pecado: vos sois aquella mujer hebrea, madre de Moisés, que aunque estuvo en Egipto, nunca fué cautiva debajo de Faraon, sino exenta y libre para criar á su hijo y pasar el mar Bermejo con él: vos sois aquella zarza espinosa que en el desierto ardiendo con nuevo milagro no se quema: porque abrasando las llamas del pecado original á los demas, á vos, Señora, sola guardó: vos aquella arca del Testamento fabricada de madera incorruptible, para conservar no el maná corruptible, sino el pan vivo celestial: vos aquella nube ligera del dia, sobre la cual

el Señor habia de bajar á Egipto: porque aunque nacisteis de la tierra, fuisteis levantada al alto cielo, y sois ligera sin peso ni gravedad de pecado: nube verdaderamente del dia; porque nunca fuisteis oscurecida, sino siempre vestida de luz y claridad: vos aquella tierra de promision que mana y nos produce leche y miel: leche de la humanidad, y miel de la divinidad de vuestro preciosísimo Hijo: vos trono glorioso del pacífico Salomon: vos vara lisa y derecha de la raíz de Jessé, que nunca tuvo nudo ni torcimiento alguno de pecado, y nos engendró la flor del mundo suavísima y hermosísima, Jesucristo nuestro Redentor: vos Belen, ciudad de pan vivo: vos Sion santa, alcázar del rey David, ciudad de Dios: de la cual se predicán tantas alabanzas, y tan grandes maravillas: lienzo limpísimo y delicadísimo, sin ruga ni mancha: y sepulcro nuevo en que se envolvió y depositó el sagrado cuerpo de vuestro Hijo: lirio entre las espinas, vergel cerrado, puerta de Oriente cerrada, por la cual sólo Dios pudo entrar, fuente sellada, de la cual la antigua serpiente en ningun tiempo pudo beber: vos, Señora, sois más blanca que la azucena, más hermosa que la rosa, más suave que el bálsamo, y más dulce que la miel. Vos, fuente del paraiso, pozo de aguas vivas, vaso purísimo, vacío de toda

amargura y lleno de toda suavidad. Vos gloria del linaje humano, ornamento del cielo, y singular hermosura de todo lo criado.

Grandes y muy señaladas mercedes hace Dios á los que son devotos de su benditísima Madre y especialmente de su purísima Concepcion; y así el padre maestro Juan de Ávila, predicador apostólico de nuestros tiempos en Andalucía, tratando de las tentaciones sensuales, cuando son importunas y molestas, y cuánto vale para vencerlas la intercesion de los Santos, y principalmente la de la Vírgen, dice estas palabras: «Especialmente he visto haber venido provechos notables por medio de esta Señora á personas molestadas de flaqueza de carne, por rezarle alguna cosa en memoria de la limpieza con que fué concebida sin pecado, y de la limpieza virginal con que concibió al Hijo de Dios.» Y es cierto que nuestro Señor ha hecho algunos milagros para testificar esta verdad.

Fué infundida á la Vírgen en su purísima Concepcion, no sólo la gracia para preservarla del pecado original; mas tambien le fueron infundidas todas las virtudes morales, y le fué acelerado el uso de la razon y verdadero conocimiento de Dios, mucho más perfectamente que le tuvo San Juan Bautista. Tuvo la Vírgen desde su Concepcion la ciencia de las

cosas naturales y morales, que son necesarias para la perfecta inteligencia de las Escrituras sagradas, y para la prudente gobernacion exterior; y una gracia tan grande que causaba en ella su compostura tan admirable y divina, que jamás tuvo movimiento desordenado, ni mal pensamiento, ni dijo palabra ociosa, ni cayó en la menor imperfeccion del mundo, ni en cosa que oliese á pecado: ántes desde el punto de su Concepcion comenzó á merecer la gloria y tomó la corrida, para alcanzar la joya de la bienaventuranza, con tan largos pasos que á todos los santos dejó atrás.

La fiesta de la Concepcion de la Vírgen celebran los latinos y los griegos, aunque los latinos á los 8, y los griegos á los 9 de Diciembre, y algunas oraciones ó sermones se hallan de Leon, emperador, y de Jorge, obispo de Nicomedia, en alabanza de esta fiesta. Algunos pensaron que se comenzó á celebrar en la Iglesia latina por ordenacion del papa Sixto IV, pero es mucho más antigua.

Tuvo principio en Inglaterra en tiempo de San Anselmo, que murió el año de 1109, por ocasion de una revelacion que el obispo Equilino dice que tuvo el mismo San Anselmo; pero la revelacion no se hizo sino á un abad, inglés de nacion, llamado Elsino ó Elpino, el cual por los años del Señor de 1070, navegan-

do por la mar, y hallándose en gran peligro de ahogarse el navío por una brava tempestad que le sobrevino, le apareció un varon resplandeciente, vestido de pontifical, que le dijo, que prometiesen á Dios de guardar cada año la fiesta de la Concepcion de nuestra Señora, y de exhortar á otros que la guardasen, y que de esta manera saldrian de aquel peligro y llegarían á puerto deseado. Y preguntando quién era, y en qué dia se habia de celebrar aquella fiesta, dijo que era Nicolás, obispo, enviado de la Vírgen, á quienes ellos se habian encomendado para que los librase, y que el dia en que se habia de celebrar la fiesta era á los 8 de Diciembre, en que la Vírgen habia sido concebida.

El santo abad y los que iban en su compañía en la nave hicieron su voto y promesa á Dios como les habia sido revelado, y luego se vieron fuera de peligro. Y San Anselmo, siendo arzobispo cantuariense y primado de Inglaterra, favoreció mucho esta fiesta, y de mano en mano se comenzó á propagar, y la Iglesia de Leon de Francia la admitió en tiempo de San Bernardo, cerca del año del Señor de 1145; y el Santo, como tan celoso y tan obediente á la Iglesia romana, escribió una epístola á los canónigos de Leon, reprendiéndolos porque habian introducido nueva fiesta, sin

autoridad de la Iglesia romana, que es madre y maestra de todas, y hace mencion, aunque no lo explica, de la revelacion que dijimos. No ha sido sola aquella revelacion, sino tambien se refieren otras; y en las revelaciones de Santa Brígida hay una, que se hizo á la Santa, de este misterio. Despues fué creciendo y extendiéndose más esta devocion de la fiesta de la Concepcion como la luz que crece con el dia, y la Santa Iglesia, alumbrada del Espíritu Santo fué conociendo más esta verdad, como con el discurso del tiempo ha ido conociendo otras muchas: porque como dice San Gregorio, poco á poco la va enseñando el Espíritu Santo. Pero mucho más se estableció esta verdad con las Constituciones y Extravagantes del papa Sixto IV, de feliz recordacion, que no solamente permite que se celebre esta fiesta, sino convida á los fieles que la celebren, y concede indulgencias á los que la celebraren. Y el sacrosanto y ecuménico Concilio tridentino confirma y manda que se guarden las dichas Constituciones de Sixto; y declara que no es su intencion comprender en aquel decreto donde se trata del pecado original á la Inmaculada Vírgen nuestra Señora. Por donde se ve la inclinacion y comun consentimiento de toda la Iglesia universal, y con cuánta piedad se puede celebrar

esta fiesta, y con cuánta reverencia y devoción la recibieran y predicaran si ahora vivieran algunos Santos, que al principio por no haber sido recibida de la Santa Sede apostólica, se recataron en celebrarla; porque eran tan hijos de la Iglesia romana que les parecía que ninguna fiesta se había de introducir sin su autoridad. Santo Tomás, viendo que algunas Iglesias particulares celebraban en su tiempo esta fiesta, y que la Iglesia romana toleraba esta costumbre, dice que por esto solo no se debía reprobar, y en otro lugar dice estas palabras: «La costumbre de la Iglesia tiene grandísima autoridad, y en todas las cosas se debe seguir, porque la misma doctrina de los doctores católicos tiene su autoridad de la Iglesia; y así más nos debemos arrimar á la autoridad de la Iglesia que á la de Agustino ó Jerónimo, ú otro cualquier doctor.» Pues si Santo Tomás no reprueba la fiesta de la Concepción que celebraban algunas iglesias particulares porque la Iglesia romana la toleraba, y quiere que en todo sigamos la autoridad de la Iglesia más que la de cualquiera doctor católico, ¿qué dijera y qué hiciera si viviera ahora, y viera que no solamente la Iglesia romana permite la fiesta de la Inmaculada Concepción, sino que la propone á todos los fieles y los convida á celebrarla con gracias é indulgencias? ¿Y que

el Concilio de Trento confirma las constituciones de los papas, hechas sobre esto, y no quiere comprender á la Vírgen en el pecado original? Sin duda que Santo Tomás y San Bernardo, y cualquiera otro Santo que al principio estuvo dudoso y recatado en admitir esta fiesta, ahora pecho por tierra la admitiera y la solemnizara, y se regocijara por poder dar á la Vírgen seguramente, sin apartarse un punto, ántes conformándose con el uso de la santa Iglesia católica, un privilegio de tan grandes excelencias y tan debido á la dignidad de Madre de Dios. Y lo mismo debemos hacer nosotros, si somos celadores de la gloria de Dios, y devotos de su Madre benditísima; porque ¿qué cristiano hay, que pudiendo dar piadosamente esta gracia á la Vírgen no se le dé? ¿Que pudiendo creer que la tuvo no se goce de ella, y no le dé el parabien por haber sido preservada con singular privilegio de aquel Señor que la escogió para Madre, y la sublimó á la cumbre de tan soberana dignidad? Y pues no sólo lo podemos hacer sin recelo, sino que es bien que lo hagamos con prontitud y alegría, por conformarnos con el comun sentimiento de toda la Iglesia universal; el que no lo hiciere descubrirá su poca devocion para con la Madre de Dios, ó la mucha estima de su propio juicio, y desestima



del ajeno. Supliquemos al Señor que escogió á esta Señora y Reina nuestra por Madre, y la preservó y adornó de tantos y tan divinos dones, que por intercesion de la que no tuvo pecado perdone á los pecadores y nos otorgue una entrañable devocion para con ella, y una gran confianza en su patrocinio; pues ninguno le ha sido de veras devoto, que no haya llegado á puerto de salud.





FIESTA DE LA NATIVIDAD

DE LA

VÍRGEN SANTÍSIMA

NUESTRA SEÑORA

**D**EL nacimiento de la gloriosísima Vírgen y Madre de Dios, María Señora nuestra, dice la santa Iglesia en una antífona, hablando con ella, estas palabras: «Vuestra natividad, oh Vírgen y Madre de Dios, ha traído gozo y alegría al mundo universo; porque de vos ha nacido el Sol de justicia, Cristo nuestro Dios: el cual, deshaciendo la maldición debajo de la cual estábamos comprendidos, echó su copiosa bendición sobre nosotros: y venciendo y matando la muerte, nos dió vida sempiterna y perdurable.» Por cierto que con gran razon, guiada del Espíritu Santo, dice la Iglesia, que el nacimiento de la Vírgen ha acarreado al mundo universo singular alegría y regocijo: porque si

el ángel San Gabriel dijo á Zacarías, que muchos se gozarian y tendrían placer en la nati-vidad de su hijo San Juan Bautista, y la cele-braron, porque era hijo de oraciones, y nacia de padres viejos y de madre estéril, y habia de ser precursor del Mesías y aparejarle el camino ¿cuántos más motivos y títulos tiene todo el mundo para holgarse y dar saltos de placer, el dia que nació esta Vírgen bendití-sima, en cuyas purísimas entrañas se habia de encerrar Dios nuestro Redentor, y vestirse de su carne y unir la naturaleza divina con la humana, y darle con su bendicion vida y salud eterna? Todo el universo estaba vestido de tinieblas, de culpas é ignorancia, y cubier-to de una noche tenebrosa y oscura; mas cuando apuntó y comenzó á reirse la luz de esta Alba divina, todo se bañó de regocijo y alegría, entendiendo que se acercaba el dia, y venia el Sol que le habia de esclarecer y li-brarle de todos los males y miserias que pa-decia.

La Santísima Trinidad tuvo singular conten-to: el Padre, por haber nacido su dulce Espos-a: el Hijo, porque habia de ser su Madre, y el Espíritu Santo, porque era su Templo, y porque por virtud suya habia de concebir al Hijo del Altísimo en su sagrado vientre. Pues ¿qué diré de todos aquellos celestiales y bien-

aventurados espíritus? ¿Qué fiesta creemos que hicieron en el cielo el día que vieron nacida en la tierra á la que habia de ser su Reina y reparadora de sus sillas, por medio de su benditísimo Hijo? ¿Qué de los santos patriarcas, sus progenitores, cuando vieron cumplidos sus largos y ansiosos deseos, y que por medio de esta niña habia de ser tan ilustrado y encumbrado su linaje? ¿Qué de los profetas, que tantas veces la anunciaron, y debajo de tantas sombras y misteriosas figuras la dibujaron y pintaron?

Todo el linaje humano se debe alegrar con el nacimiento de esta Señora, por la honra que le vino de tenerla por parienta, y por gloria, ornamento y corona suya; y particularmente los pecadores, por tener tal abogada é intercesora. Pero los que más parte hoy tienen en esta fiesta son los padres de esta niña, á quienes Dios hizo tan señalada merced, y por medio de ellos dió tanta alegría á todo el mundo.

El padre de la Vírgen fué Joaquin, natural de Nazareth; su madre Ana, de la ciudad de Belen; y los dos eran de la tribu de Judá, y del linaje de David. Eran ricos y nobles, y de sangre ilustrísima, porque descendian de muchos reyes, de valerosos capitanes, de grandes y sabios jueces y gobernadores del pueblo

de Israel; y lo que más importa, de santísimos sacerdotes y patriarcas, y amigos de Dios, que le habian servido con singular amor y reverencia. Demas de esto, eran personas muy temerosas de Dios, y guardaban con gran cuidado su santa ley, en ayunos, oraciones y limosnas: porque tal convenia que fuese el árbol que habia de producir tal fruto. Repartian sus rentas en tres partes: en el templo y culto divino, y en los pobres, y en sustentar su familia.

Habian vivido veinte años casados sin tener hijos, porque era Ana estéril; y por esta causa andaban muy tristes y afligidos. Mas Dios nuestro Señor con gran providencia ordenó que Ana fuese estéril, para que el nacimiento de su Hija santísima fuese milagroso, y no se atribuyese á la naturaleza, sino á la gracia.

Y como dice San Juan Damasceno, para que por este milagro se allanase el camino para el milagro mayor de todos los milagros, que es venir Dios al mundo y encarnar en las entrañas de María; y para que se entendiese que la que nacia no era obra de deleite sensual, sino de la gracia divina; y que el Señor algunas veces cierra la puerta para abrirla con mayor maravilla, para que con el nuevo milagro se conozca mejor y se estime más la grandeza de la que nace.

Tambien quiso Dios que fuese estéril Ana, y ella y Joaquin viejos; para que la Vírgen que nacia fuese hija de oraciones, de deseos y lágrimas, á la manera que lo fué Samuel, hijo de la otra Ana, que con suspiros, ayunos y llantos le parió.

Así estos santos casados suplicaban continuamente á Dios con grande instancia que les diese fruto de bendicion, prometiéndole de consagrar á su divina Majestad el hijo ó hija que les diese; y con la oracion juntaban el ayuno y la limosna.

Perseveraron tanto, y con tan grande confianza y buenas obras, que el Señor les envió un ángel, que Pantaleon dice que fué San Gabriel, y él les reveló que el Señor habia oido sus plegarias y oraciones, y que tendrian una hija que la llamarian María, y sería Madre del Mesías y Salvador del mundo.

Y fué muy conveniente que el ángel trajese del cielo esta buena nueva, y anunciase la que habia de alegrar al cielo y la tierra; pues los nacimientos de Isaac, de Sanson y de San Juan Bautista habian sido anunciados á sus padres por ángeles. Con este favor de Dios quedaron consoladísimos Joaquin y Ana, y le dieron muchas gracias por tan señalada merced; y Ana concibió á la Vírgen santísima á los ocho dias de Diciembre, en que la santa Iglesia celebra

la fiesta de su Inmaculada Concepcion, y cumplidos los nueve meses, la parió á los ocho de Setiembre en Nazareth, en una casa que tenian sus padres en el campo, entre los baidos de las ovejas y alegres cantares de los pastores, como lo afirma Damasceno. Nueve dias despues, que fué á los 17 del mismo mes, segun la costumbre de los hebreos, le fué puesto el nombre de María, que en lengua hebrea ó siriaca quiere decir «Señora, alumbrada y alumbradora, y estrella del mar;» porque ella es la que por haber parido al Rey y Señor del mundo, es verdadera Señora de todas las cosas criadas; no de una parte de él, ni de una provincia ó nacion, ni solamente del cielo, ó de la tierra, ó del infierno, sino de todo el universo entero y de cada parte de él; porque todas las criaturas que reconocen por su Criador y Hacedor á Dios, reconocen á María por madre del mismo Dios, y se sujetan á su imperio, y con una profundísima humildad y acatamiento la reverencian y veneran. Es asimismo alumbrada de aquella luz que nunca se oscurece, y vestida de aquel Sol que ella cubrió con la nube de su purísima carne; y teniendo en sí este Sol divino, alumbrá nuestro hemisferio y el del cielo, á los hombres y á los ángeles, y resplandece con inmensa claridad.

Por eso tambien es estrella de la mar, y norte de todos los que navegamos por este océano y siglo tempestuoso, para que mirándola á ella é invocándola, no perezcamos en medio de las furiosas ondas y horribles tormentas que continuamente nos combaten, hasta llegar, mediante esta estrella, al puerto deseado de nuestra bienaventuranza.

Nació esta gloriosa niña, en el cuerpo la más linda, la más bella y hermosa que ninguna pura criatura; y en el alma tan pura, tan perfecta, tan adornada de gracias y virtudes, que los serafines y querubines se admiraban y estaban suspensos de verla; porque como del cuerpo de la Vírgen se habia de formar el cuerpo de Jesucristo y organizarse de su delicada sangre, fué cosa muy conveniente que aquella carne, de la cual se habia de vestir el Verbo eterno, fuese muy proporcionada á la del Hijo y bien compuesta, y en todos los bienes naturales acabada con suma perfeccion; y que el Hijo fuese muy parecido á la Madre en el ser natural, y la Madre al Hijo muy semejante en el ser de la gracia: porque en lo primero, Cristo era hijo de María, y ella su Madre, y en lo segundo, él era su Padre, y ella su Hija. De aquí vino la plenitud de la gracia, que el alma de la Vírgen tuvo, y las inmensas riquezas de todas las virtudes y dones, que por un modo



singular el Señor le comunicó; porque todas las gracias que Dios repartió á todos los otros santos las amontonó y juntó en María con mayor perfeccion y con medida más colmada; y así todas las mujeres que en el Viejo Testamento tuvieron alguna excelencia, fueron cifra y como un dibujo de la Vírgen santísima, y á todas las hace infinitas ventajas. Ella es la segunda Eva, no como la primera, que se llamó madre de los vivientes que habian de morir, sino como madre de los vivientes que vivirán para siempre; porque tuvo enemistad con la serpiente, y le quebrantó la cabeza, y con esto mató á la misma muerte. Ella fué más dichosa que Sara, más prudente que Rebeca, más hermosa que Raquel, más fecunda que Lia; porque aunque Lia parió muchos hijos, y María uno, este uno vale más que todo lo criado. Ella fué más excelente que María profetisa, hermana de Moisés, legislador, y de Aaron, sumo sacerdote, y la que cantó cánticos de alabanzas, cuando vió libre al pueblo de Israel, y ahogado á Faraon con sus carros y ejércitos en el mar Rojo; porque nuestra María no fué hermana, sino Madre del verdadero y único legislador del mundo, y del sumo pontífice que con el sacrificio de su sacratísimo cuerpo y sangre amansó el pecho airado del Padre Eterno, y venció y ahogó al tirano infer-

nal que perseguia á su pueblo. Ella fué más sabia que Débora, más fuerte que Judith, más graciosa que Ester, más humilde que Abigail, más hermosa que Abisag, más casta que Susana; porque fué aquella señal grande que apareció en el cielo y hoy en la tierra, y aquella gloriosa mujer vestida del sol, coronada de estrellas, y que tiene debajo de sus piés la luna; es aquel santuario que Dios hizo para habitar en él, y aquella arca fabricada de madera de Sethin, y forrada de dentro y de fuera de oro purísimo; es la estrella que nació de Jacob; es el templo vivo y el trono en que el verdadero Salomon reposa; finalmente, es aquella Vírgen purísima, de la cual dice el sagrado Evangelio, que se lee en la misa para solemnizar su nacimiento: *de qua natus est Jesus, qui vocatur Christus*. Si quereis saber quién es María, ella es Madre de Dios, y de ella nació Jesucristo. Todos los títulos y excelencias que se le pueden dar á la Vírgen, se comprenden y se resúmen y cifran en este nombre de Madre de Dios. Ella nace hoy, y de aquí á quince años de ella nacerá el Hijo de Dios, para que desde hoy la miremos no como á Hija de Joaquín y Ana, sino como á Madre del Altísimo y unigénito Hijo de Dios; y desde este dia, que entra en el mundo, concibamos una reverencia tan profunda, y un acatamiento tan humilde, y una

devocion tan entrañable, como se debe á la Madre de Jesus; porque para esto nace, y para eso nos la dió el Señor.

¡Oh bienaventurada y dichosa Señora! ¿Qué lengua, aunque sea de ángeles, podrá explicar, ó qué mente comprender lo que se encierra en este nombre de Madre de Dios? ¡Oh Madre de tu Padre, Esposa de tu dulcísimo Hijo, que mereciste tener un mismo Hijo con Dios: *de qua natus est Jesus!* Nació sin madre eternamente de la sustancia del Padre, y nació temporalmente sin padre de la sustancia de María. Engendró el Padre al que dió ser á todas las cosas, y tú engendraste al mismo Hijo, que les da la gracia y el perfecto ser. El Padre engendró al Criador de todas las cosas, y tú al Reparador de todas, y al Salvador. Por Jesucristo fué hecho y formado el mundo; y por el mismo Cristo en tí ha sido reformado y recreado. Nacida eres de la carne de Adan; mas sin la corrupcion de Adan: Hija eres de Eva, mas para reparar las miserias de Eva: Hija eres de hombre, mas Madre de Dios: Vírgen eres, mas no estéril; fecunda eres, mas con purísima virginidad. Dios te salve, Vírgen sacratísima, tálamo del Esposo celestial, morada del eterno Padre, templo de la Sapiencia increada, sagrario del Espíritu Santo, palacio de la Divinidad, tabernáculo de

nuestra salud, huerto de delicias, paraíso de deleites, tesoro riquísimo, vena de aguas vivas, depositaria de todas las gracias y dones de Dios, singular entre todas las criaturas, pues no hay cosa que te iguale: porque todo lo que tiene ser no está sobre tí: sobre tí está sólo el Criador, y debajo de tí están todas las criaturas, porque eres Madre de Dios, Madre de nuestra luz, Madre de nuestra salud, Madre de nuestra redención y de nuestra bienaventuranza.

Pues si esta niña benditísima que nace hoy, está tan dotada de gracias, tan adornada de virtudes y enriquecida de tantos y tan incomparables dones de Dios, y por medio de ella el mismo Dios se nos comunica y toma nuestra carne, y se hace nuestro hermano, de manera, que le podemos decir que es carne de nuestra carne, y huesos de nuestros huesos, ¿cómo nos debemos alegrar en este día? ¿Con qué regocijo celebrar este nacimiento? ¿Y con qué fiesta solemnizar la venida al mundo de la que le dió vida?

Cuando un gran rey toma por mujer alguna doncella, todos los de aquel linaje se alegran y se dan el parabien, y hacen grandes demostraciones de su contento y alegría. Cuando una reina viene de nuevo al reino, es recibida con real aparato y con costosas y varias li-

breas, arcos triunfales, fiestas y regocijos. ¿Pues con cuánto mayor gozo, devocion y reverencia debemos nosotros recibir á nuestra Reina y universal Señora del mundo, y honrarnos por haber la soberana majestad del Padre Eterno tomado por Esposa y por Madre de su Hijo á una parienta nuestra, y ennoblecido tanto á todo el linaje humano? Y por esto dice el cardenal Damian estas palabras: «La natividad de la beatísima é intemerata Madre de Dios, hermanos carísimos, da á los hombres singular alegría, por haber sido el principio de toda nuestra salud. Con razon, por cierto, todo el mundo hoy jubila y salta de placer, y la santa y universal Iglesia hace fiesta; pues en este dia nace la Madre dignísima de su celestial Esposo, y en ella celebra el principio de las otras fiestas suyas; porque siendo esta fiesta en tiempo más antigua, no debe ser inferior en la dignidad. Por tanto gocémonos y holguémonos en la natividad de la Vírgen y Madre, que anunció un nuevo gozo al mundo, y fué principio de toda nuestra salud: y como nos solemos alegrar en el nacimiento de Cristo, alegrémonos tambien en el nacimiento de la Madre de Cristo.» Y Sergio, hierapolitano, escritor griego y antiguo, dice: «Venid todos los fieles y con gran priesa dad el parabien á esta niña que nace; porque

antes que naciese ya estaba predestinada para Madre de Dios; y con ella nace el mundo y se renueva.» Y San Damasceno dice: «Venid, todas las gentes y todos los estados de hombres de cualquiera lengua, edad y condicion que sean, para que celebremos con grande afecto el dichoso y alegre dia del nacimiento de esta Vírgen.» Y Ruperto Tuiciense, declarando aquellas palabras de los Cantares. «¿Quién es ésta que se levanta y va creciendo con su luz, como el alba?» hablando con la Vírgen le dice: «Cuando tú, oh Vírgen beatísima, naciste, entonces rompió el dia y salió al mundo la verdadera Alba, y nos significó que venia el dia sempiterno; porque así como el alba es fin de la noche pasada y principios del dia siguiente, así tu nacimiento fué fin de nuestros dolores y tristezas, y principio de nuestro consuelo y alegría.»

La fiesta de la Natividad de nuestra Señora, dicen algunos, que la instituyó Inocencio, IV de este nombre, sumo pontífice, cerca de los años del Señor de 1250; y que la causa de la institucion fué una larga sede vacante de veinte y un meses que hubo en la Iglesia, despues de la muerte del papa Celestino IV, y que se hizo voto y promesa que saliendo con brevedad sumo pontífice, se celebraria con solemnidad esta fiesta de la Vírgen: y que luego fué

elegido el cardenal Sinibaldo, que en su asuncion se llamó Inocencio IV, y fué el que la mandó celebrar en toda la Iglesia. Pero esto no puede ser verdad porque de San Damasceno, Pedro Damian y Ruperto, y otros autores que habemos citado, y florecieron mucho ántes que Inocencio IV fuese sumo pontífice, consta que ya en su tiempo de ellos se hacia fiesta de la Natividad de la Vírgen. Y en el Sacramentario de San Gregorio, que fué aún más antiguo, hay especial prefacio de esta fiesta de nuestra Señora, y de ello hace mencion San Ildefonso en el libro de la Virginidad. Y en el libro de los divinos oficios llamado Orden romano, tambien se hace mencion de las homilías de los santos que en esta fiesta se han de leer, y de las letanías que en ella se solian decir, por institucion de Sergio, papa, como eruditamente lo notó el cardenal Baronio. Tambien es falso lo que otros han dicho, que esta fiesta se celebraba en tiempo de San Agustin, engañados quizá por un sermon del santo, que se lee en los maitines de este dia, donde se dice: «Gócese nuestra tierra con suma alegría, pues ha sido esclarecida con el nacimiento de tan alta Vírgen.» Mas este sermon, aunque es de San Agustin, no es de la natividad, sino de la anunciacion de la Vírgen; y la Iglesia, para acomodarle á esta fiesta, trocó una

palabra y puso «nacimiento» por «solemne día», porque venia más á su propósito. Pero el mismo San Agustín claramente dice, que en su tiempo no se celebraba en la Iglesia sino el nacimiento de Jesucristo nuestro Salvador, y el de su precursor San Juan Bautista. En qué tiempo se haya instituido esta fiesta, y quién la haya instituido, no sabemos cosa cierta, sino que es muy antigua y muy celebrada de los santos griegos y latinos. Puede ser que después del concilio efesino (en el cual fué condenado Nestorio, porque con su lengua sacrílega negaba que la Virgen nuestra Señora había de ser llamada Madre de Dios, y con esta ocasión creció más la devoción de los fieles para con ella) se haya dado principio á celebrar su santísima natividad con fiesta particular. Otros autores atribuyen la institución de esta fiesta á ciertas revelaciones que tuvo un religioso contemplativo; el cual, dicen, que todos los años á 8 de Setiembre oía una suavísima música en el cielo, con gran fiesta y regocijo de los ángeles; y que preguntando una vez á uno de ellos la causa, le respondió, que aquel día se celebraba en el cielo el nacimiento de la Madre de Dios; y que por el dicho de este religioso se comenzó á celebrar en la Iglesia. Bien pudo ser esto; pero lo cierto es lo que arriba queda referido. De la natividad de nues-



tra Señora Lipomano y Surio refieren muchos sermones y homilías de santos; y el cardenal Baronio las de otros graves autores griegos, que se hallan escritas de mano, en la copiosa y curiosa librería del cardenal Esforcia, que está en Roma.





## DEL SANTÍSIMO

Y

## DULCÍSIMO NOMBRE DE MARÍA

**E**NTRE todos los nombres con que la Escritura sagrada y los santos Padres nombran á la Madre de Dios, para significar sus excelencias y prerogativas, el nombre propio es el de María, y juntamente el más principal; porque está preñado de misterios, y siendo uno sólo, significa en compendio todas las grandezas de María, que se representan por los otros nombres y epítetos. Por lo cual, aunque decia Pitágoras, que se hallará muy rico de prudencia en la vejez quien no gastare el tiempo en disputar de los nombres, y los filósofos desprecian las cuestiones de nombre como inútiles; la excelencia y santidad del nombre de María, nos convida, y áun obliga á tratar de él; porque este dulcísimo nombre pronuncia-

do, consagra los labios; escuchado, recrea los oídos; pensado, alegra el corazón; y ni se puede escribir de él sin provecho, ni hablar sin fruto, ni discurrir sin ganancia; y como dice San Bernardino de Sena: «Ya que no podemos alabar á María como merece, debemos ensalzar su nombre cuanto nos fuere posible.»

El santísimo nombre de María desde la eternidad se escribió en el libro de la vida; despues del nombre de Jesus el nombre de Jesus fué el primero, y el nombre de María el segundo. Y advirtió el cardenal Nicolás Cusano, que nunca fué borrado el nombre de María del libro de la muerte, porque nunca fué escrito el nombre de María en este libro. Si creemos lo que dicen graves doctores, el nombre de María fué revelado á Adán, el primero de los hombres, por el mismo ángel que en nombre de Dios amenazó á la serpiente que una mujer le habia de quebrantar la cabeza. El nombre de María fué revelado á Elías, cuando vió levantar del mar aquella nubecilla pequeña, que era imágen y figura de la Reina del cielo y estrella del mar; y tambien entre los maestros antiguos de los judíos habia noticia de que se habia de llamar María la Madre del Mesías, como lo prueba Pedro Galatino. Pero no sólo los judíos, mas tambien los gentiles

tuvieron noticia del nombre de María, como dice San Juan Damasceno; porque entre las diez Sibilas, dos profetizaron claramente el nombre de María, que fueron la Eritrea y la Tiburtina; y esta añadió, que habia de tener un esposo llamado José, y que su hijo, nacido del Espíritu Santo, sin obra de varon, se habia de llamar Jesus, de manera, que expresó todos tres nombres de Jesus, María y José. El oráculo de Apolo, que se veneraba en Delfos, consultado de los argonautas Jason y sus compañeros, á quién dedicarían un templo que habian edificado en una ciudad del estrecho de Galípoli, que antiguamente se llamó Cizico y ahora Spyga; respondió el oráculo, que á María, Madre del Verbo eterno, lo cual ellos, envueltos en las tinieblas de sus errores, no entendieron; y así dedicaron el templo á Rea, madre de los dioses, hasta que en tiempo del emperador Zenon se consagró el templo á honra de María Santísima: todo lo cual cuenta Cedreno en el Compendio de las historias.

Dejando otros monumentos y memorias con que quiso Dios anunciar en la antigüedad el nombre de María, particularmente fué revelado á sus padres Joaquin y Ana, por medio de un ángel que les mandó pusiesen á su hija el nombre de María, como se lee en el libro del Nacimiento de la Vírgen, que anda entre las

obras de san Jerónimo. Y sí le fué revelado á Abraham el nombre de su hijo Isaac, y á Zacarías el de San Juan Bautista, y tambien á Santa Isabel, como indica el Evangelio y notó San Ambrosio, no era justo que careciese María santísima, habiendo de ser Madre de Cristo, del privilegio que gozó Isaac, por ser figura de Cristo, y Juan, por haber de ser su precursor; y así lo significa San Ambrosio, diciendo, «que no es verosímil que se negase á María este privilegio, que se concedió á otros santos; pues no hay santo ninguno que venza á María en los privilegios de la gracia.»

Fuera de que solo Dios podia dar conveniente nombre á la Vírgen, no sus padres, ni alguna criatura, porque solo quien conoce las cosas, puede darlas nombre que las convenga: y como solo Dios conocia la excelencia de aquella niña que nacia, solo Dios podia ponerle el nombre de María, que significa, como veremos, sus excelencias. Y nota un doctor, que María santísima fué la primera de las mujeres que recibió el nombre, por revelacion divina, ántes de su concepcion. Pantaleon, diácono, y otros doctores, afirman que el mismo arcángel San Gabriel, que anunció á Zacarías la concepcion y nombre del Bautista, y despues á María la concepcion y nombre de Jesus, anunció á Joaquin y á Ana la concep-

cion y nombre de María; de manera, que podemos acomodar á la Vírgen lo que dice el Evangelio de su Hijo: «*Vocatum est nomen ejus María: quod vocatum est ab angelo, priusquam in utero conciperetur.*» Y así este nombre no es inventado de hombres, sino dado de Dios; no es nacido en la tierra, sino bajado del cielo; no fué puesto por eleccion de sus padres, sino por providencia del que habia de ser su hijo. Primero pronunciaron el nombre de María los ángeles que los hombres; y verdaderamente, es menester que sean los hombres ángeles, para pronunciar con labios bastantemente puros el santísimo nombre de María. Por eso no mudó la Vírgen el nombre de María en otro, cuando subió á la dignidad de Madre de Dios, como á Simon le mudó Cristo el nombre en el de Cefas ó Pedro, cuando le levantó á la dignidad de cabeza de su Iglesia; porque el nombre de María se le habia dado Dios á la Vírgen, y por eso nunca le habia de dejar.

El nombre de María significaba la dignidad de Madre de Dios, y así no pedia otro nombre su dignidad: el nombre de María, era el mejor nombre que podia tener la Madre de Dios, como dice San Buenaventura; y así no habia otro nombre en que poderle mudar. Por eso el ángel, al anunciar á la Vírgen el misterio de la encarnacion, la confirmó el nombre diciéndo-

la: «No temas, María, porque hallaste gracia delante de Dios.» Y ¿qué gracia halló María? La primera gracia que halló fué el nombre, en que se significaban todas las gracias que habia de recibir María; y quizá por eso dijo San Pedro Crisólogo, «que el nombre de María es semejante á profecía, porque este nombre fué una profecía de todos sus privilegios, gracias y prerogativas.»

Dan los santos padres y doctores diversas significaciones á este nombre de María, segun diversas lenguas y derivaciones con que se explican las innumerables excelencias de María santísima, para que digamos de ella: *secundum nomen tuum, sic et laus tua*: como tu nombre, es tu alabanza; porque si los nombres de los grandes sujetos Adan, Eva, Abraham, Sara, Isaac, Israel, Juan, Pedro y Pablo, no carecen de misterio, y les fueron puestos con singular providencia y sabiduría divina, ¿qué hemos de decir, ó qué hemos de pensar del nombre de María, Madre de Dios, y Reina del cielo y de la tierra? El nombre de María, segun San Ambrosio, aunque no sabe de qué raiz lo tomó, se interpreta: «Dios de mi linaje,» que es decir: «Dios nacerá de mí», y vínole ajustado el nombre; pues se hizo Dios hombre en sus purísimas entrañas, y haciéndose Dios del linaje de María, tambien se hizo María del linaje de

Dios; y por eso quizá la llamó San Ignacio mártir: «María de Jesus».

El nombre de María, según San Epifanio, San Jerónimo, San Damasceno y otros doctores, significa en lengua siríaca, lo mismo que señora; y cuadróle este nombre á la Virgen, dice San Juan Damasceno, porque fué constituida universal Señora de todas las criaturas, cuando fué hecha Madre del Criador de todas ellas. El nombre de María, según muchos santos doctores, significa «estrella del mar», entendiendo unos por estas palabras, que es luna, otros que es lucero de la mañana, otros que es norte; y todo lo es María: Luna, que alumbra nuestras tinieblas; Lucero de la mañana, que nos anuncia el día eterno de nuestra felicidad, y Norte que guía á los que navegan por el mar tempestuoso del siglo. Sin esta estrella del mar, todo es tinieblas: sin esta luz, todo es bajíos; sin este astro todo es tempestades; mirando á María y mirándonos María, descubrimos los rumbos: alcanzamos las alturas y sabemos á dónde hemos de enderezar la proa y tender las velas para llegar seguros al puerto de la bienaventuranza.

El nombre de María, según Filon, significa «mar amargo,» y lo fué María santísima en la pasión y muerte de su Hijo, por los ríos de amargura que entraron en su alma y olas de



tribulaciones que combatieron su corazón. El nombre de María, según San Epifanio, se interpreta «Esperanza», porque parió á Cristo, que es esperanza de todo el mundo, y porque María, con su intercesión, da esperanza de perdón á los pecadores, de acrecentamiento de la santidad á los justos, y de conseguir la bienaventuranza á todos los que viven desterrados en este valle de lágrimas. El nombre de María, significa según otros, «maestra y doctora»: y con mucha razón tiene este nombre, porque fué doctora de los doctores, y maestra de los apóstoles, como la llama el sabio Idiota.

Dejando las interpretaciones de «excelsa», ó eminente, de «iluminada é iluminadora, lluvia del mar ó mirra del mar», y otras que, ó están incluidas, ó tienen mucho parentesco con las que hemos traído; es muy celebrada la interpretación ó acomodación del bienaventurado Alberto Magno; el cual, hablando del nombre de María, dice, «que Dios llamó á la congregación de todas las aguas María, y á la congregación de todas las gracias María», para significar que como el mar es el lugar de todas las aguas, María es el lugar de todas las gracias. Y conforme á esto, dice Dionisio Cartujano: «María se interpreta mar, porque como ninguno puede contar las gotas de agua del mar, así ninguno puede explicar la excelencia

de la gracia y gloria de María». Con más elegancia, en este mismo sentido, lo dice San Buenaventura, acomodando á María aquello del Eclesiástico: *omnia flumina intrant in mare*; todos los rios, dice, entran en el mar, cuando todas las excelencias de los santos entran en María. El rio de la gracia de los ángeles entra en María: el rio de la gracia de los patriarcas y profetas entra en María: el rio de la gracia de los apóstoles entra en María: el rio de la gracia de los mártires entra en María: el rio de la gracia de los confesores entra en María: el rio de la gracia de las vírgenes entra en María: finalmente, todos los rios entran en el mar; esto es, todas las gracias entran en María.» Todo esto dice San Buenaventura; donde se ve, cuán convenientemente se llama María, Mar, pues es mar de gracia, en quien se recogen todas las gracias de los ángeles y santos; sólo con esta diferencia, que el mar no redundaba, como advierte el Eclesiástico, aunque entren en él todos los rios; pero en María, misterioso mar, entran todos los rios de las gracias, y redundan en nosotros. Dice San Bernardino de Siena, que así como llamamos á Dios, no con un nombre sólo, sino con muchos nombres para significar su incomprendibilidad, así llamamos con muchos nombres á la gloriosa Vírgen; ya con el nombre de Luz, ya de Sol y otros se-

mejantes, para conocer de alguna manera su excelencia y sublimidad. Pero, si bien lo consideramos, en el nombre santísimo de María se encierran todas sus grandezas; porque como nombre inventado de Dios, encierra más misterios que letras; ántes cada letra tiene muchos misterios y significaciones, como consideran otros, y yo los dejo, porque, como advierte el doctísimo padre Alonso Salmeron, tienen más de piedad que de solidez.

Acerca del dia en que fué puesto á la Vírgen el nombre de María, hay variedad de opiniones, por haberla tambien acerca del dia que acostumbran los hebreos poner el nombre á sus hijas; porque de los niños, es cierto que era el octavo dia en que se hacia la circuncision; mas de las niñas, unos dicen que al octavo dia como los varones, otros que al noveno dia, otros que á los quince dias, otros que ochenta dias despues del nacimiento, cuando segun la ley llevaban las madres á ofrecer á sus hijas en el templo. Nicéforo dice que á María le fué puesto el nombre poco despues de nacida, significando con él, como con una enigma, la gracia que aquella niña habia recibido.

Del santísimo y dulcísimo nombre de María, dice el sapientísimo Idiota, hablando con la Vírgen, estas palabras: «Dióte, oh Vírgen María, toda la Santísima Trinidad un nombre,

que despues del nombre de tu benditísimo Hijo, es sobre todo nombre; porque á tu nombre se arrodille toda criatura del cielo, de la tierra y del infierno, y toda lengua confiese la gracia, gloria y virtud de este santísimo nombre; porque no hay otro nombre, despues del nombre de tu benditísimo Hijo, que sea tan poderoso socorro; ni hay otro nombre dado en la tierra á los hombres, despues del dulce nombre de Jesus, del cual se difunda tanta salud á los hombres: porque, sobre todos los nombres de los santos, alivia á los que están fatigados; sana á los enfermos; alumbra á los ciegos; penetra á los duros; recrea á los cansados; unge á los luchadores, y libra á todos del yugo del demonio. La fama de tu santísimo nombre, ¡oh clarísima Vírgen María! primero estuvo encerrada, mientras viviste en el mundo; mas despues de tu asuncion á los cielos, se divulgó por todas las partes del mundo: porque con la predicacion de los apóstoles, llenó toda la tierra el sonido de tu santísimo nombre, y se manifestó á todo el mundo su gloria. De tanta virtud y excelencia es tu nombre, ¡oh beatísima Vírgen María! que á su invocacion el cielo rie, la tierra se alegra, los ángeles se gozan, los demonios tiemblan y se turba todo el infierno.»

Todo esto dice este padre, del nombre de

María; y se pueden decir de él, con la debida proporcion, casi todas las alabanzas que se dicen del nombre de Jesus; porque aunque el nombre de Jesus sea mucho más excelente que el de María, con todo eso, ha querido el Hijo, en órden á nuestra salud, dar semejante virtud al nombre de su Madre que al suyo; y aún dice San Anselmo, «que algunas veces se alcanza más presto la salud, invocando el nombre de María, que invocando el nombre de Jesus, único Hijo suyo y Señor Nuestro: no porque la Madre sea más poderosa que el Hijo, pues no es grande y poderoso el Hijo por la Madre; sino la Madre por el Hijo; sino porque Cristo, llamado por su nombre, no oye luego al punto, por justas causas que tiene para ello; pero invocado en nombre de su Madre, aunque los méritos de quien le invoca no merezcan que sea oido, interceden los méritos de la Madre para que sea bien despachado.»

Esto es de San Anselmo. Y no es maravilla que quiera Dios hacer mayores favores, ó más presto, por el nombre de su Madre que por el suyo; pues quiso hacer mayores milagros por medio de sus siervos que por sí mismo; y antiguamente respondia más fácilmente á los que le invocaban, llamándole Dios de Abraham, y Dios de Isaac y de Jacob, que si le nombraban Dios solamente, como advirtió

Orígenes. Y en nuestro caso hay conveniente razon; porque cuando invocamos el nombre de Jesus, no solo invocamos con este nombre á nuestro Padre, mas tambien á nuestro Juez; con que su justicia suele detener á su misericordia, para que ó no nos oiga, ó dilate el despachar nuestra peticion; mas cuando nombremos á María, sólo invocamos á nuestra Madre, y á la Madre de misericordia, en quien no hay título que embarace el interceder por nosotros con su Hijo; y si intercede María, ¿cómo la negará su Hijo lo que pidiere? ó ¿cómo ha de embarazar su justicia á su misericordia, pues atiende ántes á los méritos de la Madre que intercede, que á los deméritos del siervo que suplica? Por eso prueba un doctor, que el nombre de María obra algunos efectos *ex opere operato*, solo con invocarle cualquiera que le invoque por voluntad é institucion divina, al modo que dan algunos doctores esta virtud á la señal de la cruz, á los cuales favorece no poco San Agustin, y al modo que la tienen los exorcismos de la Iglesia.

Pero sea lo que fuere de esto, lo cierto es que los santos y doctores atribuyen semejantes efectos más al nombre de María que al nombre de Jesus. San German afirma que el nombre de María destierra todo temor; San Buenaventura, que los que invocaren á María no

temerán en el punto de la muerte; y que no tiemblan tanto los enemigos visibles de un copioso ejército, como los demonios del nombre de María; y que tienen mucha paz los que veneran este nombre. Santa Brígida dice que al nombre de María le veneran los ángeles, le temen los demonios, y trae salud á los hombres que le invocan con propósito de no pecar más: San Alberto Magno, que el nombre de María apaga las llamas deshonestas, é infunde castidad: San Anselmo, que el nombre de María es seguridad de los que se hallan en algun peligro: San Antonio de Padua, que el nombre de María trae alegría á los tristes, porque es júbilo en el corazon, miel en la boca y música en el oido. Mas, ¿para qué es menester amontonar testimonios, y gastar muchas palabras en lo que se puede decir en pocas? A los que invocan con fé y devocion el nombre de María, favorece Dios en todas sus necesidades, socorre en todos los peligros, consuela en todas las aflicciones, y no hay ninguno tan miserable que no halle consuelo, alivio y socorro en este dulcísimo y poderosísimo nombre.

Con todo eso, no se excusa apuntar uno ú otro de los innumerables milagros que ha obrado Dios para honrar y ensalzar el nombre de su Madre, sacados de graves y diligentes autores. Y aunque, si bien se considera, todos

los milagros que Dios hace por la intercesion de María, que son contínuos, grandes y estu-  
pendos en todas las partes del mundo, y con  
todo género de personas, sirven para ensalzar  
y magnificar el nombre de María; con todo eso  
ha obrado muchos y muy grandes milagros,  
particularmente por la invocacion ó devocion  
de este dulcísimo nombre.

San Alberto, carmelita, como refiere Surio  
en su vida, hizo muchos milagros con la invo-  
cacion del santísimo nombre de María. San  
Eustaquio, cisterciense, era devotísimo del  
nombre de María, y siempre que pasaba por  
delante de alguna imágen de la Vírgen, la sa-  
ludaba, diciendo: Ave María. Murió, y des-  
pues de muerto, le hallaron en la lengua, es-  
critas con letras de oro, estas palabras: Ave  
María. El beato Guillermo, monje tambien  
cisterciense, repetia muchas veces estas dos  
palabras: Ave María, que solamente habia po-  
dido aprender en toda su vida, por ser muy  
rudo; y agradó á Dios tanto esta devocion, que  
despues de enterrado salió de su boca una azu-  
cena, en cuyas hojas estaban escritas, con le-  
tras de oro, estas palabras: Ave María.

Lo mismo cuenta Angelo Guiano en sus  
Anales del beato Francisco Senense, de la ór-  
den de los Servitas. Un soldado que por haber  
sido devoto de la Vírgen y haber dejado su



devocion no pudo pronunciar en dos años el nombre de María, dando limosna á cinco pobres en reverencia de las cinco letras del nombre de María, al dar la última limosna al quinto pobre, desató Dios su lengua, y pudo pronunciar entonces y despues toda su vida el dulcísimo nombre de María. Mas no es maravilla que haya hecho Dios estos y otros milagros, librando de enfermedades, peligros de muerte, tentaciones, y de los demonios, á los hombres que invocan con devocion el nombre de María; pues ha sucedido, no una vez sola, que algunas avecillas de estas que aprenden á hablar, viéndose presas del gavilan, con pronunciar el nombre de María á que las habian acostumbrado, ellas quedaron libres y el gavilan cayó de repente muerto. Añado solamente un caso, que cuenta Vincencio Belovacence, en su Espejo historial, porque enseña juntamente una devocion al dulcísimo nombre de María.

Dice, pues, este autor, que habia un monje llamado Josio, devotísimo del nombre de María, en cuya reverencia rezaba cada dia despues de Maitines, cinco salmos que empiezan con las cinco letras del nombre de María, y son estos: 1.º *Magnificat*: 2.º *Ad Dominum, cum tribularer*: 3.º *Retribue servo tuo*: 4.º *In convertendo*: 5.º *Ad te levavi oculos meos*. Murió de repente,

aunque no desprevenido, y yendo el abad con los monjes á verle en su celda, hallaron su rostro hermoso, como de un ángel que gozaba ya de la vista clara de Dios, y vieron que de los ojos le salian dos bellísimas rosas, otras dos de los oidos y la quinta de la boca. En las hojas de esta rosa estaba escrito el nombre de María; y en las hojas de las cinco rosas los principios de los cinco salmos del nombre de María. Estuvo el santo cuerpo por enterrar siete dias, concurriendo mucha gente á ver tan gran maravilla, con que Dios testificaba cuán agradable le habia sido aquella devocion con el nombre de su Madre.

Por esto nuestra principal devocion, despues del nombre de Jesus, ha de ser con el nombre de María: y si pedimos al Padre en nombre de su hijo, para alcanzar lo que deseamos, pidamos al hijo en nombre de su Madre para conseguir lo que pedimos. Dijo Cristo, que todo cuanto pidiésemos al Padre en su nombre, nos lo concedería; así podemos creer que no nos negará nada el Hijo que le pidiéremos en nombre de su Madre. San Gerardo, obispo y mártir, y otros muchos devotos de la Vírgen, no negaban nada que les pidiesen en nombre de María. Pues ¿quién creerá que no hará el Hijo á su Madre la honra que le hacen los siervos? Invoquemos en todas nuestras

necesidades y aflicciones el nombre de Jesus; porque es un nombre sobre todo nombre, y no hay otro nombre debajo del cielo, en que haya salud, sino este nombre: pero despues del nombre de Jesus invoquemos el nombre de María, porque despues del nombre de Jesus es nombre sobre todo nombre, y por medio de este nombre quiere Dios concedernos la salud que nos viene del nombre de Jesus. Por eso el dulcísimo padre San Bernardo, despues de haber dicho que el nombre de María se interpreta estrella del mar, añade: «¡Oh, tú, cualquiera, que te miras fluctuar en el mar de este siglo, combatido de olas y cercado de tempestades, no apartes los ojos de esta Estrella, si no quieres ser anegado de las ondas! Si se levantan vientos de tentaciones, si das en escollos de tribulaciones, mira á la Estrella, llama á María. Si eres combatido de olas de soberbia, de ambicion, de detraccion, mira á la Estrella, llama á María. Si la ira, la avaricia ó la tentacion de la carne acometiere la navecilla de tu alma, mira á María. Si turbado con la grandeza de tus delitos, confuso con la fealdad de tu conciencia y atemorizado con la terribilidad del juicio divino, estás para caer en una profundidad de tristeza y en un abismo de desesperacion, piensa en María. En los peligros, en las angustias, en las cosas du-

dosas piensa en María, invoca á María. No falte de tu boca, no falte de tu corazon María, y para alcanzar el sufragio de su oracion, no dejes pasar el ejemplo de su conversacion. Siguiendo á María, no vas descaminado; rogando á María, no desesperes; pensando en María, no yerras; teniéndote María, no caes; defendiéndote María, no temes; siendo tu guia María, no te fatigas; y siéndote propicia María, llegas al puerto deseado y experimentas en tí mismo con cuánta razon se llama esta Vírgen María.» Hasta aquí San Bernardo.

Siempre ha sido muy venerado y celebrado en la Iglesia el nombre de María. Tomás Bo- cio afirma que desde el tiempo de los apóstoles la reina Candace, convertida á la fé por San Mateo, apóstol, edificó en la ciudad de Auxim, en Etiopía, un templo con el nombre de María, que fué antiguamente muy célebre y frecuentado de los peregrinos de toda aquella provincia. En nuestra España sabemos que Santiago apóstol, su patron, edificó en la ciudad de Zaragoza, del reino de Aragon, una Iglesia con el nombre de María, por mandato de la Vírgen que vivia aún en la tierra. Mas no hay para qué detenernos en esto, pues como dice San Antonino de Florencia, no hay ciudad ni lugar, por pequeño que sea, en toda la cristiandad que no tenga alguna iglesia ó

ermita, ó por lo ménos algun altar consagrado al nombre de María.

Las religiones que se han fundado debajo del nombre de María son muchas y muy esclarecidas; la de Santa María del Monte Carmelo, la de la Merced y la religion de los Siervos de María. Dejo las religiones de monjas que se honran con el nombre de María. Muchas órdenes militares, como tambien lo fué en sus principios la de Santa María de la Merced cuando descendió á Barcelona, tomaron el nombre de María: la de Santa María de los Teutónicos; la de Santa María de Calatrava, que se instituyó en Castilla, año de 1158, y milita en ella debajo del nombre de María gran parte de la nobleza de España; la de Santa María de Montesa, en Aragon; la de Santa María Gloriosa en Italia, y otras en diversos reinos y provincias. Las congregaciones que se han fundado y cada dia se fundan debajo del nombre de María no tienen número; entre las cuales es muy célebre la que fundó el venerable P. Fr. Simon Rojas, de la sagrada órden de la Santísima Trinidad, con título del *Ave María*, del cual nombre y salutacion era devotísimo; y se dice que la primera palabra que habló cuando niño fué *Ave María*, y despues toda la vida la repetia frecuentemente, y con esta salutacion dió salud á muchos enfer-

mos y echó los demonios de los cuerpos, é hizo otros milagros; y áun afirma su historiador que no pidió nada á Dios por el nombre de María que no lo alcanzase.

Hase extendido esta congregacion del *Ave María* por España, Flandes, Italia, Francia y las Indias, con grande aumento del culto de la Vírgen y grande provecho de sus congregantes, que se honran con el título de esclavos de la santísima Vírgen. En Polonia se tiene tal reverencia y veneracion al nombre santísimo de María, que no se atreven á poner á ninguna mujer este nombre, juzgando que no es justo tenga otra mujer el nombre que tiene la Madre de Dios; como ningun hombre se llama Jesus por respeto á tan alto y divino nombre. Esta costumbre de los polacos se cree tuvo origen de Casimiro primero, rey de Polonia, que casándose con una hija del duque de Rusia que se llamaba María, quiso que tomase otro nombre y dejase el de María por reverencia á tan soberano nombre, del cual ni una reina era merecedora. Esto á lo ménos avisa á las mujeres que tienen el nombre de María, cuánta pureza de vida y santidad de costumbres deben procurar para llenar tan sublime y soberano nombre, y no ofender ni afrentar, si se puede decir así, el nombre de María; del cual dice San Pedro Crisólogo «que es insignia de

la virginidad, hermosura de la honestidad, indicio de la castidad, sacrificio de Dios, virtud de la hospitalidad y colegio de toda la santidad.»

Empezóse á celebrar fiesta al nombre de María en España, en la muy santa y muy ilustre Iglesia de Cuenca el año 1513, por breve apostólico, el octavo dia de la Natividad de Nuestra Señora, con oficio propio y rito doble y mucha solemnidad; gloria grande de esta santa Iglesia haber sido la primera que celebró la fiesta al nombre de María. Fundó y dotó esta fiesta el canónigo Pedro del Pozo, por la singular devocion que tenia al nombre dulcísimo de María, dando para la fundacion seis mil maravedís. Reformó, entre otras muchas fiestas, Pio V esta del nombre de María, y desde entonces se hizo en la Iglesia de Cuenca conmemoracion de ella solamente, hasta que el canónigo Juan del Pozo, sobrino del canónigo Pedro del Pozo, imitando la piedad de su tio, suplicó al papa Sixto V restituyese esta fiesta á la Iglesia de Cuenca y diese licencia de celebrarla con la misma solemnidad que ántes, y con oficio propio, enmendado segun los decretos del concilio Tridentino y Pio V; todo lo cual concedió Su Santidad, mandando que se trasladase la fiesta á los 17 de Setiembre, como consta de testimonio del cardenal

Deza al canónigo Juan del Pozo, dado en Roma á 17 de Enero de 1587.

Despues se comenzó á celebrar esta fiesta en la santa Iglesia y arzobispado de Toledo; y finalmente, nuestro santísimo padre Clemente X ha mandado que en todas las provincias, reinos, estados y señoríos sujetos á nuestro católico rey de España D. Carlos II, que Dios guarde, se celebre perpétuamente fiesta al nombre de María á los 17 de Setiembre, con las lecciones del mismo oficio que se suelen decir en el arzobispado de Toledo, por un breve despachado á 26 de Enero de 1671.

Del nombre de María escribió Fray Antonio Navarro, de la órden de la Santísima Trinidad, un libro que intituló: *Abecedario virginal*, en que da á la Vírgen doscientos y veintiocho nombres, segun la Sagrada Escritura, y propiedades de piedras preciosas, aves, animales, fuentes, árboles y otros secretos de naturaleza.

Otro libro intitulado *Trisagion Marianum*, escribió el padre Adriano Lireo, de la Compañía de Jesus, y el padre Juan Bautista Poza, de la misma Compañía, dice mucho en su Elucidario de este santísimo nombre. Otros doctores y santos Padres dicen grandes alabanzas del nombre de María, de los cuales muchos dejamos arriba citados.





## FIESTA DE LA PRESENTACION

DE

## NUESTRA SEÑORA EN EL TEMPLO

**U**NA de las cosas en que debemos poner mayor diligencia y cuidado, es en cumplir nuestros votos y dar á Dios con presteza lo que le habemos prometido, y así dijo el Espíritu Santo por Salomon: «Si has prometido algo á Dios, no tardes en cumplirlo:» y una de las cosas en que más se deben desvelar los que tienen hijos, es en criarlos desde niños en el amor y temor santo del Señor: y por esto dijo el mismo Espíritu del Señor: «Si tienes hijos, enséñalos y doméñalos desde su tierna edad.»

De lo uno y de lo otro nos dejaron grande ejemplo San Joaquin y Santa Ana, padres de la santísima Vírgen María nuestra Señora, presentándola el dia de hoy en el templo de Jerusalem y dejándola en él para que allí se criase con las otras doncellas, como á Dios lo

habian prometido. Para lo cual, ademas del motivo que tenian de su promesa y voto, y del estímulo con que los incitaba su propia santidad, la vida de la misma niña y su composicion y modestia virginal, era un perpétuo despertador á sus padres para que la ofreciesen presto á Dios; porque fué tan rara y celestial virtud la de esta bendita niña desde su primera edad, que San Ambrosio la pone por dechado á todas las vírgenes, y dice así: «A nadie hacia mal, aunque lo mereciese: á todos los queria bien: á los mayores hacia reverencia: no tenia envidia á los iguales: huia de la jactancia: obraba conforme á razon y amaba toda virtud. Nunca torció el rostro á sus padres, ni tuvo diferencias con sus parientes, ni se desdeñaba de tratar con los humildes, ni hacia burla de los que poco podian, ni se avergonzaba de conversar con los pobres. No tenia el gesto melindroso, ni el andar disoluto, ni el hablar entonado; ántes la modestia y figura exterior declaraba la interior santidad y perfecta virtud de su alma; así es como la buena casa se muestra por la buena portada ó zaguan. No le pasaba por el pensamiento salir de casa sino para ir á la iglesia, y esto con sus padres ó parientes: dentro de casa gustaba de estar sola y siempre ocupada en algo de provecho: fuera de casa siempre con compañía y

con guarda de su limpieza, aunque la mejor guarda que tenia era á sí misma: pues en su compostura y aspecto venerable, más atendia á apresurar el paso, y andar y correr por el camino de la virtud, que en levantar el pié del suelo.»

Hasta aquí son palabras de San Ambrosio. Y no es maravilla, que siendo la Vírgen tan niña en la edad, haya sido tan admirable su vida: porque aunque sus años eran pocos, su discrecion era mucha, y su espíritu sin comparacion mayor que su cuerpo; porque desde el punto que en el vientre de su madre fué concebida sin pecado original, le fué acelerado el uso de la razon mucho más perfectamente que á San Juan Bautista: y es de creer que perseveró en ella, y que Dios no se le dió para quitársele, y que no obraba como niña, sino como mujer de edad, y que estaba prevenida como de Dios y adornada de todas las gracias y virtudes.

Siendo ya pues de tres años, la llevaron sus padres al templo de Jerusalem para ofrecerla y presentar al Padre Eterno hija, al Hijo madre, al Espíritu Santo esposa, á los ángeles reina y á los hombres abogada. Declararon á los sacerdotes su voto: rogáronles que tuviesen cuidado con su hija, como cosa ya consagrada á Dios; y que la criasen entre las otras donce-

llas que servian en una casa pegada al templo y edificada para este efecto, á donde las vírgenes eran sustentadas con las rentas del mismo templo, y podian entrar en él á hacer oracion y ocuparse en santos y loables ejercicios, sin ruido y bullicio de la gente. Y cierto así convenia, que aquella vírgen que habia de ser Madre de Dios, no dilatase el consagrar su alma y cuerpo al servicio de su Esposo, sino que en dejando los pechos de su madre, le hiciese solemne sacrificio de sí misma: porque así como la fruta temprana y fresca y recién cogida del árbol y con sus flores, es más gustosa y agradable que la marchita, manoseada y seca ya en la plaza, así el servicio que se hace al Señor en los tiernos años, le es más agradable que el que se le ofrece en la vejez: aunque Dios es de tan buena condicion que recibe los sacrificios tardíos, y paga con grande liberalidad y franqueza á los que van á trabajar á su viña al poner del sol: mas los padres deben tener gran cuenta con inclinar á sus hijos desde niños al temor santo de Dios y ofrecérselos como cosa suya: y si el Señor les hiciere tan grande merced, que desde aquella edad los escoja para sí, y plante en ellos algun deseo y gusto de servirle en perfeccion, no les vayan á la mano ni se lo estorben; porque harán ofensa al Señor, cuyos son, más que suyos, y serán



castigados en lo mismo que pecaron, permitiendo Dios que los mismos hijos sean sus verdugos y atormentadores, y el cuchillo con que muera su desordenado amor.

Entregaron, pues, los santos padres Joaquin y Ana á la bienaventurada niña en manos del sacerdote, que con solo mirarla quedó admirado y suspenso de tan singular gracia y belleza. Tomad esta niña, sacerdote de Dios, y no penseis que es como las otras niñas que hasta ahora habeis recibido y dedicado al Señor, sino como un vivo templo suyo, y más venerable que el mismo templo en que se ofrece. Tomadla como á un sagrario del Espíritu Santo, como á la verdadera arca del Testamento, como á la urna del maná con que se sustenta el cielo y la tierra, como un *Sancta Sanctorum*, adonde no es lícito entrar sino al sumo sacerdote segun la órden de Melquisedec; porque es la puerta de Ezequiel para todos cerrada sino para él, y jardin cercado y fuente sellada, y la que con su presencia ha de ilustrar y ennoblecer más este segundo templo, que lo fué el primero que edificó el rey Salomon.

Tomóla el sacerdote y púsola, como algunos dicen, en la primera grada de una escalera que tenia quince escalones para subir al altar; y ella con extremada gracia, ligereza y alegría, sin que nadie le ayudase ni llevase de la ma-

no, subió por sí hasta lo alto, no sin grande admiracion de todos los que estaban presentes, que se espantaban de ver la extremada belleza y gracia de la niña, y más el contento y prontitud con que se despedia de sus padres y se dedicaba al Señor, sacando por aquellos pequeños indicios las obras maravillosas que habia de obrar en ella, el que de tan tierna edad la habia escogido para que le sirviese en el templo.

Pero despues que quedó la bendita niña entre las sagradas vírgenes, ¿qué lengua podrá declarar la excelencia de su recogimiento y virtudes? De las cuales hablando San Jerónimo ó el autor del tratado del Nacimiento de la Vírgen, que anda entre sus obras, dice así: «Procuraba la Vírgen ser en las vigiliass de la noche la primera, en la ley de Dios la más enseñada, en la humildad la más humilde, en los cantares de David la más elegante, en la caridad las más ferviente, en la pureza la más pura, y en toda virtud la más perfecta. Todas las palabras eran llenas de gracia, porque siempre en su boca estaba Dios. Continuamente oraba, y como dice el profeta, meditaba en la ley del Señor dia y noche. Tenia tambien cuidado de sus compañeras, que ninguna hablase palabra mal hablada; que no levantase su voz en la risa, que no dijese palabra injuriosa ni sober-

bia á su compañera. Continuamente bendecía á Dios, y porque cuando la saludaban no cesase de este oficio, en pago de la salutacion respondia: Gracias á Dios.» Hasta aquí son palabras de este autor: y San Ambrosio dice así: «No deseaba que otras doncellas le tuviesen conversacion, la que tenia buena compañía de santos pensamientos: ántes entonces estaba ménos sola cuando estaba sola; porque ¿cómo se puede decir que estaba sola la que tenia consigo tantos libros devotos, tantos arcángeles, tantos profetas? Y si se turbó cuando entró á ella el ángel San Gabriel, no fué por no estar acostumbrada á tratar con ángeles, sino porque le apareció en figura de un mancebo hermoso; mas en oyendo su nombre le reconoció. Cosa tan peregrina se le hizo ver á un hombre, no extrañándose de saber que era ángel; para que por aquí entiendas el recato de sus religiosos y castos oidos, y de sus venerables y virginales ojos.» Esto es de San Ambrosio.

En el templo aprendió muy perfectamente á hilar lana y lino, seda y holanda, y coser y labrar las vestiduras sacerdotales y todo lo que para el culto del templo era menester, y para despues servir y regalar á su precioso Hijo, y vestirle y hacerle la túnica inconsútil, que al pié de la cruz jugaron los sayones por no di-

vidirla. Aprendió asimismo las letras hebreas, y leía á menudo y con grande atencion las divinas escrituras, y las rumiaba y meditaba y entendia perfectamente, por su alto y delicado ingenio y por la luz soberana que el Señor le infundia.

Ayunaba mucho, y con el recogimiento, soledad, silencio y quietud se disponia á la contemplacion y union con Dios, en la cual estaba tan absorta y arrobada, y era tan visitada y regalada del Señor y de los ángeles, que más parecia una niña venida del cielo que criada acá en la tierra; y hay autores graves que escriben, que los ángeles le traian lo que habia de comer todo el tiempo que vivió en el templo, para que estando desembarazada y sin cuidado de su sustento, pudiese vacar más libremente á la contemplacion suavísima de su dulce Esposo: que pues se concedió este privilegio tan largos años á San Pablo, el primer ermitaño, no es maravilla que se haya concedido á la que tantas ventajas le hizo, y fué escogida singularmente para tan alta dignidad.

Finalmente, la vida de la Vírgen en el templo fué dechado y modelo perfectísimo de la vida de todas las doncellas, que la deben imitar en la oracion, en la humildad, en la modestia, en el recogimiento, silencio y vergüenza virginal, y en todas las otras virtudes que son



propias de las doncellas, y adorno y arreo de su estado. Pero especialmente las vírgenes, que con particular inspiracion y luz del cielo consagraron su virginidad á Jesucristo y le tomaron por esposo, deben tener siempre delante de sus ojos como un espejo la vida de esta Vírgen santísima para amoldarse á ella y seguir sus ejemplos; pues militan debajo de su bandera, y ella es su guia, su maestra y capitana; porque entre las otras excelencias y prerogativas de la Vírgen, no es la menor el haber sido la primera que alzó la bandera de la castidad, y consagró su purísima virginidad con voto perpétuo al Señor, y abrió camino con su ejemplo á todas las vírgenes que despues la han seguido.

Ella fué la primera que conoció y estimó en lo que se debe la virtud tan rara y peregrina de la pureza virginal, y la que la amó tanto, que hizo voto de guardarla perpétuamente con un amor tan encendido y tan intenso, y con un deseo tan entrañable de agradar á Dios, y le guardó tan perfectamente, que más parecia ángel sin cuerpo, que doncella con carne mortal; porque el haber sido madre no marchitó la flor de su virginidad, ántes la hizo más bella y más florida, más alta y más divina, y juntó la flor de vírgen con el fruto de madre.

Todas las almas puras, que conociendo la vanidad del mundo le dan libelo de repudio y se recogen y encierran entre cuatro paredes, y mueren en vida para vivir eternamente con su querido en el cielo, deben tener por su reina y princesa á esta niña y señora, y pedirle devotamente su favor para imitarla en la guarda del voto que hicieron, como la imitaron en hacerle y seguir tan glorioso ejemplo. Por esto se llama esta Señora Vírgen de las vírgenes, porque fué como maestra y capitana de todas las vírgenes, y principio de un linaje de servicio á los ojos de Dios tan agradable. Todos los monasterios de monjas que hay en el mundo, y todos los recogimientos de esposas y vírgenes de Cristo que ha habido, y hay, y habrá hasta el dia del juicio, son frutos de esta flor virginal de María; y cuantos más hubiere y más le siguieren, tanto más crecerá su gloria accidental.

Estuvo la Vírgen en el templo hasta entrar en catorce años, y á los once se escribe que murieron sus padres muy viejos sin haber tenido otra hija ni hijo sino á ella. Siendo ya de edad para casarse, pareció á los sacerdotes que debia tomar marido como lo hacian las otras doncellas cuando llegaban á aquella edad: y como la purísima Vírgen rehusase de hacerlo, así porque por el voto de sus padres

habia sido dedicada perpétuamente á Dios como por el suyo, con que habia consagrado al mismo Dios para siempre su virginidad, los sacerdotes maravillados de aquella novedad, hicieron mucha oracion y consultaron con el divino oráculo lo que en aquel caso habian de hacer; respondió el Señor que todos los del linaje de David que estaban presentes en Jerusalem se juntasen, y que de ellos aquel se casase con ella á quien le cupiese la dichosa suerte; y la Vírgen tuvo revelacion de Dios, que obedeciese á los sacerdotes y no temiese; porque él la guardaria y conservaria entera y sin mengua en su propósito y limpieza angelical.

Cupo la suerte á José, de la tribu de Judá, natural de Belen y de oficio carpintero, varon santo y de madura edad, y vírgen y lleno de tantas y tan excelentes virtudes, cual convenia que fuese el esposo de tal esposa; y siendo la Sacratísima Vírgen de trece años y tres meses, se desposaron y fué entregada á su esposo para guardarla, servirla y mirar por ella.

De la fiesta de la Presentacion de nuestra Señora hacen mencion los martirologios romano y de Usuardo, á los 21 de Noviembre, que es el dia en que fué presentada. Molano dice que el papa Pio II, y el papa Paulo, tambien II, instituyeron esta fiesta y concedieron indul-

gencias á los que la celebrasen, y que ántes estaba recibida en las iglesias de Francia por la devocion de Cárlos V, su rey, como consta por una epístola suya escrita á Nicolás, obispo antisiodoreense, en el año del Señor de 1375; pero parece que más antiguamente se celebraba esta festividad, porque los griegos hacen mencion de ella en su menologio, y en una institucion del emperador Manuel que cita Teodoro Balsamon, demas de muchas oraciones de San Gregorio Niseno, Germanno, obispo de Constantinopla, y Gregorio, obispo de Nicomedia, que trae Metafrastes; y refiere Lipomano y Surio en el sexto tomo de sus Vidas de los Santos. Por donde se ve que esta fiesta fué muy célebre en las iglesias de Oriente; pero habiéndose caido y dejado de usar en las de Occidente, la santidad de Sixto V, Sumo Pontífice, mandó celebrar en toda la universal Iglesia la fiesta de la Presentacion de Nuestra Señora, á los 21 de Noviembre, por un breve despachado en Roma á 1.º de Setiembre, año de 1585, que fué el primero de su pontificado.





LA VISITACION  
DE  
NUESTRA SEÑORA  
Á SANTA ISABEL

**A** sí como es propio del sol naturalmente alumbrar, y del fuego calentar, y del agua humedecer, así es propio y más natural de la bondad infinita de Dios el comunicarse; y de aquí es que los Santos, como tienen á Dios en sí, se visten de las condiciones de Dios, y procuran cuanto pueden comunicar á los otros la luz y amor del sumo bien que ellos poseen, y atraer á todos al conocimiento y amor del Señor. Vése esto ser así en la Reina de los ángeles la Vírgen María, nuestra Señora; la cual despues que dió aquel sí que alegró el cielo y la tierra, y consintió á las palabras del Ángel San Gabriel, y concibió al Verbo Eterno en sus purísimas entrañas, y fué verdadera Madre de Dios, dice el evangelista San Lúcas que se le-

vantó y se fué con gran priesa y diligencia á las montañas y á una ciudad de Judá que estaba en ellas, y que entró en la casa de Zacarías y saludó á Isabel. La causa de esta ida, y de haber tomado la sacratísima Vírgen el trabajo de tan largo camino, que era como de veintisiete leguas desde Nazareth, fué principalmente porque el Espíritu Santo que habia venido sobre ella y por cuya virtud habia concebido al unigénito Hijo de Dios, la movió é incitó para que comunicase á su prima Isabel aquel inestimable tesoro que habia recibido, y repartiase con ella de los divinos dones con que estaba tan enriquecida, y con sus palabras dejase al divino precursor santificado desde el vientre de su madre, y en su presencia se hiciesen tantos milagros como allí se hicieron, saltando San Juan en el vientre de su madre, y llenándola á ella de su espíritu y haciendo profetizar á sus padres y dando lengua al mudo. Porque ya esta Señora era persona pública y ministra en la obra de nuestra redencion; y las personas públicas, como son los obispos y pastores de la Iglesia, han de visitar su ganado y repartirle los pastos de la vida y salud, y no mirar solamente por sí. Asimismo fué la Vírgen para dar á Santa Isabel el parabien de la merced que Dios nuestro Señor le habia hecho en haberla cumplido sus

deseos y dádola, siendo vieja y estéril, gracia para que concibiese un hijo que habia de ser tan grande y tan admirable y causa de tanto gozo en el mundo. Porque la caridad todos los dones de Dios que ve en los otros los tiene por propios, y se goza de ellos y hace gracias al Señor por ellos y da la enhorabuena á los que los reciben. Tambien se movió la Vírgen Santísima á hacer este camino y visitar á Santa Isabel para servirla y ayudarla en su preñez; porque como era tan humilde, y sabia que el Hijo benditísimo que tenia encerrado en sus entrañas no venia á ser servido, sino á servir, quísole imitar en esto, y siendo Madre suya y Señora del cielo y de la tierra, ir á visitar y servir a su criada. No la lleva curiosidad, no duda de lo que habia oido, ni deseo de ver con los ojos lo que de su prima Isabel le habia dicho el ángel, sino el impulso del Espíritu Santo y una caridad encendida, y una humildad profundísima para regalarla y servirla, y la alegría que recibió con las nuevas de su preñez, porque cesaba la afrenta de su esterilidad antigua. Fue una visita de dos madres milagrosas; de una niña y otra anciana, de una vírgen y de otra estéril: de una recién preñada y de otra que habia seis meses que lo estaba; de una que era Madre de Dios, y de otra que era madre de un hombre que en

vida fué tenido por Dios. Y no solamente fué visita esta de las madres, sino mucho más de los hijos que, estando en las entrañas de sus madres, por las bocas de ellas se visitaron y hablaron; porque Cristo nuestro Salvador, aunque fué niño en el cuerpo y en la edad mientras que estuvo en el vientre de su madre, nunca lo fué en la prudencia y en el juicio, sino varon perfecto, como lo dijo Jeremías, y desde el punto que fué concebido tan sábio como lo es ahora en el cielo; y Juan, aunque era niño de seis meses, con la visita de su Señor, tuvo uso de razon y no le perdió jamás.

Dice, pues, el sagrado evangelista San Lucas, que levantándose en aquellos dias la Vírgen se puso en camino para las montañas y lugares de Judea, y que anduvo con tan suma presteza y cuidado, hasta llegar á una ciudad de Judá y entrar en la casa de Zacarías á visitar á su prima Santa Isabel. Habiendo cumplido la Vírgen con el misterio soberano de la Encarnacion, y con la contemplacion y haciimiento de gracias que al Señor que la habia escogido por Madre, debia, quiso cumplir con su parienta y hacerla particionera del sumo bien que habia recibido; porque á veces debemos dejar á Dios por Dios, y la oracion por la accion y por ayudar á nuestros prójimos; aunque la sacratísima Vírgen estaba tan ab-



sorta en Dios, que con grande eminencia juntaba los oficios de María y Marta, y su accion no le estorbaba la contemplacion. Levantóse en aquellos dias, algunos pocos despues de la encarnacion, para ir á una ciudad de Judá, que San Agustin y Beda dicen que era la ciudad de Jerusalem, y otros, y es lo más probable, que era otra allí cerca en las montañas de Judea, donde moraba Zacarías. Y pondera el sacro escritor que anduvo este camino con presteza y diligencia, para darnos á entender que el Hijo que tenía en su sagrado vientre, no le era carga, sino alivio, y que el Espíritu Santo que la llevaba la alentaba, y el mismo Hijo le daba priesa por la que tenía de santificar á su precursor. Y áun San Ambrosio añade, que iba de priesa por la modestia virginal, para llegar presto á la casa de Santa Isabel, donde estaba recogida. «Aprended, vírgenes, dice San Ambrosio, á no frecuentar casas ajenas, ni deteneros en las calles y plazas, ni hablar en público; pues la Vírgen de las vírgenes y dechado vuestro, se estaba recogida muy despacio en su casa, y se daba priesa cuando andaba camino.» Esto es de San Ambrosio. Aunque esta priesa no era descompuesta, ni tan apresurada que causase turbacion en la Vírgen ó admiracion en los que la veian, sino una diligencia en no detenerse,

modesta y virginal que edificaba y suspendía á los que la miraban.

Llegó á la ciudad la Vírgen y Madre purísima, y entró en casa de su parienta Isabel, y saludóla con humildad; y luego como oyó Isabel la salutacion de María, saltó de placer el niño de su vientre, y en ese punto fué llena de Espíritu Santo Isabel su madre, y exclamó con grande voz, diciendo: «Bendita tú eres entre todas las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre. ¿Y de dónde á mí tan grande bien que la madre de mi Señor venga á mí?»

Saludó la Vírgen á Isabel de palabra, y abrazóla y dióle ósculo de paz, como á parienta, segun la costumbre de los hebreos; y no se dice que hizo esto con Zacarías, porque la honestidad virginal huye de acercarse á los hombres aunque sean viejos y santos. Y siendo mayor en dignidad, visitó á la inferior y la saludó primero: porque, como dice San Ambrosio, las vírgenes, cuanto son más excelentes en la castidad, tanto más lo deben ser en la humildad. Pero en hablando la Vírgen, y luego como sonó la voz de su salutacion, que sería «Dios te salve», ó «Dios sea contigo», en los oidos de Santa Isabel, en este punto fué Dios con ella, y por los oidos de la madre penetró y traspasó hasta el alma de su hijo; de manera que en aquel punto le fué acelerado

el uso de la razon, y le fué dado conocimiento de quién era aquel Señor que allí venía, y del misterio inefable de su encarnacion; y de este conocimiento resultó una alegría en aquella bendita alma, tan nueva, tan grande y tan extraña, que vino á hacer aquel salto y movimiento con el cuerpo, y por él dió á entender á su madre aquel sagrado misterio que él en el vientre adoraba y reverenciaba; para declararnos el sentimiento y estima que nosotros debemos tener de él. Y no es maravilla que San Juan, prevenido con aquella copiosa gracia, y viendo tan de cerca al Deseado de todas las gentes, y por quien suspiraban todos los santos patriarcas y profetas, no cupiese en sí de placer; pues el patriarca Abraham, como lo dijo Cristo á los judíos, y por ver de lejos la sombra de este dia, tuvo tanto gozo y regocijo. Con este favor tan singular quedó el bendito niño San Juan santificado del pecado original y confirmado en gracia, la cual jamás perdió ni cometió en su vida pecado mortal; ántes con el uso de la razon que allí le dió el Señor, y le duró siempre, mereció mucho y creció en la gracia y en la virtud; áun estando en las entrañas de su madre. De esta santificacion dice San Pedro Crisólogo: «Veis como Juan ántes llegó al cielo que á la tierra; ántes se le comunicó el espíritu divino que usase del humano;

antes recibió los dones de Dios que los miembros del cuerpo; antes comenzó á vivir á Dios que á sí; antes tomó las armas que los miembros: para usar de ellas y para vencer al mundo, venció primero á la naturaleza; y para ir delante de Cristo, fué delante de sí.» Esto es de Crisólogo.

Mas Santa Isabel, con aquel súbito resplandor de tan grande luz, entendió en una breve suma casi todo el misterio de nuestra redencion, y participando del espíritu que Dios habia infundido á su hijo, comenzó á profetizar, como dice San Gregorio, de las cosas que ella no sabia, presentes, pasadas y por venir. De las presentes, cuando dijo: «¿De dónde á mí tan grande bien que la madre de mi Señor venga á mí?» Porque allí conoció que aquella doncella que tenía delante, era Madre de Dios, y que habia concebido del Espíritu Santo, y que el Hijo de Dios estaba encerrado en sus entrañas, y que el Mesías era ya venido al mundo, y que el género humano habia de ser redimido por él. Y llamó Santa Isabel madre á la Vírgen, antes que pariese, lo cual, como dice Teofilacto, no se suele hacer con las otras mujeres que están preñadas antes del parto, por el peligro que hay de mover, y que no salga á luz la criatura; mas en la Vírgen no habia este peligro; y por esto antes de parir,

con mucha propiedad la llama Madre y Madre del Señor, y fué la primera que con este tan glorioso título la honró. Profetizó asimismo Santa Isabel de lo pasado, cuando dijo: «Bienaventurada eres, porque creiste»; dando á entender, como dice San Gregorio, que le habian sido reveladas las palabras que el ángel San Gabriel habia dicho á la Vírgen, y que ella las habia creido, y dado consentimiento y obedecido al Señor. Y no ménos conoció las cosas futuras, cuando añadió: «Y cumplir se ha en tí lo que el Señor te ha prometido.»

Todo esto dijo Santa Isabel, ó por mejor decir, por su boca el niño Juan que estaba en sus entrañas, como lo notaron Nicéforo, Teofilacto, y el autor *De mirabilibus Scripturæ* que anda entre las obras de San Agustin. Y por esto San Juan fué profeta y más que profeta; pues no solamente profetizó despues de nacido, como los otros profetas, sino ántes que naciese, é hizo profetas á sus padres. ¡Oh bienaventurada Santa Isabel que mereció ser visitada y regalada de la Madre de Dios! Bienaventurada, porque parió al santo Precursor, y aquel varon, tan excelente y divino, que ninguno nacido de las mujeres le fué mayor. Bienaventurada, por el gozo que tuvo el niño en sus entrañas y por los saltos que dió de placer, reverenciando aquel Señor encubierto

que allí tenía presente. Bienaventurada, porque enseñada por aquel movimiento y alegría de su hijo, entendió los altos é inefables misterios del Señor, y alumbrada con la luz del cielo y abrasada de aquel fuego que nunca se apaga, y llena de suavidad y admiracion, conoció que aquella Vírgen que la visitaba, era Vírgen de las vírgenes y Madre del Rey del cielo y de la tierra, que por su medio venia á dar salud al mundo; y absorta y enajenada y como fuera de sí, con gran voz, y con gran fe y afecto, exclamó y dijo: «Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre. ¿Y de dónde á mí tan grande bien que la Madre de mi Señor venga á mí?» Bien se echa de ver que es Juan el que habla por la boca de su madre, y que aquel mismo espíritu le hace decir ahora: «¿Dónde merecí yo que la madre de mi Señor venga á mí», que despues cuando Cristo vino al Jordan para ser bautizado, le movió á decir: «Yo debo ser bautizado de tí ¿y tú vienes á mí?»

Pero si Santa Isabel fué bienaventurada por haber entendido el misterio de la encarnacion del hijo de Dios, ¿cuánto más lo será aquella Vírgen y Madre castísima, en cuyas entrañas este misterio se obró? Y si sola la voz de la salutacion de esta señora hizo saltar de placer al niño encerrado y envuelto en el vientre de su

madre, y le aceleró el uso de la razon y del juicio, y le limpió de la mancha del pecado original, y le dió tan copiosa gracia como queda referido; ¿cuánta creemos que es la dignidad y grandeza de esta Vírgen, pues en diciendo ella á Isabel, «Dios te salve», entró la luz y la salud en su ánima junto con la voz, y obró tan grandes maravillas? Y por esto con muy justa razon exclamó Isabel, y con gran voz dijo: «Bendita eres entre todas las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre.» Exclamó con gran voz, porque Isabel era madre de Juan, el cual era voz y gran voz; y porque las excelencias y prerogativas de la Vírgen son tantas y tan grandes que es menester alzar la voz para explicarlas; y por mucho que se alce y que se diga, siempre la bajeza humana quedará corta y habrá mucho más que decir. Y así cuando el Salvador echó al demonio mudo y declaró á los que le calumniaban aquel milagro que él le habia hecho en virtud de Dios; una buena mujer, queriendo alabar á la Vírgen, alzó la voz y dijo: «Bienaventurado es el vientre que te trajo, y los pechos que mamaste», porque para alabarla habia de alzar la voz. Y no solamente la llamó «Bendita» Santa Isabel, sino tambien declaró la causa porque era bendita, añadiendo: «Y bendito el fruto de tu vientre; y bienaventurada porque creiste»: quiere decir;

«Tú eres bendita porque tu Hijo es bendito y fuente de la gracia, y en quien todas las gentes serán benditas.» Y como el fruto no se dice bendito por el árbol, sino el árbol por el fruto, así la Virgen fué bendita entre todas las mujeres por su Hijo, que es bendito segun la naturaleza divina y humana. Y puesto caso que otras madres paren muchos hijos, y tú parirás á este solo; con todo eso entre todas las mujeres tú eres bendita; porque este solo vale más que todo lo criado y cuanto se puede criar. Y dado que algunas mujeres sean benditas por su virtud, no siempre lo son por sus hijos, que muchas veces salen traviesos y desbaratados; mas tú eres bendita porque estás llena de Espíritu Santo, y porque eres Madre del Autor de la gracia y del Padre que te crió. Y tambien eres bendita entre las mujeres, porque aunque tengas un solo hijo nacido de tus entrañas, pero por él eres madre de todos los creyentes y verdaderos hijos de Dios.

Pues si el patriarca Abraham es llamado padre de muchas gentes, no segun la generacion carnal, porque por ella no lo fué más que de un solo pueblo, sino porque le fué prometido que Cristo habia de descender de él segun la carne, y por eso es padre de todos los creyentes; ¿con cuánta más razon la Virgen sacratísima, que es Madre del Hijo de Dios, será Ma-



dre de todos los fieles? Y por eso se dice que parió á su Hijo primogénito: para que entendamos que todos los hermanos de Cristo son hijos suyos, no segun la carne, sino segun el espíritu; para que Cristo sea, como dice el apóstol, *Primogenitus in multis fratribus*: Primogénito entre todos sus hermanos. Y así dice Alberto Magno que la Vírgen por la generacion es Madre de solo Cristo; y por adopcion de todos los fieles; y por la imitacion Madre de todas las vírgenes.

Mas el medio con que la Vírgen alcanzó esta suprema dignidad de ser Madre de Dios, declaró Santa Isabel que fué la fe: «Bienaventurada, dice, porque creiste.» Creyó la Vírgen al ángel mucho más perfectamente que ningun santo ni profeta, y su fe fué mucho más excelente que la del Patriarca Abraham, tan alabada y tan predicada en las divinas letras; porque Abraham, creyó que Sara su mujer, aunque era estéril, tendria hijo, y María creyó que siendo y quedando vírgen pariria; Abraham creyó que siendo viejo, podria engendrar y la Vírgen creyó que sin obra de varon podria concebir; creyó Abraham que tendria un hijo que sería hombre y mortal, y María creyó que habia de parir un hijo que seria hombre mortal y Dios inmortal; Abraham creyó que habia de nacer Isaac por el órden y curso

comun, y la Vírgen creyó que su benditísimo Hijo Jesucristo naceria sobre todas las leyes de la naturaleza; Abraham finalmente creyó que para cumplir Dios sus promesas, podia resucitar de muerte á vida á su hijo Isaac; mas la Vírgen creyó que Dios podia nacer, morir y resucitar. Y así no es maravilla que Santa Isabel haya loado y ensalzado tanto la fe de la Vírgen; pues fué tan excelente y tan singular que por ella fué bienaventurada. Porque la fe es el principio, la raíz y fundamento de nuestra bienaventuranza, y la que acompañada con la caridad la merece; y por ella concibió la Vírgen á Dios, primero en el corazon que en el vientre, y mereció que se cumpliesen todas aquellas magníficas promesas que aquel bendito ángel le dijo en la salutación; de las cuales una sola se habia cumplido, cuando con gran voz exclamó Santa Isabel y la llamó bienaventurada porque habia creído, y porque se cumpliria en ella lo que el Señor le habia prometido.

Díjola el ángel, «que concebiria á su Hijo»; y esto ya estaba cumplido; mas añadió, «que le pariria»; y esto se cumplió en el nacimiento de Cristo nuestro Salvador; y «que se llamaria Jesus», como lo hizo en su circuncision; y «que sería grande», como lo mostró en su predicacion y milagros; y «que le llamarian

Hijo del Altísimo», como le llamó San Pedro y otros; y «que le daría Dios la silla de David»; y esto se cumplió en su resurrección, dándole el Padre eterno el señorío universal de todas las cosas; y finalmente la dijo, «que reinaria en la casa de Jacob, y que su reino no tendría fin»; porque había de subir al cielo y sentarse á la diestra del Padre, y reinar con Él y con el Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Todas estas promesas quedaban por cumplirse entonces, y todas á su tiempo se cumplieron.

Mas la sacratísima Vírgen cuando oyó sus alabanzas y llamarse «bendita y bienaventurada», recogida en sí, y sumida en el abismo de su nada, y arrebatada en Dios y reconociendo tan grandes beneficios de su liberal mano, con singular alegría de su corazón, y copiosas y suaves lágrimas de sus ojos, comenzó á cantar aquel divino cántico de *Magnificat*; y á decir: «Engrandece mi ánima á Dios, y mi espíritu se alegró en Dios, é hizo en mí grandes cosas el Todopoderoso».

El primer cántico del Viejo testamento fué el que cantó María, hermana de Moisés, después que Dios ahogó al rey Faraon y á sus carros y ejército en el mar Bermejo, y por medio de las ondas libró á todo su pueblo con tan gran maravilla y espanto; y el primer

cántico del Nuevo testamento es el de otra María, no hermana de Moisés, sino madre del verdadero Moisés, legislador y libertador del mundo, que es tanto más admirable y divino que el otro, cuanto va de María á María: «Mi ánima, dice, magnifica y ensalza al Señor, y mi espíritu se alegró en el Señor.» Como si dijera: «Tú, Isabel, me llamas bendita y bien aventurada por los dones que Dios ha puesto en mí; mas yo le alabo á él, y mi alma derretida en su amor y absorta en su contemplacion, le engrandece como al Autor de tan grandes maravillas. De aquel Sol divino descienden estos rayos; de aquel fuego inmenso de bondad nacen estas centellas; de aquella raíz estos frutos; y así todo se debe á él. Y si tu hijo en tus entrañas se alegró y dió saltos de placer oyendo mi voz, mucho más mi espíritu se debe regocijar en Dios; pues le tengo yo en las mias, y siendo Todopoderoso ha hecho en mí grandes cosas.»

No explica la Vírgen qué cosas sean estas que hizo en ella el Señor, porque son tan grandes y exceden tanto nuestra capacidad que no es dado á nosotros escudriñarlas, sino maravillarnos y alegrarnos y quedar atónitos con la consideracion de ellas. Y va prosiguiendo la santísima Vírgen las alabanzas y grandezas de Dios, fundándolas en la gracia é infinita mise-

ricordia del mismo Señor y en su bajeza y vileza, la cual él miró desde la cumbre de su altísima majestad con los ojos blandos y piadosos para levantarla sobre todo lo criado, y predicarla perpétuamente á todas las naciones y generaciones del mundo.

Despues dice el sagrado evangelista que la sacratísima Vírgen se quedó con su prima Isabel casi tres meses; y como dicen los santos, para ayudarla, servirla y regalarla. De donde podemos sacar los favores y mercedes que en tiempo de los tres meses hizo Dios á aquella casa en que estuvo, aunque encubierto; porque si los tres ángeles que aparecieron á Abraham, y entraron en el Tabernáculo, le pagaron tan bien el hospedaje que le cumplieron sus deseos, y le prometieron que siendo ya viejo y Sara estéril, tendria fruto de bendicion; si los dos ángeles por haber sido recibidos en casa de Lot, le libraron á él y á sus hijas de aquel incendio horrible y espantoso de Sodoma; si por haber entrado Jacob en casa de su suegro Laban, con ser gentil y perverso, entró juntamente con él la bendicion de Dios; ¿cuánto mayores gracias debemos nosotros creer que derramó la fuente de todas ellas cuando entró y estuvo tanto tiempo en aquella dichosa casa, encerrado en las entrañas de su Madre y Reina de todos los ángeles y patriarcas?

Entró Elías en casa de la pobre viuda de Sarephta, y luego entró en ella abundancia de harina y aceite, y huyó la hambre que por todas partes la cercaba; entró Eliseo en casa de la Sunamitis, y resucitóle el hijo; entró el Arca del Testamento en casa de Obededom, y echóle Dios su bendicion para él y para toda su familia. Pues ¿cuánto mayor y más copiosa bendicion habrá echado Dios á aquella casa en la cual entró el arca viva de Dios, y el verdadero maná y pan del cielo, Jesucristo, y se detuvo tantos dias en ella? ¿Qué maravilla es que San Juan haya saltado de placer delante de esta arca, pues el rey David bailó, y saltó delante del arca del Testamento, que no era más que sombra de esta? Y si sola la entrada de esta santa Vírgen y la voz de su salutacion, bastó para santificar á Juan y hacerle dar saltos de gozo y alegría, y alumbrar á la madre y llenarla de tantos resplandores y ardores divinos que prorumpió con gran voz en alabanzas de la misma Vírgen; ¿cuánto más habrán crecido las corrientes de los otros beneficios divinos, con las avenidas y lluvias que por espacio de aquellos tres meses cayeron del cielo y con aquella dulcísima y santísima conversacion? Do quiera que entró el Señor, dejó enriquecidos á los que con amor le recibieron. Entró primero en el vientre de su sacratísima Ma-

dre, y dióle el primado sobre toda pura criatura, con privilegios y prerogativas singulares y dignas de toda veneracion; entró en el pobre portal de Belen, y tornóle de establo paraíso; entró en la tierra de Egipto, y con su presencia cayeron los ídolos de ella, y sus desiertos quedaron tan llenos de bendicion, que fueron poblados de muchedumbre de monges que vivieron más como ángeles del cielo que como hombres de la tierra; entró convidado en las bodas de Caná de Galilea, y mudó el agua en vino, proveyendo las faltas de los que le habian convidado; entró en la casa de San Pedro, y sanó de la calentura á su suegra; entró en casa de San Mateo al convite que le hizo en su conversion, y atrajo con su virtud allí á muchos publicanos y pecadores que llamó y sanó como médico de vida; entró en la casa del Fariseo, y justificó á la mujer pecadora, y humilló con su ejemplo la soberbia del que habiéndole recibido fué muy negligente en servirle; entró en la casa de Jairo, y resucitó á su hija; entró en la de Zaqueo, y dejola en concierto y en estado de salvacion; entró en la casa de Marta y de María Magdalena, y resucitó á su hermano Lázaro, muerto de cuatro dias, y dejola por espejo de cristiandad; y de esta manera podríamos traer otros muchos ejemplos para declarar que do quiera que entraba

el Señor dejaba rastros de su infinita misericordia y copiosas y largas mercedes de su bondad; y así hízolo entrando este día, aunque en secreto, en casa de Zacarías, y santificando á su dichoso adelantado San Juan, é hinchendo de Espíritu Santo á su madre y á su padre, despues con el detenimiento de los tres meses que allí hizo, multiplicó más sus favores y repartió con más larga mano los dones celestiales que cada día crecian con su presencia y de su santísima Madre. Porque ¿qué razonamientos creemos que habria entre las dos madres, entre la Vírgen y Santa Isabel? ¿Qué coloquios entre los hijos? ¿Cómo se hablarian desde los vientres de sus madres? ¿Con cuánta humildad serviria la Vírgen á su prima? ¿Y cuánto empacho tendria la santa vieja, conociendo que aquella tierna y purísima doncella era Madre de Dios y Reina de todo lo criado? ¿Cuántos ratos gastarían en conferir y platicar los misterios soberanos de Dios, admirándose de las entrañas de su inmensa piedad, que por tales medios y tan costosos para él queria redimir al linaje humano? ¿Y cuán diferente fué aquella visita de las visitas de nuestros tiempos, donde se pierde tanto tiempo, siendo cosa tan preciosa, y que una vez perdido no se puede recobrar? ¿Donde se hace representacion de vanidad, de galas, de afeites, de belleza fingi-



da y contrahecha? ¿Donde las pláticas son, ó de nuevas, inciertas y vanas y de poca sustancia, ó de cosas dañosas y perjudiciales, ó murmuraciones de vidas ajenas que lastiman el corazon, y dejan la conciencia herida, y corriendo sangre con grande ofensa de nuestro Señor? Cotejemos nuestras visitas con la visita que hoy hizo la Reina de los ángeles á Santa Isabel, y lo que pasó en ésta y pasa en las nuestras, y veremos cuánta razon tenemos de confundirnos y de enmendarnos, y de suplicar á la misma Vírgen que nos alcance gracia de su benditísimo Hijo para que en esto y en las demas cosas la podamos imitar.

De esta fiesta de la Visitacion dice el concilio de Basilea unas palabras que, por comprender brevemente todo este misterio, las quiero poner aquí. «La Vírgen beatísima, dice el concilio, habiendo sido enseñada por el embajador celestial y guiada del Espíritu Santo, subiendo á los montes con ligereza, entró en la humilde casa de Zacarías; porque Jesus, que estaba encerrado en sus entrañas, se daba prisa por santificar á Juan, que estaba en las de su madre Isabel; y la misma Vírgen gloriosa, visitando á su prima, la saludó con unas palabras llenas de vida. Grandísima alegría debe dar á todos los fieles aquel excelente misterio, por el cual aquellas bienaventuradas madres

que tenían las primicias de nuestra salud, tan familiarmente se hablaron y regocijaron entre sí. La una era la Vírgen divina de la casa de David; y la otra Isabel, digna de reverencia entre los hijos de Aaron. La Vírgen tenía en su vientre al Criador de todas las cosas y Salvador nuestro, é Isabel á su precursor; y habiendo la una y la otra concebido milagrosamente, confieren entre sí los beneficios y gracias que del cielo habian recibido. Dichosa por cierto y bienaventurada fué aquella visita, y esclarecida con grandes resplandores de la divina gracia, en la cual se juntaron dos madres tan grandes, que la una, siendo vírgen, habia concebido del Espíritu Santo; y la otra, siendo vieja y estéril, de su marido Zacarías, y el mismo ángel les habia anunciado los hijos que habian de parir. Bienaventurada visita, en la cual el niño Juan, encerrado en las entrañas de su madre, conoció y adoró al Señor en las entrañas de María; en la cual Isabel, llena de Espíritu Santo, dió el parabien á la Vírgen por haber concebido al Hijo de Dios, y la llamó bienaventurada por haber creído, y descubrió los misterios secretos y escondidos; en la cual finalmente la Madre del Señor y Reina nuestra la Vírgen María, llena de un gozo inefable y divino, confiriendo en su corazon lo que ántes habia oido al ángel y allí oia á Isabel, pro-

rumpió en alabanzas del Señor, y cantó aquel divino cántico de *Magnificat*.» Todo esto es del concilio de Basilea.

La fiesta de la Visitacion instituyó el papa Urbano VI, y la confirmó, ó por mejor decir, la publicó el papa Bonifacio IX, el año del Señor de 1389; y la ocasion de la institucion fué por el cisma peligrosísimo que se levantó en la Iglesia por la eleccion de Urbano VI; y para que el Señor pusiese su mano y quitase tan gran mal de su Iglesia, toda ella acudió á la Vírgen sacratísima y la tomó por medianera para que lo alcanzase de su Hijo; y para esto se instituyó principalmente la fiesta de la Visitacion de nuestra Señora, y Dios la confirmó con algunos milagros y revelaciones.





FIESTA DE LA EXPECTACION  
DEL  
PARTO DE NUESTRA SEÑORA  
Y POR OTRO NOMBRE LLAMADA  
LA FIESTA DE LA O

**E**N el arzobispado de Toledo, y en otras Iglesias de España, á los 18 de Diciembre se celebra la fiesta de la Expectacion del parto de la sacratísima Vírgen María Reina nuestra, la cual se instituyó con nombre de Anunciacion de nuestra Señora en el décimo concilio Toledano: porque viendo aquellos santos padres que se congregaron en él la obligacion tan precisa que nos corre á todos los cristianos de solemnizar aquel dichoso y bienaventurado dia, en que el Verbo eterno se vistió de nuestra carne en las limpísimas entrañas de la Vírgen, que fué á los 25 de Marzo, y que por estar comunmente la santa Iglesia ocupada en aquellos dias en llorar la pasion del Señor, no le pue-

de celebrar con la alegría y regocijo que debe; ordenó que á los 18 de Diciembre, y ocho dias ántes de su nacimiento, se celebrase esta fiesta con grandísima solemnidad: especialmente que estaba establecido por decreto de algunos concilios, que en la cuaresma, que es tiempo de ayuno y penitencia, no se celebrasen fiestas de maitines, que eran las que en aquella sazón solamente se celebraban, y la de la Anunciación siempre cae en cuaresma: y como dice allí el concilio, ya se hacia esta fiesta en algunas iglesias particulares de España. Este concilio se celebró el año octavo del rey Recesvinto, y fué el último del arzobispado de Eugenio, á quien sucedió San Ildefonso: el cual, habiendo disputado, convencido y desterrado á ciertos herejes, que ponian mácula en la limpieza de la Vírgen, y defendídola con gran devoción, doctrina y valor, dió orden que esta fiesta de la Anunciación de la Vírgen se celebrase con título de Expectación del parto. Tambien se llama esta fiesta Nuestra Señora de la O; porque desde las vísperas de ella se comienzan en el oficio divino á decir unas antífonas al Magnificat, y se continúan hasta la víspera del Nacimiento, que comienzan en O; y por una ceremonia particular de la Iglesia de Toledo, porque acabada de decir la oración de las vísperas de la fiesta de la Expectación,

todos los eclesiásticos que asisten en el coro dan grandes voces sin orden ni concierto, pronunciando esta letra O, para denotar el deseo y ánsia que los santos padres del limbo y todo el mundo tenia de la venida y nacimiento de su universal Reparador y Redentor.

Porque luego que el hombre cayó y comió del árbol vedado, y con su desobediencia condenó á toda su posteridad y á todos sus hijos que habian de nacer de él, el Señor por su inmensa bondad y clemencia le dió esperanza de remedio, cuando dijo á la serpiente estas palabras: «Yo pondré enemistad entre tí y la mujer, y entre su simiente y la tuya; y esta te quebrantará la cabeza, y tú andarás siempre acechando á sus calcañares»: que es armando lazos en todos sus pasos y caminos. Esta sentencia de Dios, pronunciada contra el demonio, fué despues de aquella general caída la primera luz y la primera gracia y prenda de esperanza que la divina bondad dió al mundo y señaladamente á aquellos que primero fueron matadores de sus hijos que padres: los cuales, por esta promesa de Dios, entendieron que el fruto de una mujer, hija suya, habia de confundir al demonio y reparar los daños de su desobediencia, y restituir al linaje humano lo que por culpa de ellos habia perdido; y comenzaron á desear y pedir al Señor con gran-

des ansias que se diese priesa y acelerase este remedio.

Despues fué el Señor dando otras señales, y fortificando más sus promesas: de manera que todos los santos y amigos de Dios entendieron este beneficio incomparable que Dios queria hacer al linaje humano y deseaban sumamente ver aquel dichoso dia en que habia de nacer el que Dios les habia prometido, y enviaba para ennoblecer y reparar el mundo, y librarle del grave yugo de la tiranía de Satanás, en que estaba cautivo. Por esto dijo el Salvador, hablando con sus discípulos: «Bienaventurados son los ojos que ven lo que vosotros veis; porque muchos reyes y profetas desearon verlo y no lo pudieron alcanzar.» Por esta misma causa dijo á los judíos que Abraham habia deseado ver su dia, y que le habia visto y gozádose cuando le vió. Por esto el patriarca Jacob, en la postrera bendicion que estando para morir dió á sus hijos, dijo: «No faltará el cetro de Judá, ni capitan de su casa y familia hasta que venga el que ha de ser enviado, y aquel que será la expectacion de todas las gentes»; y añadió: «Señor, yo esperaré á vuestra salud y á vuestro Salvador.» Por esto Moisés, cuando Dios le apareció en el desierto y le mandó que fuese á Egipto para librar á su pueblo, le dijo: «Yo te ruego, Señor, que envíes al que has de

enviar.» Por este mismo deseo clamaba David: «Excitad, Señor, vuestra potencia y venid para salvarnos»: y su hijo el sabio Salomon, hablando de la sabiduría eterna que es Jesucristo unigénito Hijo de Dios, decía: «Enviadla, Señor, de esos santos cielos y del trono de vuestra grandeza y majestad, para que esté conmigo y trabaje conmigo.» Este mismo deseo manifestó Tobías, cuando á la hora de la muerte dijo: «Bendice, ánima mia, al Señor; porque él librará á Jerusalem, su ciudad, de todas sus tribulaciones», y añadió: «¡Oh qué dichoso y bienaventurado sería yo, si alguno de mi linaje y de mis hijos fuere vivo, para ver la claridad y gloria de Jerusalem, cuando Dios la visitará!» Por esto el profeta Isaías daba voces, y suspirando, decía: «Enviad, Señor, aquel Cordero inocentísimo, que ha de señorear á todo el mundo»; y volviéndose á los cielos y hablando con ellos, les decía: «Ea, cielos, enviad vuestro rocío de allá de lo alto, y la nube llueva al Justo: ábrase la tierra y brote, y produzca al Salvador, y salga con él la justicia»: y en otro lugar encendido y abrasado de este deseo, y pareciéndole que tardaba mucho en venir el Salvador, con entrañable afecto y ansiosos suspiros hablando con el Señor, le dijo: «¡Oh si ya rompíes, Señor, esos cielos, y descendieses y acabases de venir!» Finalmente, todos



los patriarcas pedían á Dios con largos gemidos la venida del Salvador; todos los profetas le prometían y con varias figuras le representaban: todos los santos del Viejo Testamento suspiraban por él: todas las gentes le deseaban; y por eso el profeta Ageo le llama el Deseado de todas las gentes: *Et veniet desideratus cunctis gentibus; et implebo domum istam gloria, dicit Dominus exercituum*: Vendrá el Deseado de todas las gentes, y con su presencia ilustraré y henchiré de gloria este templo, dice el Señor de los ejércitos. Y así no es maravilla, que al tiempo que este Señor había de nacer y gozar de estos aires de vida para cumplir los deseos de todos sus siervos; al tiempo que esta luz del mundo había de salir de las entrañas de su bendita Madre para alumbrar al mundo, todas las criaturas estuviesen suspensas y colgadas de este felicísimo parto, en el cual estaba librada la suma de su salud y eterna felicidad: y que la santa Iglesia haga fiesta particular y nos ponga delante la expectacion y ánsia con que todo el universo aguardaba el parto de la Vírgen, para que por aquí entendamos la devocion, alegría y hacimiento de gracias con que nosotros le debemos celebrar y recibir.

Pero si todos los otros santos y profetas tuvieron tan grande sed de esta fuente de vida, y por el extremado deseo de su venida daban

tantas voces y clamores á Dios, ¿qué creemos que haria la que era más santa que todos, y tenia más lumbre del cielo para conocer y estimar este soberano beneficio, y más caridad para desear el remedio de todas nuestras pérdidas y calamidades? ¿Qué haria la que sabia que el que traia en su sagrado vientre, era verdadero hijo suyo, y todo suyo, y juntamente unigénito del eterno Padre? ¿Y que se acercaba ya aquel bienaventurado dia en que ella le habia de parir, y mostrar al mundo su Reformador, su Salvador, su vida, gloria y toda su bienaventuranza? ¡Cómo se desharia su espíritu de gozo y de júbilo, viendo ya ser oidos los gemidos de todos los siglos y naciones, y las plegarias y oraciones de los justos; y los continuos ruegos y lágrimas con que ella humildísimamente habia suplicado al Señor que no tardase de venir y manifestarse vestido de su carne, para dar espíritu á los hombres carnales y hacerlos hijos de Dios! ¡Qué arrobada y fuera de sí estaba esta Señora, contemplando este misterio! ¡Qué luces, qué resplandores, qué rayos alumbrarian su claro entendimiento! ¡Qué ardores, qué encendimientos, qué llamas abrasaban su purísima voluntad! ¡Qué desmayos, latidos y sentimientos de amor padecia su corazon, con la esperanza de su breve y sagrado parto! Porque no temia los

dolores ni el mal suceso, ni las otras miserias que las otras mujeres preñadas temen en sus partos. Deseaba con un increíble deseo verle ya para adorarle como á su Dios, reverenciarle como á su Señor, y abrazarle y besarle como á su dulcísimo Hijo. Esta es la fiesta de la Expectacion del parto de la Vírgen, que hoy celebra la Iglesia, y nosotros debemos celebrar con especial devocion y alegría.





# FIESTA

DE LA

PURIFICACION DE LA VÍRGEN MARÍA

NUESTRA SEÑORA,

Y DE LA PRESENTACION

DE SU PRECIOSO HIJO EN EL TEMPLO

**A** los cuarenta dias del nacimiento de Jesucristo nuestro Salvador, que se cumplen á los 2 de Febrero, celebra la Santa Iglesia la fiesta de su presentacion en el templo, que tambien se dice la Purificacion de Nuestra Señora y la Candelaria; y los antiguos la llamaban la fiesta de Simeon justo y de Ana profetisa, y por otro nombre en latin, *Occursus*, que quiere decir, encuentro y recibimiento, como el que se hace al que viene de camino y por honrarle le salen á recibir. Pero dejando los otros nombres, y hablando de la Presentacion del Hijo en el templo y de la Purificacion de la Madre Santísima, para entender los misterios divinos

que en la una y en la otra se encierran, se deben presuponer dos leyes que mandó Dios guardar al pueblo de Israel, las cuales Cristo nuestro Señor y su purísima Madre vinieron hoy á cumplir, sujetándose por su voluntad, para nuestro ejemplo, á las leyes que no los obligaban.

La primera ley era de los primogénitos, en que mandaba el Señor que le ofreciesen el primer hijo que naciese de los hombres y de los animales, y que no siendo el primogénito de los hombres de la tribu de Leví, despues de presentado en el templo y ofrecido á Dios le rescatasen por cinco siclos, moneda que valia en aquel tiempo, como algunos dicen, cuatro reales, y el primogénito de los animales se le degollase el sacerdote, y se le ofreciese en sacrificio. Esta ley estableció Dios para que los judíos se acordasen de aquella hazaña memorable y maravillosa que habia hecho, cuando para librarlos de la servidumbre y cautiverio de Egipto, con brazo fuerte y poderoso mató á todos los primogénitos de los egipcios, y llenó toda aquella provincia de tan grande llanto y espanto, que los mismos egipcios daban priesa á los hebreos para que se partiesen luego de sus tierras y los dejasen; porque mientras que estaban en ellas no se tenían por seguros, y pensaban perecer llenos de pavor y

espanto. Y como Dios, así como es liberalísimo en hacernos mercedes, así es celosísimo de su honra, y quiere que seamos agradecidos y las reconozcamos y sirvamos, para memoria y reconocimiento de tan señalado beneficio quiso que se le ofreciese cualquiera hijo primogénito; y no ménos, para que entendiesen los padres que los hijos no tanto son suyos cuanto del Señor que se los da, y cria el alma de nada, y forma y organiza el cuerpo en las entrañas de la madre, y los saca á luz para que los crien en su servicio, como cosa propia suya más que de los padres; y para que si no tuvieren hijos no se congojen demasadamente, ni se turben y disgusten entre sí, ántes sepan que no bastan remedios humanos para tener hijos si Dios no los da; y que muchas veces los niega y otras los quita con gran misericordia y benignidad.

La segunda ley manda que la mujer que por obra de varon pariere hijo, esté retirada cuarenta dias para purificarse, los cuales cumplidos ofrezca un cordero de un año y un palomino ó una tórtola; y si no pudiese ofrecer cordero ofrezca un par de tórtolas, ó un par de palominos, y si pariere hija, que esté retirada ochenta dias. De estas dos leyes hace mencion el evangelista San Lúcas: y porque en la primera ley del primogénito no se pone

dia cierto para presentarle en el templo y ofrecerle á Dios, y en la segunda se limita el tiempo de los cuarenta dias de entredicho para la madre, solian los hebreos tomar aquel dia para cumplir con ambas obligaciones.

Claro está que el bendito Niño Jesús y su gloriosa Madre no estaban obligados á la guarda de estas leyes, porque el Hijo era Dios y legislador y señor de la ley, y la Madre era Madre de Dios y reina y princesa de todo lo criado. Y ademas de esto, las mismas leyes con sus palabras los eximian y exceptuaban de aquella obligacion, porque la ley de los primogénitos decia, que el primogénito que abriese camino para salir de las entrañas de su madre, fuese ofrecido al Señor, y Cristo salió por aquella puerta oriental de la Vírgen, profetizada por Ezequiel, dejándola cerrada y sellada: y la segunda ley no obligaba sino á la mujer que concebía por via ordinaria, y la Vírgen sacratísima concibió al Verbo Eterno por virtud del Espíritu Santo, sin detrimento de su celestial pureza.

La purificacion de las paridas era para limpiarlas de las inmundicias del parto: mas la que quedó más limpia que el sol, y más hermosa que la rosa y que la clavellina, no tiene esa obligacion, porque ¿cómo puede purificarse la pureza, esclarecerse la luz, blanquearse la blan-

cura y hermosearse la belleza? Y por esta causa el evangelista sagrado, diciendo que se cumplieron los dias de su purgacion, añadió divinamente aquellas palabras: «segun la ley de Moisés», dando á entender que aquella purificacion era segun la ley, y no segun la Vírgen; porque segun ella, no podia llegar ese dia, porque era la misma limpieza, y más resplandeciente que el mismo sol. Pero fué muy conveniente que el Niño Jesus guardase la ley á que no estaba obligado, y que la Madre se conformase con su Hijo para nuestro remedio y ejemplo. No tenian ellos necesidad de guardar la ley; pero teníamosla nosotros de que ellos la guardasen, para que de tales maestros aprendiésemos el obedecer á Dios, porque todo nuestro mal es libertad, desenfrenamiento y desobediencia, por la cual, como por la puerta, entró nuestra perdicion en el mundo, y este mar océano de desventuras y miserias en que andamos sumidos y anegados: y como el Señor vino como médico soberano para curarnos de nuestros males y dolencias, por su voluntad se sujetó á la ley no estando obligado, para que el enfermo con ménos repugnancia y mayor alegría la obedezca y cumpla con su obligacion, y para que considerando cuán liberal es Dios para con nosotros, y que no pone tasa ni medida en lo que hace y padece



por nuestra salud, no estrechemos ni apoquemos nuestros corazones en servirle, apretando la mano para dar, y abriéndola para recibir, como hacen algunos avarientos, escasos y mezquinos que regatean con Dios, y examinan muy por menudo á lo que precisamente les obliga su ley sin querer pasar la raya, ni los límites de los divinos preceptos para no irse al infierno, y no miran que delante de aquella soberana y divina luz cualquiera otra luz es tinieblas, y cotejada con aquella limpieza toda santidad es inmundicia; y que el que fuere más franco para con Dios, ese le hallará más liberal y dadivoso para consigo; porque es tan franco, que nunca quiere deber nada á nadie, sino que todos le deban; y que sus mismos dones sean merecimientos nuestros, para remunerarlos con gloriosa corona de bienaventurada eternidad.

Quiso tambien el Señor y su Madre dulcísima enseñarnos á hacer nuestras obras de manera, que no solamente sean limpias en los ojos de Dios, sino tambien loables en los de los hombres, y que no nos contentemos con el testimonio de nuestra conciencia, cuando damos al prójimo causa legítima de murmurar, porque el mismo Dios nos manda que tengamos cuenta con no dar que decir de nosotros; y la conciencia no es pura cuando no se ajus-

ta con lo que manda Dios. Cuando pidieron á Cristo los alcabaleros el tributo del César, preguntó á San Pedro: «¿Quién lo debe? ¿Los hijos ó los vasallos?» Y añadió: «Pero porque no los escandalicemos, á trueco de que no digan que me rebelo contra el César, vé, Pedro, saca un pez y paga.» Así hoy, porque no se diga que Cristo no guarda la ley y que es contrario á Moisés, y que la Madre siendo parida no se purifica, quiso él ser presentado, y ella ser purificada, por excusar el escándalo y darnos ejemplo de mirar cómo vivimos, y quitar las ocasiones justas de murmurar: y no ménos para deslumbrar al demonio, y tenerle perplejo y confuso; porque así como quiso el Señor que la Vírgen fuese desposada, entre otras razones para que el demonio anduviese siempre como atormentado entre dos aguas y no entendiese que aquel hijo era Hijo de Dios, como dice San Ignacio, así ordenó el mismo Señor que esta purísima doncella, no teniendo mancha y siendo más limpia que los ángeles, se sujetase á la ley de la limpieza, como si la buscara y tuviera de ella necesidad, para que el demonio, que es soberbio, se cegase con esta luz y con este ejemplo de tan rara y profunda humildad.

Demas de estas razones hay otra muy importante para doctrina y reformation de nues-

tra vida, que es habernos dado el Padre Eterno á su Hijo unigénito, y con él todo lo que nos puede dar, para que su Madre, que sin padre le habia engendrado en la tierra, se le presentase hoy en medio del templo y se le ofreciese por todos los pecados del mundo, y nos animase con esta divina ofrenda á ofrecerle cada uno de nosotros por su parte, y juntar su corazon y su primogénito con el primogénito de la Vírgen, y hacer perfectamente lo que aquella ley de los primogénitos en sombra y figura nos representaba.

El primogénito y el mayorazgo del reino y de cualquiera casa y familia ilustre se tiene en mucho, y es lo primero en que se ponen los ojos; y el primogénito del hombre que es racional y tiene entendimiento y voluntad, y se gobierna por razon y por amor, es el primer juicio que tiene, del cual dependen todos los otros juicios del hombre; y aquel primero y principal amor, que es como regla y fuente de todos los otros amores, y este juicio y este amor manda el Señor que le presentemos y ofrezcamos como cosa suya. Aquello con que el hombre piensa que se puede hacer bienaventurado si lo alcanza, y si lo pierde infeliz; y aquello que abraza con más estrecho amor, y tiene pegado á las entrañas, y con mayores ánimas desea y procura; aquello que como óleo

nada sobre otros licores, y cuando se encuentra con cualquiera otra cosa, la sobrepuja y tiene debajo; ese es el amor y el primogénito que Dios nos pide: de manera, que aunque le demos todo lo demás, no lo estima y es nada en sus ojos; así como si Dios nos diese todo cuanto hay en el cielo y en la tierra, y no se nos diese á sí mismo, no nos aprovecharia para tener contento seguro y bienaventurado. Ama el hombre la hacienda y ama al hijo; pero cuando se encuentra el amor de la hacienda con el del hijo que está enfermo ó en algun peligro, gástase la hacienda porque no muera el hijo. Pues este amor nos pide hoy el Señor: este es el mayorazgo que le debemos ofrecer; que en nuestra opinion no haya cosa que con Dios se iguale ni se compare, ni tenga precio ni valor, más que un poco de lodo en comparacion de un riquísimo é inestimable tesoro; y por no perderle perdamos la hacienda, la honra la mujer y los hijos, y la propia vida si fuere menester: y no es mucho que, pues Dios nos dió á Jesucristo, que es primogénito de todas las criaturas, por manos de la Vírgen, para que ella hoy se le ofreciese, que nosotros en retorno demos á su Divina Majestad este nuestro juicio y nuestro amor; que aunque es de suyo tan vil y tan flaco, todavía por ser nuestro primogénito, é ir acompañado con los merecimientos de es-

te Señor, le será más acepto sacrificio y agradable que lo era el de la ley vieja de los primogénitos; la cual debajo de sombras y figuras nos representaba esta espiritual ofrenda, y nos enseñaba á degollar y hacer sacrificio de los primogénitos de los animales, que son las pasiones que nacen de nuestra sensualidad y de la parte inferior de nuestra alma, como de un animal bruto y sin razon; como asimismo la ley de la purificacion de las paridas nos enseña el cuidado que debemos tener de la purificacion interior. No tiene ya necesidad la mujer que ha parido de guardar entredicho de muchos dias para entrar en el templo, porque ya espiró aquella ley ceremonial, y en estando con fuerzas para hacerlo puede entrar; pero tiénela de purificar su alma y reprimir los deleites de la carne, y ofrecer á Dios el gemido y castidad de la tórtola y la simplicidad del palomino; que esto es lo que Dios por aquella ofrenda nos queria significar.

Estas son algunas de las causas que traen los santos para declarar cuán conveniente cosa fué que el suavísimo Jesus guardase la ley de los primogénitos, y la sacratísima Vírgen su Madre la de la Purificacion, sin ser obligados: veamos ahora el modo que tuvieron en obedecer á la ley, y los otros misterios que se en-

cierran en este soberano misterio. Entró la Virgen en el templo, acompañada de San José su esposo, llevando en los brazos aquel tesoro del cielo y riqueza y bienaventuranza del mundo, y postrada delante del acatamiento divino alzó sus ojos y su corazón á Dios, y con la mayor humildad, que jamás pura criatura le habló, le dijo: Oh Padre Eterno, Señor y criador del mundo, veis aquí á vuestro unigénito y muy amado Hijo que con tanta caridad quisisteis que también fuese Hijo mio, para que tomando carne y viniendo al mundo, en forma de hombre mortal, redimiese todo el género humano: aquí os le traigo; aquí os le represento y os le ofrezco para que de él y de mí hagais, Señor, según vuestra santísima voluntad.

Dichas estas ó semejantes palabras ofreció los cinco siclos que la ley mandaba, y con ellos rescató á su precioso Hijo y redimió al Redentor del mundo, y quiso ser redimido el que era perfectísimo Redentor, y ser rescatado con cinco siclos el que había de rescatar con cinco llagas á todos los hijos de Adán. Ofreció asimismo la Virgen un par de tórtolas ó palominos, para cumplir con la ley de la purificación. No ofreció Cordero figurativo, así porque ofrecía el verdadero é inocente cordero que quita todos los pecados del mundo, como por-

que era pobre y amiga de la pobreza, como lo era su benditísimo Hijo: el cual, siendo rey de la gloria, habia tomado hábito y figura de pobre para enriquecernos, y era justo que apareciese lo que era, y con esta humildad reprimiese nuestra presuncion y soberbia, que siendo pobres queremos parecer ricos, y siendo pecadores queremos que nos tengan por inocentes y santos. Dice más el texto sagrado, que en este tiempo habia en Jerusalem un hombre que se llamaba Simeon; y que este hombre era justo y temeroso de Dios; y que esperaba la consolacion del pueblo de Israel; y que el Espíritu Santo moraba en él, y que habia tenido revelacion del mismo Espíritu Santo que no moriria sin ver primero al Mesías y Cristo del Señor; y que vino por instinto del divino Espíritu al templo para que viese al Redentor del mundo, y se le cumpliesen sus deseos y la palabra que Dios le habia dado. *Hombre*, dice, que era Simeon, porque aspiraba á las cosas del cielo y conocia la excelencia y dignidad del hombre, y con sus santas costumbres la procuraba conservar; porque los que se dan á los apetitos de la carne y desdicen de la nobleza en que Dios los crió, no se pueden llamar hombres, sino bestias. Era varon justo para con el prójimo, y temeroso para con Dios; y echábase bien de ver su justicia y santidad, pues te-

nia tan gran sed del bien comun, y tan encendido deseo de la consolacion de todo el pueblo, la cual consistia en conocer, abrazar y servir á su reparador, libertador y glorificador; y por eso era morada y templo del Espíritu Santo, que habitaba en él y le poseia: y como cosa rara, nueva y maravillosa, añade el divino escritor: *Et ecce homo erat in Ferusalem:* que este tal hombre estaba en Jerusalem, que era metrópoli y cabeza del reino, y á la sazón muy estragada de vicios y pecados; donde el rey era tirano, los consejeros lisonjeros, el sumo sacerdocio vendible, los escribas y fariseos ambiciosos, el pueblo carnal, y de piés á cabeza no habia parte sana en toda la república: lo cual es gran loa del santo Simeon; porque así como el ser malo entre los buenos es cosa muy reprehensible, así el ser bueno entre los malos es muy loable y digna de admiracion.

De este Simeon escribe Nicéforo Calixto, que demas de ser varon santísimo era tambien sapientísimo; y que leyendo aquellas palabras de Isaías: *Ecce Virgo concipiet, et pariet filium,* una vírgen concebirá y parirá un hijo; estuvo muy dudoso y confuso pensando cómo podria ser que una doncella pariese y que habiendo parido quedase doncella, y que el Señor le reveló que él mismo con sus ojos veria aquel nuevo milagro y aquella vírgen que habia pro-



fetizado Isaías, y al hijo que hubiese parido ántes que saliese de esta vida y que con esta promesa y respuesta de Dios se recreaba y alentaba el santo viejo y se sustentaba en vida, hasta que al mismo tiempo de la venida de Cristo el Espíritu Santo le movió á venir al templo, certificándole que hallaria en él lo que Dios le habia prometido y él tanto deseaba. Vino Simeon cargado de años y abrasado de deseos: vino como una cierva acosada, herida y sedienta, para refrescarse en aquella fuente de vida; y con el mismo espíritu que le traia vió en el templo muerto el templo vivo, en el corporal el espiritual, y en los brazos de la Vírgen al Hijo purísimo que ella habia parido: vió el tesoro del mundo, el heredero de los siglos, el mayorazgo de Dios, la bienaventuranza de las criaturas y el remedio de todo el linaje humano; porque estando con aquella ánsia y afectuoso deseo de verle, y mirando con atencion las otras mujeres que entraban en el templo para purificarse con sus hijos, vió alrededor de la sacratísima Vírgen y de aquel Agnus Dei que traia colgado á sus pechos una luz de inmensa claridad, y luego conoció que aquel era su bien y su tesoro, y la lumbre de sus ojos y descanso de su corazon, como lo refiere Timoteo, presbítero de Jerusalem: y llegándose con increíble humildad y gozo, se postró y adoró al

Niño, y suplicó á la Madre que se le dejase tomar en sus brazos, y teniéndole en ellos cantó como cisne divino aquel cántico tan celebrado: «Ahora, Señor, dejas á tu siervo en paz, segun la promesa de tu palabra; porque ya han visto mis ojos tu Salud, la cual aparejaste ante la cara de todos los pueblos para la luz de las gentes y gloria de Israel: Cumplido habeis, Señor, vuestra palabra: ya he visto lo que me prometísteis: ya es tiempo que me saqueis de la penosa cárcel de este cuerpo y me libreis de la congojosa y peligrosa guerra de esta vida y recojais mi espíritu en paz; pues he visto la verdadera paz y el pacificador del mundo. He visto al Salvador que ha de dar salud y vida alumbrando á los gentiles que están en la sombra de la muerte, y glorificando á vuestro pueblo que ahora está abatido y oprimido: ya no tengo más que ver, ya no tengo más que desear ni que esperar, sino cerrar mis ojos; pues han visto la luz del cielo: ya no temeré la muerte, pues he tenido en mis brazos la vida.»

Despues como sarcedote, cuyo oficio es bendecir en el templo, les echó su bendicion; y volviéndose á la sacratísima Vírgen le dijo unas palabras de gran ternura y sentimiento. «Mira, dice, que este Niño está puesto aquí para caida y levantamiento de muchos en Israel, y por una señal á quien ha de contradecir el mundo;

y tu ánima será atravesada con un cuchillo para que sean descubiertos los pensamientos de muchos.» Por las cuales palabras el santo viejo profetizó á la Vírgen que por más que aquel Niño preciosísimo fuese verdadero Salvador del mundo, y hubiese venido para darle salud y para alumbrar como otro sol de justicia los ojos de todos los que los quisiesen abrir para mirarle y gozar de su claridad; però que habria muchos tan desconocidos, que los cerrarian y se cegarian con la misma luz, y la salud convertirian en ponzoña; y que para estos tales sería ocasion de ruina y destruccion, no por falta suya, sino por culpa de ellos: como el que pudiendo pasar el rio por una puente ancha y segura se arroja en la más profunda y arrebatada corriente, y perece por su voluntad.

Añadió el venerable viejo, que Cristo habia de ser como un blanco donde habian de asentar todos sus tiros, máquinas y saetas, para contradecirle y perseguirle, en sí y en sus miembros, todos los enemigos de la luz; y finalmente, que vendria á morir en la cruz y que sería traspasada el alma de la Vírgen de un cuchillo de dolor, tan agudo y penetrativo, que si no fuera confortada de la divina gracia sin duda muriera por la fuerza de aquel dolor, y con estas palabras nos declaró cuán agudos fueron los filos de aquel cuchillo que atravesó

el corazon de la Vírgen cuando vió colgada la vida del mundo en un madero, y que sus tormentos y penas fueron más atroces y más excesivas que las de todos los mártires; que muy justamente se puede y debe llamar á boca llena mártir, y más que mártir, la que en el deseo de morir por Cristo y con Cristo, y lo que en aquella hora por él padeció, sobrepujó á todos los mártires.

Pero para que todos los estados y todas las edades diesen testimonio y alabasen al Señor no faltó una santa viuda, anciana de ochenta y cuatro años, llamada Ana, que en esta sazón se halló en el templo, en el cual de dia y de noche servia al Señor, afligiendo su cuerpo con ayunos y recreando su alma con oracion: ésta intervino á la fiesta, y ayudó á la procesion solemnísimá que hoy se hizo en aquel sagrado lugar, á la cual vinieron los ángeles que invisiblemente acompañaban á su Rey y Señor, y algunos sacerdotes y ministros del templo, y otros fieles del pueblo que allí se hallarian, y la sacratísima Vírgen nuestra Señora, con San José su esposo, y Ana profetisa, y en medio de todos el santo viejo Simeon llevaba en sus manos aquella custodia y relicario divino.

Este misterio nos representa la santa Iglesia cada año en la procesion que hace hoy con las candelas benditas y encendidas, que es ce-

remonia antiquísima y de grande devocion, instituida por instinto del Espíritu Santo para enseñarnos á tomar á Cristo, y llevarle en nuestras manos como luz del mundo y hacha encendida, suplicándole que alumbre é inflame con su divino amor nuestros corazones; y para que sepamos que así como las abejas sin corrupcion alguna labraron la cera de las velas que traemos en las manos, así la sacratísima Vírgen, sin menoscabo de su pureza virginal, nos dió la carne de su benditísimo Hijo, en la cual, como en cera blanca y blanda, se imprimieron los dolores y tormentos de su sacratísima passion. Otras causas hubo de la institucion de la procesion que usa la Iglesia este dia, las cuales traen los autores del Oficio eclesiástico y el padre Pedro Canisio, á donde las hallarán los que las quisieren ver. San Epifanio dice, que San Simeon murió muy viejo; pero que los demas sarcerdotes no le honraron con sepultura cuando murió; y debia de ser por el aborrecimiento que le tenian por haber adorado y anunciado á Cristo. La Iglesia celebra su fiesta á 8 de Octubre y la de Ana profetisa el primer dia de Setiembre.





FIESTA  
DE LOS SIETE DOLORES  
DE LA  
VÍRGEN MARÍA, NUESTRA SEÑORA

**C**ELÉBRASE en todos los reinos y señoríos de la monarquía española, en la feria sexta despues de la dominica *in Passione*, la fiesta de los siete dolores que padeció la Vírgen María en la passion de su Hijo por concesion de nuestro santo padre Clemente X, á peticion de la augustísima y piadosísima reina de las Españas doña Mariana de Austria, nuestra señora, que por la singular devocion que tiene con la Reina de los ángeles, ha solicitado el acrecentamiento de su culto y veneracion, con esta y otras nuevas festividades que por su celo se celebran á la Vírgen en los reinos de España: los cuales no juzga bastantemente suyos, si no los mira del todo dedicados al servicio de la soberana Reina de los cielos y de la tierra.

Los siete dolores de la Vírgen, que comunemente considera la devocion y representa en las imágenes de nuestra Señora de los Dolores con siete agudas espadas que atraviesan su corazon, son los que se siguen. El primer dolor fué el que padeció María Santísima, cuando llevando á su Hijo á presentar al templo de Jerusalem, el santo viejo Simeon con espíritu profético, le dijo: «que aquel niño estaba puesto para ruina y resurreccion de muchos en Israel, y por señal á quien se habia de contradecir; y que su misma alma habia de ser atravesada con una espada»; aludiendo á lo mucho que habia de padecer en la pasion y muerte de su Hijo. El segundo dolor, cuando mandó el ángel á San José que huyese con la madre y con el niño á Egipto, porque Herodes habia de buscar al niño para quitarle la vida; y vió María cuán mal recibido era su Hijo é Hijo de Dios y de los hombres; pues apenas habia entrado en el mundo para traerle la vida, cuando el mundo le buscaba para darle la muerte. El tercer dolor, cuando subiendo María y José con Jesus, niño de doce años, al templo de Jerusalem, le perdieron por tres dias sin saber dónde estaba, quedando la Madre sin consuelo porque le faltaba el Hijo, que era toda su alegría; y siendo combatida de diversos cuidados de dónde estaria, qué haria y

qué padecería el niño tierno fuera de su casa, patria y parientes. El cuarto dolor, cuando, llegándose la pasión de su Hijo, le encontró en las calles de Jerusalem que llevaba sobre sus hombros la cruz en que había de ser crucificado. El quinto, cuando le vió crucificar. El sexto, cuando se le bajaron de la cruz los dos piadosos varones José y Nicodemos, y le tuvo en sus brazos, contemplando cuál le habían puesto sus enemigos y nuestros pecados. El séptimo, cuando le quitaron de los brazos á su Hijo para sepultarle, y quedó en una total y tristísima soledad, ocupando los ojos solamente en llorar, pues no tenían ya en la tierra qué ver.

Mas aunque no se puede negar que padeció María Santísima todos estos dolores, y que fueron como penetrantes espadas que atravesaron su corazón, por lo cual deben ser meditados devotamente de los fieles para acompañar á María Santísima en su dolor; con todo eso porque el sumo pontífice, en el breve en que manda celebrar la fiesta de este día, habla de los siete dolores que padeció María Santísima en la pasión del Hijo, y eso manda que se celebre; y porque en el cómputo que hemos hecho se callan otros dolores muy principales que tuvo la Virgen en la pasión de su Hijo, se ha de hacer de otra manera.



Puede considerar la piedad que el primer dolor es el que padeció María cuando habiendo celebrado su Hijo la última cena con sus discípulos entró á despedirse de ella para ir á padecer afrentas y tormentos, y morir por los hombres en una cruz, y hablándose aquellos dos tiernísimos amantes Hijo y Madre, más con los ojos que con la lengua, más con lágrimas que con palabras; despues de haberse abrazado con lazos que parecian indisolubles, se dividieron y apartaron, el Hijo para morir y la Madre para vivir muriendo; el Hijo para padecer una penosa muerte y la Madre para sufrir una cruel vida; muriendo porque no podia morir, y padeciendo doblada pena, porque yendo su Hijo á padecer, á ella no se permitia acompañarle en sus tormentos. Porque, puesto caso que los evangelistas no hablan de esta despedida, hácenlo, como dicen los doctores que llegan á este punto, porque cosas tan ordinarias entre madres é hijos, y de suyo sabidas, no tienen necesidad los historiadores de contarlas para persuadirlas, y por eso las suponen: y á lo ménos la noticia de que su Hijo iba á padecer, y de los tormentos y afrentas que habia de padecer, nadie se la puede negar á la Vírgen; pues estaba entonces en Jerusalem con su Hijo y tenia muy leídas y meditadas las Escrituras y profecías que

hablaban de la pasion y muerte de Cristo; y él la habia comunicado muchas veces las penas y tormentos que le esperaban, mucho más claramente que á sus apóstoles cuanto era la Vírgen más capaz y más digna de saberlas que no ellos.

El segundo dolor es el que padeció la Vírgen, cuando su Hijo, atado á una columna, fué azotado con increíble rigor, hallándose la dolorosa Madre presente é este lastimoso espectáculo, como ella misma lo reveló á Santa Brígida, en parte donde veia descargar sobre aquel inocentísimo cuerpo la multitud de azotes que merecian todos los pecadores del mundo, remudándose los verdugos cansados de azotarle, y estando el Hijo más firme que la columna á que estaba atado, sin cansarse de ser azotado, hasta quedar aquella carne, más blanca que el alabastro, bañada en la sangre que corria por tantas fuentes cuantas eran las heridas que hacian los azotes, por las cuales se descubrian los huesos; siendo verdaderamente varon de dolores, como dice Isaías, en quien no habia parte sana y sin dolor.

El tercer dolor de la Vírgen fué la coronacion de espinas de Cristo, cuando la Madre vió ó supo que á su Hijo, verdadero Rey de los cielos y de la tierra, le trataban los hombres como á rey de burlas, vistiéndole una

púrpura vieja y desechada al que viste los campos de flores, los árboles de hojas, los brutos de pieles, los peces de escamas y las aves de plumas; coronando con espinas al que corona con estrellas á sus escogidos; poniendo cetro de caña en la mano al que sustenta con tres dedos la redondez de la tierra; adorando por escarnio al que hincan la rodilla la tierra, el cielo y el infierno; hiriendo con bofetadas y afeando con salivas aquel rostro en quien desean mirarse los ángeles, y alegra con dejarse ver á todas las criaturas.

El cuarto dolor, cuando encontró María Santísima á su Hijo en las calles de Jerusalem cargado, como otro Isaac, de la leña en que habia de ser sacrificado; su cuerpo inclinado con el peso grande de la cruz que le hacia arrodillar y caer en la tierra; acompañado de malhechores que iban á ser crucificados con él y le doblaban el tormento con la afrenta; rodeado de sayones que sin cesar le atormentaban y maltrataban; cercado de soldados que le guardaban para que no se huyese; llenas las calles de innumerable gente, que unos mal se compadecian de él y otros peor le injuriaban; sonando la voz del pregonero que publicaba iba á morir por sus delitos, el que iba á morir por los delitos del mundo, no hallándose en él pecado ni agravio, sino innumerables benefi-

cios hechos á su mismo pueblo que le llevaba á crucificar.

El quinto dolor, cuando llegando su Hijo al monte Calvario le vió desnudar de todas sus vestiduras delante de aquel innumerable concurso, y que por mandado de los soldados se tendió él mismo de espaldas sobre la cruz, y los sayones clavaron en ella con agudos clavos aquellas manos obradoras de tantas maravillas, y aquellos preciosos piés que evangelizaban la paz, entrando los golpes de los martillos por sus oídos á hacer otras tantas heridas en su alma; y despues vió levantar la cruz con aquel cuerpo, cuya vista, mejor que la serpiente de metal que levantó Moisés, habia de sanar á los mordidos de las serpientes; y luego vió correr de sus manos y piés aquellos cuatro rios del Paraiso, de que se compone el mar Bermejo, en que se habia de anegar Faraon y sus carros, Lucifer y su ejército, con todos los pecados del mundo.

El sexto dolor de la Vírgen, fué cuando aquellos dos santos y piadosos varones Nicodemus y José *ab Avimathea*, bajaron á Cristo muerto de los brazos de la cruz á los brazos de la Madre: y ella, teniendo en sus brazos á su Hijo, con los ojos anegados en lágrimas y el corazon lleno de sentimiento, contemplaba aquel cuerpo sin alma, aquel rostro sin her-

mosura, aquellos ojos sin luz, aquellas megi-llas sin color, aquellos lábios sin vida, aquella lengua sin voz, aquellas manos sin accion, aquellos piés sin movimiento; y miraba una y otra vez la cabeza taladrada con las espinas, las manos traspasadas con los clavos, el rostro afeado con las salivas, las espaldas rasgadas de los azotes, el pecho abierto con la lanza, y todo el cuerpo teñido en sangre, lleno de heridas, golpes y cardenales, y hasta los huesos desencajados y fuera de su lugar.

El séptimo y último dolor, fué el que padeció María Santísima cuando los santos varones tomaron de sus brazos el cuerpo del Hijo, que aunque era la causa de su pena, era tambien el único consuelo que le habia quedado en su muerte, y le sepultaron, dejándola del todo sola, sin el alma y sin el cuerpo del Hijo, acabando lo que la muerte habia empezado, y sepultando con el cuerpo su corazon, su vida y todos sus pensamientos; porque allí estaba el corazon de la Madre, donde estaba su tesoro; allí estaba su vida, donde estaba el Hijo muerto; allí estaban sus pensamientos, donde estaba la causa de su dolor.

Estos son los siete dolores que padeció María Santísima en la pasion de su Hijo, segun piadosamente podemos considerar; mas quien entendiere por el número siete multitud de

dolores, segun el estilo de la Escritura, que por el número siete suele significar multitud, acertará por ventura más; porque no siete dolores solamente, sino una multitud innumerable de dolores padeció María en la pasión de Cristo; porque cuantas eran las afrentas, tormentos y heridas del Hijo, otros tantos eran los dolores de la Madre; y así dice Guerico, abad, que cuando estaba María al pié de la cruz, tantas espadas atravesaban su alma, cuantas heridas miraba en el cuerpo de su Hijo. Por lo cual, como á Cristo le llama Isaías, *varon de dolores*, por la multitud de dolores que padeció, así podemos llamar á María, *mujer de dolores*, por haber padecido, por compasion, los dolores que su Hijo padeció en su pasión.

Cuán grandes fueron estos dolores que padeció María Santísima en la pasión de su Hijo no hay lengua humana que lo pueda declarar; y si los amigos de Job, cuando le vinieron á consolar en los dolores que padecía, callaron siete dias y siete noches sin hablarle palabra enmudecidos del pasmo y del sentimiento, no fuera mucho que nosotros, á vista de los dolores de María Santísima, incomparablemente mayores que los de Job, calláramos siete dias y siete noches, recogiendo palabras en tan largo silencio para decir algo de este indecible dolor.

El devoto Amadeo Lausan dice, que no puede percibir el sentido, y vence todo humano entendimiento la tristeza que concibió la Madre por la muerte del Hijo, y no hay dolor semejante á este dolor, ni pena que se pueda comparar con esta pena.

San Anselmo afirma que traspasó el alma de María, en la pasion de su Hijo, una espada más aguda que todos los dolores; y que toda la crueldad que se ejecutó en los cuerpos de los mártires fué ligera, ó por mejor decir ninguna, en comparacion de su pasion; la cual, con su inmensidad llenó todo su corazon, y le quitara la vida, si el Hijo por quien padecia no la confortara, para que viviera entre tantas muertes y no muriera al rigor de tales tormentos.

Aún se alargó más San Bernardino de Sena y llegó á decir, que los dolores de María sola bastaban para quitar la vida á todas las criaturas capaces de dolor si se repartieran entre todas; y que se pueden comparar sus penas con los tormentos del infierno. Mas, si esto pareciere encarecimiento, consideremos á lo ménos, que los siete dolores que hemos contado son como siete rios caudalosos de penas, que componen aquel mar amarguísimo de tribulacion, que hace incomparable el dolor de María; de quien dice el profeta Jeremías en su tristísima

lamentacion: «¿A quién te compararé? ¿Dónde hallaré tu semejante, hija de Jerusalem? ¿Con quién te igualaré y te consolaré, Vírgen, hija de Sion? Porque es grande como el mar tu contricion; ¿quién te dará remedio?» Y verdaderamente no hay con quien comparar á María Santísima en su dolor, si no la comparamos con su Hijo, á quien se pareció mucho en la pasion; porque padeció en el alma todos los tormentos que su Hijo padecia en el alma y en el cuerpo.

Eran Jesus y María como dos clarísimos espejos encontrados, que reverberaban uno en otro las penas; y así los tormentos del cuerpo del Hijo hacian reflexion en el alma de la Madre, y los dolores del alma de la Madre volvian al alma del Hijo, y del Hijo volvian otra vez á la Madre; y en tantos flujos y reflujos de este mar de tribulaciones, todos eran crecientes de penas sin ningun menguante de dolor. Si dos laudes templados en un mismo punto están juntos, no se puede tocar el uno sin que suene tambien el otro, causando esta consonancia la simpatía natural que hay entre los dos. Los corazones del Hijo y de la Madre eran como dos instrumentos músicos, templados en un mismo punto por el amor, que, segun Plutarco, es maestro de música; y así bastaba tocar el uno para que sonase el otro; bastaba he-



rir al Hijo para que lo sintiese la Madre: ántes no podia dejar de sentir la Madre los dolores del Hijo; y así sus azotes rasgaban su corazon; sus espinas penetraban su espíritu; sus clavos traspasaban su alma; y su corazon de amor, como dice San Buenaventura, se convirtió en corazon de dolor, en que no habia sino hiel, mirra y amarguras; y en él, dice San Lauren- cio Justiniano, que se podia ver como en espejo toda la pasion de Cristo; porque la Madre padeció todas las miserias del Hijo, por conmisericacion, todos los dolores por condolor, todas las pasiones por compasion; y solo no padeció la muerte, lo cual no fué piedad de su dolor, sino rigor doblado; porque le perdonó la vida para alargarle la muerte, y no quiso que muriese una vez porque muriese muchas; quitóle al Hijo que era la vida del alma, y dejóle la vida del cuerpo para que tuviese el alma muerta en un cuerpo vivo, y viviese muriendo, ó muriese viviendo una vida que sólo le servia de sentir su soledad y la muerte de su Hijo.

Para entender mejor cuánto fué el dolor de María en la Pasion de su Hijo, se han de considerar varias circunstancias ó causas de este dolor que concurrían á agravarle, así de parte de la Madre que amaba, como de parte del Hijo que padecia; porque de dos excesos, uno

de amor en María y otro de dolor en Cristo, se compuso otro exceso de dolor insoportable para afligir el corazón de la Virgen. Amaba María Santísima á Cristo como á Hijo natural y como á Hijo unigénito, y como á Hijo que concibió sin obra de varon; y todas estas son causas de grande amor; porque todas las madres aman mucho á sus hijos y más si son únicos; y por eso David, cuando quiso encarecer el amor que tenia á Jonatás, le comparó al amor que tiene una madre á un hijo único; y por haber concebido á Cristo sin obra de varon y ser madre sin padre, se recogió todo el amor de padre y madre en su corazón, y consiguientemente todo el dolor; porque cuanto mayor es el amor, mayor es el dolor de ver padecer á quien se ama. Crecia tambien el amor de María para con su Hijo, por la gran semejanza que tenia con él, así en lo natural en que se parecia el Hijo á la Madre, como en lo sobrenatural en que se parecia la Madre al Hijo más que otra criatura; y la semejanza es causa del amor, como dice el Sabio; y por eso los padres suelen amar más á los hijos que más se les parecen. Otro título de amarle era conocer la gran santidad y excelencia de su Hijo; porque la caridad bien ordenada ama más á los mejores, y que están más cercanos á Dios, como dice Santo Tomás; y ninguno más cercano

á Dios, que Cristo unido en una persona con Dios, y por la gracia el que más participaba la santidad divina.

Últimamente, le amaba como á insignísimo bienhechor suyo, que habia hecho en ella grandes cosas y de quien habia recibido innumerables beneficios; y como el amor es agradecido, no puede dejar de amar mucho á quien le ha dado mucho, y amar más á quien le ha dado más, como decia Cristo al fariseo hablando de María Magdalena. Pues creciendo en María Santísima por tantos títulos el amor de su Hijo, crecia por otros tantos su dolor. De parte del Hijo que padecia, habia otras causas conocidas de la Madre, que á un mismo tiempo aumentaban la pena de Cristo y el tormento de María; porque sabia que los tormentos de su Hijo eran los mayores que se habian padecido jamás en esta vida, y que los padecia en todas las partes de su cuerpo, sin haber ninguna sana y sin particularísimo dolor; ayudando á agravar todos estos tormentos la delicadísima y nobilísima complexion de su Hijo, que cuanto era más noble y delicada, era tanto más aprensiva del dolor y perceptiva del sentimiento. Conocia que era inocente y sin culpa el que padecia; que era Dios y hombre juntamente; en cuanto Dios, tan bueno como su Padre; en cuanto Hombre, mejor que todos

los hijos de los hombres; y veíale acusado de gravísimos y feísimos delitos, tenido por pecador el autor de la santidad; por blasfemo contra Dios el mismo Hijo de Dios; por traidor á los reyes el que convidaba á todos con su reino; por alborotador de la república el que habia traído al mundo la paz; pospuesto á un homicida el que daba vida á los muertos; crucificado entre malhechores y ladrones, el bienhechor de todo el mundo, y el que deseaba dar á todos las riquezas de su gloria. Entraba más adentro María Santísima á contemplar el alma de su Hijo; y conocia que eran mayores las penas que sentia interiormente, que los dolores que exteriormente padecia. Veia su corazon lleno de tristezas, aflicciones y agonías, por las ofensas que los hombres hacian y habian de hacer contra Dios; por los muchos que no se habian de aprovechar de la sangre que derramaba por ellos; y porque no solo era atormentado y despreciado de los hombres, por quienes daba la vida; mas aún de su mismo Padre, que le amaba como á tal, era desamparado y dejado en manos de sus enemigos, y por ver el dolor y pena que causaba en el alma de su Madre, á quien miraba llorosa y afligida sobre todas las mujeres del mundo. Pues conociendo la Madre clarísimamente todas estas causas y otras que hacian



crecer el dolor del Hijo, ¿qué sentimiento tendría? ¿Qué penas combatirían su corazón? ¿Cuántas espadas de dolor atravesarían su alma? Esto no hay lengua que lo pueda explicar. Todas las criaturas hicieron sentimiento en la muerte de su Criador: el sol y la luna se oscurecieron; la tierra tembló; las piedras se hicieron pedazos; todos los elementos se turbaron, y hasta los ángeles, que son impasibles, fué revelado á Santa Brígida que estaban como turbados; y San Bernardo y San Agustín dicen, que tomaron cuerpos para poder llorar en ellos la muerte de Cristo. ¿Pues cuál estaría el corazón de María, siendo corazón de carne y de madre, y de tal Madre, cuando las piedras se hacían pedazos, afectando sentimientos? ¿Cómo estarían sus dos ojos, cuando el sol y la luna, que son como los ojos del cielo, se eclipsaron por no ver tan triste espectáculo ó por llorarle á la manera que podían? ¿Cuál parecería su rostro cuando el cielo se cubrió de sombras, vistiendo luto por la muerte de su Criador? ¿Qué turbación asaltaría al corazón de la Madre cuando los elementos se turbaban? ¿Qué lágrimas derramaría la que tenía tanto que llorar, cuando los ángeles que no pueden llorar, buscaban ojos para hacer llanto sobre su Señor?

San Jerónimo, San Ildefonso, San Bernar-

do, San Anselmo y otros doctores, llaman á María Santísima más que mártir; porque aunque no padeció muerte violenta como pensaron algunos que refieren San Isidoro, San Ambrosio y Beda, por no entender bien la profecía de Simeon, cuya espada no amenaza heridas al cuerpo de María, sino á su alma; con todo eso fué tan grande el dolor y las angustias que atormentaron su corazon en la pasion y muerte de su Hijo, que merece bien el nombre de mártir viva, ó mártir sin sangre, como llama San Paulino á los que padecen por Cristo sin morir; y no por esto es más suave el martirio de la Vírgen que el de los mártires que derramaron por Cristo su sangre y dieron su vida; ántes es más cruel y riguroso, como advierte San Jerónimo; porque los otros mártires padecian en el cuerpo; María en el alma; los demas en la carne; la Vírgen en el espíritu, y cuanto es más perceptivo del dolor el espíritu que la carne, tanto es más penoso el martirio espiritual que el corporal, por lo cual dice un devotísimo doctor <sup>1</sup>, hablando de María Santísima: «La espada de la pasion del Señor, penetrando el alma de la piadosa Madre, la hizo morir espiritualmente con el Hijo. Los demas fueron mártires mu-

<sup>1</sup> Guill. apud Doir, cant. 3.

riendo por Cristo; María muriendo con Cristo mártir fué, y conmártir de Cristo; y más es ser conmártir de Cristo que mártir de Cristo; porque los mártires derramaban fuera su sangre, que es sangre de hombre; pero María estaba interiormente teñida con la sangre de su Hijo, que era sangre de Dios.»

No disputo aquí si tiene María Santísima en el cielo la aureola de mártir, lo cual parece suponen todos los santos y doctores que á boca llena la llaman mártir y más que mártir: y lo negarán los que requieren para verdadero martirio muerte violenta padecida por Cristo; mas quien dijere, conforme á la sentencia de muchos santos y teólogos, que basta para alcanzar la aureola de mártir padecer por Cristo tales tormentos, que naturalmente y sin milagro no puedan dejar de ocasionar la muerte, porque como la preservacion de Dios no quita el merecimiento, tampoco quita el premio, no negará á María la aureola de mártir, y excelencia del martirio, que pone San Bernardo por la duodécima estrella de su corona: porque María padeció tales dolores, que sin milagro, no una vez sola, sino muchas veces le quitaran la vida; y no le faltó la causa; porque padeció por Cristo, y en Cristo; pues aunque los que dieron muerte á Cristo, no tiraban derechamente á atormentar á la Vírgen

por Cristo, como á los mártires; en realidad de verdad por la suma conjuncion y parentesco que la Vírgen tenia con Cristo: persiguiéndole á él, la perseguian á ella; y quitándole á él la vida, era como darla á ella la muerte; y este modo de pasion y persecucion es suficiente, como dice el eximio doctor Francisco Suarez, para martirio; como consta en los niños inocentes, que fueron verdaderamente mártires, aunque los perseguidores no pretendian matarlos á ellos por Cristo, sino solamente matar á Cristo; y así por esta parte, dice el mismo Suarez: «Suficientemente padeció la Vírgen por la fé y por Cristo.»

Con todo eso, dejando lo dudoso, aunque tan probable, lo que no se puede dudar es que María Santísima tiene en la gloria esencial todo aquello que corresponde á un perfectísimo martirio, fuera de la razon dicha; porque estuvo siempre aparejada para padecer la muerte por Cristo. Quanto á aquel ornato accidental que se llama laureola, cierto es que la Vírgen tiene una como insignia de excelentísima fortaleza y caridad ardentísima en el sufrimiento de tan inmensos dolores; llámese laureola de martirio, ó sea una cosa más excelente y eminente, por la cual merece ser llamada mártir, y más que mártir, como la llaman los santos; y Ricardo de San Víctor, már-



tir de los mártires; y San Efren, honra y hermosura de los mártires, para que á aquella Reina y Señora y Madre de Dios, en quien su Hijo juntó todas las excelencias y prerogativas, que repartió entre los ángeles y santos, no le faltase gloria y honra del martirio.

Fuera de la circunstancia que hemos dicho, de padecer María en el alma y los otros mártires en el cuerpo, hay otras circunstancias en el martirio de la Vírgen, que le agravan y hacen mayor que el de todos los mártires; porque María padecía sin el alivio y consuelo que tenían los mártires en sus tormentos, porque á ellos el amor de Cristo les hacia sentir ménos sus propios dolores, y á María el amor de Cristo la hacia sentir más los dolores de Cristo; de manera que á ellos les atormentaba el odio de los tiranos, y á María su mismo amor; y nunca sabe ser tan cruel el odio para atormentar, como el amor para sentir los tormentos del amado. Los mártires padecieron por breve tiempo; María fué atormentada toda la vida; porque desde que empezó á leer las Escrituras sagradas y las profecías que hablaban del Mesías, entendió lo que habia de padecer; y luego empezó á compadecerse y sentir sus tormentos, y mucho más despues que supo que era su Hijo aquel que habia de ser atormentado; y este dolor le acompañó toda la vi-

da, y se renovaba siempre que consideraba la pasion de su Hijo: por lo cual, como dice Cristo por David que anduvo en trabajos desde su juventud puede decir María que desde su juventud anduvo en dolores. Aún tiene otra dolorosa circunstancia la compasion de María que no tiene la pasion de Cristo; porque se extendió á los tormentos que no padeció Cristo ni podia padecer, y fué martirizada despues de Cristo muerto y glorioso; porque la lanza que hirió el costado de Cristo, no la pudo sentir Cristo por estar muerto; pero sintióla María, que habia quedado viva, para que sobreviviese á su Hijo su dolor. Los desprecios y afrentas con que injuriaban á Cristo muerto los judíos, no los oia el cuerpo sin alma; pero entraban por los oidos de María á atormentar su corazon.

Finalmente, despues de Cristo muerto padeció María su soledad; y despues de resucitado, cuando meditaba su pasion, que sería frecuentemente, aún sentia los filos de la espada de Simeon, que no quiso perdonar á su alma hasta que subió gloriosa á los cielos; y en este sentido se puede entender lo que dice San Buenaventura y algunos doctores, que fué mayor el dolor de María que el de Cristo: lo cual no se ha de entender absolutamente (porque entendido así, es mucho mayor el del Hijo),

sino en cierta manera, en cuanto tuvo algunas circunstancias el dolor de María que no tuvo el de Cristo, como son la mayor duracion y padecer algunas penas que Cristo no padeció, como acabamos de decir.

Pero entre tantos dolores y penas, estaba María Santísima como una firme columna combatida de diversos vientos, ó como una fuerte roca en un mar de amarguras, asaltada de diversas olas de tribulaciones, sin que pudiesen todas no solo derribar, pero ni aún descantillar, su constancia y fortaleza invencible; lo cual declara San Juan diciendo: *stabat juxta crucem Jesu Mater ejus*: estaba en pié junto á la cruz de Jesus su Madre, mostrando en la postura del cuerpo la inflexibilidad de su espíritu, y que era como una generosa palma que se levanta más con el mayor peso que cargan sobre ella. Así no se ha de entender que la Vírgen padeció en la pasion y muerte de su Hijo desmayo, ni enajenacion de sentido, ni hizo otra demostracion de las que suelen hacer las otras mujeres en la muerte de sus hijos; porque todo esto repugna á la gran fortaleza y grandeza de fé de María Santísima, como lo pondera San Anselmo por estas palabras: «Estaba María en la fé de su Hijo constantísima; porque habiendo huido los discípulos y ausentádose los conocidos,

ella sola, para gloria de todo el género de las mujeres, estaba firme en la fé de Jesus, entre tantas tormentas y torbellinos; y así con gran hermosura se dice, que estaba en pié como convenia á la pureza virginal. No se mesaba en tanta amargura, no maldecia, no murmuraba, no pedia á Dios venganza de los enemigos, sino estaba en pié, como Vírgen honesta bien disciplinada y pacientísima, aunque llena de lágrimas y rodeada de dolores.» No huia María de la cruz en que estaba su Hijo clavado; ántes se acercaba á ella, aunque veia cuántos dolores le ocasionaba su cercanía, deseando padecer más y morir por quien tanto padecia por ella.

Siendo su dolor inmenso, era mayor su conformidad con la voluntad de Dios, y así no pedia que se acabasen sus penas, ni que cesase la causa de ellas, que era la pasion del Hijo; mas decia con él animosamente: «No se haga, Señor, mi voluntad, sino la vuestra», y ofreció á su Hijo benditísimo para ser sacrificado en la cruz con mayor fé que Abraham ofreció á su hijo Isaac para ser sacrificado sobre la leña, y con mayor constancia que la madre de los Macabeos en la ley antigua, y Santa Felícitas en la ley de gracia, ofrecieron siete hijos al martirio. Pero María Santísima ofrecia á su Hijo á la muerte, no solo por el

amor de Dios, cuya voluntad conocia ser que su Hijo padeciese, mas tambien por el amor de los hombres, que sabia habian de ser redimidos con la pasion y sangre de su Hijo; y de esta manera mereció el título de «reparadora de los hombres»; que la da San Anselmo, ó el de «Autora de la salud de los hombres» con que la llama San Jerónimo; ó el de «Salvadora del mundo» con que la nombra el Cartujano; no porque necesite Cristo de quien le ayude á redimir y salvar los hombres, cuando él es suficiente y superabundante y único Redentor nuestro, sino porque quiso Dios con sapientísima providencia que fuese la reparacion del mundo, como habia sido la creacion del hombre; y así como tuvo Adan la compañía de Eva, así en la reformation de ese mismo hombre tuviese Cristo la compañía de María; con esta diferencia, que Eva fué formada de la costilla de Adan para ser madre de los vivientes, y Cristo fué formado de la carne de María para ser Redentor de los mortales; y como Adan perdió al mundo junto al árbol vedado, cuya fruta comieron él y Eva, así Cristo ganó al mundo en el árbol de la cruz, cuyos dolores participaron él y María; y como la transgresion de Eva no fué la causa de la perdicion del mundo, aunque fué la ocasion, así la pasion de María no fué la causa

de la redencion del mundo, pero cooperó á ella de alguna manera, porque fuera de haber dado Cristo el cuerpo en que padeció, y la sangre que derramó por nosotros, con los dolores de su compasion mereció, como dice Dionisio Cartujano, que por sus ruegos y merecimientos se logre en los hombres la virtud y mérito de la pasion de su Hijo.

Al pié de la cruz fué hecha María Santísima nuestra Madre, para que solicitase nuestra salud como de hijos suyos; al pié de la cruz nos parió con los dolores que padecia por la muerte de su Hijo, como dice el eruditísimo padre Alonso Salmeron, y todos fuimos dados á María por hijos en Juan, de manera que cuando la dijo Cristo señalando á Juan: *Mulier, ecce filius tuus*: Mujer, ese es tu hijo, no se ha de entender que dió á María solamente por hijo á Juan, su amado discípulo, mas tambien á todos los discípulos que tenia ya y habia de tener hasta el fin del mundo porque todos son hijos de María, y por eso se llama María «Madre de los creyentes.» Y para que Juan tomase la posesion de hijo de María en nombre de todos, le dijo Cristo: *Ecce Mater tua*: Esa es tu Madre: y lo mismo dice á cada uno de nosotros: *Ecce Mater tua*: Esa es tu Madre: María es tu Madre: á ella has de acudir como á Madre con la confianza de hijo. Y

es muy de notar que Cristo la llama en esta ocasion «Mujer», y no Madre: no Madre suya, sino Madre nuestra; porque nos mire como á hijos, viendo que su Hijo en aquella última hora la conmutó el título de Madre suya en el de Madre nuestra.

Los dolores que no padeció en el parto de su Hijo natural Jesucristo, los padeció al pié de la cruz en el parto de sus hijos espirituales; porque suelen las madres amar mucho á los hijos que les costaron más dolores: y quiso Cristo que costase muchos dolores á su Madre el ser Madre nuestra, para que ya que faltaban méritos en nosotros para merecer su amor, hubiese dolores en ella que despertasen su cariño. Esta es la mejor ocasion de tomar á María por Madre, cuando la muerte le ha quitado el Hijo y el Hijo le ha negado el nombre de Madre; porque ahora nos admitirá de buena gana María por hijos cuando carece de su Hijo, y ahora nos podemos atrever á llamarla Madre cuando su Hijo la llama Mujer. ¿Quién se atreviera á llamar Madre á María si Cristo no la llamara Mujer, para que nosotros la llamemos Madre? ¿O cómo admitiera otros hijos la Madre de Dios, si llamándola su Hijo Mujer, no mostrara que gustaba de que tenga por hijos á los hombres? Juan, luego que Cristo le dió por Madre á María, la miró como á tal pa-

ra servirla y acompañarla en su soledad. Imitemos nosotros á Juan y tomémosla por Madre para acompañarla en sus penas, y servirla como verdaderos hijos, considerando lo que nos pide el título de hijos de María, que es ser muy semejantes á nuestra Madre en todas las virtudes, y especialmente en la pureza y castidad: porque ¿cómo han de llamarse hijos de una Vírgen los que fueren deshonestos? ¿Cómo han de llamarse hijos de la que no tuvo culpa, los que estuvieren llenos de pecados? ¿Cómo han de llamarse hijos de la Madre de Dios los que fueren enemigos del mismo Dios?

Particularmente hemos de acompañar á la Vírgen en sus penas, con la consideracion y meditacion de ellas, ponderando lo mucho que padeció en la pasion de su Hijo; agradeciéndola que quisiese padecer tanto por nuestro amor, y porque nosotros fuésemos redimidos; y compadeciéndonos de sus dolores que son los fines porque se ha instituido esta fiesta. Porque si dijo Tobías á su hijo: «Despues que yo muriere, honra á tu madre todos los dias de su vida, y acuérdate cuántos peligros padeció por tí en su vientre»; ¿con cuánta más razon nos dirá Cristo: «Honra á mi Madre y á tu Madre, y acuérdate cuántos dolores, aflicciones, tristezas y tribulaciones padeció por tí en su alma cuando te parió al pié de la cruz?» Y la



misma Vírgen nos llama á la compañía de sus penas y nos convida á la meditacion de sus dolores, con aquellas lastimosas palabras del profeta Jeremías: «Oh, vosotros todos los que pasais por el camino, atended y considerad si hay dolor semejante á mi dolor.»

Atendamos, pues, á la pena de María; consideremos su dolor, y digámosla: Oh Vírgen de las vírgenes, oh la más afligida de todas las madres; oh la más atormentada de todos los mártires, ¡quién me diera que os ayudara á llevar el inmenso peso de vuestro dolor! Repartid, Señora, con nosotros una partecita de tantas penas: salgan del mar de vuestra contricion arroyos de amargura que llenen nuestras almas, para que vuelvan al mar rios de lágrimas, nacidos de la contricion de nuestras culpas con que hemos sido causa de los tormentos de vuestro Hijo y de vuestros dolores. Nosotros, Señora, con nuestros pecados hemos puesto á vuestro Hijo en la cruz; hemos herido su cabeza con espinas; hemos rasgado sus espaldas con azotes; hemos afeado su rostro con salivas; hemos traspasado sus piés y manos con clavos; hemos abierto su costado con la lanza; hemos vuelto su cuerpo llagado y como leproso, porque él tomó sobre sí nuestras enfermedades, para que con sus llagas sanásemos nosotros; y finalmente, hemos cau-

sado vuestra soledad quitando la vida á vuestro Hijo. Perdonadnos vos primero, oh Madre de misericordia, para que más fácilmente alcancemos perdon de Dios. Haced apartamiento de la justa querella que podeis tener por la muerte de vuestro Hijo, y no solo nos habeis de perdonar, mas pues teneis caridad para todo, y oísteis á vuestro Hijo en la cruz pedir perdon por sus enemigos, habeis de interceder con Dios para alcanzarnos el perdon de las culpas, mostrando parte en la muerte de vuestro Hijo, no para pedir justicia, sino para alcanzar misericordia; alegando vuestros dolores, no por nuevo título para el castigo de nuestros pecados, sino por nuevo merecimiento para el perdon de nuestras culpas; y para esto alcanzadnos primero lágrimas, contricion y dolor de las ofensas que cada dia cometemos contra nuestro Redentor, y vuestro preciosísimo Hijo. Amen.

Es de gran merecimiento y provecho el meditar en los dolores que padeció María Santísima en la pasion de su Hijo, porque, si dice el Apóstol, que «los que fueron compañeros de la pasion de Cristo, tambien lo serán de la consolacion»; bien podemos decir que los que fueron compañeros de los dolores de María, serán tambien compañeros de la gloria de María: fuera de que ninguno puede meditar los

dolores de María sin meditar los tormentos de Cristo, que ocasionaban estos dolores: con que sacan de esta consideracion todos los frutos que se cogen de la meditacion de la pasion de Cristo, los cuales son tantos y tan grandes que llegó á decir el bienaventurado Alberto Magno, que la sencilla memoria y devota meditacion de la pasion de Cristo aprovecha más al hombre que ayunar un año entero á pan y agua, y que disciplinarse cada dia hasta derramar sangre, y que rezar cada dia todo el salterio. Y luego meditar la pasion de Cristo con la consideracion de los dolores de María, tiene no sé qué particular dulzura en la misma amargura, que hace la meditacion más tierna, más devota y más provechosa.

Escriben de la compasion de María todos los santos y doctores que escriben tratados ó meditaciones de la pasion de Cristo, y en otros sermones de la Vírgen hacen mencion de sus dolores. Más de propósito tratan de estas penas San Efren, tom. III, serm. 20; San Bernardo, *de Lamentatione Virginis* (si es de San Bernardo este sermón): San Anselmo, *lib. de Excellentia Virginis*; Santa Brígida, *libro de Revelat.*; San Buenaventura, *Offic. de Compas. Virg.*; Jorge Nicomediense, *Orat. 1, et 8*; Amadeo Lausan, *Orat. 7*; Máximo Planudes;

Salmeron, *tomo x, tract. 51*; Suarez, *in. 3 parte, tom. II, quæst. 51, d. 41, sect. 2*; Theoph. Rayn. *Diphthya Mariana, part. 1; punct. 9*; Fr. José de Jesus María, en su *Historia de la Virgen, lib. 4*, desde el capítulo 41, y otros doctores que dejo. En el mismo breve, despachado á 21 de Abril de 1671, en que concede la Santidad de nuestro santísimo padre y papa Clemente X, la celebridad de esta fiesta de los Dolores, manda que se celebre con la misa y oficio propio concedido ántes á la religion de los siervos de María Virgen.





## FIESTA DE LA ASUNCION

DE NUESTRA SEÑORA

**S**UBIÓ Cristo nuestro Salvador al cielo y dejó á su benditísima Madre y Señora nuestra en la tierra; no la llevó consigo porque así convenia á toda la Iglesia, que quedara como huérfana de padre y madre, y muy desconsolada y afligida, si juntamente perdiera la presencia corporal de su Padre y maestro y de su Madre y abogada. Dejóla para que como luna en ausencia del sol alumbrase este hemisferio, y para que como ama blanda y amorosa diese leche y criase á sus pechos á la Iglesia que era pequeña y tierna, y tenia necesidad de su sustento. Dejóla para ejemplo de todos los fieles, para que enseñase á los apóstoles, instruyese á los evangelistas, esforzase á los mártires, alentase á los confesores, encendiese en el amor de la pureza á las vírgenes, y finalmente, para que

como un prodigio divino resplandeciese en el mundo. Dejóla para que con el ejercicio de sus admirables virtudes creciesen más sus merecimientos, y la corona de su gloria fuese también mayor, cuanto habia sido más encendida su caridad, más duras sus peleas, y más colmada la medida de sus trabajos y victorias. Dejóla para aparejarle el lugar que habia de tener en el cielo, y salir él mismo á recibirla acompañado de toda la corte celestial, para que la fiesta y solemnidad de su recibimiento y entrada en el cielo fuese más solemne y regocijada con la presencia del Señor, que salia al encuentro de su gloriosa Madre, para ensalzarla y colocarla sobre todos los coros de los ángeles: y así dice San Anselmo hablando con el Señor: «¿Cómo os sufrió el corazón, oh buen Jesús, que volviendo vos al reino de vuestra gloria, dejásedes, como huérfana, en las miserias de este mundo á vuestra sacratísima Madre, y no la llevásedes para que reinase con vos?» Y responde: «Queríades ir, Señor, delante para aparejarle en vuestro reino el lugar de gloria que habia de tener; para que después, acompañado de toda la corte celestial, con mayor fiesta la saliésedes á recibir, y con mayor honra la sublimásedes como convenia que lo hiciese tal Hijo con tal Madre.» Esto es de San Anselmo. Hoy hizo esto el Señor

con su dulcísima Madre llevándola en cuerpo y en alma al cielo, y asentándola en un trono por sí sobre todos los coros de los ángeles y sobre todos los santos, como Madre suya, y Reina y Señora de todo lo criado; y por esta gloria tan encumbrada de la Vírgen se llama esta fiesta especialmente: «Dia de nuestra Señora»; porque, aunque hay otras fiestas suyas en que se nos representan misterios muy gloriosos, algunas de ellas son en comparacion de ésta como fiestas de la tierra, y tuvieron sus cuidados y trabajos; pero así como esta fué fiesta del cielo, así tambien fué exenta de todas las pesadumbres y molestias que nacen en el suelo, y como remate y cumplimiento de todos los gozos y deseos de la Vírgen. Verdad es que hoy celebramos en un dia tres fiestas de nuestra Señora debajo del título de la Asuncion: una es la de su felicísimo tránsito, cuando su bendita alma, dejando el cuerpo en la tierra, voló al cielo; otra es cuando poco despues se juntó y se reunió la misma alma con el cuerpo, y con inefable gloria subió al cielo; la tercera es de su coronacion por Reina de los ángeles y Señora del universo; y de estas tres fiestas habemos de tratar.

Despues que Cristo, como victorioso y triunfador, fué recibido con tanta gloria en el cielo, la Vírgen, los años que vivió en Jerusalem,

parte se ocupó en altísima contemplacion de Dios y de los misterios que él, vestido de su carne, habia obrado en la tierra, y parte en visitar y reverenciar aquellos santos lugares que su Hijo habia consagrado con sus piés, doctrina y milagros, y parte en formar aquella nueva y primitiva Iglesia del Señor que se comenzaba á plantar y á extender por el mundo; y habiendo pasado su vida en estos divinos ejercicios y santas ocupaciones, y guardádola Dios algunos años para consuelo y bien de toda la Iglesia, siendo ya de anciana edad y viendo florecer la fé y el nombre de su Hijo, abrasada de amor y encendida de deseo de verle, le suplicó intensamente que la librase de las tempestades y congojas de esta vida, y la llevase al puerto seguro de la bienaventuranza, donde para siempre le viese y gozase de él. Oyó el Hijo los piadosos ruegos de su Madre, y envióle un ángel con la nueva de su muerte y con una palma en señal de la perfecta victoria que habia alcanzado del pecado, del demonio y de la misma muerte. No se puede fácilmente creer el júbilo que tuvo el espíritu de la Virgen con tan alegre nueva por ver que se cumplia lo que tanto deseaba. Mandó aparejar muchas velas, limpiar y aderezar el aposento, componer su pobre cama para hacer fiesta y aparejarse á la muerte, y á



recibir en ella la visita del Autor de la vida.

Pero tratando de la muerte de la Vírgen Santísima, luego se nos ofrece una duda y deseo de saber por qué el Señor, que la enriqueció con tan soberanos dones, y la eximió de otras penas y miserias, que son como corredores y alguaciles de la muerte, quiso que muriese, siendo la muerte pena del pecado? Y pues ella no pecó, ántes fué privilegiada y prevenida con singular gracia para que no cayese en pecado original ni en otro alguno; ¿por qué no la libró de la muerte y no la trasladó de esta vida mortal á la inmortal, sin pasar por este paso? No murió la sacratísima Vírgen en pena del pecado, que no le tuvo; sino porque habiendo muerto Jesucristo, su Hijo, no era razon que este privilegio se diese á su Madre ni á otra persona. A más de esto, convenia que esta Señora destruyese las herejías, no solamente con su vida, sino tambien con su muerte; y porque se habian de levantar los maniqueos y otros herejes, y decir que la Vírgen María era ángel y no mujer, y que Cristo tenia cuerpo fantástico ó traído del cielo y no humano; y si ella no muriera, pudieran afirmarse en su falsa opinion. Fué muy conveniente que ella, delante de mucha gente, espirase y fuese amortajada y enterrada, para deshacer el error de los que la tuvieran por ángel, ó por ventura por Dios,

si no muriera. Tambien convino esto para mayor merecimiento y corona de la Vírgen; porque no se puede negar sino que la muerte, aceptada con paciencia y resignacion en la divina voluntad, es muy meritoria delante de Dios; y por esto se dice que la muerte de los santos es preciosa en los ojos del Señor, porque es de gran precio; y mucho más lo fué la de esta Señora, que así como venció á todos los santos en las demas virtudes, así tambien en esta resignacion. La muerte de los santos más parece dulce sueño que muerte, y en la Vírgen mucho más; porque su muerte no fué de enfermedad ni con dolor alguno, sino de puro amor de su Amado, y de un fervorosísimo deseo de verle y abrazarse eternamente con él. ¿Pues qué diré del consuelo y aliento que á todos los miserables hijos de Adan y de Eva se nos sigue de esta dichosa muerte de nuestra Señora y Madre? Porque ¿quién se extrañará de pasar por aquel estrecho paso, por donde Cristo y su Madre pasaron? ¿Quién no aceptará de grado la sentencia de muerte que por su culpa merece, pues sin ella la aceptaron Cristo y María? Quién temblará de la muerte sabiendo que está ya desarmada, por virtud del que la venció en la cruz, y que murió su bendita Madre? Finalmente, fué conveniente que la Vírgen sacratísima muriese, co-

mo lo dice la santa Iglesia, para que con mayor confianza abogue por nosotros en el cielo, y represente nuestras miserias en el acatamiento de su Hijo, y nos alcance perdon, misericordia y bendicion, como adelante se dirá. Estas fueron algunas de las causas porque quiso nuestro Redentor que su Madre Santísima pasase por el trance de la muerte; pero veamos el modo, sacado de los autores antiguos y graves, que más largamente referimos en su vida.

Luego que se supo en Jerusalem la nueva que la Vírgen habia tenido del cielo, y se deramó por aquella comarca entre los cristianos, vinieron muchos de ellos y se juntaron en la casa de la Vírgen, que era en un apartado de la casa de la madre de San Juan Marcos, en el monte santo de Sion, donde Cristo habia cenado con sus discípulos é instituido aquella mesa real de su sagrado cuerpo, y el Espíritu Santo habia venido en lenguas de fuego. Trajeron los fieles muchas velas, unguentos olorosos y especies aromáticas, como los hebreos tenian de costumbre, muchos himnos compuestos y canciones divinas, para celebrar su glorioso tránsito. Habia la Vírgen deseado ver en esta hora á los sagrados apóstoles, que á la sazón vivian y andaban predicando las victorias y gloria de su Hijo por el mundo, y

echarles su bendicion ántes de salir de él, y el Señor, á quien todas las cosas están sujetas y obedecen por ministerio de ángeles ó de otra manera, se los trajo para consuelo de ella y de los mismos apóstoles que se hallaron presentes, y con ellos otros varones apostólicos, como Hieroteo, Timoteo y Dionisio Areopagita, que así lo escribe él mismo, y otros graves autores.

Increible fué la alegría de la Vírgen cuando vió en su presencia aquella dichosa y santa compañía; y despues de haber hecho gracias á su precioso Hijo por haberla regalado con ella, volviéndose á ellos, con rostro blando y con un semblante del cielo, les dijo el deseo que ella habia tenido de partirse de esta vida, y que el mismo habian tenido los espíritus angélicos de verla á ella en el cielo; y que Dios se lo habia concedido; y que para esto los habia traído de tan diferentes partes. Todos se enternecieron con estas nuevas, aunque le dieron el parabien de su gloria y bienaventuranza y encendieron las velas; y la Vírgen sacratísima se recostó en su humilde cama, y mirándolos á todos con su aspecto más divino que humano, les mandó que se acercasen y les echó su bendicion, suplicando á su Hijo que él la confirmase.

Todos lloraban y derramaban rios de lágri-

mas por la ausencia de tal Madre, y por ver que se les ponía aquel sol que alumbraba el mundo; mas ella los consolaba y decia: «Quedaos con Dios, hijos míos muy amados, no lloreis porque os dejo, sino alegraos, porque voy á mi querido.» Luego hizo su testamento que fué mandar á San Juan Evangelista que repartiese dos túnicas suyas á dos doncellas que allí estaban y habian vivido muchos años en su compañía; que este fué el ajuar de casa y las riquezas y tesoros de la Vírgen, que siendo Reina del cielo y de la tierra habia escogido para sí la pobreza, por imitar en todo á su pobre y riquísimo Hijo; el cual en este punto, acompañado de innumerables cortesanos de su corte, bajó del cielo. En viéndole, con grandes júbilos de su espíritu, le dijo la Madre purísima: «Yo te bendigo, Señor, dador de toda bendicion, y luz de toda luz, porque te dignaste vestirte de carne en mis entrañas. Bien segura estoy que todo lo que tú dijiste se cumplirá en mí.» En diciendo esto se compuso decentemente en su cama, y llena de increíble gozo por ver á su Hijo que la llamaba, alzando las manos, le dijo: «Cúmplase en mí tu palabra»; y diciendo esto, como quien se echa á dormir, sin pena, ni dolor alguno, dió su espíritu á aquel Señor á quien ella habia dado su carne; y fué la noche ántes de los

quince de Agosto, cincuenta y siete años después que parió á Cristo y á los veinte y tres de su pasión; siendo de edad de setenta y dos años ménos veinte y cuatro dias, segun la más comun opinion, como más largamente lo dijimos en su vida.

¿Quién podrá aquí dignamente explicar la suavidad y ternura con que el Hijo recibió el alma de su Madre, y las caricias y favores con que la llevó al cielo, y las alabanzas, fiestas y alegrías con que fué recibida de toda la córte celestial, como Madre de su Señor y Señora de todos? ¿Quién podrá comprender la admiracion que causó en todos aquellos espíritus soberanos, cuando la vieron tan rica, tan ataviada y adornada de todas las virtudes, y que con su resplandor oscurecia la claridad de todos los otros santos? Allí fué colocada á la diestra de su Hijo, en un trono aparte y por sí, sobre todos los coros de los ángeles.

Mas al mismo tiempo que espiró la Vírgen, los mismos ángeles que acompañaban su benditísima alma al cielo, y otros que quedaron con su sagrado cuerpo, dieron en la tierra una música celestial y divina, que fué oida de los que allí estaban presentes. Pero cantaron los ángeles, y lloraron los hombres, y los apóstoles y discípulos del Señor se deshacian en lágrimas cuando vieron sin vida aquel cuerpo,

del cual habia tomado carne nuestra Vida, y obrado y padecido en ella por nosotros tantos tormentos y penas. Arrojáronse en el suelo, besáronle; regáronle con sus lágrimas; adoráronle; ungiéronle con preciosos unguentos; envolviéronle en una limpia sábana; cantaron himnos de alabanza al Señor, y esparcieron flores y suaves olores: pero la fragancia que salia del cuerpo de la Vírgen sacratísima era tan grande, que ningun otro olor se le podia comparar.

Sanaron muchos enfermos de varias dolencias, é hizo Dios otros milagros en su entierro, que por haberlos escrito en su vida, no los quiero repetir aquí, ni lo demas que toca á las exequias y sepultura de la Vírgen en Getsemaní, por acabar esta primera parte de esta fiesta y venir á la segunda, que es como el alma se tornó á unir y juntar con su cuerpo, y la Vírgen en cuerpo y en alma con indecible gozo y triunfo subió á los cielos; y por esta subida se llama este dia «la fiesta de la Asuncion de nuestra Señora.»

Puesto, pues, el cuerpo purísimo de la Vírgen en el sepulcro, cantaron los ángeles; y los apóstoles, alabando juntamente con ellos al Señor, se quedaron alrededor del sepulcro tres dias, como transportados y arrobados en Dios. Al cabo de tres dias llegó allí santo To-

más, apóstol, que no se habia hallado á la muerte de la Vírgen, y con grande instancia y sentimiento pidió á los demas apóstoles se abriese el sepulcro, para que él tambien viese y reverenciase el santo cuerpo; pues no habia merecido venir ántes y verle, ordenándolo Dios así para que con esta ocasion se descubriese la gloria de la Vírgen: porque abriéndose el sepulcro, no se halló en él el sagrado cuerpo, sino solamente los lienzos y la sábana en que habia sido envuelto, y con esto entendieron que habia resucitado: y tornando á cerrar el sepulcro, del cual salia un olor celestial, se volvieron á la ciudad llenos de incomparable gozo, teniendo por cosa ciertísima que la Reina de los ángeles y Señora nuestra ya estaba en el cielo en cuerpo y alma, gozando de la clara y bienaventurada presencia de su Hijo.

No pudo aquel cuerpo purísimo de la Vírgen ser comido de tierra, ni de los gusanos; porque era conveniente que como viva arca del Testamento no fuese carcomida, ni padeciese corrupcion. De esta arca dijo el real profeta David: «Levantaos, Señor, á vuestro descanso, vos y el arca que santificasteis.» Esta arca es la Vírgen de quien canta la Iglesia: *Ventris sub arca clausus est*, que Dios se encerró como en una arca en el sagrado vientre de la Vírgen.



Y es de notar que primero el profeta David habla de la resurreccion del Hijo, diciendo: «Levantaos, Señor, á vuestro descanso»: y despues de la resurreccion de la Madre, añadiendo: «Vos y el arca que santificásteis»: y así aunque la muerte la tragó, como la ballena á Jonás, no la pudo digerir, ni gastar, ni convertir en su sustancia; y como los leones no osaron tocar al santo profeta Daniel, aunque estaban hambrientos y le tenían presente, así los gusanos no osaron llegarse ni hacer presa en el cuerpo de la Vírgen; porque si el bálsamo conserva los cuerpos para que no se corrompan, ¿el Hijo benditísimo, que estuvo nueve meses en sus entrañas, y las bañó y penetró con su divina virtud, más suave y más eficaz que el bálsamo y que todas las especies aromáticas, no habia de preservar aquella carne, de la cual él se habia vestido? Y pues la carne del Hijo fué carne de la Madre, así como no permitió Dios, segun dice el profeta David, que el cuerpo del Hijo viese corrupcion, así fué conveniente que tampoco la viese el cuerpo de la Madre.

No dicen bien cuerpo de Cristo y corrupcion, ni cuerpo de la Madre de Cristo y corrupcion; porque el cuerpo del Hijo es cuerpo de la Madre, y lo que se debe al Hijo por naturaleza, se debe á la Madre por gracia: y así

dice San Agustín: «Aquella purísima carne, de donde tomó carne el Hijo de Dios, creer que fué entregada á los gusanos para que la comiesen, como no lo puedo creer, así no lo oso decir.» Y añade: «Si Dios en medio de las llamas, no sólo conservó los cuerpos de los tres mozos del horno de Babilonia, sino tambien sus vestiduras sin quemarse, ¿por qué no hará en su Madre lo que hizo en la vestidura ajena?» Esto es de San Agustín. Guardóla Dios de todo pecado; guardóla siempre vírgen, siendo madre; guardóla de dolor cuando le parió y cuando ella murió; pues ¿por qué no la habia de guardar de la corrupcion de su cuerpo? Especialmente viendo que los cuerpos de algunos santos han tenido este privilegio, y en muchos años no se han corrompido y tornado en ceniza; y que cualquier privilegio se debe conceder á la Reina, que se ha concedido á los criados. Y si naturalmente el alma apetece la compañía de su cuerpo, porque es forma suya y le da vida, y cuando está apartada tiene aquella inclinacion de juntarse con él, y el alma de la Vírgen Santísima tuvo este natural deseo, ¿por qué no se le habia de cumplir su Hijo, como le cumple todos los demas?

Pero no sólo fué conveniente que el cuerpo de la Vírgen quedase entero y sin corrupcion, sino tambien que unido con su alma resucita-

se, y vestido de claridad y de gloria subiese á los cielos, y los alumbrase y regalase con su belleza incomparable é inmenso resplandor; porque de esta manera estuviese adornado el cielo empíreo con aquellas dos lumbreras, mayor y menor, como lo está el cielo material con el sol y la luna, y un hombre Dios y una mujer Madre de Dios gobernasen el universo; Cristo como Señor absoluto y príncipe universal y cabeza de la Iglesia; y la Vírgen como tesorera y dispensadora y cuello de este cuerpo místico, por cuyas manos se reparten, y por cuyos arcaduces se derivan todas las gracias y dones de Dios; y no ménos para que, viendo nosotros que no solamente resucitó y subió á los cielos el cuerpo de nuestro Salvador, que era hombre y Dios, sino tambien el de la Vírgen, que era pura criatura, avivemos más nuestra fé y despertemos más nuestra esperanza; y sabiendo que nuestros cuerpos, á ejemplo suyo, han de resucitar y subir al cielo, no dudemos de mortificarnos y afligir nuestra carne acá en la tierra; pues este es el camino de ensalzarla y vestirla de gloria.

Y si Cristo nuestro Señor dijo que el que le ministrase y sirviese estaria en el mismo lugar donde él estaba, muy justo fué que la que le habia servido y ministrado, no como los otros, sino por otra más excelente manera,

vistiéndole de su carne, sustentándole con su leche, criándole con su solicitud, acompañándole en sus huidas y temores, y padeciendo mil martirios atravesada de dolor al pié de la cruz, estuviese con un modo singular y extraordinario donde estaba su Hijo, y que en cuerpo y en alma reinase con él; pues toda la honra de la Madre es honra del Hijo, y ninguna honra que tal Hijo á tal Madre puede dar, se le debe negar. Y si los santos que resucitaron con Cristo nuestro Redentor, segun la opinion de muchos y graves autores, no tornaron á morir, sino que subieron al cielo en cuerpo y alma con él para mayor gloria de su libertador; y de San Juan Evangelista muchos creen y dicen probablemente que está en el cielo en alma y cuerpo gozando de Dios, ¿con cuánta más seguridad y certidumbre se debe esto afirmar de la Vírgen sacratísima, pues tantas más razones hay en ella para concederle este favor, aunque no se hubiese concedido á otro ninguno? Especialmente considerando que si su sagrado cuerpo estuviera en la tierra, no consintiera el Señor que no se supiera dónde está, y que careciese de aquella honra y reverencia tan debida, que los fieles dan á las reliquias de los santos; y que muchos cuerpos de ellos, estando encubiertos, el mismo Señor los descubrió y reveló para consuelo y defensa de

su Iglesia, y ensalzamiento y gloria de los mismos santos. En esta verdad no hay que dudar, sino tenerla por ciertísima, y por cosa que, puesto caso que no está definida por la Iglesia, pero está recibida de ella con la fiesta que con nombre de la Asuncion celebra hoy á nuestra Señora, y fundada en la doctrina de muchos santos y gravísimos doctores, griegos y latinos, antiguos y modernos, y en la piedad del pueblo y en toda buena razon.

La manera con que resucitó el cuerpo de la Vírgen Santísima y de nuevo se unió con su alma, ya bienaventurada, no lo dice la sagrada Escritura, como tampoco lo demas que aquí queda referido; mas por lo que escriben algunos graves autores, podemos creer que á los tres dias despues de su glorioso tránsito, aunque algunos ponen más, y otros ménos tiempo, para que en todo se pareciese á su unigénito Hijo que estuvo tres dias en el sepulcro; el mismo Hijo vino del cielo acompañado de innumerables ángeles, y del alma de la Vírgen, y bajó al sepulcro y dió vida al cuerpo muerto, y le volvió á juntar con aquella alma gloriosa, y le vistió de inmortalidad y de una claridad admirable, y le adornó de las otras dotes que tienen los cuerpos glorificados, de impasibilidad, agilidad, sutileza y hermosura, sobre todo lo que se puede con pala-

bras explicar ó comprender con entendimiento humano. Luego se comenzó una solemnísimá procesion, y un triunfo de la Vírgen, innarrable, desde el sepulcro hasta llegar á lo más alto del cielo, y hasta el trono de la Santísima Trinidad. Iba recostada sobre su querido, por cuya virtud y por la de su alma ya bienaventurada y de su cuerpo glorioso, subia por los aires con gran velocidad, sin tener necesidad que los ángeles la ayudasen á subir ni la llevasen, aunque todos la acompañaban, asistian y servian, y con gran regocijo celebraban aquella fiesta y triunfo. Fué presentada por el Hijo delante del Padre Eterno y recibida de él como Esposa dulcísima y templo suyo, y coronada de gloria, y constituida Emperatriz del universo y Reina soberana de todas las criaturas: y esta es la tercera parte de esta fiesta.

Sentóse como otra Bethsabé, madre de Salomon, en una silla al lado de su Hijo sobre todos los coros y gerarquías de los celestiales espíritus, y de todos los santos. Aquí vinieron aquellos divinos cortesanos á hacer reverencia, y dar la obediencia á su Reina y Señora, admirándose de su belleza, de su gracia y de su santidad, y que una pura criatura estuviese tan reluciente, y tan vestida del Sol de justicia y de su inmensa claridad, que oscureciese con

ella á todos los demas santos, y estuviese tan encumbrada y tan levantada sobre todos, que apenas la podian ver, y maravillados de esta grande novedad y gloria, decian: ¿Quién es ésta que sube del desierto llena de deleites y recostada sobre su amado? Otros, considerando el olor suavísimo de sus virtudes, decian: ¿Quién es ésta que sube como una vara delgada de humo de mirra é incienso, y de todos los polvos olorosos, que son todas las virtudes? Otros, maravillados de su resplandor y hermosura, decian: ¿Quién es ésta que sube á lo alto como la luz de la mañana, cuando comienza á esclarecer, hermosa como la luna, escogida como el sol y terrible como los escuadrones de los ejércitos bien ordenados?

Espantábanse los serafines, viéndola tan abrasada y encendida en amor de Dios, que á ellos mismos los inflamaba, y en su comparacion eran frios. Admirábanse los querubines cuando la consideraban tan llena de luz y de sabiduría, que los enseñaba á ellos, y delante de ella parecian niños é ignorantes. Los tronos estaban absortos, contemplando cómo en aquella arca viva reposaba la Santísima Trinidad, mucho más perfectamente que no en ellos. ¿Qué diré de las otras gerarquías y coros de los ángeles? Que todos se juntaron, todos la adoraron y se ofrecieron á su servicio y obe-

diencia, reconociéndola por Madre de su Señor, por su Señora y de todas las criaturas, y holgándose de tenerla por tal; pues veían que por su medio habían sido reparadas sus sillas, y que con su presencia se había acrecentado la gloria de ellos, y con nuevo resplandor hermoseado y esclarecido aquel palacio real.

Pues de los otros santos que ya eran bienaventurados, y habían subido de la tierra al cielo, mejor es callar que hablar poco. Los cuales todos se regocijaban, áun con mayor alegría que los mismos ángeles, por ver aquella Señora que era la puerta por la cual ellos habían entrado en el cielo, y la medianera de su rescate y salud, y que siendo hueso de sus huesos y carne de su carne, había merecido la gloria que poseía, y ser levantada á todo lo que una pura criatura lo puede ser debajo de Dios: y así dice el seráfico doctor San Buenaventura: «Admirable privilegio de la gloria de María, es que todo lo que despues de Dios es lo más hermoso, más dulce, más alegre en aquella gloria de los bienaventurados, todo esto es de María; todo está en María, y todo les viene por María.»

Los patriarcas se regocijaban viendo aquella hija suya, cuya memoria los consolaba cuando estaban en su destierro, y cuya esperanza sustentaba sus vidas. Los profetas no cabían



de placer, viendo ya presente con sus ojos lo que tantos años ántes habian visto en espíritu, y tan gloriosa la que con tantas sombras y figuras habian anunciado; y todo aquel ejército innumerable de santos le dieron el parabien de su venida, de su triunfo y de su gloria, confesando que toda ella le era debida por su extremada pureza, singular santidad, y que justamente aquella corona correspondia á sus victorias, y aquel triunfo á sus peleas, y aquella gloria incomparable á la inmensa gracia con que el Señor la previno y adornó y sublimó para tan gran dignidad. De esta manera fué recibida y llevada esta Señora á aquel trono, que Dios *ab æterno* le tenia aparejado; y en cierta manera, como dice el cardenal Pedro Damian, fué este recibimiento de la Vírgen más solemne é ilustre que el que hizo á su Hijo cuando subió á los cielos; porque entonces solos los ángeles salieron al encuentro, y recibieron al Señor de la majestad, como triunfador de la muerte; y á su Madre dulcísima la recibieron todos los ángeles y santos que estaban en el cielo, y su mismo Hijo, que es el santo de todos los santos, la acompañó y presentó á la Santísima Trinidad, y la sentó en su trono.

Por ventura algun devoto de la Vírgen deseará saber á qué grado de gloria haya sido

sublimada en esta su asuncion y coronacion? A esta pregunta dos cosas se pueden responder: la una es cierta y averiguada; y la otra, aunque no tiene tanta certidumbre, está muy puesta en razon y es muy conforme á los dichos de muchos santos. Cierto es que la Vírgen está ensalzada sobre todos los coros de los ángeles, como Reina de ellos, y que no hay santo ninguno que en la gloria se le pueda comparar, porque á todos excede y sobrepuja con casi infinitas ventajas, y en esto no hay duda ni la puede haber. Pero otros van más adelante, y afirman que sola la Vírgen tiene más gloria que todos los ángeles y todos los santos juntos; de manera que si toda la gloria de ellos se juntase y amontonase, y como se fundièse é hiciese una y se pusiese en una balanza, y en otra la gloria sola de la Vírgen, dicen que pesaria ella sola más que la otra de todos los santos juntos. En confirmacion de esta probable opinion, dice el devoto capellan de nuestra Señora, San Ildefonso, estas palabras: «Así como lo que hizo la Vírgen es incomparable, y lo que recibió inefable, así es incomprendible el premio de la gloria que mereció»; y San Bernardo: «Tanta, dice, es la gloria singular que tiene en el cielo, cuanta fué la gracia que sobre todos tuvo en la tierra»; y añade: «Así como no hay en la tierra

lugar más digno que el templo del vientre virginal en que María concibió al Hijo de Dios, así no hay en el cielo cosa que se pueda igualar con aquel trono real á que el Hijo de María la sublimó, y colocó á su diestra»; y en otro lugar: «La gloria, dice, de María, ni se puede comprender con el entendimiento, ni decirse con palabras. Y de aquí es que los mismos príncipes de la corte celestial, considerando una novedad tan grande, no sin admiracion exclaman: «¿Quién es ésta que sube del desierto, llena de regocijos y deleites soberanos?»

Andrés Cretense dice que la gloria de la Vírgen no se puede comprender, porque es más abundante y alta que la de todos los otros, fuera de solo Dios. Pedro Damian dice: «Entre las almas de los santos y los coros de los ángeles, la Vírgen es más eminente y encumbrada, y excede los merecimientos de cada uno, y los títulos y prerogativas de todos»; y añade: «De tal manera resplandece aquella luz inaccesible, que ofusca la dignidad de los ángeles y de los santos, que son como si no fuesen, y en comparacion de ella, ni pueden ni deben parecer», y en otro lugar: «Mira bien el más alto serafin, y hallarás que el más encumbrado es menor que la Vírgen, y que sólo el sumo Artífice la sobrepuja y excede; la gloria

que le fué dada cuando salió de esta vida no tiene principio ni fin: sólo podemos decir de ella que no sabemos qué decir.»

San Damasceno, hablando de esta fiesta, dice que entre la Madre de Dios y los siervos, hay infinita distancia. San Juan Crisóstomo dice que la Vírgen es más gloriosa, incomparablemente, que los serafines. San Efren, discípulo y compañero del gran Basilio, dice que es la más gloriosa, sin comparacion alguna, que todos los supremos espíritus del ejército celestial, y que es un milagro del mundo excelentísimo y una corona de todos los santos, tan resplandeciente que es inaccesible. San Lorenzo Justiniano: «Con mucha razon, dice, cualquiera honra y felicidad que se halla en cada uno de los santos, toda junta con grande abundancia se halló en María.»

San Anselmo dice: «Aquella pura santidad y santísima pureza del piadoso pecho de María que traspasa toda la pureza y santidad de todas las criaturas, mereció por su incomparable dignidad ser reparadora del mundo perdido.» San Buenaventura enseña que la grandeza y bondad de Dios se echa más de ver en sola la Vírgen que en todas las demas criaturas, y que todas las perfecciones de ellas se hallan juntas, por un modo más excelente y admirable, en sola la Vírgen, y dice: «Así como

la gloriosísima Vírgen María excede á todos los santos en la gracia que tuvo en esta vida, y en los merecimientos, así sobrepuja á todos en la gloria y en el premio que se le dió.»

Y el gran doctor de la Iglesia, San Jerónimo, dice, que á todos los otros santos se dió parte de la gracia; pero que á la Vírgen se le comunicó toda la plenitud de la gracia; y de ella dice el Espíritu Santo, como se lo aplica la Iglesia: «Mi asiento y reposo está en la plenitud de los santos»: lo cual explica San Bernardo con estas palabras: «Dícese que la morada y asiento de la Vírgen fué en la plenitud de los santos, porque fué tan perfecta, que no le faltó la plenitud y perfeccion de todos los santos.»

Estas cosas, y otras semejantes, dicen los santos, hablando de la excelencia de la gloria de la Vírgen, las cuales son muy conformes á los otros privilegios y prerogativas que tuvo; porque Dios la escogió por Madre suya, que es la más alta dignidad á que puede subir una pura criatura. Es una dignidad casi infinita, y que cualquiera gracia y gloria que se le dé, cabe en ella. Pues si Dios da la gracia proporcionada al estado y oficio de cada uno, y el estado de la Vírgen es tan sublime y de casi infinita perfeccion, ¿qué maravilla es que la gracia que el Señor le dió, excedió á la gracia

y la gloria (que se da á la medida de la misma gracia) exceda á la gloria de todos los santos? Porque todo esto se debe á la dignidad de Madre; y así dicen Eutimio y Andres Creten- se: «Si halláramos que la divina gracia ha hecho en la Vírgen cosa que excede nuestra capacidad, ninguno se maraville, mirando al misterio nuevo é inefable que obró en ella, el cual infinitamente sobrepuja y pasa de vuelo á todo lo finito, con infinitas ventajas.» Y si el Señor amó más á sola la Vírgen que á todas las criaturas juntas, como parece, pues la levantó, como habemos dicho, á la mayor dignidad que puede ser, y la hizo Reina y Señora de todas ¿quién duda que se le dió más gracia, y por consiguiente mayor gloria que á todas? Porque el amor de Dios no es ocioso, ni de cumpli- miento, como el de los hombres, sino que á quien más ama, hace más bien, y á la medida de su amor es la gracia, á la cual siempre cor- responde igual grado de gloria: ¿quién duda sino que se debe más amor y honra á la madre sola que á todos los criados juntos? ¿Y que el que más ama á Dios es más santo y más amado de Dios? ¿Y que la Vírgen santísima amó más á su precioso Hijo que todos los santos, y que, como dice San Anselmo, fué cosa conveniente que resplandeciese con una pureza tal, que de- bajo de Dios no se pueda entender otra mayor?

Y no fuera tal esta pureza y santidad de la Vírgen, si no sobrepujara á la de todos los santos y de una manera que no se puede entender otra mayor. Por esto dijo San Bernardino de Sena, que la Vírgen en aquel solo acto de fé y obediencia, con el cual dió consentimiento al ángel San Gabriel, y se dispuso para ser Madre de Dios, mereció más que todos los santos juntos en todas sus oraciones y merecimientos.

San Pedro Crisólogo dice: «No sabe cuán grande sea Dios, el que no se espanta del espíritu de la Vírgen, ni se maravilla de la belleza de su alma. El cielo tiembla; temen los ángeles; las criaturas no pueden sufrir, y la naturaleza no es capaz de Dios; y una doncella de tal manera le recibe en sus entrañas, y le alberga y recrea, que da paz en la tierra, gloria al cielo, salud á los perdidos, vida á los muertos, á los hombres amistad con los ángeles, y al mismo Dios union y parentesco con la carne.»

Y San Bernardo dice: «Con mucha razon, Señora, los ojos de todas las criaturas os miran; porque en vos, y por vos, y de vos, la piadosa mano del Todopoderoso restauró y recreó todo lo que habia criado.» Estas cosas y otras, como ellas, dicen los santos.

Y no solamente la Vírgen sacratísima tiene

en sí esta gloria que ellos dicen, sino tambien como rio copiosísimo que sale de madre, riega y alegra toda la ciudad de Dios, y con soberanos aumentos hace crecer los gozos y contentos de todos los santos y espíritus de la corte del cielo, como lo dice el melífluo Bernardo por estas palabras: «Subiendo hoy á los cielos la gloriosa Vírgen, no hay duda sino que acrecentó con grandes aumentos los gozos de los ciudadanos soberanos, porque ella es aquella, cuya voz y salutacion hizo dar saltos de placer á los que estaban encerrados en las entrañas de su madre. Pues si el alma de un niño que aún no habia nacido, se regocijó en oyendo hablar á María, ¿cuán grande pensamos que fué el regocijo de toda aquella corte celestial, cuando merecieron oír su voz, ver su rostro y gozar de su bienaventurada presencia?» Y aunque es verdad que todos los que entran en el cielo causan con su entrada gozo en los bienaventurados; pero aquel gozo es mayor ó menor, segun el grado de gloria que se da á cada uno; y pues la Vírgen, como dice el mismo San Bernardo, fué ensalzada sobre toda criatura con aquella honra que tan gran Madre merecia, y con tan gran gloria como tal Hijo le debia dar, ¿quién podrá explicar el gozo y fiesta que hubo este dia en toda aquella celestial corte, sino es diciendo



lo que añade el mismo Santo: *Christi generationem, et Mariæ assumptionem, quis enarrabit?* ¿Quién podrá explicar la generacion de Cristo y la asuncion de María? De donde se ve la dificultad que hay en declarar la asuncion y gloria de la Vírgen; pues en esto San Bernardo la junta con la generacion de Cristo.

Pero una de las razones que arriba tocamos del tránsito de la Vírgen de esta vida temporal á la eterna, es la que dice la Iglesia en una oracion: «Para que con grande confianza interceda por nosotros»: la cual no explicamos arriba, guardándola para este lugar, en que deseamos que todos entiendan lo que tenemos en la Vírgen y el gran valor de su intercesion. No quiere decir la Iglesia que si la Vírgen estuviera en la tierra no intercediera por nosotros ni fuera nuestra abogada, sino que para poderlo hacer con mayor confianza nuestra subió á los cielos, y para que nosotros entendamos que está donde ve en Dios todas nuestras necesidades, y oye nuestros clamores y piadosos ruegos, y se compadece de nuestras miserias, y las representa á su Hijo benditísimo como Madre, y nos envia desde el cielo todos los bienes; y así dice San Bernardo: «Este rio de deleites alegra hoy la ciudad de Dios con tan copioso ímpetu, que nosotros acá en la tierra sentimos el riego que de allá nos

viene. Delante de nosotros ha ido nuestra Reina, y ha sido recibida con tan grande gloria que con confianza los siervos siguen á la Señora, y claman diciendo: Llevadnos tras vos, para que corramos tras el olor de vuestros unguentos. Nuestra peregrinacion ha enviado delante una abogada, la cual, como Madre del Juez y Madre de misericordia, tratará con humildad y eficacia los negocios de nuestra salvacion.» Esto es de San Bernardo. Vestida está del sol la que vistió á Dios de su carne. Corona tiene sobre su cabeza de doce estrellas, que son los doce principales privilegios de la Virgen, y debajo de sus piés tiene la luna, que ó es la santa Iglesia ó todas las cosas criadas, y todo lo que está debajo del cielo y sujeto á mudanzas, á crecientes y menguantes, como son todas las de la tierra: para que entendamos que todas están á disposicion de esta Reina y Señora nuestra, y que á ella debemos acudir en nuestros trabajos y necesidades, para que siendo, como somos, flacos y frágiles, no nos arrebatén y lleven en pos de sí. Ella es, como dijimos, la tesorera y repartidora de todos los dones de Dios; ella el cuello por el cual Cristo, nuestro Salvador, que es la cabeza, influye á su Iglesia todo el sentimiento y movimiento espiritual, con que ella vive y se sustenta: ella es el tronco por el cual

la raíz da vida á las ramas y produce las hojas, flores y frutos y toda la belleza que hay en el árbol: ella es como el arca del agua, que recoge primero y tiene en sí toda la abundancia de las aguas vivas de la gracia, y despues la reparte por sus caños á los otros, más ó menos, segun la capacidad y divina disposicion; y por eso dijo gravemente San Buenaventura: «¿Qué maravilla es que toda la plenitud de la gracia se haya recogido en María, pues de ella se ha derivado tan copiosa gracia á los demas?» Por esta puerta de Ezequiel entró el Verbo eterno en la tierra; y por ella nosotros, que somos de tierra, entramos en el cielo; porque aquel que la escogió por Madre, y la enriqueció con tan grande gracia, y la sublimó con inmensa gloria, la ha constituido presidenta y patrona del universo. Todos los negocios que despacha los despacha por su mano; de manera que todos los cortesanos del cielo, y los hombres de la tierra, y las almas del purgatorio, y hasta el mismo infierno, la reconocen por Señora y se le humillan y postran á sus piés.

No hay estado alguno en la Iglesia de Dios que no esté debajo de su amparo y proteccion. La caridad y celo que tuvieron los apóstoles; la fortaleza y constancia de los mártires; la sabiduría y luz de los doctores; la humildad y

penitencia de los confesores; la castidad y pureza de las vírgenes que se consagraron á Dios; y todo el ornato, gracia y gloria de la Iglesia católica, es fruto y obra de su intercesion: especialmente las religiones, que son como los escuadrones bien ordenados de la milicia de Dios, y los que adornan y defienden su Iglesia están debajo de su sombra y de sus alas; y los fundadores de las mismas religiones fueron devotísimos de la Vírgen, y por su medio alcanzaron del Señor tan grande gracia para sí y para sus hijos. Pues ¿qué diré del gobierno y conservacion de los reinos? ¿Qué de las batallas y victorias de los cristianos? ¿Qué de la administracion de la justicia de los jueces? ¿Qué de la limpieza de las vírgenes? ¿De la continencia conyugal de las casadas? ¿De la honestidad de las viudas? ¿De la buena vida de los justos, y de la conversion y lágrimas de los pecadores? ¿Quién, siendo tentado, no cayó, sino porque la Vírgen le detuvo? ¿Quién despues de caido se levantó, sino porque ella le dió la mano? ¿Quién jamás la invocó, que no hallase remedio en sus necesidades? En el trabajo, en la pobreza, en la enfermedad, en la infamia, en la cárcel, en cualquier angustia, desamparo y afan, en el mar, en la tierra, en los abismos; ella es nuestro refugio, nuestro consuelo y nuestro remedio; y así dice San

German, arzobispo de Constantinopla, hablando con la Vírgen, estas palabras: «Ninguno se salva sino por vos, ¡oh Vírgen santísima! Ninguno es libre de los males, sino por vos, ¡oh Vírgen purísima! Ninguno hay que reciba dones de Dios, sino por vuestra mano, ¡oh Vírgen castísima! De ninguno tiene Dios misericordia sino por vos, ¡oh Vírgen benditísima! ¿Quién, despues de vuestro bendito Hijo, tiene tanto cuidado del linaje humano como vos? ¿Quién así nos defiende de nuestras tribulaciones? ¿Quién tan presto nos socorre, y nos libra de las tentaciones que nos acosan y persiguen? ¿Quién con sus piadosos ruegos así intercede por los pecadores, y los excusa y les alcanza perdon, y los libra de las penas que por sus pecados merecen? Por esto recurre á vos el que está afligido, el que se siente agraviado; y el que se halla angustiado y combatido de las furiosas ondas de este mar tempestuoso, mira á vos, como al norte y estrella rutilante, para que le guieis y lleveis al puerto. Todas vuestras cosas, Vírgen beatísima, son admirables; todas sobre la naturaleza, todas inmensas, y que exceden nuestra capacidad; y así no es maravilla, que no podamos comprender vuestras gracias y favores.» Hasta aquí es de San German. Y puesto caso que en todos nuestros trabajos y necesidades está siempre

la Vírgen pronta y aparejada para socorrer-  
nos, y oye nuestras plegarias, pero más parti-  
cularmente al tiempo de la mayor necesidad,  
y que más es menester, que es á la hora de  
nuestra muerte y de nuestra agonía, cuando se  
va acabando la candela de la vida y del mere-  
cer, y por la flaqueza del cuerpo, turbacion del  
alma y solitud de los demonios, que por to-  
das partes, como leones hambrientos, la cer-  
can y la tientan, y pretenden que pierda eter-  
namente á Dios, hay mayor necesidad del fa-  
vor y patrocinio de la Vírgen sacratísima. Ella  
sin duda socorre en aquel trance de la muerte  
á los que en la vida lo merecieron y se le en-  
comendaron; y á los que habiéndose ántes ol-  
vidado, entonces se acuerdan y con arrepen-  
timiento recurren al seno de su piedad; y por  
esto al fin de la oracion del Ave María añade  
la Iglesia aquellas palabras: «Rogad por nos  
ahora, y en la hora de nuestra muerte»: y San  
Efren dice, hablando de la Vírgen: «Estad  
siempre conmigo ¡oh Vírgen misericordiosa! y  
dadme vuestra ayuda en esta presente vida, y  
guardad mi alma en el punto de la muerte,  
echando y apartando de mí la tenebrosa vista  
de los demonios, y librándome en el dia terri-  
ble del juicio de aquella sentencia horrible y  
espantosa de la condenacion eterna.» Estas son  
palabras de San Efren.

Tengamos, pues, todos entrañable y especial devoción á esta Princesa del mundo, Reina del cielo y Madre del Unigénito Hijo de Dios; acudamos á ella en nuestras necesidades; ofrezcámosle nuestros corazones y nuestros deseos; sirvámosla; y para que alcancemos sus misericordias, imitemos sus virtudes. Alegrémonos y démosle el parabien de su subida al cielo, y por la gloria que hoy le fué dada, siendo ensalzada sobre todo lo que no es Dios, y colocada en el trono de tan alta majestad y grandeza, donde con la gloria no se ha disminuido su misericordia, sino crecido tanto más, cuanto más clara y distintamente ve en la esencia divina todas nuestras miserias, y encendida de aquel fuego divino, más las desea remediar.

De la Asuncion de nuestra Señora han escrito muchos doctores griegos y latinos; San Juan Damasceno, Andres Cretense, Metafraste, Nicéforo, San Bernardo Absalon Abad, Pedro Damian, Honorio, Augustodunense, Guerico, abad ignacense, Lorenzo Justiniano y otros que refiere el cardenal Baronio: y San Damasceno y Nicéforo traen la relacion que Juvenal, patriarca de Jerusalem, hizo al emperador Marciano y á la emperatriz Pulqueria, su mujer, los cuales, habiendo edificado en Constantinopla un suntuoso y magnífico tem-

plo en honra de la Vírgen, desearon traer á él su cuerpo sacratísimo para ornamento y amparo de aquella ciudad y de todo su imperio; y comunicando este deseo con el patriarca Juvenal, él les dió cuenta, como por tradicion antigua y verdadera se sabia, que el cuerpo de la Vírgen habia resucitado, y lo demas que acerca de su asuncion arriba queda referido.

Nicéforo Calixto dice que la fiesta de la Asuncion de nuestra Señora se instituyó en tiempo de Mauricio, emperador, y que él la mandó guardar, no porque el emperador instituyese la fiesta, sino porque siendo ántes instituida por la santa Iglesia, él la mandó promulgar y celebrar en Oriente, donde imperaba: y así San Bernardo, escribiendo á los canónigos de Leon, dice que habia recibido de la Iglesia esta solemnidad, de la cual hace mencion San Gregorio, papa, y pone prefacio particular de ella en su Sacramentario. Nicolas papa, primero de este nombre, hablando de los ayunos que la santa Iglesia romana antiguamente solia guardar, pone entre ellos el de la vigilia de esta fiesta, por donde se ve ser muy antigua; y solíase celebrar en Roma especialmente con grande solemnidad, y concurría nuestro Señor con particulares milagros en ella: porque de ella dice el venerable Pedro



cluniacense, varon de grande autoridad y contemporáneo de San Bernardo, que solian los romanos presentar á la Vírgen, la vigilia de su Asuncion, unos cirios muy grandes, y encenderlos á hora de vísperas, y despues de haber ardido hasta el dia siguiente, acabada la misa, pesados los dichos cirios, se hallaba que pesaban tanto como ántes que los encendiesen, sin haber en ellos falta ni disminucion, para darnos á entender que todo lo que se gasta en servicio de esta Santísima Vírgen agrada á Dios, y no se pierde.

Adviértase que Gelasio, papa, da por apócrifo el libro del tránsito de la Santísima Vírgen, dado que no nombra el autor que le escribió, y se cree que este libro apócrifo es el que anda con título de Meliton, obispo sardicense, aunque él no es el autor; porque San Jerónimo, refiriendo los libros que Meliton escribió, no hace mencion de éste, y es indigno de un varon tan grande. Tambien se debe advertir que Usuardo y Adon en sus Martirologios, de tal manera hablan de la muerte de la Vírgen, que parece ponen en duda si resucitó y si en cuerpo y en alma está en los cielos, engañados de una epístola escrita á Paula y Eustoquio, del tránsito de la bienaventurada Vírgen, que con nombre de San Jerónimo anda entre sus obras: mas aquella epístola, ni es

de San Jerónimo, ni de Sofronio, como otros piensan, que fué su contemporáneo, sino de otro autor más moderno, y fingida y publicada con nombre de San Jerónimo por darle más autoridad con la de tan gran doctor, como gravemente lo prueba el cardenal Baronio, refutando lo que en ella se dice.

El sepulcro de la Vírgen estuvo en un pago de Getsemaní, en el valle de Josafat, hasta que en tiempo de Vespasiano y Tito Jerusalem fué destruida y toda la Judea arruinada, y se vino á perder la memoria de él entre los fieles, y á no saberse dónde estaba; de suerte que San Jerónimo, refiriendo las sepulturas de muchos santos patriarcas y profetas que en su tiempo estaban en Palestina, y con gran devocion visitó Santa Paula, no hace mencion del sepulcro de la Vírgen, como de cosa de que entonces no se tenia noticia; pero despues, por disposicion divina, se descubrió, y Burcardo que le vió dice, que con las ruinas de los otros edificios estaba tan encubierto y hundido, que era menester bajar á él casi por sesenta escalones. Beda escribe que en su tiempo se mostraba vacío, y hoy se muestra en aquellos santos lugares cortado en una piedra, como refieren los peregrinos que van en romería á Jerusalem.



## DEL PATROCINIO

DE LA

VÍRGEN MARÍA NUESTRA SEÑORA

EN ESPAÑA

**T**ODA la redondez de la tierra está debajo del patrocinio de María Santísima; porque quiso el Hijo que la escogió por Madre que fuese María protectora de los que él era Redentor. Por eso dice San Bernardo, hablando con la Vírgen: «¿Quién podrá, oh bendita Vírgen, medir la longitud, latitud y profundidad de tu misericordia? Porque su longitud llega hasta el último día, para los que la invocan, socorriéndolos á todos; su latitud llena todo el orbe de la tierra, de manera que la tierra está llena también de su misericordia: la sublimidad halla la restauracion de la ciudad celestial; y la profundidad alcanza la redencion para los que están sentados en las tinieblas y sombras de la

muerte.» Parece que, en significacion de ese patrocinio universal, vió San Juan en su Apocalipsi á María Santísima cercada del sol como de un vestido, y puesta sobre la luna como sobre trono, para darnos á entender que así como el sol y la luna rodean toda la tierra para alumbrarla con sus rayos y fecundarla con sus influjos, así María la cerca toda, alumbrándola con sus resplandores y favoreciéndola con sus socorros; y confirma esto María por boca del Eclesiástico, cuando dice: «El ámbito del cielo rodeé sola y penetré el profundo del abismo; paseéme por las ondas del mar; en toda tierra hice asiento, y en todo pueblo y gente tuve el principado.» Mas si tiene María Santísima el principado de toda la tierra; si la ha rodeado toda; si en toda ella hizo su asiento, bien se puede gloriarse España de haber sido la primera tierra que visitó María; la primera en que hizo asiento, y en que tomó posesion de su principado: pues visitó á España viviendo en carne mortal, y quiso tener en ella el primer templo que se le dedicó en el mundo, cuando apareciéndose á Santiago apóstol, junto á la ciudad de Zaragoza, sobre una columna ó pilar de jaspe, le mandó que edificase allí un templo en su nombre; porque sabia que aquella parte de España la habia de ser muy devota, y desde entonces la tomaba

debajo de su amparo y patrocinio; y especialmente la ciudad de Barcelona, en el principado de Cataluña, bajando á ella dos veces: la primera para que se fundase su sagrada órden de la Merced; y la segunda para cantar los maitines en su santa iglesia.

Cuán bien haya llenado María Santísima el título de patrona de las Españas desterrando las sombras de la idolatría, las tinieblas de la herejía, los errores del mahometismo, ayudando á Santiago y á sus discípulos para convertir á los gentiles, favoreciendo á Leandro, Isidoro, Ildefonso y otros doctores para convencer á los herejes, y socorriendo á los españoles en sus batallas para vencer á los moros, no es cosa que se puede decir en pocas palabras, ni ponderarse con muchas, ni agradecerse con ningun servicio que hagan los españoles á esta soberana Señora y Reina suya.

Flavio Dextro dice que España fué la primera provincia del mundo que recibió la fé de Cristo, despues de Judea, Galilea y Samaria, y que se puede llamar las primicias del resto de la gentilidad. Aquellas provincias que consagró Cristo, Sol de justicia, con su presencia y predicacion, debian ser más privilegiadas y recibir primero la luz; y luego España, por haber sido la primera tierra que alumbró María, Luna de gracia, con su maravillosa veni-

da; por eso pudo decir con mucha razon don Rodrigo, arzobispo de Toledo, que desde el principio se mostró María patrona y protectora de España.

Aquí trataremos particularmente del patrocinio de María Santísima en las batallas de los españoles, que es el intento principal de esta fiesta; habiendo advertido ántes cuán propio es de María Santísima el patrocinio en las guerras, por lo cual la podíamos llamar Diosa de las batallas, título que daba la ciega gentilidad á Belona. Compárase María Santísima en los Cantares á un ejército ordenado y puesto en forma de pelear: porque es María, como dice Ruperto, terrible como un ejército á los demonios, á los herejes y á los impíos: y como dice San German, con sola la invocacion de su nombre hace huir á sus enemigos, y da seguridad á sus siervos. Compárase tambien al muro con que se defiende una ciudad, y á la torre de David, de que penden mil escudos: porque María Santísima es la defensa de todos los que se acogen á ella: y no penden de esta torre espadas y lanzas, sino escudos solamente; porque esta piadosa guerrera no tiene inclinacion á herir, sino á defender: y si en las batallas ha herido á los enemigos, es solo por defender á sus devotos: y por eso no hace ostencion de armas ofensivas, sino de armas de-

fensivas; no de lanzas, sino de escudos: aunque tal vez ha sido vista en el ejército de los cristianos con escudo y lanza pelear contra los infieles.

Muchos siglos ántes de nacer María Santísima, ya tenia el patrocinio de las batallas, y le ejercia en las figuras ó imágenes que la precedieron en el viejo Testamento. El gran Moisés en la Tierra Santa, que era sombra de María, y á vista de la zarza, que era imagen de María, fué elegido por capitán del pueblo de Dios, para que le sacase de la servidumbre de Faraon y de Egipto, como lo ejecutó con los prodigios y maravillas de aquella prodigiosa vara, figura tambien de María. Para vencer Josué á los enemigos del pueblo de Dios, no sólo se paró el sol, que habia de dar luz para alcanzar la victoria; mas tambien la luna, aunque no era necesaria su claridad para el triunfo: porque era conveniente para el misterio, que se detuviese la luna, en que se figura repetidas veces María Santísima en las sagradas Letras, para que no se alcanzase tan ilustre victoria, sin que presidiese á ella la Patrona de las batallas.

Gedeon tuvo por prenda cierta de la victoria que habia de alcanzar de los madianitas, aquel célebre vellon, figura de las más ilustres de María Santísima; y luego venció con tres-

cientos soldados é innumerable multitud de sus enemigos, llevando en las manos unos cántaros de barro y dentro unas luces encendidas: ¿y qué son estos cántaros de barro, sino figuras de María Santísima, en que entró la luz de la divinidad á vestirse del barro de nuestra carne, como de una linterna, para que templada la eficacia de sus rayos, venciese á los príncipes de las tinieblas, y sin ofender nuestros ojos, desterrase las sombras de muerte en que estábamos sentados? Pero ¿qué más ilustre figura de María Santísima, que el Arca del Testamento? Esta llevaban los israelistas en sus ejércitos: por ella esperaban las victorias; y por ella conseguían sus triunfos.

Por esto Moisés cuando los levitas tomaban el Arca para moverla al movimiento de los reales, decia: «Levantaos, Señor, y sean destruidos nuestros enemigos; huyan de vuestra presencia los que os aborrecen»: y cuando al parar los reales ponían el Arca en su lugar decia: «Volved, Señor, los ojos á la multitud del ejército de Israel»: pidiendo á Dios, que por medio del Arca, en que asistía su virtud, defendiese á su pueblo y destruyese á los enemigos de Israel: y dice San Atanasio, que el Arca les bastaba á los israelitas por ejército, si no había algun delito en el pueblo, ó hipocresía en los que la llevaban. La otra arca, en que se li-



bró el género humano de las iras de Dios, cuando anegó al mundo en las aguas del diluvio, también era sombra de María; y no menos la paloma que anunció la libertad con el ramo de oliva; y el arco iris, que era seguro y prenda de paz entre Dios y los hombres. Pues las victorias milagrosas que alcanzó el pueblo de Dios de sus enemigos por medio de mujeres, Jael, Débora, Judith, y haberle librado por medio de Esther de la muerte que pretendía darle Aman, armado del poder de Asuero, ¿quién negará que representen las victorias que habían de alcanzar los fieles de sus enemigos por medio de María, de quien aquellas ilustres mujeres fueron figuras? Dejando las otras victorias del Viejo Testamento, que todas se consiguieron, ó por alguna sombra de María, ó por su respeto, es muy digno de notar, que la primera victoria que se propone en la Escritura sagrada, es la que había de alcanzar María Santísima de Lucifer, cuando dijo Dios á la serpiente: «Pondré enemistad entre tí y la mujer, entre tu generacion y la suya: ella te quebrantará la cabeza, y tu andarás siempre acechando á sus calcáñares.» Esta victoria alcanzó María Santísima del infierno en su concepcion purísima, con que empezó ya en su persona á ejercer el oficio de patrona de las batallas; y corrieron tan

por su cuenta las victorias, que el Hijo de Dios, para vencer al infierno, tomó de María las armas, como dice Ricardo de San Laurencio por estas palabras: «Así como el soldado para pelear se arma en el tabernáculo, así Cristo, para vencer al demonio por la Iglesia, tomó en las entrañas de la Vírgen las armas de la humana carne.»

No contando ahora las victorias que otros príncipes cristianos han conseguido de los infieles por el favor y patrocinio de María, que si se pretenden referir en particular no basta un libro entero, y si se quieren decir en una palabra, se ha de afirmar que todas las han alcanzado por el favor de María, diremos solamente algunas de las más celebradas que ha conseguido España por el patrocinio de María Santísima, no tanto refiriendo, cuanto apuntando, no para enseñar lo que nadie ignora, sino para acordar al agradecimiento lo que todos saben.

Despues que toda España, por sus pecados, fué ocupada de los moros, habiéndose retirado don Pelayo con mil soldados á las Asturias, y encerrándose en una cueva ancha y espaciosa del monte de Fusena, vino don Oppas, arzobispo de Toledo ó de Sevilla, según Rodrigo y Mariana, á persuadirle que se entregase á los moros, pues no podia resistir

con tan pocos soldados á tanta multitud de infieles; y era mejor comprar con el rendimiento la vida, que adquirirse con la temeridad la muerte; pero el piadosísimo y valerosísimo príncipe le respondió, que por la intercesion de la Madre de Dios y con su ayuda, esperaba, no solo salvarse á sí y á los suyos, mas confiaba que de aquellos pocos cristianos se habia de restaurar la gente de los godos, como de pocos granos nacen infinitas espigas.

Luego espantado Pelayo y sus soldados de una grande avenida de moros que lo cercaba, se encerró en la cueva; y los moros combatieron con todo género de armas y con un granizo de piedras y una tempestad de saetas la entrada de la cueva. Mas ¡oh poder de Dios y favor de María Santísima! mientras que Pelayo y los suyos imploraban el favor de María Santísima con grande afecto, las piedras, saetas y dardos que tiraban los moros, revolvian contra los que las tiraban, teniendo cada uno tantos enemigos como compañeros, y los cristianos tantos soldados de socorro como contrarios. Con esto se turbaron los moros y se animaron los cristianos: y saliendo Pelayo de la cueva con los suyos, dieron con tal ímpetu y valor en los enemigos, que en breve tiempo mataron veinte mil, con su capitán Alcama, y prendieron á don Oppas.

Sesenta mil que quedaron, pasando del monte Fusena, donde al principio se habian recogido, al campo Libanense, por donde corre el rio Dena, parte de un monte cercano, arrancándose de raíz, cayó en el rio, y precipitó á los que estaban en el monte, y á otros cogió debajo: con que perecieron casi todos aquellos bárbaros. La cueva donde se recogió Pelayo, en memoria de esta victoria alcanzada por favor de María se dedicó á su nombre, y se llama Santa María de Covadonga. Con tan feliz principio y milagrosa victoria empezó á respirar España, y levantó la cabeza sobre la morisma, y cobró esperanza cierta de sacudir el yugo mahometano con el favor de María.

El cardenal Baronio, habiendo traído esta historia de nuestro Pelayo, añade: «Verdaderamente es digno de observacion, que así Leon en Oriente, como Pelayo en Occidente, invocando á la Madre de Dios contra los sarracenos, alcanzaron en ambas partes una grande y no esperada victoria.»

No fué ménos insigne la victoria que alcanzó de los moros Alfonso VIII, rey de Castilla, por sobrenombre el Bueno; ántes es la más ilustre que hubo en España, como dice el padre Juan de Mariana: porque siendo el ejército de los cristianos muy inferior al de los mo-

ros, constando éste de innumerable gente, que á modo de una grande inundacion anegaba los campos y cubria los montes; trabándose la batalla entre los dos campos, estando Africa por los moros y María por los cristianos, mataron éstos doscientos mil moros, y desbarataron é hicieron huir á los demas, con muerte de solos veinticinco cristianos; atribuyendo todos esta victoria á la virtud de la santa cruz y al patrocinio de nuestra Señora; porque en el mayor fervor de la batalla, llegando el estandarte real en que iba pintada una imágen de nuestra Señora al escuadron más fuerte de los contrarios, que tenia gran muchedumbre de gente y hacia la mayor resistencia á los cristianos, á vista de la Reina del cielo se desbarató, volvió las espaldas y deshizo como humo, quedando muertos muchos moros; con que se debilitaron los contrarios, y últimamente fueron vencidos del todo, como acabamos de decir: y afirma el arzobispo don Rodrigo, que con quedar muertos tantos moros, no se veia en el campo rastro de sangre; para significar, á lo que parece, que esta victoria no se debió á las armas españolas, sino á esfuerzo más soberano.

Celébrase esta victoria en los reinos de España á los 16 de Julio, con nombre del triunfo de la Cruz, por haberse alcanzado por virtud

de la santa cruz, y porque á su vista cayeron muertos muchos moros, y pudiera celebrarse tambien con nombre del patrocinio de María, por haberse alcanzado por su intercesion y haber muerto con su vista sola tanta muchedumbre de infieles. Cuentan muchos autores esta victoria; y entre ellos Spinel dice, que desde este tiempo se empezó á guardar en España el sábado, por ser dia dedicado á nuestra Señora, la abstinencia de carne que hoy se usa, comiendo de grosura; y cita á Valerio, español.

San Fernando, III de Castilla, que sujetó á toda España y echó de ella á los moros, y los hizo tributarios, y trayendo las armas en la mano treinta y cinco años, consiguió tantas victorias como dió batallas, y siempre fué vencedor, nunca vencido; ¿quién no sabe que las alcanzó todas por el patrocinio de María Santísima, la cual se alistaba siempre en sus ejércitos, si puede decirse así? porque el devotísimo rey llevaba consigo á todas sus conquistas imágenes de nuestra Señora que marchaban al paso de los reales, y una de ellas fijaba en el arzon de la silla de su caballo, cuando entraba á pelear, para que su vista infundiese alientos en su corazon y pavor en el de los contrarios, y fuese María como un astro favorable ó númen propicio de sus ba-

tallas que influyese en su ejército las victorias.

Por eso cuando ganó á Sevilla, que fué la última de sus conquistas, hizo el santo rey que entrase triunfando María Santísima en aquella ciudad en su imágen de los Reyes para rendir los triunfos á aquella de quien reconocia las victorias. Lo mismo cuenta Nicetas del emperador Juan Commeno, que habiendo conseguido muchas victorias con el favor de María Santísima, volviendo á Constantinopla hizo fabricar un carro triunfal de plata, adornado de piedras preciosas, obra admirable en que competian el arte y la riqueza, é hizo poner en él una imágen de nuestra Señora para que entrase en la ciudad con triunfo: confesando el emperador deber todas sus victorias á María Santísima como á invencible compañera y señora de su imperio.

De Manuel Commeno, emperador, cuenta tambien Nicetas, que habiendo alcanzado una insigne victoria por María Santísima, dispuso un triunfo con grande pompa y aparato, en que precedian muchos cautivos, y despues se seguia un carro triunfal con una imágen de la Vírgen María que habia cautivado á todos: á los enemigos del imperio con las armas, y al emperador con el beneficio de la victoria. Del emperador Zimisa refiere semejante ejemplo

Zonaras; y Nicéforo Gregoras del emperador Miguel Paleólogo.

Pero volviendo á nuestra España, las celebrísimas y continuas victorias de Jáime el Conquistador, rey de Aragon, justamente las atribuyen todos al patrocinio de María Santísima, y muy en particular la victoria que alcanzó de los moros junto á Valencia D. Bernardo Guillen; porque siendo mucho mayor el número de los moros que el de los cristianos, este valeroso capitan, confiado en el patrocinio de María Santísima, acometió animosamente á los enemigos, esperando que los pocos podrian vencer á los muchos: y dice Bernardino Gómez en la vida del rey don Jáime, que invocando los cristianos el nombre de María, al punto empezaron á huir los sarracenos, y en aquel lugar se fabricó un templo á la Vírgen en memoria de tan insigne victoria alcanzada con su favor y ayuda. Fueron los dos reyes Fernando y Jáime devotísimos de María Santísima: Jáime la consagró casi dos mil templos; y Fernando muchos más: con esto no es maravilla que conquistasen no solamente ciudades, sino reinos, y que no sintiesen nunca contraria la fortuna, porque tenian en su favor á María Santísima que fijó su rueda, ya que hablamos con términos humanos, para que desmintiendo lo mudable, favoreciese cons-



tantemente á estos dos príncipes Marianos, y fuese símbolo de perpétua felicidad para ellos la rueda que en la fortuna es para todos geroglífico de la mudanza.

Paso de corrida por otras victorias que eran dignas de mayor ponderacion. Alfonso XI, rey de Castilla, con el favor de María alcanzó aquella insigne victoria del Salado cerca de Tarifa, en que mató doscientos mil moros, y cautivó una grande multitud con muerte de solos veinte cristianos.

Alfonso I, rey de Portugal, fué tan devoto de María Santísima, que puso á sí y á su reino y sucesores debajo del patrocinio de Santa María de Claraval, donde era á la sazón abad San Bernardo, y quiso que pagasen perpétuamente á su iglesia cierta cantidad á manera de tributo y vasallaje; y por tan insigne piedad mereció que María Santísima le diese insignes victorias de los mahometanos.

Semejante fué la devocion de Alfonso V de Portugal para con María, el cual pasó á Africa y quitó á los moros á Arcilla, habiendo prometido á María Santísima un caballo de plata con un rey de la misma materia; y ganada felizmente la ciudad cumplió su voto y edificó un templo á la Conquistadora de esta fortaleza.

¿Qué diré de don Juan el II, rey de Castilla,

que visitando el templo de Guadalupe, y ofreciendo oraciones y dones á su altar, reprimió y venció á los sarracenos, ganándoles muchos lugares?

¿Qué de Ramiro II, rey de Leon, que invocando el favor de María Santísima contra un ejército de doscientos mil moros, le envió la Reina del cielo dos soldados, que segun unos fueron ángeles, y segun otros Santiago y San Emiliano, con cuyo socorro alcanzó una milagrosísima victoria matando ochenta mil moros y cautivando á su rey?

Qué de Sancho I, rey de Portugal, que ganó de los moros junto á Sevilla aquella célebre batalla, cuando el Betis, rojo con la sangre mahometana, corrió por mucho espacio publicando la victoria que atribuye Belinghan á María Santísima?

¿Qué de Fernando I, rey de Aragon, singularísimo devoto de María Santísima, con cuyo favor alcanzó grandes victorias; porque cuando él salia á campaña, la reina doña Leonor, su mujer, iba muy de mañana descalza acompañada de dos criadas solamente á visitar una iglesia de nuestra Señora?

¿Qué de Fernando el Católico, que conquistó el reino de Granada, con que acabó de desterrar á Mahoma de España, y traia siempre consigo una imágen de nuestra Señora en

sus ejércitos, la cual despues de ganada la ciudad de Málaga, entregó á los frailes mínimos de San Francisco de Paula, con nombre de la Vírgen de la Victoria, dando á entender que todas las victorias y triunfos que habia alcanzado los debia á María Santísima?

Finalmente, en esta cuenta pueden entrar casi todos los reyes de España que reinaron desde Pelayo hasta Fernando el Católico; porque como si tuvieran por horóscopo de su nacimiento y estrella de sus felicidades á aquella mujer del Apocalipsi que tenia la luna debajo de sus pies; pisaron estos reyes con el patrocinio de María sobre las lunas africanas con tantas victorias como pasos; con que España perdida se ganó á sí misma; recobró todos sus reinos; recuperó todas sus ciudades, y eclipsadas por mejor luna tantas lunas, volvió á resplandecer con nuevos rayos el sol de la fe católica en España, que pudo dar por bien empleada la infelicidad de perdida por la dicha de recuperada con tantos favores de María.

No solo ha favorecido y patrocinado María Santísima á España dentro de España, mas tambien fuera de ella y de Europa, dando á Portugal en Oriente y á Castilla en Occidente no solamente nuevos reinos pero nuevos mundos por medio de Colon, Cortés, Pizarro, Gama y otros famosos descubridores de nuevas

provincias y gentes, poniendo María tantas coronas de oro en la monarquía de España, cuantas los españoles han consagrado de fé á Jesucristo.

En la conquista del reino de Méjico venció Cortés con pocos españoles innumerables bárbaros, y en la del reino del Perú con ciento y cincuenta soldados desbarató Pizarro á doscientos mil peruanos. Pero no es maravilla que alcanzasen estos dos capitanes tales victorias, si merecieron tener á María Santísima de su parte, que apareciéndose diversas veces acompañada de Santiago en el ejército de los españoles, arrojaba polvo á los ojos de los gentiles para que ciegos á sus idolatrías estando sujetos á los españoles vieses la luz de la fé, por medio de aquellos que no tanto pretendian sujetarlos al imperio de España, cuanto á la fé de Cristo y culto de María Santísima: á la cual como á principal Conquistadora erigieron muchos templos estos no ménos piadosos que valerosos capitanes.

En Oriente no hay duda que descubrió Vasco de Gama aquel nuevo mundo con el favor de María Santísima, debido á la piedad y devocion del rey don Manuel de Portugal, que la escogió por patrona de todas sus empresas fuera de Europa, y la edificó un templo en la Barra de Lisboa, que fuese como el de Jano

en la gentilidad, no sé si templo de la guerra ó de la victoria abierto á los soldados que iban á nuevas conquistas, para que pidiesen socorro á María contra sus enemigos, y llevasen negociada la victoria cuando iban á la batalla, y pagó la Vírgen esta piedad y confianza al rey, dándole muchas victorias en Oriente y Mediodía. Pues las victorias espirituales que alcanzó aquel prodigioso apóstol del Oriente San Francisco Javier de muchos centenares de millares de bárbaros, resucitando la fé en muchos reinos donde ántes se habia predicado, y plantándola en otros muchos donde nunca se habia oido el nombre de Cristo, ¿quién no sabe que las alcanzó con el patrocinio de María á quien tomó en París, Roma y Loreto, por patrona de sus empresas y protectora de todas sus conquistas?

Mas no hay para qué detenernos en decir como tantos predicadores evangélicos que han salido de España para predicar la fé, destruir la idolatría y dilatar el reino de Cristo en las Indias Orientales y Occidentales, han conquistado tantos reinos, alcanzado tantas victorias y ganado tantas almas por el patrocinio de María; porque es claro segun enseña la Iglesia, que María Santísima es la que ha destruido en todo el mundo las herejías y desterado los errores.

Con tantas y tan continuadas victorias ha crecido la monarquía española á la grandeza que hoy tiene desde que se vió reducida á la estrechura de las Asturias, como aquella fuente del libro de Ester, que primero se hizo rio, luego se convirtió en luz, despues en sol y últimamente en un océano de inmensas aguas; así España de fuente creció á rio, de rio se convirtió en luz por la fé, que volvió á resplandecer en ella; luego gozó privilegios ó hizo el oficio del sol alumbrando á las partes más remotas del mundo con los resplandores de la fé, y con esto ha merecido ser como un mar inmenso en la grandeza y dilatacion de su dominio.

Tambien se puede comparar á aquella pequeña piedra que derribó la estatua soñada de Nabucodonosor, compuesta de diversos metales, y despues de haber deshecho la estatua en polvo, se hizo un monte grande que llenó toda la tierra; porque esta monarquía echando por el suelo las estatuas de los ídolos y reduciéndolas á cenizas, se ha hecho tan grande que ha llenado toda la tierra; pues no hay parte del mundo adonde no se extienda el imperio español á la sombra de María, que como tiene en toda la tierra el principado, quiere que en toda la tierra le tengan los españoles, á quienes con tan especial amor ha tomado debajo de su patrocinio.

Ni es menor la devocion que en otros países se tiene á la Santísima Vírgen. En el reino de Francia Luis XIII declaró en 10 de Febrero de 1633, y lo ratificó en 1637, que tomaba á María por protectora especial de todo el reino.

Mas con haber patrocinado María Santísima á esta monarquía desde sus principios, y con haber tenido esta monarquía á María siempre por patrona reconociendo de su liberalísima mano todas sus felicidades, se guardó para la piedad y religion de nuestro católico monarca Felipe IV, que esté en el cielo, la gloria de dar á María el patrocinio de las Españas con la debida solemnidad y solicitar que se celebrase fiesta particular con este título: porque considerando el piadosísimo rey, cuántas victorias habia conseguido el cetro de España en la mano de losreyes sus predecesores: cuántos triunfos en la suya, muchos en las festividades de María, y todos por su intercesion y patrocinio: viendo tambien amenazada á España por todas partes de las armas de sus contrarios, que como olas de un mar tempestuoso en que soplaban los vientos de la envidia y el odio, acometian á esta gran nave para anegarla si pudiesen: queriendo agradecer á María las mercedes recibidas y empeñarla con el agradecimiento á nuevos favores, alcanzó de la santidad de Alejandro VII que se celebrase per-

pétuamente en España una fiesta particular á nuestra Señora con título del Patrocinio, como se verá por el tenor de la bula en que el papa la concede: la cual me ha parecido poner aquí, y es como se sigue:

«Alejandro, papa VII, para perpétua memoria.—La excelente piedad para con Dios y devocion para con la beatísima Vírgen María, Madre de Dios, de nuestro carísimo hijo en Cristo Felipe, rey católico de las Españas junta con una singular piedad para con nosotros y la sede apostólica, merece que favorezcamos cuanto nos es concedido de lo alto á sus ruegos, enderezados á aumentar la veneracion de la beatísima Vírgen. Porque como el mismo rey Felipe, segun nos hizo saber, desee en gran manera para dar gracias á la Vírgen María Madre de Dios, por muchísimos beneficios que con piadoso afecto confiesa haber recibido de su mano, que se celebre todos los años en alguna de las dominicas de Noviembre una fiesta particular, que se llame del Patrocinio de la bienaventurada Vírgen María: Nosotros, alabando muchísimo en el Señor el piadoso intento del mismo rey Felipe, y deseando hacerle especiales favores y gracias, inclinados á sus súplicas hechas á Nos sobre este particular, con autoridad apostólica, por el tenor de las presentes letras concedemos á los amados hi-



jos, clero secular y regular de los dichos reinos de España, que en alguna dominica del mes de Noviembre que ha de señalar el ordinario, puedan celebrar todos los años fiesta del Patrocinio de la bienaventurada siempre Virgen María, con oficio de duplex, etc. Fuera de esto, para aumentar la devocion de los fieles y la salud de las almas con los celestiales tesoros de la Iglesia, movidos de piadosa caridad, concedemos misericordiosamente en el Señor, indulgencia plenaria y remision de todos sus pecados á todos los fieles de Cristo, así hombres como mujeres, que verdaderamente penitentes, confesados y comulgados en este dia asistieren á la misa solemne, y en ella rogaren á Dios por la paz entre los príncipes cristianos, extirpacion de las herejías y exaltacion de la santa madre Iglesia, etc. Dada en Roma *sub annulo piscatoris*, á 28 de Julio de 1656, en el segundo de nuestro pontificado.»

Por la piedad de nuestros reyes, y con el jubileo de Su Santidad, se ha hecho esta fiesta una de las más solemnes que se celebran á nuestra Señora en España: y podemos decir aquí muy á tiempo lo que dice Jorge Nicomediense, autor antiguo y grave, en un sermón de la Virgen hablando con ella: «Embaraza con tus ruegos las guerras que se han movido

contra tu pueblo. No hallamos socorro más poderoso que tu socorro. Solamente el poder de tu Hijo es mayor que el tuyo; pero los beneficios que recibimos de tu Hijo, por tu medio los recibimos... Bien sabes que estriba en tí toda la esperanza del pueblo cristiano; haz que no se frustre su esperanza y que todo le suceda con prosperidad. Ningun asilo tiene para huir de los males que le cercan, sino solamente tu inexpugnable socorro. Los que dominan pusieron en tí su confianza, y te oponen á los ejércitos enemigos, en lugar de todas las armas; tiénente por escudo y loriga para su defensa; llévante sobre su cabeza por corona de su gloria; pusiéronte por muro de su imperio, y confiaron de tí el cetro de su reino. Levántate, pues, en la grandeza de tu virtud á vista de tu pueblo, para que libres de su impío furor nos gocemos con universal alegría; y magnificando tu gloriosísimo nombre, adoremos al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amen.»

Ya que hemos tratado largamente del patrocinio de María Santísima en las batallas con los enemigos visibles, por ser el principal objeto de esta festividad, diremos algo brevemente del patrocinio de María, así en las batallas espituales que cada dia tenemos con los enemigos invisibles, como universalmente en

todas nuestras necesidades, aflicciones y trabajos; porque en todas es María nuestra patrona, protectora y abogada.

Y en materia tan dilatada en que la misma abundancia de lo que hay que decir, ocasiona carestía de palabras y enmudece á la lengua más elocuente, quiero ántes hablar con las palabras de los santos que con las mías, y labrar una cadena de oro de sus sentencias, aunque sean por fuerza de inferior metal las uniones.

San German, arzobispo de Constantinopla, dice, hablando con María: «¿Quién despues de tu Hijo, cuida como tú, del género humano? ¿Quién así nos defiende en nuestras aflicciones? ¿Quién intercede así por los pecadores? Como tienes confianza y poder de Madre para con el Hijo, con tus ruegos é intercesion nos haces familiares á él; nos alcanzas la salvacion y libras del eterno suplicio. Todas tus cosas son admirables, oh Madre de Dios; todas son sublimes y que exceden el órden de las demas; y por esto tu patrocinió es mayor de lo que se puede entender»: y concluye más abajo: «Poderoso es tu socorro, oh Madre de Dios, para la salvacion, y no necesita de otro intercesor para con Dios, quien te merece por abogada.»

San Agustin, alegado por San Buenaventura, dice: «Así como María es más poderosa con Dios que todos los santos; así es más so-

lícita de nuestra salud que todos ellos.» Pero el mismo San Buenaventura compara á María con María, no sé si con mayor elocuencia ó devocion: «Grande fué la misericordia de María para con los miserables cuando vivia en la tierra; pero mucho mayor es su misericordia ahora que reina en el cielo. Mayor misericordia ostenta ahora haciendo innumerables beneficios, porque ve mejor ahora las innumerables miserias de los hombres; y si por el resplandor de la primera misericordia es María hermosa como la luna, por el resplandor de la segunda misericordia es elegida como el sol: porque de la manera que el sol vence á la luna en la grandeza de su claridad, así vence á la primera misericordia de María la grandeza de la segunda. ¿Quién es aquel á quien niega el sol sus luces? ¿Quién es aquel á quien niega María sus resplandores? El sol extiende sus rayos sobre los buenos y los malos, sin hacer excepcion de personas; y María, sin examinar méritos, á todos se muestra exorable; á todos se ostenta clementísima; y finalmente, se apiada con afecto de misericordia de las miserias de todos.»

San Anselmo con igual elegancia divide el patrocinio entre Cristo y María, y quiere que aplaquemos al Hijo con la Madre y á la Madre con el Hijo. «Huya, dice, el reo de Dios

justo á la Madre piadosa de Dios misericordioso: y huya el reo de la Madre ofendida al piadoso Hijo de la benigna Madre. Acójase á los dos el reo de los dos; póngase entre el Hijo y la Madre. Piadoso Señor, perdona al siervo de tu Madre. Piadosa Señora, perdona al siervo de tu Hijo. Si me pongo entre dos tan inmensas piedades, no caeré entre dos tan poderosas severidades.»

Arnoldo Carnotense con no menor piedad nos propone una escala por donde suban al Padre Eterno nuestras peticiones, para que bajen de ella sus beneficios. «Tiene el hombre por mediador de su causa al Hijo para con el Padre, y á la Madre para con el Hijo. Cristo muestra á su Padre el costado y las llagas por donde derramó su sangre; María muestra á su Hijo las entrañas en que le tuvo nueve meses, y los pechos con que le dió leche; y no puede haber repulsa, cuando oran con mayor elocuencia que todas las lenguas tales monumentos de clemencia y tales insignias de caridad.»

Oirá sin duda á su Madre el Hijo, como dice San Bernardo, y oirá á su Hijo el Padre; porque si Cristo, como arguye Beda, oye las oraciones de los santos, ¿cuánto mejor oirá á su Madre cuando ruega por los pecadores? Ni hay duda, dice San Agustín, que puede más

que todos la que mereció dar á su Hijo la sangre que ofreció por todos.

Por estos y otros testimonios de los santos que pudiéramos traer sin término y por buenas razones, siente el eximio doctor Francisco Suarez y otros teólogos, que la intercesion y patrocinio de María Santísima no solamente excede en la eficacia y poder á la de cualquier santo y ángel singular, mas tambien á la de todos los ángeles y santos juntos; de manera que si fingiéramos lo que no puede ser, que María Santísima pidiera una merced á su Hijo, y todo el resto de la corte del cielo lo resistiera, atendiera ántes el Hijo á la peticion de su Madre, que á la de todos los santos y ángeles juntos: y esto pide la dignidad de Madre y la gracia y caridad de que Dios la llenó, por respeto de su dignidad.

Y por eso el concilio de Basilea nos encomienda que entre todos los santos de la corte celestial, principalmente nos valgamos de la intercesion de la gloriosísima Vírgen María, Madre de Dios.

Pues ¿quién será aquel que no acuda al patrocinio de María en todas sus necesidades? ¿Quién viéndose combatido de tentaciones, afligido de trabajos y cercado de tribulaciones, no acudirá al patrocinio de María á pedir fortaleza para sus batallas, alivio para sus fati-

gas, consuelo para sus tristezas, socorro para sus necesidades y favor para con el Padre de quien es Hija, para con el Hijo de quien es Madre, y para con el Espíritu Santo de quien es Esposa? ¿Qué negará el Padre á su Hija? ¿Qué negará el Hijo á su Madre? ¿Qué negará el Esposo á su Esposa? ¿Y qué negará la Santísima Trinidad á María? Quien tuviere de su parte á María, no tiene nada que temer y todo lo debe esperar; porque María es omnipotente en su intercesion, como dice Jorge Nicomediense, y se le ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra, como dice San Pedro Damian; y puede todo lo que quiere, como afirma San Anselmo. Corramos, pues, á esta Santísima Vírgen y Madre de Dios, como nos exhorta San Crisóstomo, para conseguir nuestra felicidad por medio de su patrocinio; digámosla confiadamente con San Juan Damasceno: «Teniendo, oh Madre de Dios, tu esperanza, seré guardado; poseyendo tu defension, oh Purísima, no temeré: ántes perseguiré á mis enemigos y los haré huir, teniendo solo por peto y escudo tu proteccion y omnipotente socorro»: y con San German, «oh Señora Madre de Dios, refugio mio, vida y defensa mia, arma, gloria, esperanza y socorro mio, concédeme que yo goce de tus inenarrables bienes en la celestial eternidad. Bien sé que tienes la omnipotencia

de Dios en tu mano, que concurren con tu voluntad, porque eres Madre del Altísimo, y por esto me atrevo á pedirte con tan grande confianza»: con San Efren, diácono: «Guárdame y defiéndeme debajo de tus alas; compadécete de mí que estoy manchado con el lodo de este mundo, porque no se gloríe contra mí el perniciosísimo Satanás, porque no se levante contra mí el execrable enemigo. No tengo otra confianza, oh Vírgen, sino es en tí. Tú eres el puerto de mi navegacion, oh Vírgen inviolada y mi presente auxiliadora. Todo estoy debajo de tu proteccion y tutela, y con contínuas lágrimas, oh celebérrima Madre, imploro tu favor, y vuelo al asilo de tu misericordia»: con San Anselmo: «¡oh bienaventurada confianza! ¡oh seguro refugio! La Madre de Dios es Madre nuestra; nuestro juez es nuestro hermano: ¿con cuánta certidumbre debemos esperar, y con cuánto consuelo temer; pues la salvacion y condenacion dependen del arbitrio de un tan buen hermano y de una tan buena madre»: y con San Basilio Seleuciense: «oh tres veces Santa, Vírgen María; míranos desde el cielo con ojos propicios; llévanos en paz de este mundo al trono de nuestro Juez; líbranos de la confusion de nuestras culpas, y haz que estemos á su mano derecha.»



Qué más diré, sino que todos los santos y doctores con una elocuencia afectuosa, y con un afecto elocuente, nos encarecen y encomiendan el patrocinio de María y el poder de su intercesion. San Agustín llama á María, Estrella, que en el mar de este mundo guia á los hombres á la bienaventuranza. San Fulgencio la llama Escala, por donde bajó Dios á los hombres, y suben los hombres á Dios.

La Iglesia la llama Puerta del cielo, porque todos los que entran en el cielo entran por María como por intercesora, si entran por el Hijo como por Redentor. Por esto llama San Bernardo á María, Cuello del cuerpo místico de la Iglesia, de que es cabeza Cristo; y dice que todos los bienes quiso Dios que los recibiésemos por María; y San German afirma, que no concede el Señor don ninguno á los hombres sino por María.

De aquí nace decir Guillermo Parisiense, que no presuma ninguno tener al Hijo propicio si tiene ofendida á la Madre: y el sapientísimo idiota, que como ninguno viene al Padre si no le trae el Hijo; así se puede, con su debida proporcion decir, que ninguno va al Hijo que no lleve la intercesion de la Madre: y finalmente, dicen todos los santos y doctores, que la devocion de María es señal de predestinacion.

Dios nos haga á todos verdaderos devotos de su Madre, para que por medio de su devocion merezcamos entrar en la vida eterna donde en su compañía alabemos á Dios, porque la enriqueció de tantos dones, gracias y prerogativas, y la hizo tan poderosa para favorecer á sus devotos. Amen.

Del patrocinio de la Vírgen en general, debajo del nombre de Intercesion, hablan todos los santos y doctores que tratan de la Vírgen. Del Patrocinio de María en España, escriben de propósito Tamayo de Salazar, el padre Juan Eusebio de Nieremberg, y Fr. Antonio de Santa María, carmelita descalzo.





## FIESTA DEL ROSARIO

DE NUESTRA SEÑORA

**E**NTRE las devociones de la Vírgen, la más celebrada es la del Rosario ó Salterio, llamado así porque consta de ciento y cincuenta Ave Marías, que corresponden al Salterio de los ciento y cincuenta salmos de David. Esta devocion, dicen graves autores que es tan antigua como la Iglesia; porque empezó con ella, y fué el primer breviario y las primeras horas canónicas que la Iglesia usó, y que los apóstoles rezaron el rosario por órden de la Vírgen, y los fieles que tuvieron el primitivo espíritu y las primicias de la devocion, por órden de los apóstoles, ántes que San Ignacio, mártir, introdujese en Antioquía el Salterio de David, que recibió despues toda la Iglesia católica para cantar las alabanzas á Dios. El rosario se derivó de los primeros fieles á los anacoretas de

Egipto y Nitria; y de los desiertos le recibieron en las ciudades San Agustín, San Jerónimo, San Ambrosio y otros padres; y resfriándose después de algunos años el fervor de esta devoción, le avivó y encendió en Inglaterra el venerable Beda; porque los ingleses confesaban haber recibido esta devoción de sus antepasados, como herencia de padres á hijos, debida á la enseñanza de este venerable padre.

De esta opinión es el beato Alano de Rupe, fraile de la órden de Santo Domingo, y de grande autoridad en esta materia, por haber sido elegido milagrosamente de la Reina de los ángeles por predicador de su rosario, casi olvidado en muchas partes. Particularmente refiere Paladio, Sozomeno y Casiodoro, de un monge llamado Paulo, varon excelente en santidad, que tenia por costumbre rezar cada dia trescientas oraciones; y por no defraudar nada á su devoción, escondia otras tantas piedrecitas en el pecho, y á cada oración arrojaba una piedra, con que, al acabarse las piedras conocia haber acabado sus oraciones, y cumplido aquella piadosa tarea. Alberto, monge, que floreció en tiempo del papa Pascasio II, por los años de 1099, cuenta Surio, que cien veces al dia hincado de rodillas, y cincuenta veces de noche postrado en tierra, rezaba la salutacion angélica.

Algunos retratos de la Vírgen, de más de ochocientos años de antigüedad, en que están pintados rosarios, como ahora se usan, muestran ser muy antigua en la Iglesia esta devoción; y siendo de tanto agrado de Dios y de su Madre, como despues veremos, es creible que no se ocultó á aquellos primeros fieles, que como más fervorosos en el amor de Dios, eran tambien más diligentes en el servicio de la Madre de Dios.

Pero dejando esta cuestion á otros, pues las devociones no se acreditan tanto por la antigüedad de los años que tienen, quanto por la gloria que se sigue de ellas á Dios, y provecho que sacan los que las usan, no hay duda que merece con mucha razon Santo Domingo de Guzman el título que le dan muchos de inventor y primer predicador del rosario de nuestra Señora; porque este esclarecidísimo patriarca fué el primero que le enseñó y predicó con el método y órden admirable de meditar los misterios de nuestra fé repartidos en tres clases de gozosos, dolorosos y gloriosos, que él aprendió de nuestra Señora y de él lo recibió la Iglesia como cosa venida del cielo para provecho de todo el mundo, culto de la Madre de Dios y gloria del mismo Dios, porque en esta utilísima devocion se eslabonan y encadenan la oracion mental y vocal, para que el alma y el

cuerpo, el entendimiento y la lengua, la voluntad y los labios alaben á Dios, celebren á la Madre de Dios, y no haya parte en el hombre que no alabe al Criador y Redentor del hombre, y á la Madre de su Criador y Redentor, y juntamente pida y merezca los favores de que necesita para su salvacion, y obligue á quien se los ha de conceder y á la que se los ha de alcanzar con su intercesion. Por eso los hijos de Santo Domingo, celosísimos siempre de la salud de las almas, imitando la caridad y devocion de su incomparable padre, han extendido y dilatado esta devocion por todo el mundo, y el Señor la ha acreditado con innumerables milagros, y los sumos pontífices la han aprobado, confirmado y recomendado con muchos privilegios, gracias é indulgencias, que han concedido á los que rezan el rosario ó corona de nuestra Señora, que se compone de siete Padre nuestros y sesenta y tres Ave Marías, ú ocho Padre nuestros y setenta y dos Ave Marías, por los años que vivió en la tierra la Reina del cielo, segun las dos opiniones más recibidas acerca de los años que vivió con los hombres la Madre de Dios; de las cuales la más vulgar es que fueron sesenta y tres años; y la que parece más probable al eximio doctor Francisco Suarez, y tiene mucha autoridad, es que fueron setenta y dos.

Aunque ha sido muy célebre esta devocion del rosario desde el tiempo de Santo Domingo, se hizo más célebre con ocasion de la famosa batalla naval de Lepanto, que se ganó por intercesion de nuestra Señora, y particularmente por la devocion de su santo rosario; la cual, siendo tan sabida, no hay para qué referirla aquí de propósito, y siendo muy propia de la fiesta de hoy no se puede callar del todo, y por eso diré la suma de ella.

Despues que Selim II de este nombre, gran Turco, rompió las paces con la república de Venecia; y viéndose señor del mar por la multitud de sus naves y soldados, se señoreó del reino de Chipre, y empezó á hacer hostilidades y estragos en los cristianos; el santísimo pontífice Pio V procuró unir todas las armas católicas contra el enemigo comun de la cristiandad que deseaba dominarlo todo con su poder, y presumia eclipsar con sus lunas las luces clarísimas de nuestra fé. Excusáronse los otros príncipes cristianos, y solamente el rey católico Felipe II se coligó con el papa y con la república de Venecia para oponerse á tan formidable enemigo. Dispúsose una poderosa armada de que iba por general D. Juan de Austria, hijo del invicto emperador Cárlos V, en quien parecia herencia el valor, y patrimonio el vencer. Buscó la armada católica á la

turquesca que esperaba en el golfo de Lepanto. Los turcos contaban doscientas y treinta galeras reales con otras muchas galeotas y vasos menores; los cristianos llevaban más de doscientas galeras, ochenta y una del rey de España, ciento y nueve de Venecia, y doce del sumo pontífice, tres de Malta y otras de caballeros particulares. Al llegar nuestra armada á vista de la del enemigo, el viento, que para los turcos era favorable y para los cristianos contrario, amainó casi de repente, empezando ya á desfavorecerles este elemento, y el mar se sosegó, como si pretendiera ver con reposo los dos más poderosos ejércitos del mundo disputar sobre la posesion de él. El de los turcos era muy superior en número; el de los cristianos era mayor en el valor: los turcos presumian alistarse debajo de sus banderas la fortuna, hinchados con repetidas victorias; los cristianos sabian que venia con ellos la justicia de la causa; ambas armadas miraban presente la batalla y el riesgo, y en esperanzas la victoria y el triunfo; pero los infieles le esperaban de su valor y los fieles del favor divino. Por esto, ya que se acercaban á tiro de cañon, mandó su Alteza enarbolar un crucifijo y muchas imágenes de nuestra Señora, y todos puestos de rodillas hicieron oracion á Dios, poniendo por intercesora á la Vírgen suplicándole que no



diese la victoria á sus enemigos por castigar á los que le confesaban y llamaban arrepentidos de sus culpas. Luego, habiendo esforzado los dos capitanes á sus soldados, y dado la señal de aceptar de ambas partes la batalla con dos tiros de bombardas, se acometieron las naves con increíble ímpetu y se peleó por espacio de dos horas con extraño valor, con diferentes sucesos, ya prósperos, ya adversos, como los lleva la guerra, sin saberse aún dónde estaba la victoria, hasta que se reconoció en nuestra armada, y se fué declarando tanto por los cristianos, que en breve tiempo quedó desbaratada y deshecha la armada de los turcos, treinta mil con su bajá muertos, diez mil cautivos, ciento y ochenta naves presas, noventa sumergidas, quince mil cristianos rescatados, casi trescientos tiros de artillería cogidos, el despojo de dineros, joyas y armas ni tiene precio ni número; y lo principal fué cobrar las armas católicas la reputacion perdida, y perder las mahometanas la soberbia y confianza ganadas en muchas victorias. Murieron de nuestra parte seis mil hombres, y pocos de cuenta; por lo cual fué esta batalla la más célebre que han conseguido en el mar los cristianos, y no sé si vió ántes primera, ó ha visto despues segunda en sus campañas el elemento del agua.

Debióse esta insigne victoria á las oraciones de San Pio V y de la cristiandad, donde el Santo pontífice las mandó hacer; y fuera del valor de los soldados cristianos ayudó mucho la devocion y celo con que confesados y bien dispuestos entraron en la batalla para morir defendiendo la fé, si Dios por nuestras culpas diese á los infieles la victoria; y principalmente se debió á la intercesion de la sacratísima Vírgen María nuestra Señora, singular patrona de las batallas, á quien el sumo pontífice encomendó esta empresa, y el general y capitanes hicieron diversos votos. Con siguióse esta victoria en el primer domingo de Octubre de 1571, dia que la religion de predicadores tenia consagrado, como todos los primeros domingos de cada mes, al culto de nuestra Señora del Rosario; y en este especialmente encomendaba á Dios el buen suceso de las armas católicas, por mandado del sumo pontífice San Pio V, el cual, en reconocimiento de tan señalada merced, como recibió toda la cristiandad de la Madre de Dios, consagró este dia á su culto, con título de «Santa María de la Victoria»; y Gregorio XIII, que le sucedió, mandó que se celebrase cada año, en el primer domingo de Octubre, en todas las Iglesias del orbe cristiano donde hubiese capilla ó altar de nuestra Señora del

Rosario, fiesta á nuestra Señora con título del Rosario, por haberse alcanzado esta victoria por su devocion. Confirmó esta fiesta Clemente VIII, y últimamente nuestro santísimo padre Clemente X, á instancia de la reina nuestra señora doña Mariana de Austria, ha mandado que en todos los reinos y señoríos de la monarquía católica se celebre fiesta de nuestra Señora del Rosario, con oficio de doble mayor, por todo el estado eclesiástico, secular y regular.

Es muy digna de ser usada de todos, y muy agradable á nuestra Señora la devocion de su santísimo rosario, y muy segura: porque fuera de estar aprobada y recomendada por la Iglesia, este rosario ó salterio de nuestra Señora, se compone de la oracion del Padre nuestro, y de la del Ave María, que son las mejores oraciones que tiene la Iglesia, como dice Santo Tomás, y las mejores que se pueden decir á la Vírgen. Y dejando la oracion del Padre nuestro, que es compuesta por el mismo Cristo, y en eso lleva toda su recomendacion, la oracion del Ave María se compuso de las palabras del arcángel San Gabriel, quando saludó á María, y de las de Santa Isabel, quando María la saludó: aunque diremos mejor, que el mismo Dios compuso esta salutacion y nos la enseñó por boca de

un ángel y de una mujer, para que tengan parte en esta salutacion los hombres y los ángeles, y alaben todos con ella á la Reina de los ángeles y de los hombres: porque San Gabriel, como advierte el beato Alberto Magno, no saludó á María en su nombre, sino en nombre de la Santísima Trinidad, como su embajador; y dijo aquella salutacion, no como inventada por él, sino como enseñada de Dios: y Santa Isabel, ántes de saludar á María, fué llena del Espíritu Santo: el cual la hizo decir las palabras que no habia pensado y profetizar lo que ántes no sabia, como advierte San Gregorio.

A esta salutacion añadió la Iglesia, gobernada y enseñada del mismo Espíritu Santo, las últimas palabras: «Santa María, Madre de Dios, etc.» El cardenal Baronio dice, que se añadió esta parte á la salutacion angélica el año de 431, con ocasion de la herejía de Nestorio, que no queria llamar á María Madre de Dios; porque, condenado este perverso herejarca, que pretendia oscurecer la mayor gloria de María Santísima, creció más la gloria de esta soberana Señora en toda la Iglesia; la cual empezó á invocarla y predicarla perpétuamente con el renombre de Madre de Dios, muy usado de los Santos Padres; y para que todos los fieles confesasen y celebrasen esta gloria de

María, siempre que repitiesen la salutacion angélica, añadió aquellas palabras: «Santa María, Madre de Dios, etc.» El doctísimo padre Pedro Canisio, de la Compañía de Jesus, dice, que desde el principio de la Iglesia los sirios, enseñados por los sagrados apóstoles, acababan el sacrificio de la misa con el Ave María, añadiendo á la salutacion del ángel y de Santa Isabel, estas palabras: «Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores. Amen.» Mas puédesse componer esta diferencia, si decimos, que lo que usaban los sirios en la misa desde el tiempo de los apóstoles, lo empezó á usar toda la Iglesia, siempre que reza el Ave María, desde el año 431.

Es tan agradable la salutacion angélica á la Santísima Vírgen, que, como dice San Atanasio, los ángeles en el cielo la saludan y alaban con las palabras del arcángel San Gabriel. Y de Santa Matilde, hija muy regalada de la Madre de Dios, se escribe que, oyendo un dia misa de nuestra Señora, al empezar el sacerdote á decir aquellas palabras *Salve sancta Paterens*, le vino un deseo muy entrañable de saludar tambien á la Vírgen; y hablando con ella, le dijo: ¡Oh Señora y Reina dulcísima, si yo hallase una salutacion la más excelente que humano entendimiento puede pensar, de muy buena gana os saludaria con ella! Luego fué

arrebatada en espíritu, y vió á la gloriosísima Vírgen María, cercada de innumerables ángeles y de inmensos resplandores, que traía en el pecho escrita con letras de oro la salutacion angélica, y dijo á la Santa: Nunca pudo llegar hombre á inventar semejante salutacion, ni me puedes saludar con otra que más me agrade que ésta; porque con ella me saludó la Santísima Trinidad: El Padre me confirmó con su omnipotencia, para que fuese exenta de toda culpa: El Hijo me ilustró con su sabiduría, para que fuese como un astro refulgente del cielo y de la tierra; y el Espíritu Santo con la dulcedumbre de su amor me llenó de toda gracia, y me hizo tan agradable á sí, que todos los que buscaren por mí la gracia, la hallarán; y dejando consoladísima á la santa vírgen, desapareció la Vírgen de las vírgenes y toda aquella maravillosa vision.

Juan Lanspergio y el abad Ludovico Bloisio, en sus obras espirituales, cuentan haber sido revelado á algunos varones santos, de cuánta gloria sea para Dios, honra para la Vírgen, agrado para los ángeles y bienaventurados, y provecho para los hombres, la devocion del santo rosario: y particularmente refieren que un prior de la Cartuja del monasterio de Tréveris, que por muchos años se habia ejercitado en la devocion del rosario, siendo en

una ocasion arrebatado en espíritu, como solia, y subido al tercer cielo, como San Pablo, ó abiértosele el cielo, como á San Estéban, vió con los ojos del alma, como toda la córte del cielo daba á Cristo y á su gloriosísima Madre millares de bendiciones y alabanzas por los inefables misterios que se encierran en el rosario: que los coros de los ángeles y santos estaban con grande atencion el tiempo que se rezaba el rosario, y que al pronunciar el nombre santísimo de Jesus, hincaron con profundísima humildad la rodilla, y al oir el nombre dulcísimo de María, inclinaban la cabeza con grandísima reverencia: y vió juntamente que todos los celestiales espíritus y hombres bienaventurados, hacian oracion á Dios, pidiendo favores y mercedes para todos aquellos que, rezando el rosario, se ocupaban en la tierra, en lo que ellos se ocupaban en el cielo, en alabar á Jesus y á María, y dar gracias á Dios por los altos y soberanos misterios que con inefable y estupenda caridad obró por la salud de los hombres, y por las grandes cosas que con inmensa liberalidad hizo en María el Todopoderoso.

Vió tambien aparejadas en el cielo muchas coronas de gloria, hermosas y resplandecientes, para los que rezaban devotamente el rosario. Supo que cada vez que alguno decia un

rosario, alcanzaba algun favor y merced, y alguna gracia y bendicion particular en esta vida por medio de la sacratísima Vírgen María, que oraba por los que rezaban su rosario. Finalmente entendió que en esta devocion estaba encerrado tal tesoro de gracias y bienes espirituales, que ninguno de los mortales lo podria comprender con el entendimiento y ménos explicar con las palabras. Todo esto fué revelado á aquel varon santo: y por no ser avariento del tesoro mayor, ni defraudar á los venideros de la noticia que tanto les podia aprovechar, dejó escrito lo que habia visto, y descubrió esta mina, de que podian enriquecerse todos, de espirituales riquezas.

No tienen número los favores que Dios hace á los devotos del rosario de María. Pero ¿qué maravilla es que sean tan favorecidos y consigan tantas gracias, si ruegan por ellos los bienaventurados, si suplican los ángeles, si intercede María? ¿Qué no alcanzarán tales ruegos, qué se negará á tales súplicas, qué cosa hay imposible ni dificultosa á tal intercession? Por el rosario los ciegos reciben vista, los sordos oidos, los mudos lengua, los mancos manos, los cojos piés, los desconsolados consuelo, los necesitados socorro, las estériles hijos, los enfermos salud y los muertos vida. ¿Qué milagros no hizo Santo Domingo por



medio del rosario en España, Italia y Francia? ¿Qué maravillas no han hecho sus hijos en todo el mundo donde han introducido esta devoción? ¿Qué prodigios no obró en el Oriente el apóstol de las Indias San Francisco Javier con el rosario en sus manos, ó en las de los niños inocentes que enviaba á curar endemoniados, sanar enfermos y resucitar muertos?

Muchas son las batallas que se han conseguido con las armas del rosario: y fuera de la batalla naval de que hablamos ántes, es muy ilustre la que ganó Leon IV, año de 854, de los enemigos de Cristo: porque, viniendo á Roma un ejército de moros y bárbaros, amenazando fuego y sangre, ruinas, impiedades y sacrilegios, á aquella santa ciudad, el santísimo pontífice, que no era ménos valeroso para la ocasion de la guerra, que prudente en el tiempo de la paz, hizo gente, y mudando el oficio de Aaron en el de Moisés, ó juntando en uno el cargo de sumo sacerdote y capitán general, acaudilló á los soldados hasta el puerto de Ostia, donde el ejército contrario habia desembarcado: mandóles á todos confesar y comulgar, é invocar á la Madre de Dios del Rosario, y quiso que por el camino llevasen en la una mano la lanza con que habian de pelear, y en la otra el rosario con que habian

de vencer, hasta que, encontrándose los dos ejércitos, el santo pontífice echó al de los cristianos la bendición haciendo sobre ellos la señal de la cruz, y los animó con gravísimas palabras á morir ó vencer: pues de cualquiera manera vencian, ó á los enemigos, ganando la victoria, ó á la muerte, muriendo en la batalla por tan justa causa. Luego dió el ejército de los cristianos en el de los infieles con tal furia, que mataron la mayor parte de ellos, y los demas huyeron á sus navíos, llenos de temor y espanto, buscando la seguridad en la fuga, y dejando á los cristianos muchos cautivos y despojos, con una insigne victoria, debida más á la oracion, que al valor, y conseguida más con el rosario de la Vírgen, que con las armas de los soldados.

Recibió Santo Domingo el rosario de mano de la Vírgen para destruir la herejía de los albigenses: porque como una de las herejías de estos blasfemos herejes era poner su lengua sacrílega en la pureza de María Santísima, quiso el Señor oponer alabanzas de su Madre á las injurias de su Madre, y por medio de su rosario, que aconsejó Santo Domingo rezasen los capitanes y soldados del ejército católico, que gobernaba Simon de Monforte, siendo solo de ochocientos caballos y mil infantes, alcanzó una insigne victoria del ejército de

los albigenses, que constaba de cien mil hombres de pelea, muriendo muchos millares de los enemigos de María, y sólo siete ú ocho de los católicos, que defendían su pureza y estaban debajo de su patrocinio.

¿Qué diré de las victorias espirituales que han conseguido los devotos de María Santísima, de los demonios y de los vicios, por medio del rosario? Muchos son los que por medio de esta devoción han salido de sus culpas, y se han desnudado de los vicios y malas costumbres que se habían convertido en naturaleza. De una Magdalena pecadora, en la ciudad de Roma, hizo Santo Domingo por medio del rosario una Magdalena penitente, ó una Santa Catalina, que este era su nombre; y merece este renombre la que mereció ser regalada de Dios con visitas y revelaciones celestiales, con admiración del mismo Santo Domingo que no acababa de engrandecer la misericordia de Dios, que saca los pobres del estiércol, como dice David, para colocarlos entre los príncipes de su reino, y había llenado de tanta gracia y santidad aquel corazón que estaba lleno de inmundicias y abominaciones. ¿Cuántos, que estaban desesperados de su salvación, han cobrado esperanzas de vida eterna, rezando el rosario? ¿Cuántos, que á toda priesa caminaban por el camino de la perdi-

cion, han tomado el camino derecho por medio de esta devocion? ¿Cuántos se han librado por el rosario de males temporales y eternos? Para muchos pecadores ha sido principio de su felicidad eterna el haber perseverado mucho tiempo en la devocion del rosario; y así reveló la Vírgen al beato Alano de Rupe, segun él mismo lo escribe, que es señal probable de reprobacion tener horror, tedio y descuido de rezar el Ave María; y al contrario, ser devoto y cuidadoso de rezar esta salutation, es señal probable de predestinacion.

Considerando, pues, los diversos favores y mercedes que Dios hace por medio del santo rosario, podemos decir que es la honda de David, con que derribó al gigante é hizo huir al ejército de los filisteos: el lazo en que quedó suspenso Aman, y libre el pueblo de Dios de la muerte que le queria dar este poderoso enemigo, y aquella cinta que puso Rahab en la ventana para salvar su vida y de su familia cuando entraron los israelitas á fuego y sangre la ciudad de Jericó. Las dos oraciones del Padre nuestro y Ave María, de que se compone el rosario, comparan algunos á las dos alas de paloma que pedia David para volar y descansar, y á las dos alas de águila que le fueron dadas á aquella mujer del Apocalipsi, que es el alma santa para volar al desierto,



huyendo del dragon infernal: y dicen que son las mejores armas que penden de la torre de David, que es María Santísima y la Iglesia santa, con que se han de armar los fuertes para defenderse y ofender á los enemigos; y que de estas dos oraciones juntas, como de dos lados grandes, se forma la escala mística que vió Jacob en sueños, que llegaba desde la tierra al cielo, por donde subian ángeles y bajaban, de lo cual reconoció el Santo patriarca, que estaba allí la casa de Dios y la puerta del cielo. Este rosario se compone de las rosas y flores de que gusta María Santísima, y esto basta para aficionarnos á su devocion. A algunos devotos suyos, que ponian á sus imágenes coronas de flores, reveló María Santísima que gustaba más de coronas compuestas de sus saluciones, y en demostracion de esto, ha sido vista tal vez coger de la boca de sus devotos, mientras rezaban el rosario, rosas en lugar de Ave Marías, y azucenas, en lugar de las oraciones del Padre nuestro, y formando una guirnalda de aquellas flores misteriosas, coronarse con ella. Otros devotos del rosario han sido coronados con guirnaldas de semejantes rosas y azucenas, mientras le rezaban con devocion.

María se compara en el Eclesiástico á las rosas de Jericó, que segun dice Alberto Mag-

no, tienen ciento y cincuenta hojas; y el rosario se compone de otras tantas rosas, que se ofrecen en oloroso sacrificio á la rosa de Jericó, que es la reina ó la diosa de las flores. Estas son las rosas y flores que pide María en los Cantares cuando dice: «Cercadme de flores, porque estoy enferma de amor»: con estas flores se alivia su enfermedad y se satisface su amor. Estas son las flores que dice María en el Eclesiástico: «Mis flores son frutos de honra y honestidad.» ¿Qué cosa de mayor honra, que coronarnos con las flores de María? ¿Qué cosa más honesta, que coronar á María con tales flores? Todo lo es el rosario, corona de María y corona nuestra. De estas rosas, que nunca se marchitan, nos hemos de coronar; nó de aquellas que se coronan los necios del libro de la Sabiduría, con temor de que se marchiten. A María vió San Juan coronada de estrellas, y más estima María ser coronada de rosas y azucenas, de que se compone el rosario, que de las estrellas del cielo. Si quieres, pues, coronar á María con una corona de su buen gusto, no busques diamantes, ni piedras preciosas, ni eches ménos las estrellas para labrarle una corona digna de su grandeza; sino rézala todos los dias su rosario ó corona con mucha devocion, meditando juntamente los misterios del rosario, gozándote de los privi-

legios de María, para que acompañe la consideracion á la voz, y no esté lejos el entendimiento de la lengua; porque así te coronará María de favores en esta vida, y te alcanzará una corona de gloria en el cielo, á donde nos lleve el Señor á todos por la intercesion de su Madre. Amen.

Escriben del rosario de nuestra Señora el beato Alano de Rupe, Fr. Juan Andrés Coppestein, Fr. Andrés Gianneti, Fr. Juan Lopez, obispo de Croton, Fr. Juan de Sagastizával y Fr. Francisco Mejía, de la órden de Santo Domingo; el padre Gaspar Astete, de la Compañía, y otros autores, por la mayor parte de la órden de Santo Domingo. Otros muchos escriben tratados del Ave María.





# FIESTA

DE

NUESTRA SEÑORA DE LAS NIEVES

Ó DEL PESEBRE

**C**ELEBRA la santa Iglesia la fiesta de nuestra Señora de las Nieves á 5 de Agosto por la razon que aquí diré. Siendo sumo pontífice Liberio, hubo en Roma un caballero muy noble y rico, llamado Juan, Patricio, el cual estaba casado con una señora principal, é igual suya en todo, de la cual al cabo de muchos años no tenia hijos; y aunque los deseaban mucho estos caballeros, pero como eran tan temerosos de Dios, como ricos y no ménos piadosos que ilustres, conformábanse con su voluntad, entendiendo, que no darles sucesion era lo que mejor les estaba, pues así lo ordenaba él con su paternal providencia.

Eran muy devotos de la Vírgen María nuestra Señora, y determinaron tomarla por here-



dera de sus grandes riquezas; y para acertar mejor á servirla, hicieron grandes plegarias, limosnas y buenas obras, suplicándola que los encaminase, y les mostrase en qué obra quería que ellos gastasen su hacienda en su servicio.

Oyó la Reina del cielo las oraciones que con tanto afecto Juan, Patricio, y su mujer le hacian; y una noche que fué la precedente al quinto dia de Agosto, cuando los calores son excesivos en Roma, habló entre sueños á los dos, cada uno por sí, y díjoles, que la mañana siguiente fuesen al collado Exquilino, y que en la parte de él que hallasen cubierta de nieve le edificasen un templo, donde ella fuese honrada de los fieles; y que haciendo esto, se tendria por su heredera y bien servida.

La mañana siguiente confirieron entre sí los dos buenos casados el sueño ó revelacion que habian tenido: dieron parte de ello al sumo pontífice Liberio, al cual la Vírgen habia hecho la misma revelacion. Convocóse el pueblo, júntóse el clero, y ordenóse una devota procesion. Llegados al monte, hallaron cubierto de nieve un espacio muy bastante para una iglesia capaz: señalóse el lugar para ella, y de la hacienda de los caballeros devotos de la Vírgen, luego se comenzó á labrar, y se acabó suntuosamente.

Esta fué la primera iglesia que se edificó en Roma, con título y advocacion de nuestra Señora. Llamóse al principio nuestra Señora de las Nieves, por el milagro que aquí queda referido; y tambien la basílica ó templo de Liberio, por haber acaecido este milagro en su tiempo; y despues se llamó la basílica de Sixto, por haber el papa Sixto III de este nombre, sucesor de Celestino, renovado y reedificado aquella iglesia, adornándola con excelentes imágenes y pinturas sagradas.

Tuvo asimismo nombre de Santa María del Pesebre, por haberse puesto en una capilla de dicha iglesia el pesebre en que Cristo nuestro Señor, recién nacido, fué reclinado en el portal de Belen; mas despues como en Roma se hubiesen edificado muchas y muy grandes iglesias de nuestra Señora, dieron á esta de las Nieves título de Santa María la Mayor, para diferencia de las demas y mostrar la excelencia que tiene sobre todas las que hay en aquella ciudad; la cual así como en las demas cosas muestra su gran piedad, así en la devocion de la sacratísima Vírgen se esmera mucho, y se aventaja sobre las otras ciudades del mundo: porque cierto es cosa que pone admiracion y causa devocion el considerar los muchos y magníficos templos que hay de la Vírgen en Roma, y que el clero y casi todas las

religiones que hay en ella están debajo de la proteccion y tutela de la Santísima Vírgen, y tienen iglesia particular suya para servirla y honrarla; porque dejando aparte las iglesias colegiadas de canónigos seculares, como son las de Santa María Transtiberim, y la de la Rotunda, y la de Santa María in Via Lata, y no hablando de la de Santa María de la Estrada, que es de los padres de la Compañía de Jesus que es religion de clérigos reglares, y pasando en silencio otras muchas iglesias particulares y de ménos nombre, la religion de la Cartuja tiene en Roma por su principal morada el nuevo templo de Santa María de los Angeles, la de Santo Domingo, el de Nuestra Señora de la Minerva; la de San Francisco, el de Nuestra Señora de Ara Cœli; la de los ermitaños de San Agustin, el de Nuestra Señora del Pópulo; la de los canónigos reglares del mismo Padre San Agustin, el de Nuestra Señora de la Paz; la del Cármen, el de Nuestra Señora Transpontina; la del Monte Olive-te, el de Nuestra Señora la Nueva; la de los Servitas, el de Santa María in Via; de manera que si bien se mira, todas las religiones están debajo de las alas y amparo de la Vírgen, y casi todas tienen en Roma templos, y muchos de ellos muy suntuosos, de su advocacion, en los cuales ella es reverenciada, y más particu-

larmente en este de las Nieves, cuya fiesta se celebra hoy. Por esto se llama Santa María la Mayor, y el Señor en ella ha obrado grandes maravillas, por los ruegos de su benditísima Madre.

A esta iglesia mandó San Gregorio el Magno, que viniese la solemne procesion de todos los estados y condiciones de gente que habia en Roma, cuando aquella cruel y horrible pestilencia la asolaba y destruia; de esta iglesia ordenó Estéfano, papa II de este nombre, que saliese otra procesion para aplacar la ira del Señor: y Leon IV, en tiempo de Lotario emperador, con otra procesion que mandó hacer desde la iglesia de San Adriano, mártir, á la de Santa María la Mayor, libró la ciudad de Roma de una serpiente cruel y venenosa que la infeccionaba.

Y San Martin, papa, estando celebrando en ella, y queriendo Olimpico, exarco, prenderle ó matarle por órden del emperador su amo, que era hereje, quedó ciego y no pudo salir con su intento, por no haber permitido la sacratísima Vírgen que en aquel templo suyo se cometiese tan gran maldad.

Otros muchos milagros ha obrado el Señor en aquel templo, y obra cada dia por intercession de su purísima Madre, la cual preside en él. Y con haberlo escogido por morada y ta-

bernáculo suyo, hizo mayor beneficio á Juan, Patricio, y á su mujer, que si les hubiera alcanzado de Dios hijos, los cuales ya estuvieran acabados, y no hubiera memoria de ellos como ahora la hay, y juntamente con este hecho nos enseñó, cuán bien empleadas son las haciendas que se gastan en edificar, honrar y enriquecer los templos, y cuán bien remunera la Reina del cielo los servicios que los fieles le hacen acá en la tierra.





## DE LA DESCENSION

### DE NUESTRA SEÑORA

**E**N la ciudad y arzobispado de Toledo se celebra una fiesta que es propia suya, y se llama «la Descension de nuestra Señora», y por otro nombre, «Nuestra Señora de la Paz.» Celébrase á los 24 dias del mes de Enero, y un dia despues de la fiesta de San Ildefonso. Llámase la Descension de nuestra Señora, por aquel favor incomparable y singular beneficio que hizo Dios nuestro Señor á la santa iglesia y ciudad de Toledo, cuando la sacratísima Vírgen María, su Madre y reina nuestra, á los 18 de Diciembre, el dia en que en la misma ciudad se hacia la fiesta de su gloriosa Expectacion, bajó del cielo, acompañada de innumerables ángeles y vírgenes, y con inmensa claridad ilustró el templo de Toledo, y puso sus sagrados piés en el suelo, y se asentó en la cátedra de donde San Ildefonso solia predicar, y hon-

ró y vistió al santo prelado con una casulla, labrada por manos de ángeles, y le mandó que usase de ella en sus solemnes fiestas: y con este don celestial testificó cuán acepto le había sido el servicio que le hizo San Ildefonso, defendiendo la gloria de su perpétua y virginal pureza contra los herejes que la querían oscurecer é impugnar, y cuán agradable es al Señor la castidad entera y pura, que hasta el cabo sin marchitarse se conserva como flor hermosísima, y triunfa de todos los deleites y apetitos sensuales de la carne; pues tambien por haberla guardado San Ildefonso, le dijo Nuestra Señora que le daba aquella vestidura del tesoro de su hijo, como lo dijimos el dia 23 de este, en la vida del mismo Santo.

Por haber sido este beneficio tan señalado, y para tanta gloria de San Ildefonso, y honra de la iglesia y ciudad de Toledo, pues quedó consagrada con la presencia de la Reina de los ángeles, y debajo de su singular proteccion; con mucha razon se ordenó que cada año se hiciese fiesta y memoria de este divino beneficio, y por no poderse hacer el mismo dia que aconteció, que se traspasase á los 24 de Enero, y se juntase con la solemnidad del mismo San Ildefonso, para que fuese más regocijada y solemne; porque verdaderamente,

despues que nuestra Señora santificó con su presencia el templo de Toledo, quedó él hecho un santuario, y como un tabernáculo de Dios con los hombres, y una morada de la misma Vírgen; y por esta causa muchos reyes la escogieron para sus sepulturas; y en ella bendecian y de ella sacaban los estandartes reales, que llevaban á la guerra; y de todas partes venian en romería á la santa iglesia de Toledo, como á casa consagrada de la Vírgen, á pedir mercedes y favores de Dios; y hoy dia vemos la devocion y reverencia con que se besa la piedra en que por comun tradicion de padres á hijos puso sus purísimos piés, cuando bajó del cielo, y la casulla, que de su mano dió á San Ildefonso, está en la ciudad de Oviedo guardada en una arca de plata, con tan grande recato y veneracion, que no se atreven los prelados de aquella iglesia á abrirla, por algunos castigos que Dios ha dado á los que se arrojaron á hacerlo: porque el Señor quiere que los dones tan grandes como éstos sean reverenciados y no manoseados; como se vé en lo que cuenta San Gregorio papa, haber acontecido á algunos que vieron acaso las reliquias del glorioso apóstol San Pablo y del fortísimo mártir San Lorenzo, los cuales, dice el Santo Pontífice, que dentro de pocos dias todos murieron. Esta es la causa de la fiesta de la Des-



cension de nuestra Señora y de su nombre.

Llámase tambien Nuestra Señora de la Paz, por la causa que aquí diré. Cuando el rey don Alonso el VI ganó de los moros la ciudad de Toledo, que fué el dia de San Urbano del año del Señor 1085, aunque otros dicen que fué el de 1083, uno de los conciertos que se hicieron con los moros que se rindieron á partido, fué, que el templo principal de la ciudad quedase por mezquita, para ejercicio de su falsa religion. Estos conciertos juró el rey don Alonso: y habiendo puesto presidio en la ciudad y dejado en ella á la reina doña Constanza su mujer, y al nuevo arzobispo electo don Bernardo, se partió para Castilla. Estando ausente, la reina y el arzobispo, pareciéndoles cosa indigna de la piedad cristiana que siendo los cristianos señores de la ciudad, el principal templo de ella, consagrado, como dijimos, con la presencia de la Reina del cielo, sirviese á Mahoma, y fuese templo del demonio, se concertaron entre sí de tomarle un dia con gente armada, y purificarle y poner campanas en la torre como en la Iglesia católica se usa, y altares en el templo y decir misa en él: y así se hizo sin tener cuenta con el juramento que habia hecho el rey, ni con el peligro que podian correr los cristianos y la misma ciudad de perderse, por ser mucho mayor el número

de los moros que habia en ella: los cuales, cuando vieron que se les habia quitado su templo, se embravecieron sobremanera, y tomaron las armas, juzgando que como se habia quebrantado el juramento del rey en cosa tan grave y que tocaba á su religion, tambien se quebrantaria en lo demas, y se abriria la puerta á otros agravios, y á quitarles la libertad y exenciones que tenian. Una sola cosa los consolaba y detenia, que era saber cierto, que lo que se habia hecho no habia sido con voluntad del rey: el cual, en sabiendo lo que pasaba, como tan celoso de su honra, vino volando á Toledo, con determinacion de hacer algun ejemplar castigo en la misma reina doña Constanza su mujer, y en el arzobispo don Bernardo, como quebrantadores de su palabra real, que tanto deben estimar los reyes.

Súpose en la ciudad el sentimiento y enojo del rey, y la resolucion con que venia: saliéronle á recibir los cristianos en procesion, vestidos de luto y llorosos para moverle con su aspecto, é inclinarle á misericordia y perdon: pero el rey tenia por tan grande afrenta suya el decirse que no cumplia su palabra, que no se ablandó ni aplacó, ni con las lágrimas de la propia hija, que vestida de saco y cubierta la cabeza de ceniza venia en la procesion, ni con otra cosa de las que vió y oyó, hasta que los

mismos moros, considerando su gran peligro, que si el rey por su respeto ejecutaba su saña contra la reina y contra el arzobispo, al cabo ellos lo pagarian con sus cabezas, y los cristianos vengarian aquella injuria, se echaron á los piés del rey suplicándole humildemente que perdonase á la reina y al arzobispo, y se quedase con el templo para uso de los cristianos; porque ellos lo tenian por gran merced, y que si no les otorgaba lo que le suplicaban, no volverian más á la ciudad, ántes se irian á vivir á otras partes.

Maravillóse el rey y holgóse en gran manera, por haber hallado salida tan buena á negocio tan enmarañado y dificultoso; pues sin quebrantar su fe y palabra, y sin mengua de su honor ni peligro de la ciudad, podia mitigar su enojo y perdonar á la reina y al arzobispo la culpa que tenian, nacida del celo cristiano y piedad, y deseo de gozar de aquel templo suntuoso, y adorar en él aquel Señor que con admirable providencia habia puesto su mano en aquel negocio, desenmarañándole y acabándole con tan gran suavidad y fortaleza. Con esto entró en la ciudad el rey, con alegría y regocijo de los cristianos y de los moros, y la reina y arzobispo, libres ya del temor, quedaron muy contentos con lo que habian hecho, y todos alabando y glorificando

en el mismo templo al Señor, por las misericordias que con ellos habia usado; y para que quedase memoria perpétua de este beneficio, se instituyó esta fiesta y se llamó Nuestra Señora de la Paz.

FIN DE LA VIDA Y MISTERIOS  
DE LA VÍRGEN NUESTRA SEÑORA





VIDA DE SAN JOSÉ

ESPOSO

DE LA MADRE DE DIOS



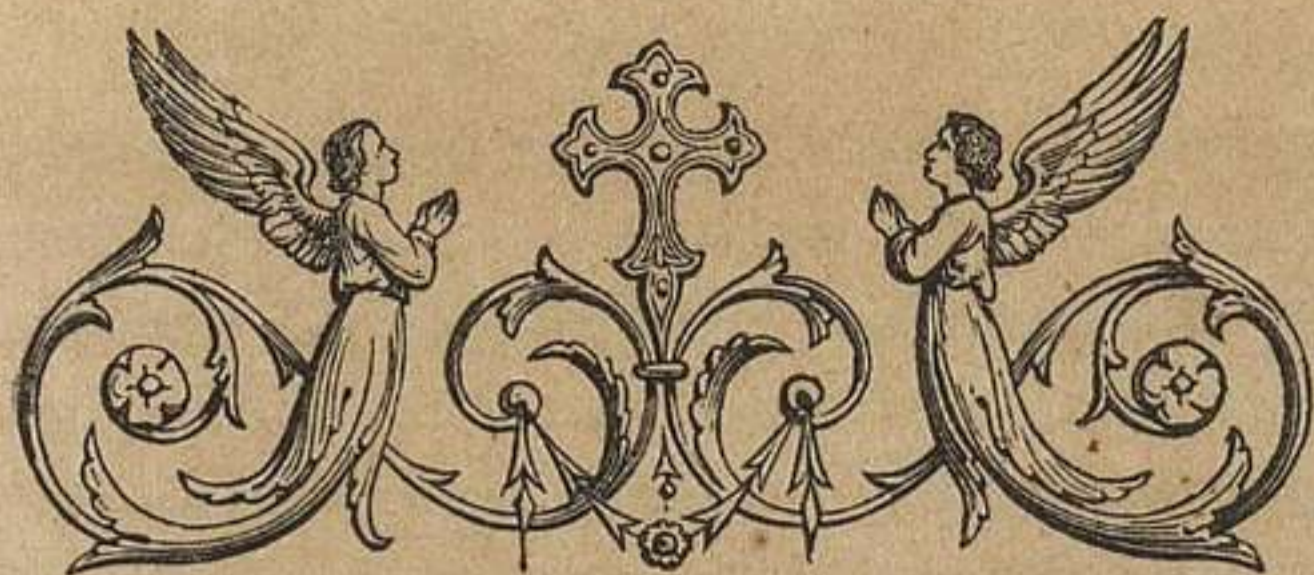






MURILLO P.<sup>o</sup>

B. MAURA, G.<sup>o</sup> 1879.



## VIDA DE SAN JOSÉ

**L**o que tenemos cierto de la vida del glorioso San José, esposo de la Virgen María nuestra Señora, se ha de sacar del sagrado Evangelio; porque los mismos historiadores, que por instinto y revelacion del Espíritu Santo escribieron la vida de Cristo nuestro Redentor, escribieron asimismo lo que nos convenia saber de este santísimo patriarca, como de su ayo y padre putativo; y así para hablar acertadamente de las grandes excelencias de San José, será necesario que recurramos á la fuente pura del Evangelio, y veamos lo que San Mateo y San Lucas nos dicen de este celestial varon.

Pero para mejor rastrear é investigar las virtudes y merecimientos de San José, primero se ha de presuponer el fin para que lo es-

cogió Dios, y los oficios que le dió; porque es cierto y averiguado, que juntamente le adornó de todas aquellas virtudes y dotes que para bien ejercitarlos eran menester. Escogióle el Señor para esposo y verdadero marido fuera del uso conyugal, y por consiguiente de esto, para cabeza y superior de nuestra Señora la Virgen María, y juntamente para padre putativo de su unigénito y benditísimo Hijo. Escogióle para que guardase aquel graciosísimo templo de Dios, aquel sagrario del Espíritu Santo, aquella riquísima recámara de la Santísima Trinidad; para que acompañase á la que tenía al Verbo Eterno en sus entrañas, y sirviese á la que sirven los ángeles; para que fuese depositario de aquel, en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios; para que conversase con Dios humanado, y con un niño Dios, y le criase y regalase, y entretuviese y le llevase á Egipto, y le volviese; y finalmente, para que le mandase como á hijo, y él le obedeciese como á padre; porque, aunque no lo era en la verdad, éralo en la apariencia y en la opinion de los hombres, y todos le daban este nombre, no solamente los que no sabian la verdad, sino tambien los que la sabian; pues se lo dió la que era verdadera Madre y los Evangelistas.

Pues para cumplir con oficios tan altos de

esposo de la Madre, y de padre putativo del Hijo de Dios, ¿quién podrá explicar ó comprender los dones divinos y las virtudes admirables de San José? Él tenía por esposa á la más santa mujer que ha habido ni jamás habrá en el mundo de la cual canta la Iglesia: *Nec similem visa est, nec habere sequentem*: que ni tuvo, ni tendrá otra semejante: y esta es una inestimable gracia de Dios, de la cual dice la Escritura, que los padres dan á los hijos la casa y la hacienda; mas que la mujer prudente es don propio de la mano de Dios. Y si los casamientos para ser acertados y pacíficos, deben hacerse entre personas iguales y conformes en el linaje, estado, condicion y costumbres, de creer es que Nuestro Señor, que juntó con un lazo tan estrecho de amor, como á esposo y esposa á José y á María, los hizo en la santidad muy semejantes, no con igualdad, sino de la manera que José podia imitar á la que, aunque era su esposa y por esta parte súbdita, era Señora y Reina del cielo, y dechado de los serafines en santidad. ¿Qué padre hay, que pudiendo no dé á su única y muy querida hija el esposo más aventajado que hay en el mundo? ¿Pues qué padre hay como Dios, en cuya mano está el hacer los hombres al talle y medida que es servido? ¿Y qué hija jamás hubo tan amada de su pa-

dre como la Santa Vírgen de Dios, á quien el mismo Señor escogió por Madre? Y si Dios formó á Eva de la costilla de Adan para que le ayudase y fuese su semejante, ¿por qué no creeremos que habiendo dado á José para que ayudase y sirviese á María le haria muy semejante y parecido á ella, y le formaria como de su espíritu y celestiales dones, para que siendo como un vivo retrato de sus virtudes, más fácilmente se conservase y acrecentase el amor de ámbos entre sí? Por esto dicen algunos graves doctores: que cuando José se desposó con la Vírgen no habia en el mundo varon más perfecto y santo que él, ni que fuese más digno de aquella soberana y celestial compañía.

Y si por esta parte podemos barruntar algo de los merecimientos de San José, no ménos lo podemos hacer por haber sido padre putativo del Hijo verdadero de Dios vivo, que por haber sido esposo de la misma Madre de aquel que es espejo sin mancilla y santo de los santos, y fuente manantial de toda santidad; porque ¿qué mayor favor puede hacer un rey á un criado suyo que entregarle de su mano á su único hijo, príncipe y heredero de todos sus reinos y estados, para que le guarde, crie, sirva y acompañe, con tal manera de superioridad y confianza, como si el criado fuese ver-

dadero padre suyo? Pues esto mismo hizo Dios con San José, entregando y depositando en sus manos aquel príncipe y heredero universal del cielo y de la tierra, resplandor de su gloria y figura de su sustancia.

Esto presupuesto, el sagrado Evangelio nos dice que este glorioso patriarca se llamó José, y que fué de la casa y familia de David, y que cuando se desposó con la Vírgen nuestra Señora era varon, y varon justo y adornado de todas las virtudes que en este nombre de justicia se comprenden. Tuvo por nombre José, que quiere decir *aumento*; para que entendamos que fué acrecentado en los dones de Dios, y con grandes ventajas colmado de todas las virtudes y excelencias que el patriarca José habia tenido: el cual, habiendo sido vendido de sus hermanos á los ismaelitas, despues fué sublimado por el Señor y hecho príncipe de Egipto: porque aquel José remedió, con la prudencia y espíritu del Señor, la falta de trigo de Egipto, para que no pereciese; mas este otro José fué depositario de aquel pan celestial, que es sustento, salud y vida de todo el mundo; el otro fué tan casto, que dejó la capa en manos de la mala hembra, su ama, que le solicitaba á mal, y quiso ántes padecer la cárcel y otras calamidades y miserias, que ser desleal á su amo; mas nuestro José fué vírgen,

y tuvo una pureza más angélica que humana, como convenia que la tuviese el que era esposo y guarda de aquella Vírgen, que es flor de todas las vírgenes, y más limpia que las estrellas y el sol. Porque si ha habido algunos casados tan puros y castos, que han vivido en el matrimonio como si no lo fueran, guardando su entereza y virginidad, como Santa Cecilia con su esposo Valeriano, Pulqueria, emperatriz, con el emperador Marciano, Santa Cunegunda con el emperador Enrique, Editha ó Edgida con San Eduardo, rey de Inglaterra, y de estos ejemplos están llenas las historias eclesiásticas, con más razon y fundamento enseñan los santos doctores que este santo patriarca guardó perpétuamente la virginidad, con tanta perfeccion, como si no fuera hombre sino ángel venido del cielo. Y aún dice Juan Gerson, que Dios Nuestro Señor le habia quitado ó mitigado el fómite de la concupiscencia, de manera que sin trabajo y sin lucha del espíritu con la carne, pudiese conversar fácilmente con una doncella de tan extremada belleza y gracia, tan adornada de todos los dones de Dios, y por la continúa contemplacion y comunicacion que tenía con él, ninguno podia sin reverencia mirarla, ni poner los ojos en ella, sino para componer sus afectos y enamorarse de su castidad. Dícese

tambien que fué de la casa y familia de David, para declararnos que fué San José nobilísimo y de ilustrísimo linaje, y de la misma genealogía y casta que, segun la carne, fué Cristo nuestro Redentor. Tuvo por abuelos muchos patriarcas, reyes, príncipes y valerosos capitanes, los reyes escogidos y ungidos por el mismo Dios; y lo que es más, los patriarcas fueron amigos y familiares de Dios; y los príncipes y capitanes con la fortaleza juntaron aquella religion que el mismo Dios les habia enseñado. Y con haber sido San José de tan esclarecida y real sangre, quiso el Señor que fuese un pobre carpintero; para que entendiésemos que la pobreza no es vileza, ni tan mala como el mundo engañado piensa: y que así como escogió la madre pobre y la patria pobre, así tambien quiso que el padre putativo fuese pobre, y no hubiese en los ojos de los hombres cosa de lustre y resplandor que pudiese convertir sus corazones á la santa fe; sino que se entendiese, como dice el concilio Efesino, que su divinidad era la que habia convertido y trasformado el mundo, y traídole á su conocimiento y amor: y no ménos para manifestarnos la bondad de San José, que con ser persona tan calificada, no se avergonzó de ser pobre, ni buscó medios ni tratos escrupulosos para enriquecerse, queriendo más la pobreza inocente y segu-



ra, que la abundancia culpable y peligrosa.

El padre de San José, dice San Mateo, que fué Jacob, y San Lucas que fué Heli: ó porque su padre tuvo estos dos nombres, ó porque el uno fué su padre natural y el otro legal. Tambien dice el evangelista, que cuando se desposó con la Vírgen era *vir*; que en latin quiere decir «varon y hombre ya maduro y robusto», que ni es mozo, ni viejo; para que entendamos que era de mediana edad, como era necesario que lo fuese, para que se creyese que Cristo nuestro Señor era su hijo, y la madre no se tuviese por adúltera, y él tuviese fuerzas para tantos trabajos como habia de pasar en servicio de la madre y del hijo: y así no era tan viejo ni tan decrepito como algunos dicen y los pintores pintan; lo cual hacen por ventura para significar que en aquella tan vieja edad no podia haber ardor de concupiscencia, y guardar á la Vírgen el decoro que se le debe. Mas la castidad es don de Dios, y para alcanzarla no bastan solos los muchos años y canas, y la gracia es superior á la naturaleza: y sin duda la pureza de San José, como dijimos, fué tan extremada, que más parecia de ángel que de hombre mortal.

Añade el evangelista San Mateo que San José era *varon justo*; que quiere decir, que no solamente tenía aquella virtud de justicia, que

es una de las cuatro virtudes cardinales, y da á cada uno lo que es suyo, á César lo que es de César, y á Dios lo que es de Dios; sino tambien la otra justicia universal y perfecta que abraza todas las virtudes, y consiste en el cumplimiento de toda la ley de Dios. Era varon justo, perfecto y santo; cabal, y por todas partes cuadrado; y en señal de que San José tenía esta justicia, dice el evangelista, que viendo el santo á su esposa preñada, y sabiendo que no tenía parte en aquella preñez, se determinó á dejarla secretamente por no infamarla ni participar en aquel delito: porque así como era justo, así tambien era benigno y misericordioso, mirado y prudente. La justicia le hacia considerar la obligacion de su persona: la benignidad, lo que debia á la persona de la Vírgen: la prudencia, á no arrojarse á cosa de que á ella se le pudiese seguir infamia, ni dejarse llevar de la pasion de los celos, que suele ser tan furiosa en los esposos que mucho se aman: y esta es la más comun exposicion de aquel lugar del sagrado Evangelio: aunque no faltan otros muchos y gravísimos doctores que dan otra interpretacion á este lugar, y dicen que San José era justo, que quiere decir *humilde*, como cuando Cristo nuestro Señor dijo á San Juan Bautista: «Déjame ahora; que así conviene cumplir toda

justicia», tomando la justicia por la humildad; y que por esta humildad, conociendo la dignidad de la Virgen y el misterio inefable que Dios habia obrado en ella, se tuvo por indigno de estar en su compañía y servirla; y que por esto se determinó á dejarla secretamente, por no tener que dar cuenta á nadie de lo que él hacia y sabia.

Fúndanse estos doctores en que San José sabia cuán deseada habia sido de sus padres, y cuán pedida á Dios aquella Virgen sacratísima; las maravillas que hubo en su nacimiento; su presentacion admirable en el templo; la vida de ángel que hizo en él; la revelacion que hubo en sus desposorios; el voto de perpétua virginidad que le habia comunicado, y el concierto que tenian hecho entre sí de vivir ámbos con pureza virginal; las palabras que habia oido á Santa Isabel en casa de Zacarías cuando dijo á la Virgen: «¿De dónde merecí yo que venga á mi casa la Madre de mi Señor?» Y «bienaventurada eres entre todas las mujeres; porque se cumplirá en tí todo lo que el Señor te ha prometido»: y las que la misma Virgen habia respondido cuando entonó aquel divino cántico del *Magnificat*: las cuales cosas no podia dejar de haberlas sabido, ni despues de sabidas haberlas olvidado; pues eran tan misteriosas, y él tan santo y amigo de Dios.

Ni tampoco podia dejar de estar admirado y suspenso de la santidad de la Vírgen, en cuya vida no hallaba rastro de vanidad, ni de liviandad y desenvoltura, en los ojos, palabras, meneos, gestos y obras; sino que toda ella era un espejo de santidad y un retrato del cielo. Todo esto le traia absorto y suspenso por la grande estima y reverencia que tenía á la Vírgen; y confuso por el conocimiento, que como tan humilde tenía de sí. Y confirmábase más por saber la profecía de Isaías, tan celebrada en aquellos tiempos: *Ecce virgo concipiet, et pariet filium*: que una vírgen concebiria y pariria al Mesías, y que ya era llegado el tiempo, señalado por los profetas, de su venida, y que habiendo de nacer de mujer no habia otra en la tierra que mejor lo mereciese que aquella doncella purísima y divina.

Otros santos doctores siguen la opinion media, y dicen que San José ni creyó de cierto mal de su esposa por verla tan santa, ni entendió el misterio de la Encarnacion del hijo de Dios en sus entrañas tan perfectamente que no estuviese dudoso y perplejo: y que así tomó por partido el dejarla para no tener parte, ó en la culpa del adulterio si la habia, ó en la infamia de la Vírgen si era inocente: y que el Señor permitió que tuviese esta angustia y congoja, para probarle como á justo, ejercitarle

como á santo, darle ocasion de mostrar sus grandes virtudes y hacerle digno testigo y aprobador de la pureza de la Vírgen y de aquel sagrado parto.

Mas de cualquiera manera que ello haya sido, no hay duda sino que San José fué varon justo, y procedió en este negocio tan perplejo y dificultoso como varon enteramente justo y santo; y que mereció ser consolado y enseñado en sueños por el ángel del Señor, y oir aquellas palabras: «José, hijo de David, no temas de vivir con María tu esposa; porque lo que ha concebido en su vientre no es obra de hombre sino del Espíritu Santo. Ella parirá un hijo, al cual tú, haciendo oficio de padre, le llamarás Jesus; porque será verdadero Salvador y salvará de sus pecados á su pueblo.»

En esta misma justicia se comprende la fé maravillosa con que este santo patriarca creyó todo lo que le dijo el ángel, y ejecutó todo lo que le fué mandado en el nacimiento, circuncision y presentacion del bendito niño Jesus en el templo. Y no ménos se ve la excelencia de esta fé y su grande obediencia, cuando de nuevo le apareció el ángel y le mandó que se levantase, y con la Madre y con el Hijo huyese á Egipto, y estuviese en aquella tierra hasta que se lo avisase, porque Herodes le buscaria

para matarle; y José, como era santo y justo, no se turbó ni se escandalizó, ni hizo nuevos y vanos discursos, ni preguntó al ángel cómo le mandaba que huyese, pues le habia dicho que aquel Niño era Salvador; porque el huir no decia bien con aquel nombre y oficio; ni puso dificultades de parte de su pobreza y delicadeza del Niño y de la Madre; ni alegó que en algun rincón de Judea entre sus deudos y conocidos se podría esconder y salvar; ántes con una simplicísima y perfectísima obediencia se levantó luego aquella misma noche, y con la Madre y con el Hijo se puso en un largo, áspero y peligroso camino.

Partióse para tierra no conocida, y vivió tantos años entre gente bárbara é idólatra pasando grandes trabajos, pobreza, molestias, y sobre todo gravísimas aflicciones y quebrantos de corazón por ver las ofensas de Dios y las idolatrías que aquella gente cometía, y la necesidad é incomodidad que padecian aquella Madre y aquel Infante, que eran la riqueza del cielo, sin poderla remediar, sino con el pobre trabajo de sus manos. Con esta misma obediencia volvió de Egipto á Judea, cuando muerto ya Herodes, el ángel le mandó que volviese; y acompañó con la obediencia la prudencia, y desviándose de las tierras de Arquelao, que habia sucedido en el reino á He-

rodes su padre, temiendo que juntamente no le hubiese sucedido en la impiedad, y que el Niño allí no estaria seguro.

En Nazareth estuvo este santo patriarca con su dulcísima Esposa, y aquel amabilísimo Niño, viniendo cada año á Jerusalem para hacer oracion en aquel santo templo, y cumplir la ley de Dios que mandaba que los hombres así lo hiciesen; hasta que siendo de doce años el Niño, le perdieron, y buscaron con gran dolor; y al tercer dia le hallaron con increíble gozo entre los doctores en el templo; y la Santísima Vírgen dijo á su Hijo, que ¿por qué lo habia hecho así, y dado aquel sobresalto tan grande á su padre y á ella, que con tanto dolor le habian buscado? Y el benditísimo Hijo se volvió con ellos á Nazareth y estuvo en su compañía, obedeciéndoles y sirviéndoles, como dice el evangelista San Lucas: *Et erat subditus illis*. En las cuales palabras encarece la dignidad y excelencia de San José, que fué tan grande que sería menester lengua de ángeles para poderla explicar; porque ¿á dónde pudo bajar más la humildad de Dios que á sujetarse á un pobre carpintero?

Y ¿á dónde puede subir la dignidad y soberanía de un hombre más que á mandar y ser obedecido de Dios? En esto se encierra todo lo que se puede decir de los privilegios, vir-

tudes y excelencias de San José, que sin duda fueron tales, cuales debian ser las de un varon santísimo, que era esposo de la Madre de Dios y padre putativo de tal Hijo como dijimos. ¡Qué de resplandores debia tener este gloriosísimo santo en su entendimiento! ¡Qué de luces! ¡Qué de rayos divinos cuando estaba mirando y contemplando al Sol de justicia cubierto, como con una nube, de un cuerpo de niño! ¡Cuando vió la claridad de la noche y juntarse el cielo con la tierra en su nacimiento, cantar los ángeles, adorarle los pastores, postrarse y ofrecerle preciosos dones los reyes, tomarle en los brazos el santo viejo Simeon, y cantar como cisne aquel dulce cántico, y suplicar al Señor que le desatase de la cárcel del cuerpo, pues ya habia visto á la lumbré de los gentiles y gloria de los judíos, y Salvador de todos! ¡Qué ardores, qué encendimientos de amor abrasaban aquel pecho sagrado que estaba siempre pegado al que es fuego que siempre arde y nunca se consume, ántes todas las cosas trasforma en sí! ¡Qué admiracion, qué espanto, qué éxtasis debia padecer el que sabia cierto que aquel Niño á quien él servia y mandaba, era niño y Dios, pobrecito y riquísimo, vestido de carne mortal y de gloria inmortal! ¡Con qué humildad tan profunda, con qué confusion y encogi-



miento de corazón debía aniquilarse delante del Señor del universo, cuando para cumplir con la dispensación de aquel soberano y oculto misterio, él le mandaba alguna cosa, y el humildísimo Niño prontamente le obedecía! Porque si Santa Isabel se espantó cuando vió entrar por sus puertas á la Madre de Dios, y San Juan Bautista salió de sí cuando Cristo vino al Jordan para ser bautizado de él, y San Pedro se arrojó á sus piés, y le rogó que se apartase de él, porque era pecador; y cuando el Señor le quiso lavar los piés exclamó: *Domine, tu mihi lavas pedes?* Señor, ¿vos me lavais los piés? y añadió: «Para siempre jamás no me los lavareis»: y hasta el centurion con ser gentil, se tuvo por indigno de que el Señor entrase en su casa; ¿cuánta más razón tenía San José para aniquilarse en el profundo abismo de su nada, viendo á Dios eterno y Creador del universo, de día y de noche, siendo niño y siendo mozo humillado delante de sí? Y si la sacratísima Vírgen con las pocas palabras que habló á Santa Isabel, fué medio para que el Señor santificase al gran Bautista en las entrañas de su madre, y de recudida la misma madre quedase llena del Espíritu Santo, ¿qué espíritu, qué gracia, qué ardor y fuego divino pensamos que pegaría á su dulcísimo esposo hablándole tantas veces y tan fa-

miliar y amorosamente tan largos años, de los altísimos é inefables misterios de Dios que pasaban por sus manos? Y pues ella es la puerta del cielo, la tesorera por cuyas manos se reparten y dispensan á todos los divinos dones, ¿para quién habia de querer más ni con quién habia de procurar que se repartiase con más larga mano de los dones del cielo, que con aquel que por nudo y union de aquel castísimo matrimonio, era una misma cosa con ella? Y así no se debe dudar sino que fué más esclarecido de conocimiento y luz el que estaba más cerca de la divina luz y más encendido en amor; el que estaba más conjunto con el fuego divino y que participaba más de la virtud de la raíz; el que estaba más pegado con la misma raíz, y que fué más rico de tesoros y gracias; el que bebió tantas veces á boca llena de la fuente de la misma gracia, y por cuya mano se descubrió al mundo la vena y minero de todos los tesoros y riquezas de Dios.

Todas las virtudes en sumo grado tuvo este santo patriarca; gran fe, grande esperanza y grandísima caridad, virginal y celestial pureza, profundísima humildad, perfectísima obediencia, rara simplicidad, singular prudencia, maravillosa fortaleza y constancia, increíble paciencia y mansedumbre, vigilancia cuida-

dosa, solícita providencia, y un silencio tan extraño, que no leemos en todo el Evangelio palabra que haya hablado San José; porque no era hombre de palabras sino de obras, y estaba tan absorto en la contemplacion del sumo bien que tenía consigo, y tan trasportado de aquella altísima admiracion, que dice San Lucas que tenía, considerando y rumiando lo que veia en el niño y oia de él, que estaba como mudo, hablando con solos los sentimientos, afectos y obras, reverenciando con tanto silencio lo que le causaba aquella tan inefable admiracion.

Finalmenté, fué tan acabado y perfecto San José, que más se podia llamar varon divino que hombre mortal; y á la medida de su caridad y altos merecimientos recibió el galardón y la corona de la gloria; y así no hay duda, sino que este santísimo patriarca está en el cielo en lugar eminentísimo; y algunos doctores dicen, que está en cuerpo y en alma, así por no saberse dónde está su cuerpo, y si estuviese en la tierra no querria el Señor que estuviese escondido y careciese de aquella honra que tienen otros menores santos; como por que si los muertos que resucitaron, despues que Cristo nuestro Señor resucitó, y aparecieron á muchos en Jerusalem, subieron al cielo, en cuerpo y en alma, el dia de la Ascension

con el mismo Señor, como muchos graves doctores dicen; piadosamente se puede creer que no negó el Hijo de Dios á su padre putativo este privilegio que á tantos otros concedió.

Los años que vivió San José no los dice el Evangelio ni otra escritura auténtica, ni el tiempo en que murió: lo que se tiene por más cierto es, que era muerto al tiempo de la pasión del Señor; porque si viviera, no encomendara él desde la cruz á otro su benditísima Madre. Y algunos dicen que era ya muerto cuando Cristo hizo el milagro en las bodas de Caná de Galilea; porque diciéndose que la Virgen y Cristo y sus apóstoles se hallaron en ellas, no se dice nada de San José. Pero esto no es cierto: sólo es, que despues que Cristo nuestro Señor, siendo ya de doce años, se fué á Nazareth con su Madre y con su Padre putativo, estuvo con ellos como hijo sujeto á sus padres, sirviéndoles y obedeciéndoles como queda referido; y este tiempo parece que debería ser algunos años; pero cuántos hayan sido, el Señor que lo sabe, lo sabe todo.

El cuerpo de San José fué sepultado en el valle de Josafat, como dice Beda, y cerca del sepulcro donde despues fué tambien depositado el cuerpo de la sacratísima Virgen en el mismo valle, entre el monte Sion y el monte

Olivete, como dice Bucardo; queriendo nuestro Señor que los sepulcros del esposo y esposa, que tanto y tan puramente se habian amado, fuesen juntamente de los fieles reverenciados. De San José, demas de lo que se halla en las sagradas Letras, y aquí queda referido, muchos y muy grandes santos han escrito homilías, sermones y tratados en sus alabanzas.





## VIDA DE SAN JOAQUIN

PADRE DE LA MADRE DE DIOS

**A**UNQUE San Joaquin, padre de la madre de Dios, fué santísimo y muy noble, y pertenezca la dignidad y gloria de los padres á los hijos, con todo esto tenemos muy poca noticia de su vida y heróicas virtudes, y en la Santa Escritura no se hace clara mencion de él, lo cual no carece de grandes misterios y de razon muy conveniente; porque, como advierte Caterino, habiéndose celebrado la Vírgen en la Santa Escritura por Madre de Dios, convenia callarse el nombre de sus padres, para dar á entender que la grandeza y nobleza de la Madre de Dios era por su Hijo, por el cual tambien estaba exenta de pecado original: porque, aunque los padres de la Vírgen fueron nobilísimos y muy santos, con todo eso tuvieron pecado original; pero no comunicaron esta

mancha á su hija que habia de ser Madre de Dios. Hay con todo eso muchos autores antiguos que hacen mencion de San Joaquin, y nos significan, aunque con muy pocas palabras, los grandes merecimientos y virtudes que tuvo, de los cuales recogeremos lo que se sigue.

Fué San Joaquin galileo, de la ciudad de Nazareth, de linaje real, y el más ilustre de toda Judea; porque era de la tribu de Judá y descendia por línea recta del rey David. Su padre se llamó Mathat y su madre Esthat, la cual era de la misma sangre real de David; de manera que por padre y madre era nobilísimo y descendiente de los dos hijos del rey David, Nathan y Salomon, y de otros muchos reyes y grandes capitanes. Fué desde niño castísimo, y de tan grande santidad, que muchos años ántes que naciese, reveló Dios su nacimiento y nombre, manifestando á los sabios de la ley como se habia de llamar Joaquin el padre de la Madre del Mesías, como lo refiere el P. Canisio de los rabinos antiguos. Es este nombre de Joaquin, muy competente para el que habia de ser padre de aquella doncella que habia de concebir y parir al Señor del mundo, porque Joaquin quiere decir «la preparacion del Señor»; y como dice San Epifanio, por él se preparó el tem-

plo al Señor del mundo, que fué la santísima Virgen María, su hija. Era muy rico; y siendo ya hombre, se casó con una honestísima y virtuosísima doncella de Belen, llamada Ana, de iguales riquezas y calidad. Eran muy semejantes en la virtud y santidad; y así vivían como dos ángeles, viviendo los dos en carne, sin los deleites de la carne; porque nunca se juntaron por gusto sensual, sino movidos de amor de Dios por deseo del bien de la generación, y esto raras veces. No gastaba San Joaquin su hacienda y la de su mujer superfluamente, sino empleándola en obras pías, de lo cual se holgaba mucho su santa compañera.

Hacia tres partes de todas sus rentas; la una daba al templo del Señor y gastaba en sacrificios y oblaciones; la otra empleaba en hacer limosnas á pobres y hospedar los peregrinos, virtud muy alabada en las sagradas Letras y ejercitada de los santos patriarcas; y con la tercera parte sustentaba su casa honestamente. Oraba mucho y ayunaba, acompañándole en todos los actos de virtud su santa mujer Ana; los cuales vivieron en esta tan religiosa vida y en tan gran conformidad hasta muy viejos, pero sin tener hijos ni haberse hecho preñada Santa Ana. Esto les era ocasión de grande humillación; porque entre los



judíos se tenia por cosa afrentosa ser estériles, atribuyendo á pecados de los padres la falta de hijos, y se tenia por maldito quien no dejaba descendencia de sí.

Hicieron muchas devociones para que les concediera el Señor algun fruto de bendicion que les librara de aquella afrenta: oraban mucho, derramando copiosas lágrimas para que Dios les oyese; acompañaban la oracion con largos y rigurosos ayunos, y añadieron un voto, en que prometieron á Dios de dedicarle lo que les naciese. Precedió esta esterilidad en los padres de la Vírgen, porque, como nota San Juan Damasceno, convenia que para aquello que habia de ser nuevo debajo del sol, y el principal de todos los milagros, se dispusiese su camino por milagros. Sucedió que yendo una vez al templo en la fiesta de las Encenias, cuando concurría infinita gente, fueron más notados los santos casados por el oprobio de la esterilidad. Tornaron á suplicar á Dios con más instancia les diese alguna sucesion; y para recabarlo más fácilmente, se salió San Joaquin de la ciudad, y se fué á un lugar desierto en el monte á vacar á solo Dios, ejercitándose todo en oracion y ayunos. Lo mismo hizo Santa Ana en una huerta que tenía. Oyó últimamente el Señor los ruegos de San Joaquin, y despues de cuarenta dias de

ayuno le consoló con enviarle un ángel que le dijese como Ana su mujer habia de concebir una doncella Santísima, escogida de Dios para madre suya; la cual habia de parir al Mesías tan deseado de aquel pueblo. Tuvo tambien Santa Ana otra revelacion semejante. Confiaron entre sí los santos esposos la merced que Dios les habia prometido, dándole infinitas gracias y quedando gozosísimos y llenos de devocion y consuelo.

No se puede explicar lo que pasaba por el corazon de San Joaquin y Santa Ana, viéndose padres de la que habia de ser señora de cielo y tierra, y Madre del mismo Dios. Todo se les iba en pensar la prenda tan rica que tenia Santa Ana en su vientre, y dar á Dios mil alabanzas por tan singular favor, esperando por momentos el dichoso dia en que habia de salir á luz hija tan deseada, no solo de ellos, sino de todo el mundo y de los mismos ángeles. Al fin les nació, viviendo en Nazareth aquella benditísima niña, sobre la cual echó Dios todas sus bendiciones. ¿Quién podrá declarar la alegría de San Joaquin cuando viese en sus brazos la que habia de ser Madre de Dios? ¡Con qué reverencia la miraria viendo la hermosura de la niña que admiraba al cielo y tierra! Todo el cielo se regocijó en su nacimiento. Pues quien la tocaba tan de cerca co-

mo á San Joaquin, ¡qué contento tendria! Puso á su hija por nombre María, conforme se lo habia Dios mandado por el ángel. Al cabo de ochenta dias fueron San Joaquin y Santa Ana á Jerusalem á cumplir la ley de la purificacion para ofrecerla en el templo; y habiendo cumplido con singular devocion y agradecimiento con las oblaciones que mandaba la ley, y otros sacrificios que hicieron, tornaron á su casa con su querida hija, teniendo en ella el templo vivo de la Santísima Trinidad. Criáronla con la reverencia y amor que merecia tal hija, dándola la leche de sus mismos pechos Santa Ana, su madre: y aunque sentia un consuelo inexplicable con la compañía de la niña, estaban tan abrasados de amor de Dios, y tan agradecidos al beneficio que con tal fruto de bendicion habian recibido, que no veian la hora en que la habian de dedicar al templo, y cumplir el voto que habian hecho de consagrarla al Señor: y así, apenas la hubieron destetado, cuando siendo solo la niña de solos tres años, se determinó San Joaquin de llevarla á Jerusalem y entregarla á los sacerdotes en el templo, privándose él y su santa mujer de tener en su casa tal hija. Pero para no estar muy lejos de ella, se resolvieron de mudar de habitacion y vivir en Jerusalem, donde habia de quedarse su santísima hija; porque el

sumo amor que la tenían no les permitía estar del todo ausentes.

Llegándose, pues, la festividad de las Encenias, que era por el mes de Noviembre, se partió San Joaquin con Santa Ana, su mujer, y con su benditísima hija para Jerusalem, y habiendo hecho las oblaciones y sacrificios de la ley, entregaron aquella preciosísima ofrenda á los sacerdotes, dándoles razon de su intencion y voto. Quedaron admirados los sacerdotes de la piedad de los padres y mucho más de la devocion, modestia y peso de la niña con que se ofrecia al Señor; y poniéndola entre las otras vírgenes en una parte del templo, que estaba diputada para crianza y habitacion de ellas, la miraban como un tesoro divino. Despidióse San Joaquin de su hija con muchas lágrimas y ternura, quedando grandemente consolado de ver cumplidos sus deseos. Los años que le quedaron de vida, que fueron solamente nueve, frecuentaba lo más que podia el templo, á donde habia depositado el templo vivo de Dios, y más precioso que el cielo empíreo, su santísima hija; hasta que siendo ya de ochenta años dió su espíritu al Señor que le crió, dejando á su hija única María de once años por heredera universal de toda su hacienda: mas la Vírgen Santísima quiso ser pobre voluntariamente, para pare-

cerse más á su santísimo Hijo que se quiso hacer pobre por nosotros.

Esto es lo que sabemos de la vida de San Joaquin. No hay duda sino que llegó á tener una santidad excelentísima; y así hablan los santos con grandes alabanzas de él y de Santa Ana, su mujer. San Juan Damasceno, dice: «¡Oh bienaventurada junta, Joaquin y Ana, á los cuales está obligada toda criatura; porque por vosotros ofreció al Criador aquel don que se aventaja á todos los dones del mundo; esto es, á su castísima madre, la cual sólo fué digna de su Criador!» Luego torna á repetir: «¡Oh bienaventurado par, Joaquin y Ana! Bien os dais á conocer que sois immaculados por el fruto de vuestro vientre; porque como dijo una vez el Señor: De sus frutos los conoceréis; hicísteis una vida agradable á Dios, y como era digno hiciesen los padres de tal hija, como nació de vosotros. Cumplísteis vuestro oficio casta y santamente, y produjísteis el tesoro de la virginidad.» En otra parte dice: «Aquel varon divino, Joaquin, y su mujer Ana alcanzaron el fruto de la oracion», porque por oraciones alcanzaron tener por hija á la Madre de Dios. Por donde parece que fueron las personas que mejor oraron hasta aquel tiempo; pues fué digna su oracion de la mayor merced que Dios habia hecho; y así, fuera de San Juan

Damasceno, atribuyen San Epifanio y San Gregorio Niseno á la santidad y oraciones de San Joaquin y de Santa Ana, haber nacido de ellos la Madre de Dios. Fueron los casados más santos que hasta allí hubo en el mundo, y su matrimonio fué en el que más se habia agradado á Dios; y así dijo un ángel á Santa Brígida : «Como Dios hubiese visto todos cuantos matrimonios consumados, santos y honestos ha habido desde la creacion del mundo hasta el último que se hiciere al fin de él; ninguno vió semejante al de San Joaquin y Santa Ana, en tanta caridad divina y honestidad; y así le plugo que se engendrarse el cuerpo de su castísima Madre de este santo matrimonio.»

Seamos devotos de estos gloriosos padres de la Madre de Dios, pues son tan grandes sus méritos y eficaces sus oraciones; porque así como la Vírgen puede mucho con Dios, por ser Madre suya, así ellos pueden mucho con la Madre de Dios por ser hija suya, la cual se huelga que honremos á sus santísimos padres.



[Faint, illegible text at the top of the page]

[Extensive block of very faint, illegible text, likely bleed-through from the reverse side of the page]



## VIDA DE SANTA ANA

### MADRE DE LA MADRE DE DIOS

**L**A bienaventurada Santa Ana, madre de nuestra Señora Santa María, Madre de nuestro señor Jesucristo, fué natural de Belen, hija de Estolano, y por otro nombre Gaziro y de Emerencia, y fué mujer de San Joaquin, galileo, de la ciudad de Nazareth. Los dos eran de la tribu de Judá y del real linaje de David: ejercitábanse continuamente en la guarda de la ley de Dios, en oraciones y santas obras, y particularmente en limosnas; porque dividian la renta que cada año cobraban de su hacienda en tres partes; de las cuales la una gastaban en su casa y familia, la otra en el templo y con sus ministros, y la tercera daban á los pobres. Vivian muy afligidos estos santos casados por haberlo sido veinte años sin tener fruto de bendicion, por lo cual andaban como



avergonzados y corridos, y apartados del trato y conversacion de los otros hombres de su calidad, hasta que un dia apareció un ángel á San Joaquin y le dijo que Ana su mujer pariría una hija, á quien pondrian por nombre María; la cual sería llena de Espíritu Santo, y más ilustre y dichosa que Sara, Rebeca, Raquel y todas las otras excelentes mujeres que ha habido en el mundo; y como el ángel lo dijo, así se cumplió.

Concibió Ana de su marido Joaquin y parió á la serenísima reina de los ángeles, nuestra Señora la Vírgen María. No tenemos otras cosas ciertas y averiguadas de la vida y muerte de Santa Ana. Algunos dicen que murió despues de haber nacido Jesucristo nuestro Redentor, en 26 de Julio, imperando Octaviano. Lo que podemos afirmar seguramente, es que tiene eminentísimo lugar en el cielo; pues así como la mayor alabanza que se puede dar á nuestra Señora es llamarla Madre de Dios, porque en este apellido se encierran todos los privilegios, gracias y preeminencias que competen á tal Madre, así la mayor loa que se puede dar á Santa Ana, es llamarla madre de la Madre de Dios y abuela de Jesucristo; del cual no hay duda sino que fué muy regalada y favorecida, y enriquecida de todas las virtudes que convenia tuviese la que se podia

tener por tal, y á boca llena llamarse abuela del Hijo de Dios. Y si el agua es tanto más pura cuanto se coge más cerca de su fuente, ¿qué debemos nosotros creer de la grandeza, excelencia y pureza de esta gloriosa Santa que bebió y se hartó de la misma fuente de todas las virtudes y gracias, y segun la carne le fue más conjunta persona que ninguna otra criatura, despues de su bendita hija y Madre del mismo Dios?

Escribieron de Santa Ana San Epifanio, *Hæves* 68; San Juan Damasceno, lib. IV, capítulo 15. Tambien anda entre las epístolas de San Jerónimo una que es la 101, en que se trata de Santa Ana y del nacimiento de nuestra Señora; y el Martirologio romano y los demas hacen mencion de Santa Ana.

El papa Gregorio XIII el año de 1584, que fué el duodécimo de su pontificado, en el primer dia de Mayo mandó que se celebrase por toda la Iglesia católica la fiesta de Santa Ana, con solemnidad de fiesta doble, á los 26 de Julio, que es el dia de su fiesta.







## LA FIESTA

### DE TODOS LOS SANTOS

**E**NTRE todas las fiestas que la santa Iglesia ha instituido por todo el año en reverencia de los bienaventurados que están en el cielo, la más solemne y de mayor devocion es la que celebra el primero dia de Noviembre en conmemoracion y honra de todos los santos, porque en esta fiesta los abraza á todos sin excluir alguno, y se encomienda á ellos é invoca y llama en su favor á toda aquella bienaventurada compañía y córte celestial. Instituyó esta fiesta en Roma el papa Bonifacio IV de este nombre en honra de la gloriosísima Vírgen María nuestra Señora y de todos los santos mártires, consagrando al Señor aquel famosísimo y suntuosísimo templo, que no Domiciano, emperador, como dice Adon, sino Marco Agripa, ciudadano romano y gran privado del

emperador Octaviano Augusto, habia dedicado á Júpiter Vengador, como dice Plinio, despues de la batalla naval en que Octaviano venció á Marco Antonio y quedó señor absoluto del imperio romano.

Llamó Agripa á este templo Panteon, que quiere decir «casa de todos los dioses», porque en él todos los falsos dioses de la antigüedad eran venerados. Y dado que, despues que el emperador Constantino se convirtió á nuestra santa fé, y comenzó á edificar templos á Jesucristo nuestro Salvador, los cristianos derribaron muchos muy magníficos y maravillosos templos de los gentíles, para que no quedasen en pié los lugares en que se habian ofrecido tan sucios y abominables sacrificios al demonio; por esta razon en Alejandría asolaron el templo de Serapis, en Gaza el de Marna, en Apamea el de Júpiter, en Cartago el de Celeste, y en otras partes otros muchos que eran tan soberbios y de tan excelente arquitectura, que se tenian por milagros del mundo; todavía despues juzgaron que era mejor, ya que estaba caida y rendida la gentilidad, que donde ántes habia sido servido el demonio, fuese servido el verdadero Dios, y que los mismos templos profanos y abominables se purificasen con las ceremonias que usa la Iglesia católica, y santificados y adornados

con las reliquias de los mártires se consagra-  
sen al Señor; como se ve en San Gregorio  
Magno, que en una epístola escribe al rey de  
Inglaterra, que poco ántes se habia convertido  
á la fé, que haga echar por el suelo los tem-  
plos de los ídolos; y despues que ya la cris-  
tiandad habia echado algunas raíces en aquel  
reino, para que los flacos no se turbasen,  
mandó á Melito, obispo, que no se arruinasen  
los templos de los paganos, sino que se con-  
virtiesen en iglesias de cristianos.

Siguiendo, pues, esta órden Bonifacio IV,  
que fué sumo pontífice poco despues de San  
Gregorio, porque Sabiniano y Bonifacio III,  
que inmediatamente le sucedieron, áun no vi-  
vieron tres años, dedicó el Panteon que Agri-  
pa habia edificado á todos los dioses, en hon-  
ra de la sacratísima Vírgen María nuestra Se-  
ñora, y de todos los santos mártires, que eran  
los que en aquel tiempo se celebraban en la  
santa Iglesia, y llamó á aquella iglesia *Sancta  
Maria ad Martyres*, y hoy se llama Nuestra  
Señora la Rotunda; y mandó que se celebrase  
fiesta en Roma á los 13 de Mayo en que se  
hizo la dedicacion, y en este dia la pone el  
Martirologio romano. El cardenal Baronio  
dice, que en un libro antiguo de aquella Igle-  
sia, escrito de mano, halló que se llevaron y  
colocaron en ella con gran solemnidad veinte

y ocho carros de huesos de santos mártires, sacados de diversos cementerios de aquella santa ciudad.

Esto es lo que mandó el papa Bonifacio IV, mas despues Gregorio, asimismo papa IV, que murió por los años del Señor de 844, ordenó que la fiesta que se hacia en Roma á 13 de Mayo en honra de nuestra Señora y de todos los mártires, se hiciese por toda la cristiandad el primero dia de Noviembre en reverencia de ellos y juntamente de todos los santos confesores y moradores del cielo. Por esta causa se llama la Fiesta de todos los Santos, y se guarda en toda la Iglesia, y particularmente en la de Nuestra Señora la Rotunda de Roma con singular regocijo y devocion, y esta es la primera causa de la institucion de esta fiesta. Pero otras hay de no menor consideracion, entre las cuales una es la obligacion tan precisa que tenemos de glorificar al Señor en sus santos, y de honrar los mismos santos que tambien le supieron honrar, y nos dejaron tan raros ejemplos en su santidad, para que los imitásemos; y ahora con sus oraciones nos ayudan y sustentan.

Pues siendo como son los santos innumerables, y que por ser tantos no se pueden todos en particular y cada uno por sí celebrar, fué cosa convenientísima que se instituyese un dia

para que en él á lo ménos los alabásemos y pidiésemos su favor, y mostrásemos la piedad y devocion que tenemos con todos, sin excluir á ninguno. Otra razon es la que se escribe en el libro llamado Orden romano: *Ut quidquid, dice, humana fragilitas per ignorantiam, aut negligentiam in solemnitatibus, et vigiliis sanctorum minus plene peregit, in hac observatione sancta solvatur*, para que todo lo que la humana fragilidad hubiere faltado entre año en las fiestas y vigilias de los santos, ahora sea por nuestra ignorancia, ahora por nuestra negligencia, se recompense en esta fiesta y se supla con el mayor fervor de nuestra devocion.

Otra razon es la que la santa Iglesia nos da en la oracion del oficio divino que reza este dia: *Ut desideratam nobis tuæ propitiationis abundantiam, multiplicatis intercessoribus largiaris*. Para que lo que por nuestros grandes pecados no habemos podido alcanzar del Señor, por intercesion de cada uno de los santos, hoy lo alcancemos por los ruegos de toda aquella corte y bienaventurada compañía, que postrada delante del acatamiento de la Santísima Trinidad, le representan nuestras plegarias y oraciones, y con singular afecto y caridad le piden que nos oiga y otorgue lo que por medio de tantos y tan grandes siervos y amigos suyos le suplicamos.



Pero la principal razon de la institucion de esta fiesta es animarnos á la imitacion de todos los santos, proponiéndonos su vida perfectísima y divina, y la gloria inenarrable que por ella alcanzaron, como dice San Bernardo; para que en nuestra conversacion sigamos á los que con esta tan solemne fiesta veneramos, y corramos con grandes pasos á la bienaventuranza de los que tenemos por bienaventurados, y seamos favorecidos con el patrocinio de los que nos recrean con sus alabanzas; y San Agustin dice: «Aquellos de verdad celebran las gozosas fiestas de los santos mártires que siguen las pisadas y ejemplos de los mismos mártires; porque no son otra cosa las solemnidades de los mártires, sino unas encendidas exhortaciones, para que no seamos perezosos en imitar lo que celebramos con gloria.» Hasta aquí son palabras de San Agustin.

Para esto la santa Iglesia nos lee hoy en la misa el Evangelio de las bienaventuranzas, en que nos descubre el camino por donde todos los santos anduvieron y nosotros debemos andar: la humildad y pobreza de espíritu, la mansedumbre y lágrimas, la hambre y sed de la justicia, la misericordia y las otras virtudes que tuvieron; y juntamente el galardón y posesion de la tierra de los vivientes, y rei-

no del cielo que por ellas se les dió. Y porque los ejemplos de los santos se deben leer en las vidas particulares de cada uno de ellos, y todos se resumen y están cifrados en estas bienaventuranzas, que son los medios para alcanzar la gloria y bienaventuranza de la patria que ahora poseen, la cual aunque con diferentes grados, es una y la misma de todos; para que más nos inflamemos al amor de la virtud, y á imitar la vida de los mismos santos, quiero aquí tratar del inmenso gozo y gloria inenarrable que ellos poseen, pues la santa madre Iglesia, celebrando su fiesta hoy nos la representa.

Mas, ¿qué lengua, aunque sea de los mismos santos, podrá explicar la gloria que ellos poseen, ó qué entendimiento comprenderá aquel Bien que sólo es bien y fuente y causa de todos los otros bienes? El apóstol San Pablo dice, que el ojo no vió, ni la oreja oyó, ni el corazón del hombre comprendió los bienes que Dios tiene aparejados para los que le aman. No puede el ojo verlos, porque no tienen color; ni la oreja oírlos, porque no tienen sonido; ni el corazón humano comprenderlos, porque aquellos bienes no son humanos, sino divinos, é infinitamente exceden su capacidad.

El angélico doctor Santo Tomas enseña,

que tres cosas que en sí son finitas, en cierta manera son de infinita grandeza y dignidad. La primera es la humanidad de Jesucristo nuestro Salvador, que por ser unida en una misma persona con union hipostática con la divinidad, es de infinita dignidad, y no se puede decir que Cristo es pura criatura. La segunda cosa es la sacratísima Vírgen María nuestra Señora; la cual, aunque en sí es pura criatura, finita y limitada; mas por ser Madre de Dios y haber concebido en sus entrañas y parido al Verbo eterno, que es infinito é incomprendible, tiene en sí una cierta grandeza inmensa y una prerogativa de infinita excelencia. La tercera es la gloria y bienaventuranza de los santos: la cual, dado que en sí sea finita y tasada, porque los mismos santos y bienaventurados tambien lo son; mas en cierta manera se dice ser infinita; porque ven y gozan eternamente de aquel Bien que es infinito, y que los mismos santos no pueden entera y perfectamente comprender.

Es tan grande esta bienaventuranza, que el hombre que la posee, en cierta manera se hace Dios, no por naturaleza, sino por gracia y participacion, á la manera que dice San Pedro: *Utefficiamini divinæ consortes naturæ*: para que seais particioneros de la naturaleza divina: porque así como la bondad hace al hombre

que la posee bueno, la justicia justo, la sabiduría sabio, la fortaleza fuerte, la hermosura hermoso y las otras calidades le califican y le dan el apellido de su nombre, así dice gravemente el alto y filosófico teólogo Severino Boecio, que la propiedad de la divinidad es hacer divinos, y de la deidad hacer dioses; y que este es el premio que da Dios á los santos en el cielo, que es hacerlos en cierta manera dioses, para que se cumpla aquello del real profeta: *Ego dixi: Dii estis, et filii excelsi omnes;* porque así como los muy poderosos reyes se sirven de los grandes de su reino, y muchas veces de los que son de su casta y sangre, así Dios nuestro Señor en aquella su imperial corte, donde todos los santos y bienaventurados le sirven, para que más resplandezca su soberana majestad y grandeza, quiere que todos ellos sean reyes, y en cierto modo parientes suyos, comunicándoles por gracia, lo que él tiene por naturaleza, á cada uno conforme á su capacidad, y dándoles una cierta semejanza suya; de la cual dice el apóstol San Pablo: «Todos nosotros, descubierta el rostro, contemplando la gloria del Señor, seremos transformados en la misma imágen y vestidos de su gloria y claridad, derivada en nosotros de la claridad y gloria que él tiene, y seremos como un espejo que recibe y representa en sí

la imágen del que le mira»: y el discípulo querido del Señor dice: «Cuando el Señor apareciere, entonces seremos semejantes á él»; de suerte que como una gota de agua, mezclada con gran cantidad de vino, toma el color y el sabor del vino, y como el hierro encendido y hecho ascua en la fragua quedando hierro, deja las propiedades de hierro y se viste de las del fuego, y como el aire investido y penetrado de los rayos del sol, se viste de su luz y resplandece con su claridad, y como el espejo que recibe derechamente los rayos del sol, nos representa una semejanza del mismo sol; así los bienaventurados, alumbrados de aquella lumbre divina, y vestidos de aquella inmensa luz de Dios, participan de su deidad y se transforman en su semejanza é imágen.

Esta bienaventuranza de los santos, dicen los sagrados teólogos que se divide en dos partes: la primera es la gloria esencial, que es la más principal y sustancial parte de su bienaventuranza; la segunda es accesoria y accidental, y ménos principal, como más abajo declararemos. La gloria esencial es una total conjuncion y union del alma con Dios, purísima, amabilísima é inexplicable, colmada de todos los bienes y apartada de todos los males.

Esta conjuncion y union con Dios, consiste en la vista clara del mismo Dios, de la cual dice San Agustin: *Quæ visio est tota merces*, que todo el premio y toda nuestra bienaventuranza es ver á Dios. Porque aunque acá en la tierra, por ver un hombre al rey no es rey, ni por ver cosas hermosas es hermoso, ni alegre por ver cosas alegres, porque todas estas cosas son bajas y limitadas, y fuera del hombre que las ve; pero Dios es un bien tan inmenso, tan infinito é incomprensible, y tan lleno de infinitas perfecciones, que al que le ve en la gloria, le arrebatada y transforma en sí; y segun su capacidad le llena de sí mismo y de todos los bienes que posee; y con esta gloriosa vista da al alma del bienaventurado una posesion eterna de sí, y un gozo sobre todos los gozos. De esta vista dice el glorioso padre San Agustin estas palabras: «Allí veremos, amaremos y alabaremos: veremos en vuestra lumbre, ¿y qué lumbre veremos? Una lumbre inmensa, incorpórea, incorruptible, incomprensible, que nunca se apaga, inaccesible, increada, verdadera, divina, que alumbrada los ojos de los ángeles, y alegre y conserva en su vigor á todos los santos, y es lumbre de todas las lumbres y fuente de vida, que sois vos, mí Dios; porque vos sois aquella lumbre en cuya luz vemos la luz, á vos en vos; y con el res-

plandor de vuestro rostro os veremos cara á cara. Ver la cara de Dios vivo es ver el sumo bien, el gozo de los ángeles y de todos los santos, el premio de la vida eterna, la gloria de los espíritus bienaventurados, júbilo sempiterno, corona de hermosura, palio de felicidad, descanso abundantísimo, hermosura de paz interior y exterior alegría, paraíso de Dios, Jerusalem celestial, vida beatífica, cumplimiento de toda bienaventuranza, gozo de eternidad y paz de Dios, que sobrepuja todo sentido.» Todo esto es de San Agustín.

¿Qué será ver aquella esencia tan admirable, tan simplicísima y tan comunicable, y ver en ella de una vista el misterio de la beatísima Trinidad? ¿Ver al Padre en el Hijo, y al Hijo en el Padre, y en el Padre y en el Hijo al Espíritu Santo? Ver sin sombras ni figuras, cómo el Hijo eternamente es engendrado del Padre, cómo el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, como de un principio; cómo ninguna de las tres personas es mayor, ni menor, ni más noble, ni ménos noble que la otra; cómo el Padre no fué ántes del Hijo, ni el engendrado es despues del que le engendró; mas todas las tres personas son en todo iguales, coeternas y de infinita excelencia y dignidad.

Allí ven aquel nudo indisoluble con que la

divina naturaleza se juntó con la humana, en una persona de Jesucristo; y de tal manera se unió el que es infinito con lo finito, y Dios con el hombre, que se puede con verdad decir, hablando de Cristo: Dios es hombre y el hombre es Dios. En esta vision de la Santísima Trinidad y del misterio de la Encarnacion del Verbo eterno, consiste principalmente la bienaventuranza. Pero no solamente los santos ven á Dios en Dios, sino tambien ven á sí en Dios y todas las cosas en Dios; porque como dice San Fulgencio, así como el que tiene un espejo delante, ve el espejo y ve á sí mismo en el espejo, y ve todas las otras cosas que están delante del espejo, así los santos teniendo aquel espejo sin mancilla de la majestad de Dios, ven á él, y se ven en él y todo lo que está fuera de él, segun el conocimiento mayor ó menor que tienen de él: porque así como acá todas las criaturas son como un espejo, aunque oscuro é imperfecto, que nos representan á Dios, así allá el mismo Dios es como un espejo lucidísimo, clarísimo y perfectísimo, que con una simplicísima vista representa á los bienaventurados todas las excelencias y propiedades de las criaturas mucho más perfectamente que no están en ellas; y los secretos y misterios escondidos de Dios, que los más sabios y altos ingenios, quemándose



las cejas y quebrándose las cabezas, no pueden con todo su estudio y diligencia rastrear, escudriñar, ni de mil partes investigar, allí los ven claramente en su fuente, y alcanzan el cumplimiento de su deseo.

Allí ven como la tierra, el agua, el aire y fuego y todos los elementos fueron criados de nada: el cielo adornado de tantas y tan esclarecidas lumbres y estrellas, y cada cosa colocada en su lugar con admirable orden y armonía. Allí ven la sapientísima y maravillosa distincion, hermosura y disposicion de los nueve coros de los ángeles, repartidos en tres gerarquías. Allí ven como todas las gracias naturales y sobrenaturales de tal manera se derivan de aquella fuente manantial y perenne, y descienden en las criaturas que no se apartan jamás de su fuente como el rio de su origen, sino que siempre están en ella enteramente, como una luz que se comunica y se reparte en muchas luces, sin algun detrimento suyo ó disminucion.

Ven como todos los dones de Dios siempre son nuevos, porque en él no hay diferencia de tiempos, ni pasado ni porvenir, mas una eternidad, tiempo sin tiempo presentísimo. Ven como siendo Dios un bien simplicísimo, incommutable é indivisible, unos participan de él más y otros ménos, á modo del sol que comu-

nica más ó ménos su calor y su luz, segun la disposicion que halla. ¿Pues qué diré de los secretos juicios de Dios, y de los maravillosos efectos de su divina providencia, que son un abismo sin suelo, y no se pueden apepar y agotan el humano entendimiento? ¿Por qué en esta vida uno es rico, otro pobre; uno sano, otro enfermo; uno robusto, otro flaco; uno hermoso y otro feo; uno de agudo, y otro de rudo ingenio: y lo que es más, por qué una criatura muere ántes del bautismo y va al limbo; y otra, en recibiendo el bautismo vuela al cielo? ¿Por qué á uno de los ladrones que fueron crucificados con Cristo, le dió tan extraordinaria gracia para que le conociese y le confesase por Dios, y al otro dejó morir en su pecado? ¿Por qué permitió que cayese Judas en tan detestable y horrible maldad, y guardó á los demas apóstoles para que no cayesen en ella? ¿Por qué, como escribe San Agustin, el bueno es pobre, y el malo es rico; el malo anda alegre y contento; y el bueno triste, congojado y afligido? ¿Por qué el inocente y sin culpa sale del juicio condenado, y el perverso acusador triunfa y se alaba de haberse vengado del que no lo merecia; y el pecador tiene entera salud, y el justo está consumido y podrido de enfermedades? ¿Por qué los que daban esperanza de ser provechosos

con sus vidas, son arrebatados de la muerte ántes de tiempo, y otros que no parece que habian de nacer se logran y viven largos años? ¿Por qué está sentado en el trono y sublimado en honra y dignidad el que es oprobio y escándalo de la república; y el que es justo, pacífico y provechoso está arrinconado y sepultado en perpétuo olvido?

Finalmente, allí ven que todas las obras de Dios son mezcladas con justicia y con misericordia, y que de todas saca el Señor su gloria; y que si permite algunas que á nuestros ojos flacos parecen desbaratadas y fuera de camino, no lo son, sino muy acertadas y convenientes para mayor bien nuestro, gloria y ensalzamiento del que con tanta providencia y deseo de nuestro provecho las permite; y no las permitiría, ni los males que vemos, si no fuesen instrumentos de mayores bienes, y materia para amplificar la gloria de Dios, que por su gran sabiduría é inmensa bondad de los mismos males saca mayores bienes. De la envidia de los hijos de Jacob, con que vendieron á los ismaelitas á José, su hermano, sacó la salud y remedio de los mismos hermanos que le habian vendido: de la muerte acerbísima é ignominiosísima de Jesucristo nuestro Salvador, la redencion del mundo; del pecado de San Pedro, humildad para él, y mise-

ricordia y compasion para nosotros; de la incredulidad de Santo Tomás, firme testimonio de nuestra fé; de la crueldad de los tiranos que perseguian la Iglesia, la gloria y constancia de innumerables mártires, la confirmacion del Evangelio y ejemplo de todos los fieles.

No hay contador tan diestro y ejercitado, que pueda contar ni sumar las cosas que los santos ven en la divina esencia; ni orador, por elocuente que sea, que las pueda explicar; ni entendimiento de hombre que las pueda imaginar: las cuales todas comprenden los santos en una sola simplicísima é indivisible vista, de la cual nace un amor tan encendido, tan abrasado y tan fervoroso, que el alma bienaventurada se hace fuego por la participacion de aquel incendio y fuego divino del Señor, de quien se dice que es fuego que consume y convierte todas las cosas en sí, y siempre arde, y nunca se acaba. De este amor resulta la fruicion y gozo inenarrable en la misma alma por la union de su entendimiento con aquel mar océano de inmensa sabiduría, y de su afecto y voluntad con el sumo bien: con el cual está tan abrazada y tan apretada y asida, que no se puede desasir. Esta es la gloria esencial de los santos, declarada, no como ella es, porque esto es imposible, sino como un rasguño, y cosa mal pintada, á la manera que

nuestra flaqueza en la oscuridad de la noche de esta vida, y de las tinieblas de nuestra ignorancia por un vislumbre puede explicar.

No se acaba en este sumo bien el bien de los santos, ni su gloria en la gloria que tienen con la vista, posesion y gozo del sumo bien; ántes de este sumo bien como de su fuente, manan otros cuatro bienes que pertenecen á la bienaventuranza accidental, secundaria y ménos principal; los cuales son la gloria de sus cuerpos, la hermosura y excelencia del lugar donde están, la compañía de tantos cortesanos del cielo, y la certidumbre de que aquella gloria será eterna y durará mientras que Dios fuere Dios.

Porque priméramente de aquella gloria copiosísima y abundantísima del alma redundando en el cuerpo del bienaventurado toda la gloria, resplandor y hermosura de que él es capaz; y con una sujecion singular, hermandad y obediencia á la misma alma, que el cuerpo, como si no fuese corporal sino espiritual, así la sigue en todo sin contradiccion ni repugnancia: de manera, que así como mientras que vivimos acá en la tierra por ser nuestra alma forma del cuerpo y tan hermanada con él, parece que es de carne, y con el peso de su mismo cuerpo se inclina y es tirada hácia abajo, así en el cielo la carne vestida de la gloria del

espíritu, se levanta y sube á lo alto, y en cierta manera se convierte en espíritu.

Y para esto da Dios al cuerpo cuatro dotes maravillosos, que son, conforme á la doctrina de San Pablo y de los teólogos, agilidad, sutileza, impasibilidad y claridad. La agilidad será tan grande y tan admirable, que á un abrir los ojos se hallará el cuerpo del bienaventurado donde su alma querrá. No hay caballo tan ligero que así corra, ni águila que así vuele, ni saeta que vaya con tanta velocidad, ni el mismo sol, que en tan pocas horas hace su curso y da vuelta al mundo, que se pueda comparar con la presteza con que el cuerpo glorificado se hallará donde quisiere. La sutileza será tanta, que no hay aire tan delicado, ni rayo de luz tan sutil, ni voz de hombre, ni cosa alguna de la tierra tan penetrante, á que la sutileza del cuerpo glorioso con grandes ventajas no la exceda. Pues ¿qué diré de la impasibilidad? que es tanta, que á la manera que el rayo del sol no se puede con espada cortar, ni ahogarse en el agua, ni quemarse en el fuego, ni ensuciarse ó mancharse con inmundicia alguna, así el cuerpo glorioso no puede padecer ni recibir lesion ó daño alguno ¿Qué de la claridad? que sobrepuja á la de las estrellas, de la luna y del mismo sol; y todas las cosas claras y relucien-

tes de acá son oscuridad cotejadas con ella.

Esto toca á la gloria de los cuerpos de los bienaventurados. Mas para declarar la excelencia, grandeza, riqueza y hermosura de aquel palacio real y morada perpétua de los santos, sería menester que bajase uno de ellos del cielo, y que como testigo de vista nos la pintase y nos la pusiese delante de los ojos; porque el asiento de esta ciudad es sobre todos los cielos, y la anchura y grandeza de ella excede toda medida.

Si hay algunas estrellas que, segun los astrólogos, son mayores sesenta y ochenta veces más que toda la tierra, ¿qué tan grande será aquel cielo que abraza á todas las estrellas y todos los cielos? No hay grandeza en el mundo que con esta se pueda comparar: y por esto el profeta Baruch, admirado de esta grandeza, atónito y como fuera de sí, exclamó y dijo: «Oh Israel, ¡cuán grande es la casa de Dios, é inmenso el lugar de su trono y asiento! Grande es y no tiene término: excelso es é inmenso.»

Pues si preguntas por las labores de su edificio, no hay lengua que lo pueda explicar. Porque si esto que parece por defuera á los ojos mortales es tan hermoso, ¿qué será lo que allá está guardado á los ojos inmortales? Y si acá en este mundo visible nos deleita tanto la

hermosura de la tierra, la llanura de los campos, la altura de los montes, la verdura de los valles, la frescura de las fuentes, la gracia de los rios repartidos como venas por todo el cuerpo de la tierra, y sobre todo la anchura de los mares, poblados de tantas diversidades y maravillas de cosas, ¿qué será en aquella casa real y en aquel sacro palacio que Dios edificó para solaz y gloria de sus escogidos?

De este lugar, sobre todas las cosas lindo, admirable y divino, dice San Pedro Damian unas palabras recogidas de diversos y varios lugares de San Agustin, que quiero poner aquí. «¿Quién, dice, podrá explicar la alegría de aquella patria soberana, donde los edificios son todos de piedras preciosas y vivas, y los tejados están cubiertos de oro purísimo, y las salas resplandecientes con maravillosa claridad, y toda la obra es de piedras de inestimable valor, y las calles de esta ciudad son ensoladas de oro más puro que el cristal, sin polvo, ni lodo, ni inmundicia alguna: en donde la aspereza del invierno y el ardor del estío no tienen lugar; ántes las flores y rosas que no se marchitan hacen una perpétua primavera; allí blanquean las azucenas y brotan mil fuentes de bálsamo; los prados están siempre verdes, y los sembrados hermosos, y corren rios de miel en grande abundancia, y los ungüen-



tos suavísimos y aromáticos echan de sí muy olorosa y divina fragancia; allí las manzanas lindísimas están colgadas en aquellos bosques floridos para siempre. En aquella ciudad no hay variedad en la claridad de la luna, del sol y de las estrellas; porque el Cordero es el que la alumbra sin jamás esconderse, y por eso no hay noche ni sucesion de tiempo, sino un dia constante y perpétuo, y cada uno de los santos resplandece como un sol.»

Hasta aquí son palabras de San Pedro Damian las cuales se han de entender, no como suenan materialmente, sino por otra manera más alta, barruntando y sacando por estas cosas que nosotros conocemos, y en que acá nos deleitamos, cuánto más espirituales y excelentes son las de allá.

Pues ¿qué diré de los ciudadanos de esta ciudad, de su muchedumbre, de su nobleza, de su buena condicion y de la caridad y concordia que tienen entre sí? El número es sin número, y tan grande, que San Juan en el Apocalipsi dice, que vió en espíritu una innumerable compañía de bienaventurados que no bastaria nadie para contarlos, la cual habia sido recogida de todo linaje de gentes y pueblos y lenguas, y estaban en presencia del trono de Dios y de su Cordero, vestidos de ropas blancas y con palmas triunfales en las manos

cantando á Dios cantares de alabanza: con lo cual concuerda lo que el profeta Daniel significa de este sagrado número, diciendo en el cap. VII: «Millares de millares servian al Señor de la Majestad, y diez veces cien mil millares asistian delante de él.» Y con ser tantos no hay entre ellos confusion; ántes cuanto es mayor el número, tanto es mayor el órden y armonía; porque cada uno con maravilloso concierto está en su lugar y gloria segun su merecimiento. Pues ¿qué diré de la nobleza de estos ciudadanos del cielo, siendo, como son, todos reyes é hijos de Dios? ¿Qué de su condicion suavísima, de su union y concordia entre sí? Todos ellos son un ánima y un corazon; y así viven en tanta paz, que la misma ciudad tiene por nombre Jerusalem, que quiere decir «vision de paz.»

Allí la virtud de la caridad, á la cual pertenece hacer todas las cosas comunes, está en toda su perfeccion, y todos los santos más unidos entre sí que los miembros de un mismo cuerpo; porque todos participan un mismo espíritu que les dá un mismo ser, y una bienaventurada vida. Pues siendo esto así, ¿qué gozo tendrá allí un bienaventurado de la gloria de todos los otros; pues á cada uno de ellos ama como á sí mismo? Porque, como dice San Gregorio, aquella heredad celestial para todos

es una, y para cada uno toda; porque de los gozos de todos recibe cada uno tan grande alegría como si él mismo los poseyese; y como dice San Agustín, si en el corazón del hombre apenas puede caber el gozo que tiene de su solo bien; ¿cómo cabrá en él la inmensidad de tantos y tan grandes gozos que tendrá del número casi infinito de los bienaventurados? Porque cierto es, que cuanto el hombre ama á otro, tanto se goza de su bien. Si supiésemos que un gran santo ha bajado del cielo como un San Pedro ó San Pablo, San Juan Bautista ó San Juan Evangelista, ú otro cualquiera de aquellos grandes príncipes de la corte celestial, y que está entre nosotros, y que por algún rato le podíamos hablar y tratar familiarmente; ¿quién no se desembarazaría de todos los otros negocios por verle y por oírle y comunicar sus cosas con él? Y si la que hubiese bajado fuese la Reina de todos los ángeles y de todos los santos nuestra Señora la Virgen María, ¿con cuánta mayor devoción y cuidado nos daríamos prisa para gozar de su gloriosa vista, y aunque fuese por breve tiempo, recrearnos con su presencia? Pues ¿qué júbilo, qué gozo y qué alegría debe tener un alma que puede tratar, no con un bienaventurado, sino con todos los santos que están en el cielo, no por una hora ni por breve tiem-

po, sino por toda la eternidad, y conversar con ellos como con compañeros, como con hermanos, con amigos y miembros unidos de un mismo cuerpo con tan estrecha caridad? ¿Qué será gozar de los más altos espíritus y más allegados á Dios, que son los serafines, y de la claridad de su contemplacion, y del ardor ferventísimo de su amor? ¿Qué de los querubines donde están encerrados los tesoros de la sabiduría de Dios? ¿Qué de los tronos y dominaciones, y de todos los otros coros de los ángeles? ¿Qué de los santos patriarcas? ¿Qué de los profetas? ¿Qué del colegio de los doce apóstoles, que son los doce fundamentos y las doce puertas de aquella santa ciudad? ¿Qué de aquel ejército glorioso de los mártires, vestidos de ropas blancas, con sus palmas en las manos y con las insignias de sus victorias y triunfos? ¿Qué de aquella escuela de sapientísimos doctores, de perfectísimos prelados, de humildes y penitentes confesores; y de aquel coro más blanco que la nieve de vírgenes purísimas, y de la bienaventurada compañía de las viudas y casadas y continentes? ¿Y finalmente de toda aquella muchedumbre de todas las almas escogidas de Dios, que desde el principio hasta el fin del mundo en cualquier estado, condicion y edad ha habido? Pues ¿qué será ver en su trono á la serenísima Reina de

los ángeles; que sólo ella hace coro por sí, porque no tiene par ni semejante? ¿Qué ver la santísima humanidad de Jesucristo, que preside sobre todos como rey y cabeza, y príncipe universal de todos los santos, y está sentado á la diestra de la majestad de Dios en las alturas? ¿Qué será sobre todo eso ver las fiestas y triunfos que cada día se celebran con los nuevos hermanos, que vencido ya el mundo y acabado el curso de su peregrinacion, entran á ser coronados con ellos? ¡Oh qué gozo se recibe de ver restaurarse aquellas sillas y edificarse aquella ciudad, y repararse los muros de aquella noble Jerusalem! ¡Con cuán alegres brazos los recibe toda aquella corte del cielo; viéndolos venir cargados de los despojos del enemigo vencido! ¡Oh cuán dulcemente sabe entonces el fruto de la virtud, aunque en algun tiempo amargas sus raíces! Dulce es la sombra despues del resistero del medio día; dulce la fuente al caminante cansado; dulce el sueño y reposo al que mucho ha trabajado; pero más dulce á los santos la paz despues del peligro, y el descanso perdurable despues de la fatiga de los trabajos de esta vida, como bien dice el P. Fr. Luis de Granada.

Pero ¿qué es todo esto que decimos, ó todo lo que podemos decir, con nuestra lengua de carne y tartamuda, de la gloria de los santos

y de aquel sumo bien que sólo los que le poseen le conocen? El cual más es para ser considerado y contemplado con atenta y continúa meditación, que no para ser escrito; porque á las almas nobles y generosas ninguna cosa las enciende más al menosprecio de la tierra y al aprecio y deseo del cielo, que la consideracion de lo que hay en él, y Dios ha aparejado para los que de veras le aman.

Para rastrear algo de esto, se puede tomar uno de tres caminos. El primero considerando la grandeza, el poder, excelencia y riquezas infinitas de este Rey soberano, y que aquella es su corte y palacio real, fabricado para manifestar su gloria en él, y honrar á todos sus escogidos, y galardonar los servicios que de ellos ha recibido; porque si la medida de la grandeza y majestad de los reyes debe ser el resplandor de su gloria y de su córte; siendo Dios todopoderoso, y el que con sola una palabra crió toda esta máquina tan admirable del mundo, y con otra sola le puede destruir, ¿qué tan grande pensamos que será la fiesta y el convite que tiene aparejado para manifestar su grandeza? ¿Qué tal será la obra en que concurren la omnipotencia del Padre, la sabiduría del Hijo, y la bondad del Espíritu Santo? ¿Donde la bondad quiere, la sabiduría ordena y la omnipotencia puede todo aquello

que quiere la infinita bondad, y ordena el infinito saber, aunque todo esto sea uno en todas las divinas personas? Si la casa y córte del rey Salomon de tal manera admiró y robó el corazón de la reina Sabá, que casi la sacó de sí, y le hizo perder los pulsos, ¿qué será el palacio y córte del verdadero y pacífico Salomon, en cuyo muslo está escrito: «Rey de los reyes y Señor de los señores?» Y si el rey Asuero celebró aquel solemnísimó convite en la ciudad de Susa con tanta opulencia y grandeza para descubrir por este medio á todos sus reinos, sus riquezas, tesoros y poder, ¿cuánto más aventajado será aquel banquete real y divino que nuestro Dios, no por espacio de ciento y ochenta dias, como Asuero, sino de toda la eternidad, hace, para manifestar en él la inmensidad de sus riquezas, de su largueza, de su sabiduría, de su bondad, y juntamente para glorificar en el cielo á los que le honraron en la tierra? Porque si áun acá en esta vida, que no es propia de galardón sino de trabajo, honra Dios tanto á sus santos; ¿qué tal será la gloria que él tiene deputada para honrarlos y para ser honrado en ellos, y para pagar los servicios que le hicieron? Porque Dios en todas las cosas ha de ser Dios: Dios en honrar á los santos; Dios en pagar, y Dios en todo lo demás; y así la paga que dá,

es el mismo Dios; porque no hay otra cosa que sea digna de los trabajos que con su gracia tomaron los santos por su servicio.

Y si la magnificencia de este Señor es tan copiosa, que ha dado tantas diferencias de cosas indiferentemente á los justos é injustos; ¿qué bienes tendrá guardados para solos los justos? Quien tan graciosamente dió á todos la comun posesion de este mundo sin deberlo; ¿qué tesoros dará á quien los tuviere debidos? Quien tan liberal es en hacer mercedes; ¿cuánto más lo será en pagar servicios? Y si en esta cárcel provee á todos con tanta abundancia; ¿qué hará con sus escogidos en su palacio real? Y si en este dia de lágrimas tanto nos consuela; ¿qué hará en el dia regocijado de las bodas? Especialmente considerando lo que esta gloria cuesta al hombre, y mucho más lo que costó á Dios; porque al hombre le cuesta todo cuanto tiene; cuéstale llevar perpétuamente su cruz, abnegar su voluntad, y mortificar los apetitos de su carne, hacer divorcio con todos los gustos y deleites contrarios á la ley de Dios, y ofrecérsele en sacrificio y holocausto.

Y con hacer el hombre de su parte todo cuanto puede, dice Dios, que le da la gloria de balde; y así dice por San Juan: «Yo soy principio y fin de todas las cosas: yo daré al que tuviere sed á beber agua de vida de balde.»



Pues ¿qué bien será aquel, por el cual tanto nos pide Dios, y despues de todo esto dado, dice, que nos lo da de balde? ¿Qué bien será el que compró San Juan Bautista con tan larga y áspera penitencia de toda la vida, y con su muerte dando su cabeza por predicar la verdad? ¿El bien que compró San Pedro con su cruz, San Pablo con su sangre, é innumerables mártires, de los cuales unos fueron apedreados, otros aserrados, otros asados, otros desollados, y todos cruelísimamente consumidos y acabados con esquisitos y atrocísimos géneros de tormentos y muertes; si despues de haber padecido lo que padecieron se les dió este bien de balde? Porque, mirando lo que nuestras obras por sí valen, y no por el valor que tienen por parte de la gracia, no pueden llegar á merecerlo; y porque es tan grande y tan inmenso, que por mucho que se dé por él de nuestra parte, parece que el que lo compra lo lleva de balde. Pero aún mucho más se echa de ver la grandeza de la gloria de los santos por el precio que, para dársela, quiso Dios, que es la sangre y muerte de su bendito Hijo: de manera que por la muerte de Dios se da al hombre vida de Dios: por las tristezas de Dios, alegría de Dios; y por haber estado Dios desnudo entre dos ladrones en una cruz, se da al hombre que esté vestido

de gloria entre los coros de los ángeles. ¿Pues qué bien será el que se compró con un precio tan precioso é inestimable? ¿Y qué gloria la que se compró con la ignominia de la cruz del unigénito Hijo de Dios? No hay cosa que así nos declare la grandeza de aquel sumo é infinito bien, como el precio infinito que por él se dió: por el cual nuestras obras, que de su cosecha no tienen valor, le cobran y merecen la vida eterna. Y esta es la primera manera de estimar su grandeza é inmensidad.

Otra manera es por los males que en esta vida padecemos: los cuales y todos los otros que se pueden imaginar, están desterrados de aquella bienaventurada y gloriosa eternidad. Las miserias y calamidades de esta vida frágil y mortal, son tan grandes y tan sin cuento, que ellas mismas nos predicán la felicidad y la gloria de la otra que esperamos.

La pobreza, la enfermedad, la tristeza, la infamia, la muerte, el dolor, los agravios, injusticias, peligros, desastres, y finalmente el diluvio de desventuras y miserias que por todas partes nos cercan, no son sino unos despertadores, y como unas voces del cielo que nos avisan que no es esta nuestra patria, sino lugar de destierro, valle de lágrimas y cárcel oscura y penosa en que vivimos; ó por mejor decir, cada día morimos hasta que lleguemos

á aquella verdadera vida que es vida vital, porque de esta vida presente dice el glorioso padre San Agustín estas palabras: «Mucho me cansa, Señor, esta vida, y me angustia esta prolija y triste peregrinación. Mas ¿por qué la llamo yo vida y no muerte; pues es vida falsa y muerte verdadera? Esta vida es vida miserable, vida frágil, vida incierta, trabajosa, inmunda, señora de los pecadores y reina de los soberbios, llena de afanes y de engaños, y que más se puede llamar muerte que vida, pues cada momento morimos, y con los acaecimientos varios de esta nuestra mutabilidad cada hora nos acabamos con diversos linajes de muerte. ¿Cómo podemos llamar vida á esta que vivimos; pues los humores la alteran, los dolores la enflaquecen, los calores la secan, el aire la inficiona, el manjar la corrompe, el ayuno la fatiga, los placeres la trastornan, los pesares la consumen, el cuidado la ahoga, la seguridad la destruye, las riquezas la levantan, la pobreza la derriba, la juventud la desvanece, la vejez la aflige, la enfermedad la quebranta, la tristeza la acaba, y á todos estos males sucede la muerte furiosa por remate y fin de todos los contentos de esta frágil y miserable vida; de manera que, cuando se acaba, parece que no ha sido? Esta tal vida, muerte viva se puede llamar, ó vida mor-

tal.» Y contraponiendo á esta penosa vida la otra que esperamos, en otro lugar dice: «Oh vida que el Señor ha aparejado á los que le aman, vida vital, vida bienaventurada, vida segura, vida tranquila, vida hermosa, vida limpia, vida casta, vida santa, vida que no sabe que es muerte ni tristeza, vida sin mancha, sin dolor, sin congoja y corrupcion, sin turbacion, sin variedad y mudanzas, vida llena de lindezas y majestad; donde no hay enemigo que persiga, ni flaqueza de carne que ablande, sin algun temor, y un dia eterno, y uno el espíritu de todos; adonde Dios cara á cara se ve, y con este suavísimo manjar de vida el alma se harta sin hastío.»

Hasta aquí son palabras de San Agustin. De suerte que todos los males y molestias de esta vida nos deben ser motivos y estímulos para desear la otra, y anhelar á ella como á puerto seguro, adonde no llegan las alteraciones y tormentas de este mar tempestuoso, no las miserias que en él tanto nos fatigan; y así los mismos males cuando los padecemos, nos deben consolar con la esperanza que se acabarán presto, y que sufridos con paciencia nos llevarán al lugar del descanso y alegría, donde no hay rastro ni memoria de aquellos ni de otros algunos males.

Y no solamente los males que sufrimos, sino

tambien los bienes de que gozamos en esta vida nos pueden ser incentivo para levantar el corazon á nuestra patria, y para conjeturar algo de la gloria y felicidad de los santos, y este es el tercer modo de que podemos usar, para considerarla y entender algo de ella; porque así como San Dionisio Areopagita y los sagrados teólogos enseñan que hay dos maneras para conocer á Dios, una afirmativa que afirma y confiesa, que todas las perfecciones de todas las criaturas están juntas con infinita eminencia y ventaja en el Criador; y otra negativa, que niega todas las perfecciones de Dios, y no de la manera que nosotros las concebimos y se las atribuimos, sino por otra manera más alta, y muy diferente de lo que todos los entendimientos criados pueden alcanzar; así de la gloria de los bienaventurados, por una parte habemos de apartar y negar todo mal, y confesar que no le hay ni le puede haber en ella; y por otra atribuirle todo el bien que se puede imaginar ó desear; y así cuando el hombre está contento y se goza de tener vida, salud, fuerzas, hermosura, noblezas, cargos, estados, dignidades; cuando se deleita en la vista de cosas amenas y lindas, en oír músicas concertadas y de excelentes voces, en oler cosas olorosas y suaves, en gustar las dulces y sabrosas, en tocar las blandas y deli-

cadadas; y mucho más cuando el entendimiento se alegra por la especulacion y conocimiento de aquella verdad, y la voluntad por el amor y cumplimiento de su deseo en alcanzar algun gran bien; de su mismo contento puede sacar el contento que tendrá en el cielo, donde todos los contentos están juntos y amontonados en uno, y todas las cosas que acá nos le dan, sin comparacion y con infinitas ventajas allá son más perfectas y más excelentes y divinas; porque aquella vida es una vida sobre toda vida; una luz sobre toda luz, que no ven nuestros ojos; una hermosura sobre toda hermosura, que no alcanzan nuestros entendimientos, y una suavidad que sobrepuja toda suavidad, que no alcanzan nuestros sentidos; y por esto todas las cosas que nosotros podemos entender, pensar ó imaginar de aquella incomparable gloria y bienaventuranza de los santos, son tan cortas y tan rateras y semejantes á las de acá, que con verdad más se las debemos negar que atribuir; á la manera que San Dionisio, y áun el filósofo Platon, hablando de las perfecciones divinas, dicen que Dios no es bueno, sino sobrebueno, que no es poderoso, sino sobrepoderoso, que no es sabio, sino sobresabio; á este modo nosotros, cuando por las cosas hermosas que vemos, se levantara nuestro corazon á contemplar la hermosura

de la córte del cielo entendamos que no es hermosa, sino sobrehermosa, que no es resplandeciente, sino sobrerresplandeciente; y lo mismo debemos hacer en todas las cosas en que nos deleitamos, para hacer diferencia del gusto del cielo al de la tierra.

Y para resumir en pocas palabras á nuestro modo de entender la gloria de los santos, hagamos cuenta que un hombre de muy lindo entendimiento, y de afecto compuesto y moderado se pusiese atentamente á trazar una vida quieta, sosegada, apacible, deleitable y llena de todos los bienes que se pueden desear, y exenta de todos los males que la pueden inquietar y turbar: si al paso que este hombre va trazando esta vida bienaventurada, ella se fuese haciendo, y Dios se la fuese dando sin faltar punto de lo que él va imaginando y desea, especialmente si supiese que aquella vida para siempre le ha de durar en un mismo tenor, sin alteracion ni disminucion, ni mengua, ni temor de perderla; ¡qué felicidad tendría este hombre, qué gozo, qué deleite, qué alegría!

Pues infinitamente es mayor que este bien el que tiene cada uno de los santos en el cielo: porque la traza de este bien y de su gloria, no la hizo hombre mortal, frágil y finito, que en su dibujo y modelo se puede engañar, sino el

mismo Dios, que es sabiduría infalible, y el objeto de su bienaventuranza, y el que la ordenó ante todos los siglos, y quiso ser el donador y el don, el galardonador y el galardón, el que corona y la corona de todos sus escogidos: y, como dice San Anselmo, el que mereciere reinar con Dios, todo lo que quisiere será en el cielo y en la tierra: y todo lo que no quisiere, no será en la tierra, ni en el cielo; porque la gloria no es otra cosa, sino un perfectísimo cumplimiento de la voluntad del justo, y un gozo de todos los gozos, y un gusto de todos los gustos, y un bien de todos los bienes sin mezcla de algún mal, y con seguridad que durará por toda la eternidad; y esta seguridad es la cuarta cosa que arriba dijimos que pertenece á la gloria accidental de los santos, y sola ella basta para robar nuestros corazones é inflamarlos en el amor de tan gran bien que sabemos que jamás se acabará, ni se puede acabar, como se acaban todos los de la tierra: los cuales á más de ser frágiles, caducos, falsos, engañosos y muchas veces torpes y sucios; por mucho que duren, no pueden durar más que la misma vida, que es tan breve y momentánea.

Pues si tales y tan grandes bienes promete Dios en premio de la virtud, ¿cuál es el ciego y desatinado que no se entregue á ella con es-



peranza de tan grande galardón? «¿En qué te andas, dice el padre Fr. Luis de Granada, oh hombre miserable, por la tierra de Egipto, buscando pajas y bebiendo en todos los charquillos de agua turbia, dejando aquella vena de felicidad, y fuente de aguas vivas? ¿Por qué andas mendigando y buscando á pedazos, lo que hallarás recogido y aventajado en este todo? Si deleites deseas, levanta tu corazón, y considera cuán deleitable será aquel bien que contiene en sí los deleites de todos los bienes. Si te agrada esta vida criada, ¿cuánto más aquella que todo lo crió? Si te agrada la salud hecha, ¿cuánto más aquella que todo lo hizo? Si es dulce el conocimiento de todas las criaturas, ¿cuánto más el mismo Criador? Si te deleita la hermosura; él es, de cuya hermosura el sol y la luna se maravillan. Si el linaje y la nobleza, él es el primer origen y solar de toda la nobleza. Si larga vida y santidad; allí hay santidad y longura de días. Si hartura y abundancia; allí está la suma de todos los bienes. Si música y melodía; allí cantan los ángeles, y suenan dulcemente los órganos de los santos en la ciudad de Dios. Si te deleitan las amistades y la buena compañía; allí está la de todos los escogidos hechos un ánima y un corazón. Si honras y riquezas; gloria y riquezas hay en la casa del Señor. Finalmente, si de-

seas carecer de todo género de trabajos y penas; allí es donde está la libertad y exención de todas ellas.» Todo esto es de este autor.

«Ciertamente, dice el padre San Agustín, si nos fuese necesario padecer cada día tormentos, y sufrir por algún tiempo las penas del infierno por ver al Señor en su gloria, y gozar de la compañía de sus escogidos, sería bien empleado pasar todo esto, por gozar de tanto bien:» y añade más: «Si para esto son menester trabajos, desde aquí os llamo á todos los trabajos del mundo, que vengais á dar sobre mí. Lleven sobre mí dolores: fatíguenme enfermedades: aflíjanme tribulaciones: persíganme uno: inquiéteme otro: conjúrense contra mí todas las criaturas: sea yo hecho oprobio de los hombres, y desecho del mundo: desfallezca en dolores mi vida, mis años con gemidos, con tal que despues de esto venga yo á descansar en el día de la tribulacion, y merezca subir á aquel pueblo guarnecido y hermosado con tanta gloria.» Todo esto es de San Agustín, que habla como quien tan bien entendia la brevedad y sueño de todas las cosas prósperas y adversas de esta vida, y la eternidad y firmeza de la que esperamos.

Pues esta sola consideracion, aunque faltasen todas las otras, que son tantas y tan eficaces, debería bastar, para dar con la gracia del

Señor, de mano á todos las vicios y abrazarnos con la virtud, y para romper las cadenas de nuestros apetitos desordenados, que nos tienen tan aprisionados y cautivos, y resistir á todos los combates de Satanás, á las blanduras de la carne, á los engaños y asaltos del mundo, á imitar á los innumerables y bienaventurados cortesanos del cielo, que con tanto espíritu, valor y constancia nos abrieron el camino y fueron delante de nosotros, y desde aquellas sillas reales nos convidan para que los sigamos, y nos muestran sus coronas y ayudan con sus oraciones. Para esto se celebra hoy la fiesta de Todos los Santos: para esto se nos representa la gloria que ellos poseen, sus victorias y coronas, sus trofeos y triunfos.

Saludémoslos á todos juntos, y á cada uno por su nombre, y pidámosles el sufragio de su oracion: saludemos tambien á nuestra dulce patria, como peregrinos que andamos desterrados de ella; enviémosle con los ojos el corazón, y digamos: ¡Oh dulce patria! ¡Oh tierra de los vivientes! Dios te salve, puerto seguro, refugio de las almas acosadas, paraíso de deleites, reino de Dios, casa de bendición, palacio del rey soberano, córte de inmensa majestad, jardín de flores eternas, plaza de todos los bienes, premio de todos los justos, centro

y fin de todos nuestros deseos. Dios te salve, madre nuestra, esperanza nuestra, bienaventuranza nuestra, por quien suspiramos y damos gemidos y peleamos. Y vosotros, santos bienaventurados y gloriosos, volved vuestros piadosos ojos sobre estos vuestros pobrecitos siervos y miserables hermanos; y desde vuestro triunfal palacio, mirad este triste valle de lágrimas en que vivimos. Peleado habeis y sufrido grandes batallas, y salido de ellas con victoria; pues ayudad á los que ahora peleamos, para ser con vosotros vencedores. En el puerto estais; no desampareis á los que al presente nos hallamos en las tormentas y peligros en que vosotros muchas veces os hallásteis. Estais en la patria y gozais de Dios: socorred á los que todavía estamos desterrados y vamos peregrinando por llegar á esa eterna morada. Ya teneis vuestra cosecha llena, colmada y abundante; favoreced á los que ahora siembran con lágrimas, para recoger con alegría. Carne nuestra sois y huesos de nuestros huesos; probado habeis nuestra flaqueza, y el poder, astucia y braveza del comun enemigo; pues apiadaos de nosotros y suplicad al comun Señor que nos dé gracia para pelear con él de tal manera, que merezcamos llegar á ese puerto de tranquilidad y dulcísima patria nuestra, y recibir de su mano la corona y el

copiosísimo fruto de nuestros pequeños trabajos.

De la dedicacion de esta fiesta de Todos los Santos, hacen mencion el Martirologio romano y todos los demas, y de ella hay algunos sermones, con nombre de San Bernardo, y de Pedro Damian. De la gloria de los santos, escriben muchos autores, y especialmente el padre Fr. Luis de Granada en diversos lugares de sus obras, y trata esta materia con el espíritu, doctrina y elocuencia que suele en las demas.





## LA CONMEMORACION DE LOS DIFUNTOS

**D**ESPUES que la santa iglesia en el dia de ayer celebró la fiesta y solemnidad de Todos los Santos, y cumplió con el debido oficio y obligacion que todos los fieles tenemos de invocarlos y reverenciarlos, hoy extiende y dilata su caridad á todas las almas que en el purgatorio pagan las culpas que en esta vida cometieron, y las ayuda con sus oraciones y sufragios; porque aunque es verdad que siempre en la Iglesia católica ha sido muy recibida la conmemoracion que se hace por los difuntos, como se saca de Tertuliano y de San Gregorio Nacianceno, y se tiene por tradicion apostólica el rogar á Dios por ellos en la misa, como lo afirman muchos santos doctores; mas no habia dia señalado y cierto en que toda la Iglesia universal hiciese esta conmemoracion, hasta que despues con autoridad del sumo pontífice

se instituyó con la ocasion que aquí referiré.

El cardenal Pedro Damian, varon santísimo y doctísimo, escribe en la vida de San Odilon, abad cluniacense, que murió el año del Señor de 1048, que volviendo un religioso, de nacion francés, de Jerusalem, llevado de la tempestad, llegó á una isla ó peñasco, donde estaba un santo ermitaño, que le dijo que allí cerca habia grandes llamas de fuego é incendios, donde las almas de los difuntos eran atormentadas, y que él oia muchas veces dar aullidos á los demonios y quejarse; porque con las oraciones y limosnas de los fieles mitigaban las penas que aquellas almas padecian, y las libraban de sus manos: y que particularmente se quejaban de Odilon, abad, y de sus monges, por el cuidado y vigilancia con que las favorecian y remediaban; y conjuró á aquel religioso, que pues era francés y sabía el monasterio cluniacense, como él decia, y conocia al abad Odilon, le rogase y le encargase de su parte que perseverase en aquel santo ejercicio, y con sus fervorosas oraciones y continuas limosnas procurase dar refrigerio á las almas de nuestros hermanos que en el purgatorio son atormentadas, para que así creciese el gozo de los bienaventurados en el cielo, y el llanto de los demonios en el infierno.

Volvió el religioso á Francia: comunicó lo

que habia oido del santo ermitaño con Odilon, abad; y con toda aquella bendita congregacion que él tenía á su cargo; y él dió orden que en todos sus monasterios á los 2 de Noviembre, un dia despues de la festividad de Todos los Santos, se hiciese particular conmemoracion de los difuntos, y que con oraciones, limosnas y misas, se tuviese especial cuidado de socorrerlos y ayudarlos: y lo que San Odilon instituyó en sus conventos, despues fué recibido y establecido con la autoridad apostólica en toda la Iglesia universal.

Pedro Galesino, pronotario apostólico, dice que muchos escriben que el papa Juan, XVI de este nombre, instituyó esta conmemoracion por consejo del mismo San Odilon. Verdad es que Amalario Fortunato, obispo de Tréveris, que vivió casi doscientos años ántes de Odilon, en el libro de los Oficios eclesiásticos, que escribió á Ludovico Pio, emperador, despues del oficio de los Santos pone el de los Difuntos, y dice que lo hace porque muchos pasan de esta vida, que no van luego al cielo, por los cuales se suele hacer aquel oficio, que es señal que ya en su tiempo se hacia, como lo notó el cardenal Baronio. Y esto basta para declarar la institucion de esta conmemoracion de los difuntos y la ocasion que hubo para hacerla.



Pero bien es que desenvolvamos más esta materia, y saquemos á luz y propongamos lo que en esta conmemoracion de los difuntos la santa Iglesia católica, nuestra madre, nos manda creer acerca de las almas del purgatorio.

Dos puntos principales nos enseña: el uno, que hay purgatorio y un lugar donde las almas de los que murieron en gracia de Dios con pecados veniales, ó no satisficieron en vida enteramente por los pecados mortales que cometieron, y cuanto á la culpa les fueron perdonados, son atormentadas y purificadas: el otro, que pueden y deben ser socorridas y ayudadas de los fieles con ayunos, limosnas, oraciones y sufragios, para que más presto alcancen la bienaventuranza y vision de Dios que esperan.

Cuanto á lo primero, se ha de presuponer que hay tres suertes de personas que mueren (dejando aparte los niños que mueren sin bautismo, con sólo el pecado original): la una es, de los que vivieron en esta vida tan santamente, que nunca cometieron pecado mortal, ó si algunos cometieron, hicieron penitencia de ellos en esta vida, y satisficieron por ellos á la justicia del Señor tan cumplidamente, que á la hora de la muerte no tuvieron más que pagar ni que purgar; y estos, en murien-

do se van derechos al cielo á gozar eternamente de Dios; otros hay que mueren en pecado mortal y en desgracia de Dios, y como rebeldes y enemigos suyos son castigados, y sus almas entregadas á Satanás para ser atormentadas perpétuamente en el infierno: otros hay que ni son tan buenos como los primeros ni tan malos como los segundos, sino que á la hora de la muerte están en gracia del Señor y tienen algunos pecados veniales que se compadecen con ella, que purgar, ó habiendo cometido algunos pecados mortales, que lloraron y les fueron perdonados cuanto á la culpa, no satisficieron enteramente en esta vida por ellos cuanto á la pena que se debe á cada pecado; y por esto en la otra la deben pagar.

Porque, como dice el sagrado evangelista San Juan en su Apocalipsi, hablando de la santa y soberana ciudad de Jerusalem: «Ninguno entrará en ella con suciedad ó mancha de pecado»: y así necesariamente se ha de decir que hay purgatorio, donde, como en un crisol, se afinan las almas y se limpian de todas las inmundicias y defectos con que salen de los cuerpos, ántes que entren en el cielo.

Esta es fé católica, y decir lo contrario es herejía; porque dejando aparte los otros muchos lugares que para probar esta verdad traen los santos doctores, así del Viejo Testamento

como del Nuevo; para nosotros bástanos lo que se escribe haber hecho aquel valeroso y glorioso capitán Judas Macabeo, del cual dice la divina Escritura, que envió doce mil dracmas de plata de limosna por los pecados de los soldados muertos, como quien justa y religiosamente sabia que habian de resucitar: y añade luego el texto sagrado estas palabras: *Sancta, ergo, et salubris est cogitatio pro defunctis exorare, ut a peccatis solvantur*: Que es santo y saludable el cuidado de rogar á Dios por los difuntos, para que les perdone sus pecados. Y no es ménos fuerte testimonio, para comprobar esta verdad, lo que Cristo nuestro Redentor dijo en San Mateo: *Si quis dixerit verbum in Spiritum Sanctum, non remittetur ei, neque in hoc sæculo neque in futuro*: Quiere decir que algunos pecados, que son los que se cometen contra el Espíritu Santo, no se perdonan ni en este siglo ni en el futuro: de las cuales palabras necesariamente se sigue, segun la comun exposicion de todos los santos doctores, que algunos pecados se perdonan en la otra vida, y estos son los pecados veniales; porque si ningun pecado en ella se perdonase, las palabras de Cristo serian supérfluas y ociosas: lo cual decir es gran blasfemia, y si se perdonan algunos pecados en el siglo advenidero, tambien se perdonarán las penas temporales de

los pecados mortales que el hombre, por no haber tenido tiempo y por alguna negligencia venial suya, dejó de pagar en esta vida; porque esta deuda y obligacion no excluye la gracia de Dios, que es el principio de la satisfaccion.

Pruébese tambien esta verdad con los concilios provinciales que se han hecho en varias provincias del mundo, y con los generales y con la costumbre de toda la Iglesia católica, latina y griega.

El concilio cartaginense III y IV, que se hicieron en Africa, contestan esta verdad: en España el bracarense I: en Francia el cabilonense: en Alemania el concilio wormaciense: en Italia el concilio VI, que se celebró siendo Símaco sumo pontífice, y otros muchos concilios confirman lo mismo; y no ménos los ecuménicos y generales de toda la Iglesia universal, como son el lateranense, celebrado en tiempo de Inocencio III, el florentino, y últimamente el de Trento: y todas las misas ó liturgias, la de Santiago el menor y de los Santos Basilio, Crisóstomo y Ambrosio: en las cuales se hace oracion particular por las ánimas de los difuntos; la cual no se haria si ellos no estuviesen en el purgatorio y no tuviesen necesidad de ser ayudados, ó nuestras oraciones y sacrificios no fuesen eficaces para ayu-

darlos: y siempre se guardó esta santa costumbre en la Iglesia, y lo testifica San Dionisio Areopagita, cuando en el libro de la Gerarquía eclesiástica dice: «La tradicion de rogar por los difuntos ha manado y venido á nosotros de los apóstoles, que fueron nuestros divinos capitanes y maestros»: y el Crisóstomo dice: «No en vano establecieron los apóstoles, que se haga conmemoracion de los finados, cuando celebramos los sacrosantos misterios»: y San Agustin lo confirma diciendo: «Toda la Iglesia guarda lo que ha recibido de sus Santos Padres; y ahora cuando ofrece el santo sacrificio de la misa por las almas de los difuntos que murieron en la comunión de la Iglesia.»

Lo mismo enseñan San Damasceno y San Isidoro, Rabano Mauro, arzobispo de Maguncia y otros muchos, que atribuyen esta tradicion y uso de la Iglesia á los Santos apóstoles. Y no solamente ha usado esto la Iglesia despues de sepultado el cuerpo del difunto, sino tambien ántes de ponerle en la sepultura, como se ve en San Dionisio Areopagita, y lo trae Durando en el libro de los Ritos de la Iglesia; y en lo que escribe Eusebio en la Vida de Constantino.

Y San Agustin, hablando de su santa madre, dice que ofreció por ella el sacrificio de

nuestra redencion, estando el cuerpo junto á la sepultura, como se suele hacer: y San Bernardo dice otro tanto de San Malaquías. Para ejercitar este piadoso oficio, no solamente estaba señalado el dia del entierro y del cabo de año, sino otros, como se ve en las Historias eclesiásticas y en los ejemplos de los Santos: los cuales todos, griegos y latinos, con el mismo espíritu y con la misma luz del cielo, y como si hablasen por una boca, nos enseñan esta verdad, y yo dejo de traer sus palabras por evitar prolijidad: véalas el que quisiere, en los que escriben de esta materia, y especialmente en el cardenal Belarmino, que la trata más copiosamente y con grande erudicion.

Tambien es gran testimonio de esta verdad las revelaciones auténticas y verdaderas que los Santos han tenido de las almas del purgatorio, y las veces que ellas han aparecido y mostrádose á los fieles pidiendo su favor. San Gregorio Magno escribe haber aparecido el alma de Pascasio á San Germano, y testificádole que habia sido librado de las penas del purgatorio por sus oraciones.

Siendo el mismo San Gregorio abad de su monasterio, un monge suyo llamado Justo, ya difunto, apareció á otro monge que se llamaba Caproso, y le avisó que habia sido li-

brado de los tormentos del purgatorio por las treinta misas que Precioso, prepósito del monasterio, por órden de San Gregorio habia dicho por su alma, como se refiere en su vida.

San Gregorio Turonense escribe de una santa doncella, llamada Vitiliana, que apareció á San Martin, y le dijo, que estaba en el purgatorio por un pecado venial que habia cometido, y que fué librada por las oraciones del santo. Pedro Damian escribe que San Severino apareció á un clérigo, y le dijo que habia estado en el purgatorio, por no haber dicho el oficio divino á sus horas; y que despues Dios le habia librado y llevado á la compañía de los bienaventurados.

San Bernardo escribe que San Malaquías libró á una hermana suya de las penas del purgatorio con sus oraciones, y que la misma hermana se le habia aparecido, pidiéndole aquel socorro y favor; y el mismo San Bernardo libró por su intercesion á otro que habia padecido un año entero las penas del purgatorio, como lo escribe en su vida Guillermo, abad. San Remberto, arzobispo bremense, ayunando cuarenta dias por un presbítero llamado Arnulfo, le libró del purgatorio, y el mismo Arnulfo se le apareció y le hizo gracias por ello, como lo refiere Surio en su vida. Santo Tomás de Aquino, estando en oracion,

le apareció una hermana suya religiosa, y difunta, y le dijo como estaba en el purgatorio; y despues le tornó á aparecer, haciéndole gracias por el beneficio que por medio de sus ayunos, oraciones y misas habia recibido, y por la gloria que ya tenía en el cielo: y otra vez estando en Nápoles, le apareció Fr. Roman, y supo de él que ya estaba en el cielo, despues de haber purgado en el purgatorio el descuido que habia tenido en la ejecucion de cierto testamento, como lo escribimos en su vida.

Y para dejar los otros ejemplos, por ser muchos, y bastar los que aquí habemos referido para comprobar esta verdad, concluyamos esta materia con referir lo que sucedió á Benedicto VIII sumo pontífice; el cual, siendo ya difunto, apareció á San Odilon, abad; de quien hablamos arriba, resplandeciente y hermoso, y le hizo gracias con profunda reverencia, confesando que por sus oraciones y las de sus frailes, Dios le habia hecho merced de sacarle de la cárcel del purgatorio, y colocarle en el cielo entre sus escogidos. Pero háse de advertir que aunque estas apariciones de las almas del purgatorio, que aquí habemos referido, y otras semejantes, por ser escritas de autores graves y santos, se deben tener por verdaderas, y que nuestro Señor quiere en ellas ense-



ñarnos las horribles penas que las almas padecen, y movernos para que las ayudemos, y para que procuremos satisfacer en esta vida lo que por nuestras culpas debemos, y no librarlo á la otra, donde se paga con tanto rigor; mas que debemos usar de gran cautela en estas cosas: porque muchas veces no son verdaderas las apariciones de las almas que pensamos, sino sueños nuestros y devaneos de nuestra flaca cabeza, é ilusiones del demonio, que nos inquieta y engaña, dándonos á entender que vemos lo que no vemos, y que ya somos santos; y tenemos visiones y revelaciones de Dios, para que nos desvanezcamos, y nos descuidemos de nuestro aprovechamiento; y tambien algunas veces puede ser artificio del demonio, que se aparece en figura del alma de algun gran pecador que está en el infierno, y finge que pide el favor de nuestras oraciones, para que creyendo la gente que aquel hombre, habiendo sido tan malo, está en el purgatorio y no se condenó, se descuide en la virtud, y suelte la rienda á la maldad, pensando que pues el otro, que fué tan perverso y desalmado, no se ahogó en el abismo de sus maldades, tambien él podrá llegar á puerto de salvacion; y por este y otros peligros que hay en semejantes visiones, debemos usar de mucha prudencia y recato, no apeteciéndolas con vana

curiosidad, y si vinieren, desechándolas con humildad, y examinando y probando los espíritus, si son de Dios, como dice San Juan, con consejo y parecer de los hombres verdaderamente espirituales y prudentes.

Supuesta, pues, la verdad católica que hay purgatorio, como habemos declarado, bien es que digamos para cumplimiento del primer punto que propusimos, dónde está el purgatorio, y lo que las almas padecen en él. Cuatro senos ó concavidades ponen los doctores debajo de la tierra para las almas: la primera, y más baja en el centro de la tierra, es la que llamamos infierno, donde las almas de los condenados son atormentadas de los demonios; la segunda es la que llamamos purgatorio, porque en él las almas purgan sus pecados y se purifican y limpian de toda la escoria que por ellos contrajeron; la tercera es el limbo de los niños que murieron sin bautismo con el pecado original; la cuarta el limbo de los Santos padres, que ántes que Cristo nuestro Redentor muriese, por estar la puerta del cielo cerrada, estaban allí detenidos, y ahora despues que el Salvador bajó á aquel lugar, y las libró de él, está vacío.

La razon de estos cuatro lugares ó senos se toma de la diferencia que hay en las penas que padecen las almas que salen de los cuer-

pos, que es en una de cuatro maneras: porque como hay pena de daño, que es el no ver á Dios, y pena de sentido, que es el dolor y tormento sensible, y la una y la otra, ó temporal, ó eterna; ordenó Dios nuestro Señor estas cuatro estancias y diferencias de lugares, y señaló uno para los niños que mueren sin bautismo, en el cual nunca ven á Dios, ni jamás le verán y tendrán pena de daño eterna; y para esta misma pena de daño temporal sirvió el limbo de los Santos padres que murieron ántes de la pasion de Cristo, donde estaban detenidos sin ver á Dios, y gozar de su bienaventuranza.

Para la pena eterna de daño y sentido está deputado el infierno, en el cual los condenados carecen y carecerán para siempre de la vision de Dios, y son y serán perpétuamente atormentados con el fuego, y otras penas horribles y eternas que allí padecen. Finalmente, para la pena temporal de daño y sentido es el purgatorio, donde están las almas detenidas, como en una cárcel, privadas de la vista bienaventurada de Dios, y padeciendo juntamente muy grandes dolores y penas sensibles, hasta que habiendo por entero pagado las culpas que cometieron, ó ayudadas con las obras penales de los fieles y sufragios de la santa Iglesia, van á gozar eternamente de Dios.

Este lugar es el que llamamos purgatorio;

porque en él, como dijimos, se purgan las almas, y como plata acendrada se refinan y perfeccionan, para que puedan ver á Dios. Verdad es que aunque este es lugar propio y deputado, en que comunmente las almas pasan por este exámen; pero tambien Dios nuestro Señor se sirve de otros lugares particulares para purificar las almas, como se saca de San Gregorio, y del cardenal Pedro Damian, y de algunas visiones y apariciones, que escriben los Santos; porque á Dios todos los lugares son sujetos, y en todos hace lo que es servido; y algunas veces quiere, que donde se cometió el pecado, se haga la penitencia; y que los que se escandalizaron ó tomaron mal ejemplo del que vivió mal, se edifiquen y atemoricen con su pena: y por estos y por otros justos respetos, aunque á nuestros ojos encubiertos, se sirve Dios de algunos lugares particulares, para purgar las almas de algunos, segun la órden de su inefable providencia.

En este lugar, que es, y llamamos purgatorio, padecen las almas gravísimos tormentos, y tan atroces, que todos los de esta vida y los que padecieron los mártires, son cifra en su comparacion; y así lo dice San Agustin por estas palabras: «Primero se ha de purificar con el fuego del purgatorio, el que dilató y dejó para el otro siglo el fruto de su peniten-

cia y conversion: y este fuego, aunque no es eterno, es sumamente penoso; porque excede de todas las penas que jamás sufrió algún hombre en esta vida. Nunca se ha hallado acá pena que con aquella se pueda comparar, por más atroces y exquisitos tormentos que hayan padecido los mártires, y otros hombres facinerosos, que por sus delitos han sido atormentados; y por esto cada uno debe procurar de enmendar su vida, y hacer penitencia por sus pecados, de tal manera, que no tenga necesidad de pasar tan graves penas despues de su muerte.» Lo mismo afirma San Gregorio, diciendo: «Yo creo que aquel fuego, por el cual pasan las almas en el purgatorio, es más intolerable que ninguna tribulacion de esta vida: y con estos Santos doctores concuerdan Beda, San Anselmo y San Bernardo; y áun Santo Tomás añade más, que no solamente las penas del purgatorio son mayores que las de todos los mártires, sino tambien que las que padeció Cristo nuestro Salvador en su santísima y acerbísima pasion, con haber sido las más atroces y dolorosas que ninguna persona ha sufrido en esta vida.

La razon de esto es, porque el fuego del purgatorio es de una misma especie con el del infierno, y aflige las almas, no por virtud natural que en sí tenga, sino como instrumento

de Dios que se sirve de aquel fuego para purificar y afinar las almas del purgatorio, de la manera que él sabe y es servido; y por todo el tiempo que con el peso de su justicia ha determinado, y nosotros no sabemos ni podemos escudriñar. Pero no hay duda, sino que algunos padecen más años de los que algunos piensan: porque, como dice San Agustín: «Por aquel río de fuego tanto más tarda en pasar, el que más tardó en pecar, y cuanto fué mayor la culpa, tanto será mayor el castigo que hace la llama; y cuanto más la loca maldad se apoderó del alma, tanto más cruel será la sabia pena con que se paga allí las palabras ociosas, los pensamientos livianos y vanos: una muchedumbre de pecados ligeros que inficionaron la pureza de nuestra noble naturaleza, serán consumidos.» Esto es de San Agustín.

Pero con ser la pena del fuego del purgatorio tan terrible y excesiva, es mucho mayor sin comparacion la que llamamos pena de daño, que es no ver á Dios; porque es tan grande el deseo que el alma, suelta y libre ya de la cárcel de su cuerpo, tiene de ver aquel sumo Bien, que cualquiera dilacion, por pequeña que sea, la aflige mucho y la traspasa de un dolor tan vehemente, que ningun otro de esta vida se puede comparar con él, especialmente

acordándose el alma que por sus pecados está en aquel estado, y privada de aquella gloriosa vista, y que pudo en esta vida satisfacer con obras penales por ellos, y que por su descuido y pereza no lo hizo. Algunos doctores hay, que á estas penas añaden otra de los demonios que atormentan las ánimas, como enemigos crueles y verdugos de la justicia divina, fundándose en algunas apariciones: aunque Santo Tomás, Soto y otros autores sienten, y es más probable, que nuestro Señor no se sirve para esta justicia de los demonios; porque habiendo sido finalmente vencidos de aquellos cuyas almas se purifican en el purgatorio, no es de creer que quiera nuestro Señor que los que fueron vencidos atormenten á los vencedores, y den la vaya á los que tan bien pelearon, y tan gloriosamente triunfaron de ellos.

Mas en este penoso y lastimoso estado tienen las almas del purgatorio algunos refrigerios y consuelos, como son: el saber cierto que están en gracia de Dios, y que no la pueden perder, ni pecar, y que aquellas penas que padecen, se han de acabar, y que el gozo que esperan no tendrá fin. Demas de esto, tienen visitas y alivios de los santos ángeles, especialmente de los de su guarda, que las alientan, animan y consuelan: tienen las oraciones y favores de los bienaventurados del cielo, y

los socorros y sufragios de la tierra, que toda la Iglesia militante ofrece por ellas, y particularmente sus devotos y amigos, á los cuales enderezan sus afectos y deseos; y si pudiesen hablar, les rogarían y suplicarían entrañablemente que se apiadasen de ellas, y con las buenas obras y oraciones las libren de aquellas horribles penas; porque no hay duda, sino que las oraciones y sufragios de los fieles que viven, aprovechan á las almas de los muertos que están en el purgatorio.

Esta es la segunda cosa que nos enseña la Iglesia en la conmemoracion de los difuntos que celebra hoy. Para cuya inteligencia y explicacion se debe presuponer, que toda la Iglesia, como dice Pedro Cluniacense y se saca de San Pablo, es un cuerpo místico, cuya cabeza es Jesucristo, en el cual todos los miembros están trabados y unidos entre sí por fé, esperanza y caridad; de tal manera, que así como en el cuerpo natural cuando padece un miembro, como dice el Apóstol, se compadecen los otros miembros, y le socorren y ayudan, así tambien en este cuerpo místico espiritual y perfectísimo de la Iglesia, lo hacen entre sí los fieles, como verdaderos miembros de él: y como las ánimas de los justos ya difuntos que están en el purgatorio sean parte y miembros de este cuerpo de la Iglesia, por es-



tar unidos con su cabeza; pues como dice San Agustín: *Piorum animæ defunctorum ab Ecclesia non separantur, quæ est regnum Christi*: Las almas de los justos ya difuntos no están apartadas de la Iglesia, que es el reino de Cristo; de esto se sigue que los vivos pueden ayudar á los difuntos que están en el purgatorio, con sus oraciones y sufragios; porque los que están en el cielo, no tienen de ellos necesidad, y á los que están en el infierno, no pueden aprovechar.

Y así como Cristo nuestro Señor, siendo vivo, hizo bien á muchos vivos, sanándolos y enseñándolos; también á los muertos, resucitándolos; y siendo muerto aprovechó á los muertos, sacando del limbo á las almas de los Santos padres, y no ménos aprovechó á los vivos matando la muerte con su muerte; de la misma manera ha querido por su misericordia, que en su santa Iglesia haya esta perfecta comunicacion, é imitacion de su cabeza, y que los vivos ayuden con sus obras y oraciones á los otros vivos, y que los muertos aprovechen á los otros muertos, como lo hacen los bienaventurados del cielo, rogando por los que están en el purgatorio, y que también ayuden y socorran á los vivos, favoreciéndolos con sus oraciones; y finalmente, que los vivos ayuden á los muertos, y los que están en esta vida, á

los que en la otra aún no gozan de Dios, y satisfacen á la divina justicia con las penas que padecen.

Las obras con que podemos socorrer á las almas son en una de tres maneras: la primera y más principal es el santo sacrificio de la misa: la segunda es la oracion: la tercera todas las obras penales, con que se satisface, como son la limosna, ayunos, penitencias, peregrinaciones y cosas semejantes. Distinguimos la oracion de estas obras satisfactorias, porque aunque la oracion lo es, y se puede comprender entre las obras penales; pero porque es propio de la oracion el impetrar y alcanzar lo que se pide, y por eso las oraciones de los bienaventurados, aunque no sean penales ni satisfactorias, aprovechan á los vivos y á los difuntos, por esta causa la distinguimos y hacemos á la oracion miembro por sí.

Que el santo sacrificio de la misa sea de grande alivio y refrigerio para las almas que están en el purgatorio demas de lo que arriba dijimos, para declarar que hay purgatorio, y que es tradicion apostólica y recibida en la Iglesia el rogar por ellas en la misa, hay innumerables lugares de santos que lo afirman, y San Dionisio Areopagita hace mencion de ellos; y San Agustin dice: «No se puede negar, sino que las almas de los difuntos reci-

ben refrigerio por la piedad de los vivos, cuando se ofrece el sacrificio de nuestra redencion, ó se hacen limosnas en la Iglesia por ellos»: y San Clemente enseña ofrecer el sacrificio de la misa por los que ya son muertos en el Señor; y San Ambrosio, escribiendo á Faustino, le dice, que su hermana difunta no se habia de llorar, sino ayudar con ofrendas y sacrificios; y Santa Mónica pidió á su hijo San Agustin, que la ayudase, cuando en el altar ofreciese el santo sacrificio de nuestra redencion; y esto con mucha razon, porque es la propiciacion de todos los pecados del mundo, y por él se representa al Padre eterno aquel sacrificio de sangre suavísimo y preciosísimo que le ofreció su Hijo benditísimo en el ara de la cruz.

De la oracion tampoco no hay duda, sino que es de grande provecho; y de ella se dice en el libro de los Macabeos, que es santa y saludable cosa el orar por los difuntos. De la limosna el santo viejo Tobías aconsejó á su hijo que la hiciese por los difuntos, cuando le dijo: «Pon tu pan y tu vino sobre la sepultura del justo.»

Del ayuno leemos en el primer libro de los Reyes, que los moradores de Jabes Galaad sepultaron á Saul y ayunaron por él siete dias: y David y todos sus soldados ayunaron

por el pueblo, que habia muerto á cuchillo.

De las demas aflicciones y obras penales, dice el apóstol San Pablo: «Si los muertos no resucitan, ¿para qué los vivos se afligen con obras penales por ellos?» Que de esta manera Pedro Cluniacense, Dionisio Cartusiano, Hugo Cardenal, Gagneo y otros interpretan aquellas palabras del Apóstol: *Alioquin, quid facient qui baptizantur pro mortuis?* En una de dos maneras aprovechan estas buenas obras á los difuntos.

La primera, aplicándoles las obras penales, para satisfaccion y disminucion de sus penas: como si ellos las hiciesen: porque por aquella aplicacion las tales obras se hacen propias de los difuntos, como si ellos mismos las hiciesen: como el dinero que se da de limosna al que está preso en la cárcel por deudas, es suyo, y con él paga y satisface, y sale libre en todo rigor de justicia. Y pues la justicia divina, que es modelo y dechado de la justicia humana, y de donde ella como de su fuente mana, no es ménos piadosa que la de la tierra, debemos creer que Dios acepta esta aplicacion, que los que están en gracia hacen por las almas del purgatorio, y no por eso pierden ellos el premio esencial de la vida eterna, que á tales obras se debe.

Otra manera es por medio de oracion y su-

plicacion ó de sufragio, rogando al Señor por ellas, á la manera que se intercede con el juez, para que perdone al reo que está en la cárcel, y se haya piadosamente con él. Demas de estos dos modos, con que las personas particulares socorren á las almas del purgatorio, el sumo pontífice las concede indulgencias, no por modo de absolucion, porque no puede á los difuntos que están fuera de su jurisdiccion, como á los vivientes que están debajo de ella, sino *per modum suffragii*, como dicen, aplicando y comunicando á los difuntos, como dispensador que es del tesoro de la Iglesia, que son las obras y satisfacciones de Cristo, y de los santos que en él hay, ofreciendo la parte de ellas, que le parece, para que ó toda la pena que deben, ó parte de ella, les sea perdonada, como en efecto y realmente con esta aplicacion se la perdona el Señor.

De lo que aquí queda declarado debemos sacar dos cosas muy ciertas y verdaderas. La primera es el cuidado y vigilancia que debemos tener en ayudar con nuestras limosnas, ayunos, penitencias y oraciones á las almas del purgatorio; y especialmente en hacer decir muchas misas por ellas y no ménos en ganarles muchas indulgencias, y darles alivio y refrigerio con este tesoro de la santa Iglesia, por ser limosna muy debida, y muy accepta al

Señor, porque cuanto una persona es más pobre y más necesitada, tanto más debe ser socorrida; y no hay ninguna que lo sea más, que la que no tiene cosa alguna, y debe mucho y no puede trabajar, ni ganar, ni pedir prestado á nadie, y tiene un acreedor riguroso que le aprieta y ahoga, para que le pague hasta la postrera blanca, sin darle dilacion ni alargarle el plazo de la paga.

Todas estas circunstancias concurren en las ánimas del purgatorio: las cuales angustiadas por todas partes y cercadas de dolores, dicen aquellas palabras de Job: *Miseremini mei, miseremini mei, saltem vos, amici mei: quia manus Domini tetigit me*: Compadeceos de mí, compadeceos de mí; á lo ménos vosotros, que sois mis amigos, porque la mano del Señor me ha herido. Y aunque nos debemos compadecer de todos los que están en el purgatorio, porque son de nuestra misma naturaleza, y nuestros hermanos y miembros de un mismo cuerpo, como dijimos; pero especialmente debemos socorrer más á nuestros deudos y amigos, á los padres é hijos, á las mujeres y maridos, á los hermanos carnales y otras personas, con quienes tuvimos algun vínculo más estrecho de sangre ó amistad; porque á más del beneficio tan grande que se hace á las almas del purgatorio, librándolas de sus penas y

ayudándolas, para que más presto vean á Dios; al mismo Señor es muy acepta esta limosna, y á los que la hacen es muy provechosa; porque las mismas almas del purgatorio son muy agradecidas, y la pagan largamente cuando están en el cielo, y ayudan con gran voluntad á los que las ayudaron, y de esto en las historias eclesiásticas hay muchos ejemplos. Y si tanto cuidado se debe poner en ejecutar esta caridad con los difuntos, mucho mayor se debe poner en cumplir las obligaciones de justicia que pertenecen á ellos, ejecutando sus testamentos y mandas pías, y todo lo que ellos dispusieron en sus últimas voluntades para bien de sus almas; en lo cual suele haber mucho descuido, y Dios severamente lo castiga, permitiendo que no se cumplan los testamentos de los hijos que fueron negligentes en cumplir los de sus padres y mayores, y que no haya quien se acuerde de hacer bien por el alma del que se olvidó de la ajena, á quien tenia tanta obligacion.

La segunda cosa que debemos notar y asentar en nuestros corazones, es que es gran locura soltar la rienda á nuestros gustos y apetitos, y ofender tan sin freno y con tanta rotura á Dios, sabiendo que ninguna culpa, por pequeña que sea, se comete contra su divina Magestad, que no se pague con pena propor-

cionada á la misma culpa; y que no es menor desatino, pudiendo redimir nuestras culpas con las penas ligeras de esta vida, dejar la penitencia para la otra, adonde á bien librar, serán castigadas con las penas del purgatorio, que exceden tanto á todas las de acá, como de lo vivo á lo pintado, y así dice San Agustín: «Dirá alguno: poco me importa que yo me detenga en el purgatorio, con tal que llegue al cielo. Ninguno, hermanos carísimos, diga esto; porque aquel fuego del purgatorio es más duro que todas las penas que en este siglo se pueden ver, ó pensar ó sentir; y como está escrito del día del juicio, que será un día como mil años, y mil años como un día: ¿quién sabe si el tiempo que pasará por aquel fuego, será de días ó de meses, ó quizá de años? El que ahora no quiere poner ni un solo dedo en el fuego, ¿cómo no teme, aunque sea para poco tiempo, ser atormentado de aquel fuego excesivo y espantoso? Por tanto, cada uno procure con todas sus fuerzas huir de los pecados mortales, y redimir y satisfacer por los veniales con las buenas obras; para que no quede nada de ellos, que el fuego del purgatorio haya de consumir.» Todas estas son palabras de San Agustín. Procuremos, pues, ajustar nuestra vida con la ley de Dios, y llorar nuestras culpas y satisfacer por ellas, mientras que el



Señor nos da tiempo: aceptemos las tribulaciones y trabajos que nos envia, como enviados de su bendita mano, en penitencia de nuestros pecados: ayudemos y socorramos á nuestros hermanos con las buenas obras que pudiéremos, para que saliendo puros, acendrados y afinados del fuego del purgatorio, y gozando de Dios, nos ayuden con sus oraciones y nos den la mano, para que lleguemos al puerto de salud, y gocemos juntamente con ellos de aquella bienaventuranza y gloria sempiterna que es tan grande é inmensa, que por excesivos que sean los tormentos del purgatorio, les parecen haber sido ligeros y no equivalentes del bien que poseen.

LAUS DEO.



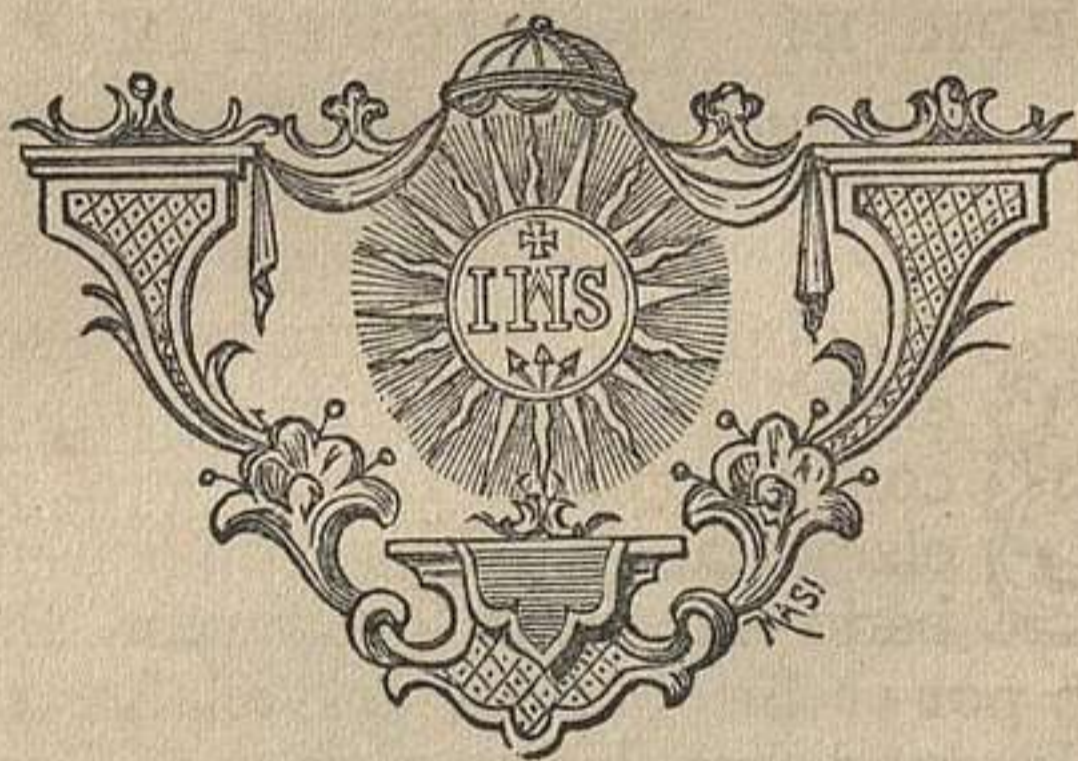


## ÍNDICE

	PÁGS.
PRÓLOGO. . . . .	V
Vida de la Virgen Nuestra Señora. . . . .	I
Fiesta de la Inmaculada Concepcion de la Virgen María Nuestra Señora. . . . .	39
Fiesta de la Natividad de la Virgen Santísima Nuestra Se- ñora.. . . .	71
Del santísimo y dulcísimo Nombre de María. . . . .	87
Fiesta de la Presentacion de Nuestra Señora en el templo. .	110
La Visitacion de Nuestra Señora á Santa Isabel. . . . .	122
Fiesta de la Expectacion del parto de Nuestra Señora, y por otro nombre llamada la fiesta de la O. . . . .	145
Fiesta de la Purificacion de la Virgen María Nuestra Señora y de la Presentacion de su precioso Hijo en el templo. . .	153
Fiesta de los Siete Dolores de la Virgen María Nuestra Se- ñora.. . . .	171
Fiesta de la Asuncion de Nuestra Señora. . . . .	202
Del Patrocinio de la Virgen María Nuestra Señora, en Es- paña. . . . .	240
Fiesta del Rosario de Nuestra Señora. . . . .	272
Fiesta de Nuestra Señora de las Nieves ó del Pesebre. . . .	293
De la Descension de Nuestra Señora.. . . .	299
Vida de San José, esposo de la Madre de Dios. . . . .	307
Vida de San Joaquin, padre de la Madre de Dios. . . . .	329
Vida de Santa Ana, madre de la Madre de Dios. . . . .	339
La fiesta de Todos los Santos.. . . .	343
La Conmemoracion de los difuntos. . . . .	386



*Acabóse de imprimir esta obra,  
en Madrid, en casa de Manuel Tello,  
á IV dias de Abril de este año del  
Señor de MDCCCLXXIX  
fiesta de los Dolores de  
Nuestra Señora.*





VIDA Y MISTERIOS  
DE  
CRISTO NUESTRO SEÑOR

POR EL  
P. PEDRO DE RIVADENEIRA  
DE LA COMPAÑÍA DE JESUS

EDICION DE TODO LUJO

PRECEDIDA DE UN PRÓLOGO

POR EL P. MIGUEL MIR

de la misma Compañía

ESTA obra, que forma un hermoso tomo en 8.º de 416 páginas de impresion, con portada en rojo y negro y tipos elzevirianos y adornada con un grabado en acero, hecho con singular acierto por el Sr. Maura, del célebre cuadro de Velazquez, que llaman Cristo de San Plácido, se halla de venta en las principales librerías al ínfimo precio de **16 reales** en Madrid, **18** en provincias y **32** en Ultramar, en efectivo.

Se ha hecho una corta tirada de 200 ejemplares en papel de hilo, numerados, que se agotó en dos meses.

Acerca de esta edicion, la Real Academia

Española, por voto unánime, ha dado un brillante y favorable informe.

Para satisfacer á todos los gustos y poner esta obra, por extremo notable, al alcance de todas las fortunas, se ha publicado separadamente la *Vida de Cristo* sin los Discursos sobre los Misterios, en un tomo de 107 páginas, impreso en el mismo papel y con igual lujo y elegancia, que se destina á los Centros católicos y á las Escuelas de instruccion primaria elemental y superior, en los que puede servir para libro de lectura, como tambien para premio de Navidad y exámenes.—Este volúmen, hermosamente encartonado, se vende en Madrid á **4 reales**, á **5** en provincias y **8** en Ultramar.

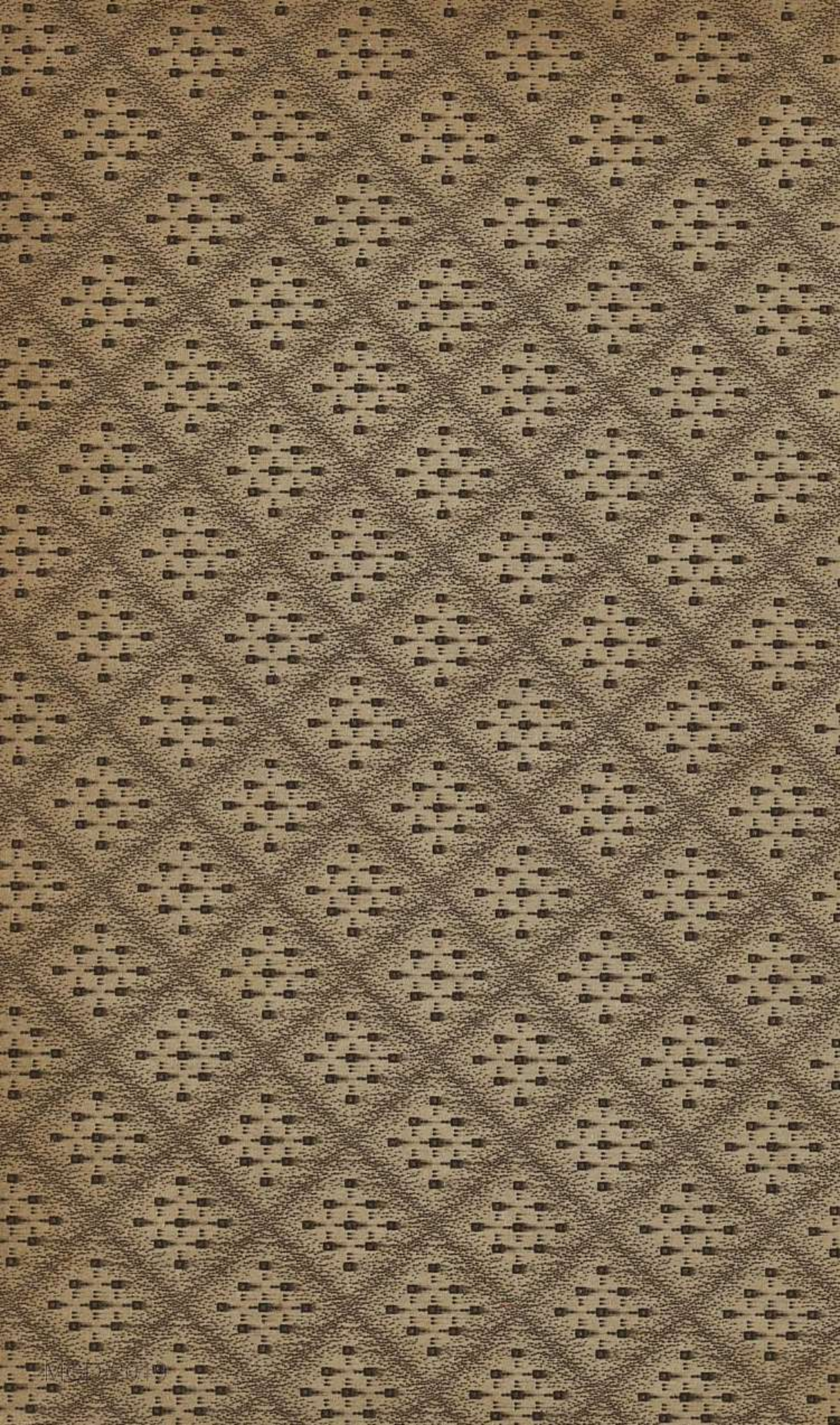
Los pedidos, acompañados de su importe en libranzas ó letras de fácil cobro, se dirigirán á D. José del Ojo y Gomez, calle de San Bernardino, núm. 10 duplicado, Madrid.

A quien tome 12 ó más ejemplares de cualquiera de las ediciones, se le hará la rebaja del 25 por 100, verificando el pago al contado.

Los señores del comercio de libros disfrutarán de igual rebaja, aunque no llegue á 12 ejemplares el pedido que hagan, pero satisfaciendo *préviamente* su importe.







ARCHIVO  
MARIANO

*Biblioteca*

VOLUMEN № 2064



